
LO NUESTRO ESTÁ
condenado
AL
fracaso
ARIADNA BAKER

LO NUESTRO ESTÁ condenado AL fracaso

ARIADNA BAKER

Primera edición.

Lo nuestro está condenado al fracaso

©Ariadna Baker.

©abril, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Epílogo
RRSS

A todas esas personas maravillosas que me leen con tanto cariño:
¡gracias por existir!
Conseguís que mi mundo sea más bonito.

Capítulo 1



¿Había alguien más gilipollas que yo por creerse todos los vídeos que le salían en las redes?

Me quedé enamorada de unas sandalias de tacón medio que vi en una publicación de una chica a la que yo seguía mucho. Proclamaba con toda la emoción que, desde que los usaba, era capaz de aguantar toda una noche de fiesta con ellos. ¡Un mojón como un rascacielos de grande!

Ni dos horas llevaba con ellas puestas cuando ya sentía la necesidad de ir descalza por la vida o no moverme de la silla. Y lo peor de todo es que la mañana acababa de empezar y mi salida del trabajo era a las tres de la tarde.

Caminaba por el pasillo como si se me fuesen a romper los tobillos y maldiciendo mi mala decisión de comprarlos, cuando yo ya tenía mis firmas de confianza que me garantizaban comodidad.

—Trini, dime, por lo que más quieras, que tienes un remedio casero para el dolor de pies. Me están matando estos zapatos.

—Pues tienen pinta de cómodos.

—¿Sí? Pues cuando llegue a mi casa los meto en su cajita y mañana te los traigo de regalo.

—Lo esperaré con muchas ganas. —Sonreía—. ¿Te aprietan las tiras?

—No, es la planta del pie. Me está matando y, encima, cada vez que me siento, me llaman o me tengo que levantar para coger algo.

—¿Y por qué no te los quitas y vas descalza? Di que te has doblado un tobillo y que no te arriesgas a subirte al tacón por si te haces más daño.

—Pues también es verdad.

Me los quité y los agarré en una mano, por las tiras. Solté el aire del alivio que me había entrado.

Trini sonreía.

Saqué un café de la máquina y lo cogí con la otra mano. Justo al doblar el pasillo, me encontré a Alex, mi jefe.

—Lola, ¿vienes de fiesta?

Su cara era de querer estamparme contra la pared.

—No, es que me doblé un tobillo y…

—Da igual, el próximo día vendrás con las bragas en las manos.

Siguió andando y me dejó tan impactada ese comentario que…

—Tú no tienes vergüenza, ni educación, ni empatía. Eres tan pobre que solo tienes dinero.

Mi tono era fuerte para que se enterase de cada palabra. Él, muy estúpido, ni se giró.

Debo aclarar que Alex era el director y yo una empleada a la que no podía echar en ninguna circunstancia, a menos que yo abandonase mi puesto de trabajo varios días sin avisar o decidiera irme.

Por esa razón, jamás me iba a achantar…

Trabajaba en una promotora que fundó mi abuelo hace más de cuarenta años. Dos años atrás la vendió con la condición de mantener mi puesto de trabajo con una nómina que me asegurase una buena calidad de vida.

En caso de que decidieran echarme, me tenían que indemnizar con medio millón de euros y, en el caso de que yo decidiera irme, también me tendrían que abonar la cantidad de cien mil euros.

La segunda opción estaba convencida de que a la empresa le gustaría que sucediese, pero cobrando tres mil quinientos euros al mes, más las pagas y mis vacaciones, no me echaban de aquí ni con agua caliente.

A sus 77 años, Julio, mi abuelo, aparentaba diez años menos. Se cuidaba muchísimo y hacía deporte cada día.

Yo vivía en uno de los pisos nuevos, que fue el último edificio que construyó antes de vender la promotora y del que me regaló un precioso ático.

Carmen, mi abuela, era dos años menor que mi abuelo y ambos tenían una relación de esas que parecían sacadas de una película.

Mis abuelos tuvieron dos hijas: Lucía, que era mi madre, y Sonia, mi tía, la cual tuvo una hija llamada Carla, que no solo era mi prima, era mi mejor amiga.

Ambas se casaron con dos hermanos: Pedro, mi padre, y Rodrigo, mi tío político. Ambos, desgraciadamente, murieron en un accidente de tráfico cuando iban a cerrar una venta de unos terrenos.

En aquellos momentos, mi prima y yo teníamos cuatro años, ya que nos llevábamos tres meses de diferencia. Ahora teníamos veintiocho.

Mi madre y mi tía se llevaban dos años; la primera tenía cuarenta y ocho y la segunda, cincuenta. Eran carne y uña. Ninguna había rehecho su vida, pero sí que habían tenido sus ligues y cosas.

A mi prima Carla también le regaló un ático en la misma planta, ya que los dos que se hicieron arriba del edificio fueron para nosotras. Y, obviamente,

trabajaba en las oficinas en otro despacho, con las mismas condiciones que las mías.

Para nosotras, el abuelo fue siempre nuestra figura paterna, ocupando ese lugar que, por desgracia, quedó vacío sin que nadie se lo esperase.

—Prima.

Di un sobresalto, ya que no me esperaba que entrara por la puerta.

—Capulla —me puse la mano en el pecho—, me has dado un susto de muerte. No te esperaba.

—¿En qué pensabas para que te haya pasado eso? Te recuerdo que trabajo aquí y suelo venir a tu despacho. ¿Te has olvidado?

Se sentó frente a mí con esa sonrisilla tan bonita que tenía.

—No sabes lo que me ha pasado…

Suspiré.

—¿A quién hay que matar?

—Al jefe, que es un estúpido.

—Eso ya lo sabíamos, ¿qué hizo ahora el señorito Alex?

—Pues resulta que…

Le conté todo lo que me había pasado con las sandalias, el momento en el que me lo encontré y el comentario que había hecho.

Justo en ese momento, él se asomó por la puerta.

—Necesito que atendáis a unos clientes que vienen para interesarse por la obra del residencial de la playa.

—Una cosita, señorito Alex: que sea la primera y última vez que le dices a mi prima algo tan bochornoso como lo que le has soltado. Esta vez lo vamos a pasar por alto, pero la siguiente nos veremos en los tribunales competentes.

Alex echó una risita de lo más sarcástica sin perder su semblante serio.

—Dejad el alcohol, que os sienta muy mal. En media hora están aquí y son dos parejas. Una para cada una. Tratadlos bien, que están casi convencidos.

—Nosotras no vamos a dejar el alcohol, vamos a dedicarnos a ser tu grano en el culo el resto de tu vida laboral. A no ser que prefieras que la empresa nos pague la indemnización por despido, que nosotras aceptaremos encantadas.

—Seguid soñando, vividoras del abuelo.

Su tono era de desprecio e inquina, esa que siempre nos tuvo porque no aguantaba que estuviésemos en su plantilla por trato de favor.

No se le podía olvidar que su padre era el dueño de la empresa y el que compró esta. Menos aún que lo hiciera con esta condición, le jodiese a Alex más o menos, pero eso es lo que había. De lo contrario, a su padre le hubiese salido la compra más cara.

—A este lo mato yo de un infarto.

Solté una risa con el comentario.

—La que lo voy a matar soy yo, que tengo pensada una muy gorda para mañana.

—Cuenta, cuenta, que ya sabes que yo te apoyo…

Si algo tenía claro es que con mi prima podía contar para todo y más cuando era para poner en su sitio a personas que intentaban por todos los

medios que nos sintiésemos mal en la empresa y que pillásemos puerta.

Realmente, a su padre le caíamos muy bien y, aunque venía poco, cuando lo hacía siempre nos traía un detalle: unas chocolatinas de Bélgica que compraba en unos almacenes de lujo de la ciudad, también galletas danesas y, en Navidades, nos caía un buen bolso o algo con mucho estilo. No tenía nada que ver con el hijo…

Eran las tres de la tarde cuando me colgué el bolso al hombro y salí al pasillo para darle el encuentro a mi prima.

Llevaba las sandalias en la mano y no me las iba a poner hasta salir a la calle y montarme en el coche, que estaba cerca.

Habíamos quedado con nuestras madres para comer en un restaurante italiano de la avenida de la playa.

Hoy habíamos venido en el coche de mi prima, que me llevó un momento al ático a cambiarme de zapatos. Me esperó abajo para no tener que buscar aparcamiento, ya que no iba a tardar mucho.

Me descalcé en cuanto entré al bloque y fueron a la basura tan pronto crucé la puerta de mi casa. Esas sandalias no valían ni para regalarlas. Muy bonitas y finas, sí, pero toda una tortura.

Me calcé unas de las mías de confianza…

—Ya estoy.

Me abroché el cinturón después de cerrar la puerta.

—Me acaba de llamar mi madre para decirme que ya están llegando.

—Genial.

Dejamos el coche estacionado a pocos metros de la terraza. Habíamos tenido una suerte cojonuda con uno que salía en ese momento.

Las vimos sentadas en la mesa que tenían reservada. Las saludamos con un beso a cada una y nos sentamos, quejándonos ambas del hambre que teníamos. A mi prima hasta se le escuchaban las tripas.

—Este fin de semana son las fiestas del pueblo —dijo mi madre.

Se refería a un pueblo que nos gustaba muchísimo y estaba a diez minutos de la ciudad.

El camarero llegó en ese momento y nos tomó nota.

—¿Y vais a ir? —les preguntó mi prima.

—Sí, pero habíamos pensado en irnos el viernes y estar hasta el domingo, ¿os apuntáis?

—Sería buena idea.

Expresó mi prima mirándome y esperando mi contestación.

—Por mí no hay problema. ¿Dónde nos quedaríamos?

—En el hotel que hay en la misma plaza. Hemos llamado y quedan algunas habitaciones libres.

—Pues espabila y llama ya —le dijo mi prima a su madre.

Llamó y reservó dos habitaciones dobles. Para eso faltaban solo dos días y, la verdad, es que me apetecía muchísimo salir el fin de semana de la ciudad.

—Deberíamos decírselo a los abuelos.

—Es verdad.

Apoyé las palabras de mi prima.

—Ya se lo hemos dicho —contestó mi madre—. Y dicen que ellos irán el sábado a pasar el día, pero luego se vuelven.

—Ah, bueno, pues entonces genial.

—Ya sabéis que ellos prefieren pagar un taxi que los lleve y los traiga por si se toman alguna copa.

—Como le dé por beber a la abuela, no se recoge hasta el domingo.

Contesté, provocando una risa en las cuatro, y es que mi abuela era mucha abuela. Además, más graciosa no podía ser.

—Pues deberían coger una habitación. Los voy a llamar.

Carla hacía con mis abuelos lo que le daba la gana y estaba claro que los iba a convencer; vamos, que nos estábamos riendo las tres por lo mismo.

—Que dice el abuelo que le reserves otra habitación.

Nos echamos a reír más mientras ella hablaba y mi tía volvía a llamar al hotel. Mi prima nos miraba con la sonrisilla de oreja a oreja mientras seguía hablando con mi abuelo.

—Pues listo —nos dijo colgando la llamada—. Vosotros cuatro os vais en un coche por la mañana y nosotras, cuando salgamos del trabajo, nos vamos en otro.

—Vale —dijeron mi tía y mi madre al unísono.

Capítulo 2



Me tomaba un café mientras esperaba a que mi prima llamase a mi puerta para irnos.

Lo tenía todo preparado y pensado para cuando me cruzase con Alex. Su comentario de ayer no se iba a quedar así.

Fregué el vaso rápido al escucharla salir de su casa y me dirigí a la puerta. Abrí antes de que tocase el timbre.

Nos fuimos en mi coche con tiempo para llegar un poco antes que Alex.

Entramos en la oficina y nos pusimos a hablar con Trini, la chica de recepción. Lo que estábamos haciendo era ganar tiempo para cuando lo viésemos llegar.

Y fue cuando lo vimos en el pasillo, que llegaba hasta nosotras, cuando me quité mis sandalias, sujetándolas con una mano, y en la otra sostenía un tanga.

—¡Buenos días, jefe!

Grité levantando las manos para que se viera clarito lo que sujetaba. No sé quién se llevó más impresión, si Alex o Trini.

Mi prima aguantaba la risa, pero estaba a punto de explotar.

—¿Te crees muy graciosa?

—Sí, rotundamente, sí.

—Pues a mí no me hace ni la más mínima gracia.

—¿Quieres dejar de señalarme con el dedo?

—Vete a la mierda.

Lo dijo con todo el desprecio del mundo.

—A la mierda te vas tú —le gritó mi prima.

Él siguió sus pasos y miramos a Trini a la vez que echábamos una carcajada.

—Quita esa cara de susto, que a ese lobo lo tenemos controlado.

Le dijo mi prima a Trini riendo, mientras esta seguía pálida como la pared.

Sonrió y ni contestó. Estaba de lo más nerviosa porque no se esperaba ni que yo fuese a hacer eso, ni que hubiese ese cruce de mandarnos a la mierda.

Nos fuimos muertas de la risa hasta nuestros despachos. Hoy nos iríamos a comer con Sacha, nuestro mejor amigo.

Dejé encendiendo el ordenador antes de regresar a la entradita, ya que no me había cogido mi café.

—Tranquila, que no me han despedido, solo vengo a por un café.

A Trini se le escapó una risilla.

Justo cuando entré de nuevo a mi despacho, me llevé un sobresalto al ver a Alex sentado esperándome.

—Jefe, las visitas se avisan. Me has puesto el corazón en la boca, no te esperaba.

—Estaría bueno que tenga que avisar en mi propia empresa.

Tomé asiento en mi sillón frente a él.

—Bueno, si vamos a medir las palabras, la empresa no es tuya, es de tu padre.

—¿Y quién es el heredero?

—Eso está por ver. Mira, mi abuelo la vendió. Tu padre podría hacer lo mismo.

—Tu abuelo la vendió porque sabía que entre tú y tu prima no llegabais a una.

—Bravo. —Aplaudí—. El magnate de la promotora, el mejor directivo y jefe. ¿Alguna gilipollez más antes de decirme para qué has venido a mi despacho?

—El despacho de mi padre.

—Sí, tenías que decir una más.

Solté el aire y volteé los ojos.

—Te ordeno que, a partir de ahora, te dirijas a mí de usted y como corresponde. La actuación que has tenido frente a Trini ha sido, como mínimo, lamentable, por no hablar de la falta de respeto de tu prima.

—Me mandaste a la mierda, ¿eso también lo tenemos que permitir?

—Soy vuestro jefe, ¿cuándo os va a entrar en la cabeza? Todo porque no habéis conseguido ser las dueñas.

—¿Tú fumas hierba? ¿Crees que mi prima y yo queremos calentamientos de cabeza cuando tenemos un sueldo mejor que el de Nescafé y una vivienda nueva pagada? A mí me da que tienes un problema contigo mismo de montarte pajaritos donde no los hay.

—Desde el minuto uno os habéis empeñado en joderme la existencia.

—Baja los humos, que nosotras jamás te hemos provocado y siempre nos has mirado por encima del hombro. ¿Quién te crees, el hijo del rey?

—Soy el director y tengo que dar una imagen.

—¿Y por qué me lo dices apretando los dientes y con tanta rabia? Te felicito, me encanta que disfrutes de tu cargo, pero ni mi prima ni yo queremos joderte, y mucho menos sentimos despecho por una empresa que nunca quisimos.

»No sé si lo sabías, pero mi abuelo nos dio a elegir entre quedárnosla o esta opción. A la vista está que escogimos la segunda.

—No me ningunees.

—No me señales con el dedo, Alexito. Así empezamos mal.

—No vuelvas a entrar sin bragas al trabajo.

—Lo que tenía en la mano era un tanga y lo que llevo puesto son unas bragas. Solo vine haciendo eso que tú me dijiste en un comentario que, como hombre, te deja en muy mal lugar y, como jefe, es hasta denunciable.

—Eres una niña consentida.

—No me toques las narices y da gracias que te hacemos un trabajo impecable y que, de todos los clientes que nosotras dos atendemos, sale comprando el 98%. ¿Y las demás? ¿Qué porcentaje venden?

—Procura no volverme a faltar el respeto.

—Y tú procura que nuestro éxito no baje y se ponga en igualdad con los demás. ¡Desagradecido!

—Te he dicho que no me faltes el respeto.

Dio una palmada a la mesa, levantándose.

—Y yo te he dicho que dejes de atacarnos.

Di otra palmada para que viese que no me achantaba.

—Maldita la hora que mi padre se hizo cargo de vosotras.

Se giró con gesto de asco.

—Menos mal que mañana no trabajo y no os veo las putas caras hasta el lunes.

—Puta cara la tuya, ¡que eres muy feo!

Le grité porque ya se estaba marchando. Vamos, que este se pensaba que iba a venir a mí a decirme lo que le saliese de los santos cojones.

Mi prima apareció porque escuchó mi último chillido, en el que le decía feo, cosa que no lo era, pero, vamos, con su carácter perdía toda su belleza física. No podía ser más antipático y desagradable.

Carla se moría de la risa cuando le conté la conversación que habíamos tenido.

—Valor ha tenido de venir.

Se reía doblada en la silla.

—Pues porque ha dicho que mañana no viene, que, de lo contrario, me hubiera hecho el paseíllo en bikini cuando él llegase.

—Eso lo dejamos para otro día. Yo me apunto, ya sabes que todo lo que sea ponerle en su sitio me va bien. Si es que él solo se lo busca.

—Se cree que estamos despechadas porque él sea el director y su padre el dueño. Ese fuma hierba, cada vez lo tengo más claro.

—Vamos, que tiene una guerra imaginaria con nosotras.

—Te lo juro que sí. Me ha quedado más que claro.

—Por mí, que se tire de un puente o se tire de los pelos. Paso de él, pero ni una le vamos a tolerar.

—Está claro.

—Luego nos vemos.

Me tiró un besito al aire mientras se levantaba.

Desde luego que Alex no sabía que no había peor guerra que ir en contra de nosotras.

Capítulo 3



Dejamos mi coche en mi plaza de aparcamiento del edificio para ir andando donde habíamos quedado, que era a menos de cuatro minutos.

—¡Mis dos bombones latinos!

Sacha se levantó de la mesa de la terraza del chiringuito en el que nos esperaba para comer.

—Más guapa y no naces.

Le dijo mi prima a la vez que le agarraba las mejillas y se lo comía a besos de piquito.

—¿Y tú? ¿No vas a probar mis labios carnosos con labial con efecto glaseado?

—Claro que sí, ¿será por besar?

Me agarró la cara y me dio un pico fuerte, de esos duraderos.

—¡Qué bien me ha sentado!

—Vienes muy estilosa y guapa.

—Lola, cariño, si yo me despierto echando glamur por la boca. ¿Acaso aún no te has dado cuenta con la de años que llevamos juntos los tres? Desde luego,

mira que tener amigas para esto.

—Ya no te echo más piropos.

Le hice una burla y nos echamos a reír. Sacha era el ser más divertido y leal que habíamos conocido jamás. De esas personas que te demuestran que la palabra amistad va mucho más allá de lo que algunas personas piensan.

—Mañana nos vamos a las fiestas del pueblo a pasar el finde. No te hemos dicho nada porque, como te vas con tus padres a Málaga…

—Calla, que no os lo he dicho. Lo han anulado. A mí no me podéis dejar sola y en tierra.

—Pues más vale que llames a tu madre y le digas que cambie la nuestra por una triple.

—Voy a llamar directamente al hotel.

—Esas son mis chicas.

Tocaba las palmitas, feliz, a la vez que mi prima llamaba y pedía el cambio. Por suerte, acababan de anular una hacía pocos minutos. Y, para colmo, le comentaron que el hotel ya estaba completo al cien por cien, ya que nuestra doble pasaría a unos clientes que acababan de llegar pidiendo habitación para cuatro días.

—¡Que nos vamos al pueblo!

Levantó la cerveza para chocarla con las nuestras.

—Hostias, pues no sabes lo mejor —le dijo mi prima—, que los abuelos se vienen también.

—¿La abuela viene? ¿Mi abuela favorita? ¿La que se las toma conmigo de dos en dos?

Preguntaba emocionado, aplaudiendo, ya que con mi abuela tenía una conexión buenísima y, cuando se veían, se pasaban las horas hablando y buscándose la lengua.

—Sí, Sacha, la única que tenemos —le contestó Carla.

—Ya lo sé, pero ¿me queréis dejar expresar mis emociones como me dé la gana?

—Sí, claro, pero tú también nos debes permitir aclarar, por si las dudas.

—Venís del trabajo muy bravas, ¿os han follado?

—Lo han intentado —contesté—, pero no les valió de nada.

—Te cagas cuando te contemos —le dijo Carla riendo.

—Ya estáis tardando.

Movía sus manos para que comenzásemos a largar. No había una cosa que le gustase más que un chisme.

Sacha vestía genial. Hoy iba con un vaquero tipo de niña, de los que quedan pegados en la cadera y con caída un poco de campana, pero poca. En la parte de arriba llevaba una camiseta blanca básica de algodón, pegadita hasta la cintura.

Como zapatos llevaba unas sandalias de piel con un poco de tacón, con una tira ancha sobre el empeine, el resto descubierto. De complemento, un bolso de Louis Vuitton de hombro, pequeñito, muy cómodo y elegante.

Sacha tenía nuestra misma edad y la vida resuelta. Tal cual, pero, obviamente, tenía su historia.

¿Sabéis lo que significa encontrar una aguja en un pajar? Pues lo mismo que le llevó a conseguir un premio de una apuesta del Estado, con un bote del

que, libre de impuestos, le quedaron dos millones de euros. Así de complicado, pero así de simple.

Eso pasó dos años atrás, cuando acababa de terminar sus estudios de Criminología y Derecho, ya que hizo una doble carrera.

Con un millón de euros compró tres buenos pisos de nueva promoción, que puso en alquiler por mil quinientos euros cada uno. Con lo cual, ya tenía una renta para vivir todos los meses.

Luego se compró un piso para él, precioso, con unas vistas al mar impresionantes, también de nueva construcción. Le costó medio millón de euros. Y se gastó un pastizal en la cocina y en amueblar la casa, que era de revista, como la nuestra, todo sea dicho.

A mi prima y a mí nos regaló cincuenta mil euros a cada una, a través de una donación, y, además, un bolso y una cartera Chanel que eran una virguería.

El caso es que, después de todo, le sobraron trescientos mil euros, de los cuales doscientos los dejó a plazo fijo y cien en la cuenta, por si le hacía falta para algo, pero, claro, los alquileres se los quitaron de las manos y comenzó a tener una renta mensual de inmediato.

Todo eso sin contar que, desde hacía un año, era *influencer* y tenía grandes colaboraciones con marcas. Estaba generando mensualmente muchos ingresos de las redes. La vida le iba genial.

Sus padres eran dos prestigiosos abogados que no permitieron que él les hiciera ningún regalo del premio, dado que ellos estaban muy bien económicamente.

Eso sí, de lo del premio y sus propiedades nadie sabía nada, porque él jamás lo contó, más que a nosotras, en quienes confiaba plenamente, y a sus padres, que le aconsejaron que no lo aireara.

Sacha amaba el mundo de la moda y del maquillaje. Siempre nos andaba regalando productos que se hacían virales y que se compraba para probar y, de

paso, nos los compraba a nosotras. Por no hablar de todo lo que le regalaban y que repartía entre los tres.

Comenzamos a fantasear con el fin de semana que nos esperaba y a hablar sobre los *outfits* que llevaríamos, que, para eso, las tres éramos divinas y nos encantaba salir de lo más glamurosas, aunque el centro de atención siempre era Sacha, que resplandecía por donde pasaba.

—El maquillaje lo llevo yo.

Comentaba tocando las palmas y emocionado, o más bien emocionada, que cuando le hablábamos en masculino ni nos respondía.

—Yo llevo el tema de secador, cepillo eléctrico y planchas.

—Pues yo llevo las ganas de pasarlo bien y mis *outfits* —comenté riendo.

—¡Qué monas vamos a estar!

Se puso las manos abiertas, con las palmas hacia fuera, a cada lado de la comisura de sus labios y chillaba en bajo, feliz de la vida.

—Verás, la abuela… —murmuré, aguantando la risa.

—A mi queridísima abuela la voy a maquillar que no va a parecer ni ella, va a ser lo más similar a una de las chicas de Los Ángeles de Charlie.

—Sacha, por Dios, que la última vez la dejaste que parecía que tenía 20 años menos y, cuando se lavó la cara, por poco nos coge una depresión.

Recordó mi prima, haciendo que nos entrase un ataque de risa.

Capítulo 4



La mañana del viernes sin el jefe había sido como un regalo divino, y es que solo el hecho de no cruzármelo por el pasillo, con esa cara de altivez o soltando alguna de las suyas, ya hacía que todo resultara de lo más armónico.

A menos cinco ya teníamos el bolso colgado para irnos a nuestro finde en el pueblo, que, aunque estuviera aquí al lado, era un lugar en el que se recargaban las pilas.

Fuimos a recoger a Sacha, que ya nos esperaba en la puerta de su casa con su maletita de cabina y el icónico bolso grande de Louis Vuitton colgado del hombro.

—No veas el cuerpazo que te hacen esos vaqueros, ¿verdad, Lola?

Y tan verdad, no veas cómo le quedaban a Sacha todos los que usaba.

—Ya te digo, me los voy a tener que comprar.

—Una que nació glamurosa y con tipazo.

Se montó en el asiento de atrás, justo en medio, con las piernas cruzadas y en plan diva.

La familia nos esperaba para comer en una marisquería que estaba en la misma calle del hotel y a la que fuimos antes de hacer el *check-in* para no hacerlos esperar. El coche lo dejamos en una calle lateral.

—¡Vivan los guapos!

El grito que metió Sacha al llegar a la mesa lo escucharon todas las de alrededor. Menos mal que tenía gracia y todos comenzaron a reír: la familia y los clientes.

—¡Me como a mi niña bonita!

Mi abuela se levantó emocionada para piropear a Sacha, que iba con los brazos abiertos hacia ella.

—Tengo que daros una noticia —dijo mi madre dirigiéndose a mi prima y a mí.

—¿Estás preñada, tía?

Le di una colleja a Carla por esa pregunta mientras todos nos reíamos.

—Mamá, ni caso, suelta.

—Nos hemos encontrado con Alex en el hotel. Está también alojado.

Interfirió mi abuelo, soltándola él.

—¿¡Alex!?

Preguntamos a unísono Carla, Sacha y yo.

—Sí. Nos saludó amablemente; ya sabes que yo con su padre me llevo bien.

—Abuelo, ¿le dijiste que veníamos?

—No, cariño, que se lleve también él la sorpresa.

Soltó una risilla y nos echamos a reír todos, pero, joder, qué mala suerte la nuestra. ¿Qué cojones hacía un tío con tan poca gracia en unas fiestas del pueblo?

—¿A que me lo tiro esta noche y me hago la dueña y señora de la empresa?

—¡Sacha! —gritó mi prima a carcajadas.

—Pues no me extrañaría.

—¡Abuela! —le dije entre risas.

Lo que le faltaba a Sacha es que lo animasen…

—Verás la gracia que le va a hacer vernos, se va a acordar de San Juan, San Pedro y —levantó la mano— la puta de en medio.

—Este hombre tiene unas cosas —dijo mi tía riendo.

—Si fuera hombre, ya os habría puesto las piernas temblando.

Les hizo un guiño.

—Primero a mí —dijo mi abuela levantando el brazo.

—A ti te voy a maquillar mañana tan bonita que vas a parecer la hija de tus hijas.

—Luego la llevas tú al psicólogo —le contestó Carla.

Mi abuelo nos escuchaba feliz y mi madre miraba a mi tía haciéndose gestos graciosos. Eran tal para cual. Sin embargo, mi abuela estaba con la sonrisilla sostenida en Sacha, que ya le había dicho que la iba a maquillar.

En mi caso y el de mi prima, estábamos en *shock* por la noticia de que Alex estaba aquí. Ahora entendía por qué no había pisado la promotora.

Pero bueno, si me lo pasaba por el arco del triunfo en las oficinas, imaginad en la calle…

Mi tía y mi madre estaban monísimas con los vestidos blancos que llevaban, de tirantes y por encima de las rodillas, con un cinturón rojo a juego con las sandalias. Sí, solían vestirse así de tanto en cuanto, y tan felices. Me encantaba la complicidad que tenían y el buen rollo que desprendían.

—Abuela, por Dios, que te bebes las copas de dos en dos.

Suspiré.

—¿Y lo bien que le sientan?

Como siempre, mi abuelo salía en su defensa, porque si tenía ojos para nosotras y sus hijas, para su mujer tenía luceros que se iluminaban con solo nombrarla o mirarla.

—Deja a tu abuela, que eres un coñazo.

—Sacha, te callas.

—Vas apañada.

Subió su cabeza hacia arriba y la estiró, muy altivo. Nos echamos a reír.

La mariscada era una locura a la que no le faltaba detalle y, encima, todas las piezas venían abiertas para que fuese más fácil comerlas, menos los langostinos, obviamente.

—Abuelo, una cosa, ¿te acuerdas de la pulsera que me regalaste en Reyes?

—Claro, hija, a las cinco os regalé la misma —le contestó a mi prima.

—Pues la he perdido.

Me hacía gracia Carla por las cosas que tenía y por la manera en que las soltaba.

—Papá, ya te está pidiendo que se la reemplaces —le indicó mi tía.

—Ya, ya lo he pillado. Ella sabe que se la vuelvo a comprar.

—Que sean dos, abuelo, que te olvidaste de tu nieta adoptiva.

—Este se apunta a un bombardeo.

Expresé, volteando los ojos y riendo.

—Yo te la compro, Sacha, claro que sí.

Contestó mi abuela mirándolo con esa sonrisilla que le salía y que no podía evitar. Tenía pasión por él. Y con lo del maquillaje se la tenía más que ganada.

Después de comer nos despedimos de ellos, que iban a tomar unos cafés, y nosotros nos fuimos a coger las bolsas del coche y hacer el registro en el hotel.

La habitación tenía una terracita con vistas a toda la avenida peatonal, que era donde habíamos comido.

—Yo en medio.

Sacha señaló la cama y dejó la bolsa encima para ir sacando las cosas de maquillaje y *skincare*. Eso, para él, era lo primero; luego ya deshacer su pequeña maletita.

Nosotras hicimos lo mismo. Yo me quedé con la cama más pegada al balcón y mi prima, con la del baño.

Cuando dejamos todo ordenado, nos echamos un rato sobre la cama para descansar y luego salir a la calle con ganas. Eran sobre las siete, cuando se inauguraban las fiestas del pueblo, y queríamos estar al cien por cien para vivirlas hasta las tantas.

Mi prima se levantó la primera y comenzó a decir que eran las siete y media. Me quedé a cuadros, ¿tanto habíamos dormido?

Nos fuimos duchando y preparando por turnos. Yo tenía mi *outfit* listo: una falda hasta medio muslo, tipo vaquera en tono amarillo pastel, con una camiseta blanca de cuello barco y unas sandalias del mismo color.

Mi prima iba también con falda y sandalias y estaba monísima. Y, cómo no, Sacha, reluciente y elegante.

Nos hicimos un selfi que Sacha subió a sus redes antes de salir a la calle. Nos montamos en el ascensor y le dimos a la planta baja, pero se paró en la tercera porque alguien lo debió de llamar.

Alex.

Escuché el resoplido de mi prima y la indecisión de él, sin saber si montarse.

—Entra, valiente.

Sacha, cómo no, lo retó con dos palabras.

—Antes me doy dos tiros.

Desapareció de nuestra vista y echamos una carcajada bien grande. Se había ido por las escaleras.

Salimos tranquilamente del ascensor para darle tiempo a bajar. La fiesta ya había comenzado. Y él había dado el pistoletazo de salida.

—Hombre, jefe, nos vemos de nuevo —le dijo Carla.

—Considérate afortunada.

Sonrió plenamente tras el comentario y nos adelantó.

—¡Si no tienes con quién dormir esta noche, me avisas, que te voy a hacer arder más que un fuego artificial!

Grité tras él, agilizando el paso para que se enterase.

Ni se paró, se fue alejando y se plantó en una barra de las que los bares ponían fuera, con sus mesitas para las fiestas.

—Aquí nos tomamos la primera.

Animó mi prima, que, por lo que se veía, tenía ganas de marcha y no de la que pensábamos en un principio.

Nos apoyamos en la barra, al lado de él, que estaba pidiendo un cubata.

—Tres como los de él y me cobras a mí los cuatro.

Le pedí al camarero con una amplia sonrisa.

—Me cobras a mí todo, por favor.

Quiso quedar por encima.

—Mejor.

Sonreí mientras al camarero se le escapaba una risilla y a mi prima y a Sacha otra más grande.

Alex, al vernos a todos a carcajadas, negó sonriendo casi de verdad por primera vez en su vida, porque siempre fue falso, pero esta vez sí que le habíamos hecho gracia.

—Hacemos una cosa —dijo Sacha—. Escuchadme los tres. Ahora paga el señor —se refirió a Alex— y luego cada uno de nosotros paga una ronda y así le devolvemos el detalle que ha tenido por primera vez en su puta vida.

De nuevo nos echamos a reír, pero es que a Alex se le escapó una risilla más profunda aún que la anterior.

—Prefiero pagármelas que cargar con vosotros toda la noche.

—Ni que fuésemos un paso de Semana Santa. Anda que este jefe vuestro tiene unas cosas…

—No, no, ahora te vas a quedar con nosotras y hasta que no consumas nuestras rondas no te vas. Si nosotras hemos dado una tregua aceptando que nos invites, tú vas a tener que dar otra. Aquí nada de jefes, que las fiestas son para todos igual.

El tonito de mi prima era lo mejor.

—¿Qué os hace pensar que no tengo planes?

—¿Quién va a querer hacer un plan contigo si eres capaz de amargarle la fiesta a un muerto?

Carla estaba también que se salía del pellejo con los golpes que tenía.

—Vosotros, por ejemplo, que estáis insistiendo.

Sonreía de lado.

—Estamos enterrando el hacha de guerra, pero aquí mis niñas no pueden ser las únicas que den su brazo a torcer. Tú, como jefe, debes dar ejemplo y aceptarlo. Si tuvieras un plan, ya te habrías quitado de en medio. Además, ¿con quién vas a estar mejor que con estas tres preciosidades?

—Con cualquiera.

Contestó sin titubear.

—No te lo crees ni tú.

Respondimos las tres a unísono y luego nos echamos a reír.

Capítulo 5



Habíamos conseguido que el jefe se riese varias veces con nosotras, hecho que hasta ahora no había sucedido jamás.

Desde el minuto uno, Alex fue con nosotras frío, distante, altivo y con miradas que desprendían un desprecio que nunca entendimos.

Era a la última persona que queríamos ver aquí, pero también era verdad que nosotras no éramos rencorosas y que, si nos atacaban, disparábamos, pero, si no, preferíamos la paz, el buen rollo y la armonía.

Sacha pidió otra ronda que, de nuevo, pagó Alex sin darnos tiempo a reaccionar.

—No quiero deberos nada.

Puso cara de terror, causándonos una risita.

—Pues ahora tienes otro problema añadido —le dijo Carla—. Hasta que todos no te invitemos a dos rondas, no te vamos a dejar ir.

—¿Y vosotros aguantaréis tantas?

—Hostia, nos está retando. ¡Qué arte! Me quedo muerta. Este no sabe con el trío de poderosas que ha ido a dar —decía Sacha, hablando de lo más cursi.

—Todo un reto. Me juego lo que sea a que vais cayendo antes de la última ronda.

—¿Por beberme ocho cubatas, crees que voy a ir a gatas al hotel?

La pregunta de Carla iba con risilla de provocación.

—Ocho, si no vuelvo a pagar otra y las convierto en doce.

—Hostias, el jefe. ¡Me lo como! Al final está buscando quedarse con nosotras hasta el domingo. ¡Muero de amor! Déjame darte un beso.

Se tiró al cuello de él, que estiraba la cara hacia el otro lado, y le besaba la mejilla constantemente. Mi prima y yo llorábamos de la risa.

Alex nos miraba con el cuello estirado, como implorando que se lo quitásemos de encima, pero estaba claro que eso no iba a suceder. Al final, tendría que acabar acostumbrándose a Sacha y su efusividad.

—Te habrás quedado a gusto…

Le dijo cuando se separó y Sacha se había vuelto a sentar en su silla.

—¿A gusto dice…? Conmigo no tienes ni para empezar. Si te pillo en el ascensor a solas, llegas a la planta baja desarmado.

—Venga, dale una tregua.

Le pidió mi prima, haciendo un gesto con la cabeza de que frenase un poco.

—Ahora os ponéis de su parte, ver para creer.

—Me están cogiendo cariño.

Aguantaba la sonrisilla. Parecía otro. Estaba mucho más relajado.

—Entonces, ¿me vas a decir a qué viniste aquí?

Le preguntó mi prima por décima vez, intrigada.

—Pues a lo mismo que vosotras, a vivir las fiestas del pueblo.

—No cuela, Alex, tú eres un lobo solitario que andas enfadado con el mundo y al que el ruido le molesta, ¿qué pintas aquí? —preguntó Carla.

—Pues reír se está riendo —indicó Sacha.

—Vuestro amigo me entiende mejor que vosotras.

—Amiga, por favor, sin faltar el respeto.

—Perdón, perdón.

Apretó los dientes y me miró a mí como buscando complicidad.

Mis abuelos aparecieron y se sorprendieron mucho de vernos con Alex, al que saludaron cariñosamente de nuevo. Los padres de él y ellos se llevaban muy bien y hasta quedaban de cuando en cuando para comer.

Juntamos otra mesa y se sentaron con nosotros. Mi madre y mi tía estaban perdidas por el pueblo, a su aire.

—Es muy guapo.

Comentó mi abuela, refiriéndose a Alex.

—Ya me lo he comido a besos, Carmen.

—Me tienen aquí asustadísimo, señora.

—Si son tres soles.

Contestó mi abuelo y ella afirmaba.

—Bueno, tanto como soles…

Carraspeó Alex después de decir eso, pero también sostenía la risilla en la cara y miraba a mi abuela de lado.

—Mejor que soles, hijo, solo debes conocerlas un poquito más.

Le sugirió mi abuela con ese tonito gracioso.

—Casi me han raptado y tiene pinta de que durará el secuestro toda la noche.

—Pues será la mejor de tu vida.

Contestó Sacha, causándonos una risa, incluso a Alex.

Mis abuelos llevaban a vinitos desde que comieron. No tenía ni idea de dónde sacaban tanta vitalidad, pero es que estaban como dos rosas y, encima, no había quien los ganase a un torneo de vinos, que más de una vez lo intentamos mi prima y yo.

Se tomaron sus copitas y se marcharon a buscar a sus hijas para cenar con ellas. Nosotros les dijimos que iríamos de tapeo de un bar a otro.

Coincidimos en este primero en pedir un surtido de ibéricos de la zona para probar. Nos pusieron una bandeja con quesos, jamón, lomo y butifarra.

Y también la pagó nuestro amigo Alex, que se las ingeniaba muy bien. Como decía Sacha, quería tenernos todo el fin de semana enchufadas en su culo.

Cada vez se le notaba más cómodo y relajado…

Mi prima y Sacha no dejaban de buscarle la lengua, mientras yo notaba que sus miradas y atenciones iban mucho más a mí que a ellos.

Una de las veces que se fueron al baño y nos dejaron a solas, Alex se me quedó mirando mientras sostenía la risilla de medio lado y como esperando a que yo le dijese algo.

—¿Qué? —pregunté riendo.

—¿Te parece poco que me hayáis retenido?

—Que yo sepa, ahora lo tienes fácil para irte.

—Me encontrarían en cinco minutos.

—Será que no te quieres ir.

—O que no tengo mejor opción.

—¿Por qué intentas obviar que te lo estás pasando bien con nosotras? Deberías quitarte de encima esa inquina que nos tienes y que no se asemeja a la realidad.

—Vosotras comenzasteis la guerra.

—No te rías, que no es así. Sabes bien que desde el principio a las que peor tratabas era a nosotras.

—Jamás os traté mal.

—Bueno, nos hacías desprecios y siempre ibas altivo.

—¿Iba? ¿Qué te hace presuponer que el lunes no estaré igual?

—¿Y qué te hace presuponer a ti que te lo vamos a permitir?

Le hice una burla y negó sonriente.

—Ya estamos aquí y más vale que me la hayas tratado bien.

Le dijo Sacha señalándome a mí.

—Hemos estado de lo más a gusto.

Soltó descaradamente, sin dejar de mirarme y sonreír.

—Tienes un morro que te lo pisas.

—¿Qué le has dicho a mi prima? Mira que no llegas el lunes vivo al curro, jefe.

—Todo lo contrario, le decía a tu prima que cambiaré mi actitud a partir de ahora.

—¿Tendrás poca vergüenza?

Solté una carcajada y a él se le escapó una risilla que no pudo aguantar.

—Este se la está buscando y no son ni las diez de la noche.

El comentario de Sacha nos hizo reír a carcajadas de nuevo.

Nos fuimos a otra de las terrazas de los bares para cambiar de lugar y así probar otra ración de lo típico del establecimiento.

En esta ocasión fue una ración de un surtido de frituras de choco, puntillitas y bienmesabe.

¿Y a que no sabéis quién la pagó?

—Muy bien, Alex, con esto dejas claro que hasta el domingo, por lo menos, de la semana que viene vamos a tener que estar de fiesta. Así que prepárate para la semana que te espera en la oficina, de llegar mi prima y yo con las copas en las manos para los tres —le dijo Carla.

—No seréis capaces.

—Si llegó con el tanga en la mano, ¿cómo se te ocurre ponerlas en duda, alma de cántaro?

—También es verdad… —le contestó Alex.

Miró hacia el cielo y se santiguó ante la risa de nosotras.

Alex estaba siendo muchísimo más divertido de lo que jamás hubiera imaginado y nos estaba dando unos momentos que, para nosotras, se quedaban, porque, a lo tonto, no veas cómo las soltaba y nos picaba para buscarnos la lengua.

Después de un buen rato en ese bar, decidimos irnos a la carpa donde estaba la fiesta, en la que la gente tomaba copas de pie mientras bailaba al ritmo de canciones que ponía el DJ.

Capítulo 6



Llegamos a la carpa y pedimos una ronda; esta vez fui yo la más avispada y pagué sin darle tiempo a que nos hiciera ninguna de sus jugadas.

—Vamos, jefe, a menear el cuerpo.

Le dijo Carla, instándole a que nos fuésemos al centro a bailar.

Más que bailar, Alex nos acompañaba, porque quienes realmente se estaban rompiendo las caderas y meneándose al ritmo de las canciones comerciales que sonaban eran Sacha y Carla.

En esos momentos me daba cuenta de que la vida se trataba de sanar, de que no siempre había que ir en pie de guerra con personas que no estuvieron a la altura en nuestras vidas y que estas también tenían derecho a cambiar.

Muchas veces nos empeñamos en hacerle una cruz a alguien por el simple hecho de que no hubo una conexión o complicidad inmediata. Juzgamos poniendo prejuicios a actitudes que pueden ser momentáneas o estar rodeadas de inquietudes que tiene una persona.

Alex, en plan relajado, parecía otra persona y me hacía reflexionar sobre la posibilidad de que no fuese como se mostraba ante nosotras en la empresa, sino que fuese así: divertido, provocador y de los que le gusta retar.

Una vez aprendí una lección, y es que, en la secundaria, hubo una chica que a todos nos caía mal y era muy distante; parecía que le molestaba el mundo. Se creó un ambiente muy feo alrededor de ella porque, al final, siempre

estaba sola y en boca de todos. Su mala actitud, reflejada en los gestos de su cara, no le ayudaba en absoluto.

Hasta que un día descubrimos que estaba siendo víctima de maltrato en su casa por su propio padre, que había sido detenido ese mismo día. Fue entonces cuando entendimos que su actitud no era más que el dolor que llevaba acumulado a sus espaldas.

Ese día entendí que no se podía juzgar a las personas sin conocerlas y que detrás de cada uno de nosotros podía haber una historia que nos hiciera ponernos en su lugar y entender el dolor que podían estar atravesando.

De ahí que ahora me gustase el Alex que estaba viendo y poder descubrir que, detrás de esa cara amargada, había un hombre divertido y muy irónico.

Me estaba comentando que en la barra había unos clientes que nos habían comprado una casa de lujo cuando nos dimos cuenta de que Sacha y Carla no estaban a nuestro alrededor.

Dimos por sentado que habían ido al baño.

Pero pasaron cinco minutos, diez, quince y ni rastro de ellos. El caso es que los llamé por teléfono y ninguno me lo cogió. Estaba claro que no se enterarían con la música y que lo llevaban en su bolso, pero, joder, ¿no nos habían echado de menos y llamado?

Nos pedimos una copa y nos pusimos en la entrada de la carpa por si los veíamos entrar o salir. De todas maneras, se estaba mejor fuera que dentro.

—¿Y si no te han querido coger el teléfono y lo han hecho para dejarnos solos?

—¿Tú crees que me dejarían sola ante el peligro?

—Lo mismo se han dado cuenta de que las lobas habéis sido vosotras y que no soy tan fiera como me habéis pintado.

—Me llamaste borracha el otro día y fue muy feo lo que me dijiste de las bragas. No te hemos pintado como nada que no te hayas buscado tú solito.

—Y apareciste con un tanga en las manos.

—Y las sandalias. —Me reí—. Pero eso no quita que tú… ¿Me estás poniendo cara de sensualidad?

Corté la conversación porque me estaba mirando de una manera que, como mujer, podía interpretar fácilmente.

—¿Te dio esa impresión?

—Y sigues.

Me llevé la mano a mi cara y me la refregué lentamente mientras soltaba el aire de mis pulmones. ¿Quién era este nuevo Alex?

—Venga, termina de atacarme.

Reía flojito, pero en su pecho se veían los movimientos de no poder parar de hacerlo.

—Nada, que tú solito te lo has buscado todo y ahora me vienes con el drama de que fuimos nosotras.

Justo cuando dije eso, me dio por mirar al escenario, ya que todos comenzaron a aplaudir, y vi a mi prima y a Sacha en lo alto, junto a la orquesta que acababa de subir.

—Madre mía.

Murmuró Alex, haciendo como que se escondía.

Comenzaron a cantar la canción tan viral con la que se hizo famosa otra orquesta de cuatro chicas que estaban triunfando. Y ahí estaban las dos, bailando con el «yo quiero que me des…».

El caso es que lo hacían bien; la gente cantaba y bailaba, siguiendo la coreografía, que no es que tuviera mucho misterio.

Lo más gracioso fue que hasta Alex se llevó la mano a la boca y me lanzó un besito mientras cantaba esa parte de la canción.

Mi jefe estaba de lo más raro conmigo. Sus gestos me daban a entender que estaban pasando a un coqueteo de provocaciones constantes.

—¿Y si nos tiramos toda la noche huyendo de tus granos?

—¿Cómo que mis granos? ¿Has llamado granos a mi prima y a Sacha?

Me eché a reír a carcajadas.

—¿Y cómo quieres que lo llame si ahora mismo es lo que nos separa a ti y a mí de pasar una noche diferente?

Me hizo un guiño.

—Espera, tú me estás vacilando, ¿verdad?

—En absoluto.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero algo contigo?

—Porque serías la única que se me hubiese resistido, y eso no es una probabilidad —me dijo al oído.

—Solo por lo que has dicho, así fueses el último hombre del mundo que existiese sobre la tierra, no tendría nada contigo. Estás muy subidito.

—El que avisa no es traidor.

—¡Para!

Me eché a reír porque no podía ser cierto el comentario que me había hecho ni cómo lo daba por hecho, nunca mejor dicho.

Pues parecía que las chicas no tenían intención de bajar del escenario hasta que la orquesta no lo hiciera. Se estaban sintiendo las reinas de la noche y lo mejor de todo es que el público animaba un montón.

—Vamos a ir a pedir otra.

—¿Me has dado un pellizco en la nalga?

Mi boca se abrió fuertemente.

—¿Así?

—¡Alex!

Me reí cuando le debía dar una hostia, pero, claro, ¿y por qué no se la daba?

Punto uno: ¿Me gustaba su nueva actitud?

Punto dos: ¿Por qué era mi jefe? No, esa no podía ser.

Punto tres: No podía caer en sus redes solo por lo que había dicho.

Punto cuatro: ¿Me estaba seduciendo?

Lo seguí hasta la barra, donde nos pedimos dos copas, y al girarnos para mirar hacia el escenario nos encontramos con que también había subido mi abuela.

—Ahora es cuando me voy de aquí.

Cogí la copa y salí hacia el exterior de nuevo, mientras Alex me seguía detrás, dándome pellizcos en la nalga.

Y, ni corto ni perezoso, me agarró por la cintura y comenzó a mover las caderas, intentando llevarme a su ritmo.

—¿De qué vas?

—Si me lo preguntas a carcajadas, no te puedo tomar en serio.

Seguía moviéndome a su merced y el caso es que yo ya me estaba dejando llevar.

—Tú no serás un hermano gemelo de Alex y me estás dando coba, ¿verdad?

—Tendrás que averiguarlo…

Capítulo 7



Y, llevándome a su ritmo, nos alejamos de la caseta y nos dirigimos por la animada calle a buscar una terraza que había en una plaza que también tenía su propia fiesta.

—Tú sabes que yo voy a ser la excepción a todas las que te dijeron sí, ¿verdad?

—¿Y qué te hace tenerlo tan claro? ¿Te he preguntado acaso?

—¿Quieres dejar de mirarme con esa cara como si me fueses a comer viva?

—Lo estás deseando, Lola.

—¡Deja de reírte!

Negué, con la risa suelta, dándolo por perdido.

—¿Te pongo nerviosa?

—¿A mí?

—No veo a nadie más.

—No lo digas muy alto, que se me cuela toda mi familia aquí en un visto y no visto.

—¿Te tienen un rastreador puesto?

Me apartó el mechón de flequillo, colocándolo suavemente detrás de la oreja.

Estaba provocándome demasiado y, además, miraba mis labios constantemente y de manera descarada.

—Más que rastreador, tienen habilidad para encontrarme, pero ese no es el caso. El tema está en que tú te estás acercando más de lo normal, buscando que yo caiga en tus redes como esas facilonas a las que estás acostumbrado a encontrarte.

—Cuidado cómo las llamas, que tienes todas las papeletas para comerte tus propias palabras.

Lo susurró a mi oído.

—Alex, te estás envalentonando mucho, ¿no crees?

—Yo lo que creo es que tengo hasta el domingo para disfrutarlo contigo.

—¿Conmigo o con todos?

Mi cara era de incredulidad. ¿Qué cojones le pasaba a este hombre hoy?

—A ser posible contigo sola, pero, si tengo que cargar algunos ratos con los demás, no me será mucho problema.

—¿Tú estás seguro de que estás hablando en tus cabales?

—Tendrás que averiguarlo…

Le di un trago a la copa después de voltear los ojos y negar.

Por mi vida que yo no reconocía a este hombre. Tenía que ser un hermano idéntico.

No, porque había detalles que no podrían tener dos mismas personas.

Y el mismo timbre de voz…

El problema es que había algo que no me encajaba, pero lo de un hermano lo descartaba; eso era inviable. Hasta me daba por pensar que estaba aquí porque se enteró de algún modo de que nosotras veníamos.

¿Y si estaba buscando algo que a mí se me escapaba de las manos?

Era imposible que una persona cambiase tanto de la noche a la mañana y, después de tanto tiempo despreciándonos, ¿cómo me iba a querer ahora comer viva?

Todo me olía un poco raro…

—¡Os encontramos!

Un grito inconfundible de Sacha nos hizo girarnos de golpe.

—¿Qué habéis hecho con el abuelo?

Pregunté al ver que con ellas venía mi abuela con su copita en la mano y la sonrisa de felicidad.

—Lo hemos dejado durmiendo. Estaba cansado.

—Y le hemos pedido que nos deje a la abuela de marcha con nosotras.

Soltó Sacha antes de dejar escapar una risilla pícara y llevarse la mano a la boca.

—Mañana me va a hacer un maquillaje que me va a quitar treinta años.

—Abuela, deberías beber con más calma.

Resoplé.

—Cariño, que la noche no ha hecho más que empezar.

Levantó su copa y se puso a menear sus caderas. Mi abuela no tenía remedio.

Alex tenía la risilla suelta.

—¿Te lo tiras tú o me lo tiro yo?

—Sacha, por favor.

Le reprendí hasta con la mirada.

—Te está comiendo con la vista.

Me hablaba al oído.

—¿Quieres parar? Es de falta de educación hablar en el oído cuando hay gente.

—Pues tú lo has querido. ¿Te lo follas tú o me lo follo yo?

Me preguntó en alto mirando a Alex.

—Tú, tú.

Me pidió Alex rápidamente y mi abuela escupió el trago que tenía en la boca. Carla se dobló de la risa.

—Es un cobarde.

—Sacha, no lo busques mucho, que ya de por sí está animado.

—¿Y por qué le dices eso? —preguntó Alex haciéndose el santo.

—Calla, que estás más guapo callado.

—¿Me pongo en plan jefe?

—Si quieres cobrar, ánimo.

Le retó Sacha y mi abuela se ponía la mano en la frente y formaba la o con la boca. Estaba disfrutando de lo lindo.

—Creo que vamos a tener que hacer una fuga exprés.

—La tendrás que hacer tú, yo estoy con los míos.

—Pues cuando todos te abandonaron, he sido yo quien te ha cuidado.

Me despegué, ya que me estaba hablando al oído, y comencé a reírme. Alex tenía cada cosa que por nada del mundo me hubiese esperado.

Mi prima y mi abuela no dejaban de mirarme con la risa sostenida, a sabiendas de que el jefe me estaba provocando continuamente.

Sacha, en cambio, bailaba a ritmo de la música con su bolso al hombro, la copa en su mano y el cuello estirado en plan diva.

Alex seguía provocándome con gestos cuando nadie lo miraba, guiños y movimientos de cabeza que me pedían continuamente esa fuga exprés.

Lo estaba comenzando a tomar por loco por mi salud mental.

Y, de nuevo, cuando estaba distraída mirando hacia un grupo que estaba bailando improvisadamente flamenco, me di cuenta de que me habían dejado otra vez a solas con Alex.

—Pero bueno, ¿y dónde han ido?

—¿Qué te hace creer que te lo voy a decir?

—Dios mío, la que me ha caído encima.

Me refregué la mano por la cara y suspiré.

—Reconoce que estás de lo más a gusto.

—Y tú, más vale que asimiles que no soy un objetivo porque no me vas a llevar a tu terreno, jefe.

—¿Quieres que te trate como un jefe? ¿Te va lo duro?

—Definitivamente, en mi vida pensé que estarías como una cabra.

—No estoy como una cabra. Es tu orgullo el que habla.

—Si crees que estoy deseando tener algo contigo, ya te digo que te bajes del árbol y pongas los pies en la tierra.

—Son muchas las palabras que te vas a tener que tragar.

—Y tú, muchos los cabezazos que te vas a tener que dar contra la pared cuando te des cuenta de que no soy como las demás.

—¿Y en qué te diferencias?

—Déjalo, hablar contigo es como hacerlo con un muro. Y deja de tirarme pellizcos en el culo.

Me reí negando.

A él parecía darle igual todo, ya que no paraba de hacerme guiños, acariciar mi espalda y abrazarme de lado, tomándose la libertad de besar mi mejilla.

¿Estaba bueno?

Sí.

¿Era guapo?

También.

¿Tenía un repaso?

Y de los grandes.

¿Me hubiera liado con él si no me hubiera dicho eso?

Puede.

¿Lo haría?

Pues claro que no, porque si había algo en la vida que me diese más rabia, era un hombre que se pensaba que por señalarte con un dedo ya te tendría en su vida.

Eso conmigo no iba a suceder.

Me encantaban los diálogos que tenía conmigo misma para hacerme entender las cosas. Eran mis dos versiones.

Me puse a bailar con mi copa en la mano, un poco despegada de él y moviéndome en el mismo sitio, pero, claro, se acercó, me rodeó con la mano y, pegándome a él, me quiso llevar de nuevo a su ritmo.

Se quedó mirando mis labios por unos segundos.

—Ni se te ocurra o eres hombre muerto.

—Eso implicaría que te verías involucrada en un asesinato.

—No te creas que me iba a temblar el pulso.

—No serías capaz.

—Alex…

Me dejó un beso en la comisura de los labios.

—Me vas a desear muchísimo.

Me hizo un guiño y le di un puñetazo en el hombro.

Me dolió más a mí.

Alex seguía a su ritmo, moviendo las caderas, que no lo hacía nada mal. No había nada más jodido que un hombre guapo y con buena planta, moviéndose de esa manera.

Sal de esos pensamientos, Lola.

Me tenía que recordar a mí misma que caer en sus redes no era ninguna opción.

Capítulo 8



No sé cuántas copas llevaba, pero ya me daba igual todo lo que me decía Alex y bailaba disfrutando de la noche.

Mi prima, Sacha y la abuela aparecían y desaparecían como por arte de magia; parecía que se habían propuesto que entre Alex y yo pasase algo esta noche.

—Ya nos quedan menos de dos horas para comer churros con chocolate.

—Y me da que no los comeremos solos, esos tres aguantan.

—¿No piensas que se han ido a dormir?

—¿Pensar eso? Será mi abuelo el que nos dé el encuentro y se una a las fiesteras para desayunar. Esas tres vienen de nuevo antes de media hora.

—Las que no han aparecido son tu madre y tu tía.

—Están en el rincón del flamenco, la bodega de la esquina. No falla.

—Siempre podemos coger los churros y el chocolate y tomarlos en mi habitación.

—Analiza lo que has acabado de decir, Alex.

—Que, si quieres, podemos desayunar tú y yo —ahuecó su mano en un lado de mi cara y la acarició con el dedo pulgar— juntos en mi habitación.

—Verás, a ver cómo te lo digo sin hacerte daño —bromeé, porque es que ya lo daba por perdido—. Ni aunque seas el último hombre del mundo…

No me dio tiempo a decir nada más cuando ya estaba besando mis labios y hasta mordisqueándolos.

Tenía dos opciones.

Opción una: seguir disfrutando de sus labios.

Opción dos: hacerme la dura y empujarle.

—He dicho que no.

Lo separé riendo y sin ponerle mala cara.

—Sí, claro, al minuto de disfrutar de mis besos. Has caído, Lola.

—¿Y te sientes más hombre por eso?

—Más esperanzado, diría yo.

Su sonrisa era una provocación y, encima, se le formaban dos hoyitos en cada mejilla que eran dignos de portada de revista.

No, Lola, con tu jefe no. Si antes os matabais, después de un lío os ibais a rematar más. No podía ser y menos ser una más.

—No lo vuelvas a intentar.

Le señalé con el dedo, pero atrapó mi muñeca y se lo metió en la boca, el muy descarado. Lo saboreó y luego lo llevó a su camisa para secarlo con los movimientos.

Sin habla, me dejaba sin habla.

—No voy a dormir contigo. No lo voy a hacer.

—¿Dormir? Eres muy atrevida.

Me hizo un guiño.

—No vayas ahora de santo, que eres tú el que has insistido para…

—Desayunar.

Me interrumpió.

—Pues yo voy a desayunar como todo el mundo. En una de las terrazas que van a ofrecer los churros con chocolate.

—No serás capaz.

—¿Y por qué me hablas al oído si todo el mundo va a su bola y nadie nos está escuchando?

—Para ponerte la piel así.

Me pasó el dedo por el brazo, y era cierto que se me había erizado.

—Dios, dame paciencia, que como me des fuerza, este coge una baja de un mes.

Me dije a mí misma en alto.

—¿Tú y cuántas como tú?

Me echó la mano por el hombro y besó mi mejilla. Cómo no, se reía y estaba disfrutando del momento picándome. Lo peor de todo es que me estaba encendiendo como una llama.

No te puedes tragar tus palabras, Lola.

¿Y si me las trago, qué?

¡No puedes!

Pero es que lo deseo.

De nuevo mis dos versiones discutían por lo que estaba pasando, realmente lo que me estaba pasando, bueno, lo que nos estaba pasando.

El problema es que no me lo terminaba de creer, ¿a qué venía ese cambio?

Mi familia siempre me decía que tenía un sexto sentido y, en ese momento, lo estaba sintiendo con claridad: había algo, una especie de alerta, que me decía que no debía fiarme de él. El problema era que no parecía estar fingiendo en absoluto; al contrario, se mostraba de lo más cómodo conmigo.

Alex nunca me había mirado así.

No, no quería seguir en ese diálogo interno constante. Quería ser yo, en toda mi esencia, sin preguntas ni respuestas que me hacía y me contestaba a mí misma.

Di un trago largo a la copa y me la terminé de beber.

—Vamos a por otra.

Cogió mi mano y tiró de mí.

—Yo ahora quiero un refresco de cola. No más alcohol.

—Perfecto, un refresco para la niña y un cubata para el señor.

—¡Gilipollas!

Le grité mientras me reía.

—Te estás buscando que te lleve a la habitación y te dé pan y agua.

—Pues anda que no te iban a caer hostias de aquí a allí.

—No me tientes.

Aguanté la risilla y me paré a su lado en la barra, donde pidió la bebida. Justo llegaron mi prima y Sacha, que habían dejado a la abuela en el hotel porque decía que sus piernas ya no aguantaban más.

Normal, llevaba desde el día anterior en tacones…

—Sois mi salvación, porque este «señor» —hice el entrecomillado con los dedos— de aquí, dice que me quiere llevar a su habitación y tenerme a pan y agua.

—Llévame a mí, valiente.

Le retó Sacha, poniéndose las manos en la cintura y sacando pecho.

—Mejor no llevo a nadie.

Contestó levantando las manos y riéndose.

Las chicas se pidieron también un refresco. Eran como yo: llegaba un punto de la noche en el que decíamos basta, y era basta. Lo raro era que, con todo lo que yo había bebido hoy, casi me mantuviese perfecta. Y digo casi porque el puntito lo tenía encima.

Nos acomodamos en una mesa para hacer tiempo e ir a desayunar a la primera que abriese. Mi prima me había dicho que había visto un cartel en una que empezaba a las seis de la mañana, cuando el resto lo hacía a las siete.

—Cuando desayune, me meto en la cama del tirón, que a la una tengo a la abuela llamando a la puerta para que la maquille.

—Yo también me acuesto del tirón.

—Conmigo.

Me soltó Alex, causando una risa a los tres, a la vez que Sacha ponía cara de asombro. Lo que se estaba soltando mi jefe no era normal.

En cuanto comenzaron a dar churros, ya nos habíamos acomodado en ese lugar. Pedimos una redonda grande con chocolate para mojar y unos cafés.

Alex no paraba de darme golpecitos con el pie o agarrarme el muslo con la mano por debajo de la mesa. Me tenía de lo más nerviosa. No paraba quieto.

No vas a dormir con él. No se lo puedes poner fácil.

¿Y si mañana ya no es el mismo?

De nuevo mis versiones hablaban mientras disfrutaba de los churros e intentaba no pensar, pero eso era imposible con un Alex que seguía provocándome de mil maneras sin importarle que hubiera más personas delante.

Cuando terminamos de comer, nos dirigimos al hotel y nos montamos en el ascensor. Justo cuando paramos en su planta, sacó su codo para que me agarrase a él y fuese a la habitación.

Le di un empujón y lo saqué fuera.

—Si te arrepientes, estoy en la doscientos doce.

—Ahora lo mismo va cuando se duche.

Le contestó Sacha a la vez que se iban cerrando las puertas.

Nos reíamos a carcajadas, pero la verdad era que algo dentro de mí me estaba diciendo que había sido gilipollas por no ir con él.

No podía liarla.

¿Había hecho bien?

Lo mejor era darme una duchita y meterme en la cama para dormir lo antes posible y no pensar mucho.

¿Y por qué le estaba dando tantas vueltas al tema? Hacía veinticuatro horas era mi mayor enemigo y ahora… ¿Qué era ahora?

Mientras me duchaba, pensaba que quizás, cuando me levantase, ya no lo volvería a ver porque me evitaría.

¿Se lo habría tomado a mal?

Capítulo 9



Escuché cómo llamaban a la puerta y, como mi prima decía que era la abuela, fue ella a abrir.

—¿Ya es la una? —me preguntó Sacha.

—Sí, y te toca maquillarla.

—Ya estoy aquí para que me pongan bien sexi.

Mi abuela vestía con una falda vaquera hasta las rodillas y unas sandalias de tacón amarillas a juego con la camiseta. La verdad es que conservaba un buen cuerpo y lucía muy elegante.

Carla pidió que nos trajesen unos cafés a la habitación y un refresco a la abuela, que realmente había pedido una cerveza, pero mi prima no le hizo caso.

Sacha comenzó a maquillarla, preparándole primero la piel con un *skincare* que llevaba hasta masaje facial incluido.

—Pues yo me he levantado hace un rato —decía ella—. El abuelo estuvo desayunando con sus hijas a las nueve de la mañana. Se las encontró cuando venían de recogida.

—¿¡A las nueve de la mañana!?

—Sí, han estado en la caseta rociera toda la noche, por lo que me ha contado el abuelo cuando ha venido a despertarme.

—Vaya marcha se traen mis tatas —dijo Sacha.

—Desde luego que siempre nos acaban derrotando.

Me reí con el comentario de mi prima.

Desde luego que tenían a quién salir, porque su madre era así. Solo había que verla, cómo estaba de feliz pintándose después de que estuvo hasta altas horas de copas y disfrutando de la fiesta.

Qué bonito la había maquillado y qué de años que le había rejuvenecido. Mi abuela daba saltitos, aplaudiendo de felicidad. Se lo comió a besos antes de ir a buscar al abuelo, que ya la esperaba en una de las terrazas tomando algo.

En mis pensamientos solo estaba Alex.

¿Estaría hoy también con nosotros?

No, no quería hacerme más preguntas.

Me dispuse a terminar de arreglarme mientras Sacha maquillaba a mi prima y, ya luego, me maquillaría a mí de la manera tan natural como me gustaba, dejándome la piel muy «jugosita».

Quedamos monísimas las tres y nos fuimos hacia la calle a comer algo y dar el encuentro a la familia.

Al llegar a la segunda terraza, nos encontramos a los abuelos y a Alex, que del tirón me miró sonriente y sin perder esa picardía del día anterior.

—Hombre, nuestro querido jefe —dijo mi prima.

—Ya me han cogido cariño.

Les dijo a mis abuelos, haciendo que nos riésemos.

—Bueno, cariño, cariño…

Hice el gesto con la mano de regular.

—Sí que se lo habéis cogido. Colaborad, que el chiquillo está muy participativo, amable y cercano.

—Abuelo… —Volteé los ojos.

—No le gusta que me defendáis.

Se encogió de hombros.

—¿Y las reinas? —preguntó Sacha por nuestras madres.

—Durmiendo. Creo que se despertarán esta noche para salir de nuevo hasta mañana —respondió mi abuelo con esa risilla tan adorable.

Nos pedimos unas raciones de ensaladilla rusa, pulpo a la gallega, patatas chips recién hechas, croquetas de marisco y unos montaditos de carrillada.

Mi abuela estaba preciosa y no dejaba de hacerse selfies para elegir uno para su foto de perfil de las redes. Otra a la que no le gustaba presumir…

Alex, de nuevo, me ponía la mano en la pierna y la acariciaba por debajo de la mesa. No se cortaba un pelo.

Realmente me había hecho mucha ilusión verlo allí y saber que no había salido corriendo como un cobarde tras una negativa por mi parte de terminar en su habitación.

Las croquetas fueron un éxito y pedimos otra ración para repetir, porque habían sabido a poco.

Después de comer, mis abuelos se marcharon a encontrarse con unos amigos que acababan de llegar y con los que iban a pasar la tarde.

Los cuatro decidimos irnos a la placita, donde había una heladería en la que podíamos tomar unos buenos postres y un café.

Aún no teníamos cuerpo para empezar con la bebida fuerte.

—Joder, está ahí Matías.

El comentario de mi prima nos hizo girarnos a Sacha y a mí.

Matías era un ex de Sacha con el que había estado unos meses viéndose a escondidas y que terminó la relación porque mi amiga le dijo que o daba la cara o no seguía siendo solo una aventura.

Terminaron por eso, porque ese hombre no estaba dispuesto a que su familia y amigos se enterasen de que le gustaba un chico afeminado que se sentía mujer. Era lamentable, pero cierto.

Nos vio y nos evitó. Ni siquiera se acercó a saludar, porque así era él. Su reputación iba por delante de todo, aunque eso lo hiciese un infeliz.

Sacha le contó por encima a Alex lo que tuvo con él y por qué terminaron.

Me pedí un helado de turrón con chispas de almendra y crema de chocolate derretido por encima. La tarrina pedía una foto, así que le hice una en mi mano para tenerla de recuerdo.

Mi prima se había pedido una canoa que traía un plátano con tres bolas de helado de chocolate, nata y vainilla, con sirope de caramelo por encima. Lo probé también y estaba espectacular.

Sacha se pidió una tarrina de nata con trozos de Kinder y Alex un café helado que probé y me dejó loca por la textura y el sabor que tenía.

Debería habérmelo pedido.

Siempre pasaba que, cuando se pedían cosas diferentes, al final terminabas queriendo justo lo que había pedido otro.

No me lo pensé y le dije al camarero que me trajese uno, y puse mi helado en el centro de la mesa para compartirlo con todos.

De esto no me iba a quedar con las ganas, ya demasiado que me quedé por la mañana con las de haberme ido con él.

Sí, lo confieso.

Alex no dejaba de buscarme y hasta me ponía mensajes al móvil, diciéndome que esa noche era la última oportunidad antes de que regresásemos todos a la ciudad.

Le respondía con emoticonos de risitas.

¿Qué podía decirle ante esas provocaciones?

Disfruté del café helado como una niña pequeña y me tomé también un café normal. De allí íbamos a salir rodando con tanto comer y beber.

Lo bueno es que me gustaba cuidarme y hacía mucho deporte, ya que solía salir a la fresquita por las noches a correr durante una hora por el paseo marítimo de la ciudad. Solía hacerlo con mi prima y, en más de una ocasión, se unía Sacha, aunque a ella le iba más el gimnasio y sus rutinas.

Y, hablando de Sacha…

Hoy estaba más tranquila, recuperándose de la noche anterior, igual que mi prima y yo, porque lo que era Alex parecía que tenía pilas alcalinas y ya se había pedido una copa de vino después del café helado.

Para mí era impensable que, hasta la cena, empezase con un vinito o una cerveza, porque aún sentía los estragos del día anterior.

Matías se estaba dando más paseos de lo habitual frente a nosotros, hasta que se paró a tomar una copa apoyado en una de las barras.

—A mí me da que ese está pidiéndote guerra.

Le dijo mi prima a Sacha, totalmente convencida y afirmando con la cabeza.

—Pues se va a comer lo que yo sé. Él decidió hace tiempo y a mí no va a venir a volver a desestabilizarme. Vamos, que lo tenga muy clarito, porque como se acerque, se va a arrepentir de haberlo hecho, por las cuatro cosas que le voy a decir.

—Pasa de él. No merece la pena —le dije.

—Claro que paso de él, por eso mismo que ni se le ocurra acercarse si no quiere llevarse una sorpresa, y no precisamente la que tengo entre mis piernas.

Nos provocó una risa tremenda, y es que arte tenía. Y, encima, de la manera que lo decía, no le quedaba ni vulgar. ¡Hasta para eso había que tener glamur!

El caso es que no se merecía ese tío que Sacha de nuevo le diese cabida en su vida, porque nunca iba a cambiar.

Capítulo 10



Nos habíamos pasado toda la tarde en la heladería tomando cafés y refrescos, menos Alex, que llevaba tres copitas de vino encima y estaba tan feliz.

Teníamos claro que queríamos cenar en la marisquería en la que comimos el día anterior con la familia, así que nos dirigimos allí con la suerte de que nos dieron una mesa en la terraza sin tener que esperar.

Aún no sabía qué pintaba Alex aquí ni por qué estaba todo el tiempo con nosotros. El caso es que, sorprendentemente, me gustaba su presencia y el juego que se traía conmigo.

El Alex de ahora no tenía nada que ver con el de la oficina, donde no es que estuviera amargado todo el día ni mucho menos, pero sí se llevaba bien con todos menos con nosotras, como si cada vez que nos veía algo se le revolviera por dentro.

Hacía tiempo que no sentía este cosquilleo por nadie, mucho tiempo, desde que estuve con Jimmy, uno de los hombres que más amé en mi vida.

Mejor no recordar.

Le pedimos al camarero una bandeja de marisco exclusiva de la casa para cuatro personas y cuatro cervezas.

—Joder, mira la abuela.

Carla nos enseñó el móvil y los tres nos quedamos a cuadros.

Había subido a su Instagram una foto en la que salía de lado, dando un sorbo a la copa de vino, con una mirada a modo de inspiración, y se le apreciaban la sombra de ojos, el rubor y una piel que era una pasada.

Se la veía de lo más rejuvenecida y la foto era una preciosidad, llena de luz y vida. Tenía cientos de comentarios y *likes*. La verdad es que la querían mucho en las redes.

Y, aunque no era *influencer* ni nada por el estilo, porque no llegaba a tres mil seguidores, los que tenía eran de calidad y siempre estaban ahí, al menos una buena parte.

A Sacha no se le ocurrió otra cosa que escribirle a mi abuela y decirle que lo pusiera como colaborador, ya que lo había etiquetado como la persona que la había maquillado.

Lo leyó enseguida y le envió la invitación, que Sacha aceptó.

—Verás cómo le suben los *likes* e incluso los seguidores a la abuela.

Comentaba mi prima con la risilla suelta.

—Por eso lo he hecho, para que la abuela sea tan famosa como yo.

Sacha tenía un arte que no podía con él.

Alex seguía la publicación desde su móvil y nos comentaba cómo le iban subiendo los *likes* y los seguidores a la abuela.

En menos de una hora se coló en los diez mil seguidores. Debía de estar tocando las palmas de felicidad; era como si la estuviera viendo.

De nuevo, Alex apretaba mi muslo, poniéndome nerviosa, mientras yo pelaba una gamba y le daba una patada en el tobillo para que se estuviese quieto.

Estaba claro que, si me tocaba la pierna, era porque ya sentía cierta confianza, bueno, desde ayer, que me pellizcaba el culo constantemente y hasta se atrevió a besarme.

Y recordaba ese beso como algo que me despertó en muchos sentidos y que alteró muchas de mis emociones.

Me sentía bien con él al lado en esos momentos y me apetecía que la noche durase una eternidad.

¿Te estás poniendo romántica?

Volvía a sacar mis versiones, esas que me hacían salir del momento para llenarme de dudas.

Y no quería salir de este.

—¿En qué piensas, *amore*?

Me preguntó flojito Alex, mirándome de lado, cuando mi prima y Sacha estaban hablando de una publicación de alguien.

—¿Por qué me llamas *amore*?

—Porque llamarte mi vida sería tremendamente fuerte para ti.

—Madre mía, qué mal estás.

Jamás me hubiera imaginado que Alex sería así, pero jamás, vamos, que me hubiera apostado lo que fuese.

Y lo hubiera perdido…

Paró de tocarme la pierna cuando comenzó a comer el marisco y, obviamente, teníamos todos las manos aguadas.

Mi prima y Sacha comentaban que, cuando acabasen la cena, querían ir hacia la carpa principal, que hoy cantaba otra orquesta. No habían tenido bastante con el *show* del día anterior.

Alex me miró a modo de pregunta.

—Yo prefiero los bares tranquilitos para comenzar la noche. Se está muy bien al aire libre.

—Yo os la cuido.

Dijo el descarado, a la vez que alzaba su copa al aire y luego le daba un trago.

—Y más vale que nos la cuides si no quieres perder las dos bolas que llevas colgando.

—Sacha, habla mejor.

Volteé los ojos.

Sinceramente, prefería quedarme con Alex a solas y sabía que mi prima y Sacha estaban poniendo la cosa fácil para dejarnos tranquilos y que viviésemos la noche desde ese tonteo que nos traíamos y del que ellos, obviamente, eran partícipes.

Durante la cena nos reíamos mucho porque, si Sacha era provocadora, Alex no escatimaba en buscarle la lengua y luego hacerse el digno.

Carla reía a carcajadas mientras intentaba decirle a Alex que más le valía que no cambiase su forma de ser el lunes o iba a cobrar hasta en el DNI.

¿Cambiaría?

Obviamente, estaría más serio, cómo no.

¿Pero se le vería interesado por mí?

Hasta que no llegase el momento no lo sabría.

De nuevo me cuestionaba tantas cosas que esos sentimientos que se estaban produciendo dentro de mí me tenían muy alarmada.

El camarero nos trajo otra botella de vino porque la primera nos la habíamos bebido en un santiamén y aún quedaba marisco para seguir poniéndonos las botas.

Por delante de nosotros pasaron mi madre y mi tía, a las que tuvimos que dar un chillido para que mirasen hacia nosotros.

Se detuvieron y, al vernos, cambiaron el sentido para acercarse a la mesa.

Nos saludaron y les dijimos que se sentasen, pero habían quedado con un grupito de amigos con los que coincidieron la noche anterior.

Hoy iban ambas con un vestido vaquero de tirantes, de licra, que les marcaba unas supersiluetas y quedaba por encima de la rodilla.

—¿Siempre van vestidas iguales?

Preguntó curioso cuando se marcharon.

—No, pero sí muchas veces y más cuando viajan o salen de finde así.

Respondió mi prima mientras Sacha afirmaba y yo sonreía por la cara que puso él.

—Y nosotras no nos vestimos iguales porque estas dos son unas aburridas.

—Ni loca voy yo a juego con vosotras.

Soltó Carla mirando a Sacha de lado y poniendo cara de asco.

—Vuestras madres están más vivas que vosotras.

—Pues ya sabes, te compras un modelito como ellas y sales una noche de fiesta en plan trío guay.

Se lo dijo Carla con tono burlón.

—Muy interesantes vuestras conversaciones.

—Tú calla —le dije a Alex—, que aquí el que la ha empezado has sido tú.

—Ya cobré de nuevo.

Suspiró haciéndose la víctima.

—Por cierto, Alex, ¿cuántos años tienes?

Le preguntó Sacha, que era una curiosa como la copa de un pino.

—Treinta y siete años.

—Diez años más que nosotras.

Le dijo mi prima con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues está muy bien conservado, aunque yo le echaba uno tras otro.

—¡Sacha!

Le grité riendo a carcajadas.

No tenía remedio, menos mal que Alex se lo tomaba todo a risa.

Después de cenar y que el jefe nos pagase la cena, mi prima y Sacha se marcharon hacia la carpa y nosotros nos fuimos en dirección a una terraza que había muy chula hacia el otro lado.

¿Y si esta noche dormía con él y no volvía a perder la oportunidad?

Aunque eso podría traernos serios problemas luego.

¿Y si no lo hacía y me arrepentía?

De nuevo mis dudas me azotaban y me hacían sacar mis dos versiones.

Capítulo 11



Nos sentamos en una terraza y nos pedimos unas cervezas para no cambiar, ya que era lo que habíamos estado tomando durante la cena.

La noche seguía viva a nuestro alrededor, pero en nuestra mesa parecía haberse creado una especie de calma, como si el tiempo se hubiese tomado un respiro solo para nosotros.

Alex comenzó a comentarme que llevaba viniendo a estas fiestas desde hacía siete años, que siempre lo hacía con su amigo de toda la vida y que el año pasado tuvo un accidente y falleció.

Me quedé casi sin respiración.

—Es por eso por lo que vine, porque le prometí, en su lecho de muerte, que no dejaría de hacer las cosas que hacíamos juntos.

—Es un acto muy valiente por tu parte.

—Y aquí estoy. Cuando llegué al pueblo y dejé las cosas en la habitación, se me partió el alma. Pero la vida tenía preparado este encuentro con vosotros que, sin daros cuenta, comenzasteis a sacarme de ese pozo en el que me encontraba aquí sin él.

»Me daba mucha tristeza pensar que ya no podría disfrutar de esos momentos que tanto le gustaban.

—Lo siento, Alex.

Por primera vez, le cogí la mano y se la apreté antes de llevármela a mis labios y dejar un beso en ella.

—Tranquila, estoy bien. Fue ese momento, al llegar aquí y darme cuenta de que faltaba, cuando se me vino todo encima. Hace ya un año y, aunque nunca se termina de superar, se aprende a vivir con ello.

—Me alegro de que te encontrases con nosotras.

—¿Y quién me iba a decir que te prestaría una atención especial que antes no me habías llamado?

—¿Y a qué crees que se debe?

Pregunté, curiosa y sonriendo.

—Ni idea, pero me habéis caído muy bien.

—¿Ya no habrá más guerras en el trabajo?

—Te lo prometo.

—¿De verdad?

—De verdad.

Me echó la mano por el cuello y se acercó a besar mis labios, desplazando la mitad de su cuerpo de la silla.

—Solo espero que este fin de semana traiga la paz al trabajo.

—¿Solo eso?

Me preguntó, siendo esta vez él quien cogió mi mano y se la llevó a su boca para besarla.

—Solo eso.

Me reí nerviosa por la doble intención con la que me lo estaba preguntando.

En muchos momentos, nuestras miradas eran las absolutas protagonistas de largos segundos en los que nos quedábamos aguantándolas con la sonrisa de medio lado.

—Hoy vas a dormir conmigo…

—Eso aún no lo tengo claro.

Me reí, levantando las manos como poniendo un freno.

—Esta mañana me quedé con todas las ganas.

Confesó, y no fui capaz de decirle que yo también. Solo reía nerviosa.

—¿Y si nos saltamos la noche y nos vamos a vivirla desde mi habitación?

—Alex…

—¿Qué te lo impide?

—Nada, pero no sé si es lo correcto.

—Lo correcto es hacer lo que a uno le nace.

—Vale.

—¿Es un sí?

Se podía ver la emoción en el tono de su pregunta y en la expresión de su cara.

—Sí.

Me quitó de la mano la cerveza, se levantó y me agarró del brazo para irnos. Me tuve que echar a reír porque ni me dejó tomarla tranquila.

Al llegar al hotel, nos encontramos con unos clientes que nos saludaron sonrientes y un poco extrañados de vernos de la mano.

Normal, estaba extrañada hasta yo.

¿Iba hacia su habitación en serio?

Pues claro, no iba a ir para la mía cuando era él quien tiraba de mí.

Estaba nerviosa, obviamente.

Y tenía ese problema: que, cuando algo me inquietaba o estaba nerviosa, me salían mis versiones para cuestionarme a mí misma todo lo que pasaba o hacía.

Tenía un serio problema, sí, pero era algo que me salía sin querer.

Su habitación tenía una sola cama de matrimonio, lo que la hacía mucho más espaciosa y abierta.

El balcón daba al mismo lado que el nuestro, aunque era más pequeño. Aun así, tenía una mesita con dos sillas y resultaba acogedor, sin sensación de agobio.

Me quedé apoyada en el quicio de la terraza, mirando hacia la calle, dejando que el murmullo de la noche me envolviera, mientras él entraba en el baño.

Escuché sus pasos acercándose y, antes de darme cuenta, me rodeó por detrás, apoyando su barbilla en mi hombro.

—Desde este momento quedas a mi total sumisión y no podrás decir nada sin que yo te dé permiso.

—¿¡Qué dices!?

Me giré de muy mala leche, pero, al verle la cara, me di cuenta de que estaba bromeando. Qué susto me había metido; pensé que era uno de esos a los que les gustaba el tema de las sumisiones.

Se le escapó una carcajada brutal.

—Tranquila, aquí nada de cosas raras, a no ser que tú las pidas.

No podía dejar de reír y estaba hasta doblado.

—Yo lo único que te puedo pedir es una ambulancia en caso de que te ganes una patada en los huevos.

Me reía al igual que él.

Me abrazó entre risas y meciéndome hacia los lados.

—Ojalá hubiéramos conectado antes.

—Ojalá nunca hubieras sido tan imbécil.

—Gracias.

—No hay de qué, *amore*.

Le devolví esa palabra.

Nos abrazamos de frente y nuestros labios se entrelazaron, dando libertad a nuestras lenguas, que se buscaban con fogosidad y deseo.

Ambos lo deseábamos.

Me dejé llevar sin prejuicios y centrándome en el momento, sin dejar que salieran mis versiones para cuestionarme lo que estaba haciendo.

Quería vivirlo. Lo deseaba.

No tenía prisa, pero sabía cómo encenderme para que mi lenguaje corporal le pidiese más. Parecía que lo conociera de toda la vida, cuando durante mucho tiempo había sido todo un desconocido para mí.

Y aquí estaba, pegada contra la pared y con mis piernas entrelazadas en sus caderas, mientras él me frotaba con su miembro para que notase la dureza y me viniese más arriba de lo que ya estaba.

Que no era poco.

Como por arte de magia, se desprendió de mi ropa, como también lo hizo con la suya.

Los dos desnudos, entre roces y caricias que nos encendían la piel. El deseo y la lujuria se notaban de manera equitativa.

Me dejó caer sobre la cama y no dudó en meter su cabeza entre mis piernas y volverme loca con su manera de lamerme y tocarme.

Una de sus manos jugueteaba con mi pecho y mi pezón, que estaba completamente duro y sensible.

Terminé con la respiración agitada después de un orgasmo de tal intensidad que sentí que casi me desvanecía.

No veas con el jefe…

Y luego llegó la hora de la penetración, que hizo con cuidado hasta sentirse seguro en el interior.

Los movimientos eran una locura, como también lo fue el hecho de que me levantó casi al vuelo y, sin sacarla, me sentó sobre su falda, como por arte de

magia. Él estaba sentado y yo, sobre él, moviéndome al ritmo que marcaban sus manos.

Me guiaba con firmeza mientras tenía uno de mis pezones atrapado entre sus dientes, mordisqueándolo con el punto exacto de intensidad, sin llegar a hacer daño.

Se corrió apretando los dientes y clavando su mano en mi hombro. Después me abrazó, intentando recomponer la respiración.

Su cuerpo era una obra de arte de definición, dureza y firmeza. Tenía uno de los mejores físicos que había visto tan de cerca en mi vida.

Pura fibra.

Me pidió que me quedase con él y fui a mi habitación a cambiarme y ponerme un pijamita corto de tirantes para estar cómoda.

Me iba a quedar con mi jefe a dormir…

Peor aún, ¡me había tirado a mi jefe!

Qué fuerte, ¿quién me iba a decir a mí que este finde se iba a convertir en algo en lo que las probabilidades eran nulas de que sucediera?

El caso es que regresé a su habitación y nos metimos en la cama, abrazados, entre besos y caricias cómplices de la provocación que nos estábamos causando.

Me sentía en paz y bien a su lado, pero la pregunta era inevitable: ¿qué pasaría mañana?

Y, de nuevo, aparecían mis dos versiones, esas que no me apetecía escuchar en un momento en el que solo quería vivir.

Porque Alex había entrado pisando fuerte en mi vida…

¿Quién me lo iba a decir?

Cerré los ojos y me acomodé en su pecho, bajo el cobijo de su brazo sobre mi espalda.

¿Cuánto podía durar lo bueno?

No lo sabía, pero era momento de averiguarlo.

Capítulo 12



Me levanté y no encontré a Alex a mi lado. Lo más curioso es que…
Sí, había recogido sus cosas y se había ido.

¿En serio?

Y tan en serio. Ni siquiera una nota.

Nada en ningún lado de él.

No podía creer que me hubiera hecho eso. Tampoco me había dejado un mensaje en el móvil.

¿Le habría pasado algo?

Si así fuese, me lo podía haber dicho de alguna manera.

Respiré profundo y me vestí.

Eran las nueve de la mañana. Cogí mis cosas y me fui a mi habitación, donde, al abrir, me encontré a mi prima y a Sacha tomando un cafelito.

—¿Ya te echó el jefe? —me preguntó Carla.

—Desapareció sin despedirse de mí.

—¿Que, qué?

Esta vez fue Sacha quien me preguntó, levantándose de la silla de la terraza hecho un energúmeno.

—Vamos a relajarnos. Necesito un café.

Pedí con tristeza y sin entender nada.

—Te preparo uno.

—No, Carla, no te levantes, me lo hago yo.

—Voy a llamar al servicio de habitaciones, que hemos pedido un par de desayunos, y digo que añadan uno más.

—Gracias, Sacha, pero no tengo hambre.

—Tú vas a comer por mis tristes cojones.

Se dirigió al teléfono del servicio de habitaciones y pidió mi desayuno más otro café, a pesar de que teníamos la máquina en la habitación, pero venía con el desayuno, además de un zumo y un té.

—¿Por qué no le pones un mensaje?

Me preguntó mi prima, acariciándome la mano cuando tomé asiento en la terraza.

—¿Y qué le digo?

—Pues que si le pasó algo.

Alzó los hombros y movía la cabeza como dándolo por sentado.

—O le escribes tú o lo hago yo.

Me quitó de la mesa el móvil Sacha.

—Dame, le escribo yo.

—Ya me lo puedes dar ahora mismo.

—¿Cómo se piden las cosas?

—De la misma manera que tú me lo has quitado.

—¿Cómo se piden las cosas?

—¡Que me lo des, joder!

Se lo quité rápidamente de las manos.

Volteé los ojos y resoplé.

Vamos, Lola, ponle un mensaje.

¿Y si le molesta?

Nada, volvían a salir mis dos versiones.

Lola: *Hola, Alex. ¿Te pasó algo?*

Justo le di a enviar, vi que lo leía rápidamente. Parecía que tenía el móvil en sus manos.

El desayuno llegó y él seguía sin contestar. Directamente me dejó en visto.

—Lo mismo le pasó algo —dijo Carla—. Seguramente sea una tontería y nos enteraremos más tarde.

—Sí, que le dieran unas diarreas y se tuviera que ir por patas.

Contestó Sacha, negando y mirando hacia arriba como dando por hecho que no había más posibilidad que la de que se hubiera ido porque le daba la

gana.

Me costaba pegar bocado y me sentía de lo más decaída. No entendía qué había pasado y el simple hecho de que no me contestase me generaba más inquietud y nerviosismo.

Todo me pasaba por gilipollas.

¿Habría sido una cagada acostarme con él?

—Deja de pensar, que parece que te estoy viendo.

—Me da rabia, prima, al menos una nota, un mensaje.

—Debería habérmelo tirado yo y ese no sale andando por la puerta en una semana.

Aunque estaba cabizbaja, me tuve que echar a reír con su comentario.

Estuvimos hasta las doce menos cuarto en la habitación y sacamos todo para hacer el *check-out*. Pregunté por la de Alex y me comunicaron que lo hizo por la mañana, advirtiendo que no entrasen a la habitación hasta las doce, ya que había un huésped durmiendo.

Al menos tuvo el detalle de avisar y que no entrasen a limpiar cogiéndome de sorpresa.

¿Detalle?

Por un lado, pensaba que era un cerdo y, por otro, quería creer que tenía una razón de peso para no contestarme siquiera al mensaje.

Dejamos las cosas en el coche y volvimos a una de las terrazas en la que habíamos quedado con la familia para comer.

—Ni hablarle de Alex.

Les dijo Sacha nada más llegar a ellos.

Volteé los ojos y me senté resoplando.

—¿Qué te pasó, hija?

—Mamá, nada, solo que dormí con él y, cuando amanecí, ya no estaba.

Carla y Sacha echaron una carcajada, los muy capullos, y los demás se rieron al verlos.

—Lo mismo le pasó algo y luego te llama —dijo mi abuela.

—Sí, claro, no responde a los mensajes; la va a llamar.

—Sacha, ¿puedes dejar el beneficio de la duda?

Le pregunté con reproche.

—Ya me callo.

Hizo el gesto de cerrar sus labios con una cremallera.

Se quedó el tema ahí porque todos se dieron cuenta de que me afectaba.

No me hacía la menor gracia.

¿Acaso es porque era consciente de que se había reído en mis narices?

¿Y por qué tenía que ser así?

Sacudí la cabeza para intentar salir de mis dos versiones.

Después de comer, nos despedimos todos para regresar a la ciudad, y nosotras nos dirigimos hacia mi coche.

Primero dejamos a Sacha, como era normal, y luego nos dirigimos a nuestro edificio, donde metí el coche en el garaje y subimos a nuestros áticos.

Nos despedimos hasta la mañana siguiente, en la que íbamos a trabajar.

Metí la ropa en la lavadora y me fui a la ducha.

Estaba cabizbaja.

Una vez lista y con un pijamita fresquito puesto, tendí la ropa y me preparé un café que me llevé al porche, donde tenía un sofá exterior supercómodo con una mesa de madera delante.

Estaba agobiada, porque el no saber era lo más inquietante que se vivía y las preguntas entre mis dos versiones no dejaban de sucederse.

El caso es que veía que él continuamente se conectaba y se quedaba un rato. Eso me hacía pensar, cada vez con más seguridad, que pasaba de mi culo.

Lo había disfrutado y ya.

Me había tragado mis propias palabras.

Punto para él.

Esperaba llevar bien el hecho de la gran probabilidad que había de que mañana me lo encontrase y fuese el mismo gilipollas de siempre.

Estaba casi segura de que así sería.

De nuevo a mi cabeza los recuerdos de mi ex, Jimmy.

No, no quería pensarlo; me había hecho mucho daño.

Vi que había una notificación en el grupo que teníamos Sacha, mi prima y yo.

Sacha: *He sacado una conclusión a lo de Alex.*

Lola: *Sorpréndeme…*

Volteé los ojos por lo que podía soltar por su boca.

Carla: *Verás que está pensando lo mismo que yo.*

Sacha: *Siempre habíais dicho que él daría lo que fuese porque vosotras dejaseis el puesto para así teneros que indemnizar con cien mil y no con quinientos mil.*

»¿No pensáis que esto lo hizo para hacer más daño y que os sintieseis más incómodas aún en el trabajo?

Sí, lo había pensado, pero me negaba a creerlo.

No podía ser tan macabro…

Carla: *Se tuvo que decir y se dijo. He pensado exactamente lo mismo, pero se va a comer lo que se comió…*

Lola: *Puede ser, ya no descarto nada.*

Confesé lo que más me dolía admitir, que estaba entre una de las posibilidades.

Sacha: *Como sea eso, no respondo de mis actos.*

Carla: *Ni a los míos, porque le voy a dar cada día laboral que va a desear que todos sean fin de semana solo para no cruzarse con nosotras.*

Lola: *No estoy para guerras.*

Sacha: *¿Y vas a dejar que un mierda te pisotee?*

Carla: *Así se habla.*

Lola: *Hasta mañana quiero darle el voto de confianza.*

Sacha: *Espero que a primerísima hora te quites la venda de los ojos.*

Carla: *Lo malo es que se nos haya enamorado…*

Lola: *Hoy necesito desconectar. Un beso. Os quiero.*

Capítulo 13



Me costó mover cada músculo de mi cuerpo para levantarme. Parecía que sabía la realidad que me iba a encontrar y me costaba asimilarlo.

¿Dónde quedaría entonces toda esa complicidad que tuvimos?

No la tuvimos, la tuve.

¿Y por qué fingió tan bien?

Estaba claro, porque le convenía.

Me vestí y mi prima llamó a mi puerta antes de tiempo para tomar el cafelito conmigo.

Me abrazó nada más verme.

—Arriba esos ánimos, que hoy nos comemos al tonto ese como no demuestre que tiene una buena explicación.

—No te metas en esto, por favor.

—Bueno, eso lo dirás tú, pero no me pienso quedar de brazos cruzados. ¿Acaso tú lo harías en mi caso?

—Ya, pero…

Suspiré.

—Deja de darle vueltas y nos vamos a enfrentar a cualquier escenario que se nos presente. Y si tenemos que ponernos a bailar, se baila.

¿Bailar?

Con lo que me había costado levantarme…

Nos tomamos el café y nos fuimos en su coche, porque ni ganas de conducir tenía.

Llegamos a la oficina con tiempo y nos quedamos en el coche esperando a que llegase Alex para bajarnos a la vez.

Eso hicimos.

Las piernas me temblaban.

—Hola, jefe.

Le dijo mi prima animada y la miró con una cara que casi la fulmina.

No hubo más respuesta que esa.

Ni siquiera me miró.

El mundo se cayó a mis pies.

—¿En serio es así de desgraciado que confirma que solo fue una estrategia para desestabilizarnos más?

—No me digas nada más.

Sentía náuseas y me tuve que sentar a un lado de la escalera de entrada, en la que había un quicio.

Ahora sí, me había comido mis palabras.

—Como te vea mal, te juro que a ese me lo cargo.

—Para, Carla.

—No, no voy a parar. Es más, debería haberle lanzado el bolso y dado en toda la cabeza.

—Estoy pensando en irme de aquí.

—¡De eso nada! ¿En serio vas a dejar que ese desgraciado se salga con la suya?

—Tocada y hundida.

—No, de eso nada, ni mijita. Antes me lo cargo, ¿me escuchas? ¡Antes me lo cargo por muy jefe que sea!

Gritó sin importarle que pasaran dos compañeros del equipo de finanzas y administración.

—Por favor, no vayamos a dar un numerito.

—Tú no sabes la que me está entrando por el cuerpo, prima. O voy y le pateo la cara o rompo la oficina por completo. Contigo no, ese contigo no juega.

—Es mi culpa por encapricharme de alguien como él y creer que había cambiado.

—La culpa es de él y solo de él. Conmigo ya lo tiene todo hecho, si se piensa que voy a ser la de antes, que solo largaba de vez en cuando…

—No quiero guerra.

—Pues nos han puesto en primera fila, así que ya hay que lanzar los misiles. Y, si tenemos que salir por la puerta, que sea indemnizadas a lo grande.

No quería seguir discutiendo con Carla porque sabía que se iba a encender más, y la comprendía. En su lugar, yo también estaría de esa manera.

Entramos a la oficina y sacamos un par de cafés, a la vez que saludábamos a Trini.

Me metí en mi despacho y, tras cerrar la puerta, rompí a llorar.

El amor no estaba hecho para mí.

¿Y por qué debí pensar que con él iba a pasar algo bonito y duradero?

¡Soy una gilipollas!

Mi prima vino a mi despacho en un par de ocasiones para asegurarse de que estaba bien y que el chulo no había hecho acto de presencia.

La segunda vez vino para sacarme a desayunar, ya que teníamos un intervalo de descanso de cuarenta minutos y, como ella decía, lo íbamos a aprovechar hasta el último minuto.

Nos sentamos en la terraza del bar que había frente a las oficinas y en el que solíamos desayunar todos los empleados.

Me pedí media tostada con un café porque me obligó Carla, pero, vamos, me iba a entrar a duras penas, porque no solo tenía el estómago cerrado, sino hasta las ideas.

Sacha puso un mensaje al grupo para saber qué había pasado, así que le contestó Carla sin dudarlo, con un mensaje irónico en el que decía verdades como puños.

No tantas como las que echó en otro audio Sacha al saber que ese tiparraco se había reído de mí y de todas en nuestras narices.

—Nos quedan pocos días para coger las vacaciones de verano. Vamos a pensar algo y nos quitamos de en medio.

—Solo quiero estar en el sofá de mi casa, sola y…

—¡Y una mierda!

Me interrumpió dando un chillido y dejando claro que eso no era ninguna opción.

Las oficinas promotoras cerraban un mes dentro de dos semanas, como cada año. El mes de agosto completo. Y siempre preparábamos un viaje solas o con nuestras madres. Este año aún no nos habíamos decidido por nada y, en estos momentos, ni ganas tenía.

Pero parecía que eso no era una opción.

Me comí la tostada mientras escuchaba a mi prima darme un abanico de propuestas para preparar con inminencia.

Sacha se apuntó, tal y como ella dijo que iba a hacer.

Yo escuchaba mientras me encontraba en otro mundo, mi mundo.

¿Cómo podía ser que, de una manera tan simple e ingenua, me hubieran arrancado el corazón de cuajo?

Podía ser, y lo peor de todo es que lo era.

Terminamos de desayunar y entramos al despacho, cuando nos encontramos con Alex, que le decía a Trini que, para cualquier cosa, lo llamase por teléfono, que iba a estar ausente un par de días.

Esas palabras que salían de su boca, mientras yo caminaba pasando invisible por su lado, me terminaron de destrozar por completo.

No había sido nada para él, más que un juego del que salió triunfal, con el propósito de desestabilizarme.

—¡Bravo, eres un cabrón!

Grité por inercia, girándome para que me viese.

Trini se quedó blanca y él me miró con reto.

—Te juro por mi vida que vas a tener que despedirme, ¡maldito cabrón!

—¡Y a mí también, sinvergüenza! —le gritó Carla—. Porque jamás vamos a pedir la baja, nos la vas a tener que dar tú.

Le hizo el gesto con los dedos del dinero.

Alex no respondía, solo miraba serio y rabioso.

—¡Yo me comí mis palabras, pero ahora nos vas a tener que aguantar a las dos hasta que pagues lo que tanto te duele! ¡Mísero!

Nos metimos las dos en mi despacho y nos echamos a reír nerviosas.

Carla me abrazó mientras me decía al oído que iba a salir de esta y que nos íbamos a ir por el mundo a tirarnos a una hamaca y disfrutar de la vida.

Capítulo 14



Había costado mucho llegar al viernes…

Los días habían sido terribles y había perdido dos kilos. Ni yo misma me reconocía.

Hoy era nuestro último día laboral, gracias a Dios, porque ya no podía más y me encontraba al borde del abismo.

Hasta ayer no volví a ver a Alex, tal y como avisó a Trini de que no vendría en un par de días.

Ojalá se hubiera tomado toda la semana.

Frío, altivo, distante y, como siempre, transmitiendo un desprecio que ni mi prima ni yo merecíamos.

De todas maneras, Carla le dijo de todo menos bonito en el día de ayer, cuando nos miró con esa cara de molestarle nuestra presencia.

Sí, ese hombre que se metió entre mis piernas y me puso el corazón a mil.

Algunas personas decían que el amor nace cocinándolo a fuego lento. Yo quería creer que no habían vivido algo parecido a lo mío, en el que Cupido, sin previo aviso, me había metido una flecha por el culo y me la había dejado instalada en el corazón.

Desangrando mis heridas poco a poco.

Me levanté de la cama y fui directa a prepararme un café, ya que iba a necesitar un par de ellos para afrontar mi último día de trabajo.

Hasta septiembre no le volvería a ver la cara.

Último día en el que esperaba encontrarlo por los pasillos lo menos posible, para que no me hirviese la sangre y no me provocara una úlcera en el estómago más grande de la que ya debía de tener.

Cuando me estaba preparando el segundo café y ya estaba lista, llamó mi prima, que venía para tomarlo conmigo. Le hice uno rápido.

—Ya he encontrado el destino perfecto y Sacha está de acuerdo. Ya que tú ni entraste anoche al grupo.

—Sorpréndeme.

Soné a desgana, porque ganas no tenía de nada.

—Tú solo haz la maleta con ropa de playa y para unas noches de verano animadas, que del resto nos encargamos nosotras.

—Dime dónde vamos, por favor.

—A donde la brisa marina despeje tus ideas y te dé un nuevo aire fresco.

—No estoy para tonterías.

—Conmigo no te pongas así, porque sabes que te doy una colleja que te despierto las ideas.

—¿Destino?

—¡A tu corazón!

Se echó el bolso al hombro y corrió hacia la puerta.

Reí.

Daba igual si era aquí, en la costa, Portugal o una isla canaria. El caso es que, si ya lo tenían claro, me enterase ahora o en el momento, íbamos a ir a donde les diese la gana.

Me felicité a mí misma por el aguante que tenía con todo, cuando yo también necesitaba ser partícipe de lo que se cociera, aunque entendía que mi prima intentaba que yo no pusiese una negativa ante nada.

Sacaba un café de la máquina al llegar a las oficinas cuando entró Alex con una rubia muy despampanante, a la que llevaba por el hombro.

Me quedé paralizada.

Invisible para él.

¿Quién era ella y por qué la llevaba de esa manera tan…?

—¡Mujeriego!

Le gritó mi prima sin pensárselo dos veces.

Los dos se giraron y, en la cara de ella, pude ver una sonrisita triunfal de esas que dejaban entrever que le daba igual ocho que ochenta.

—¿Despechada? —le preguntó ella a mi prima sin saber por dónde venían los tiros.

Alex tiró suavemente de su brazo, como queriendo dejar ahí el tema.

—¿Yo despechada? No me hagas reír, hija. El problema es que ese que te pasea del hombro se paseó por los huevos a otra. Así que yo despechada… y tú más vale que haya sido de después o eres una pedazo de cornuda.

—Carla, por favor.

—Mi chico es fiel y tú una despechada que no consigues salirte con la tuya. Ya me tiene al tanto.

Alex tiraba, pero ella no se movía y ni sabía a quién apuntar.

—¿Con la mía? ¡No sabes lo que dices! Al tanto de lo que le da la gana.

—Normal, si solo tiene plástico en el cuerpo.

Dije en voz baja para mí, pero mi prima se enteró y se echó a reír.

Alex se llevó a la chica hacia dentro mientras le decía a mi prima de todo.

¿Su chico? ¿Desde cuándo?

Necesitaba que terminase mi mañana laboral, pero tenía un problema: solo había hecho más que empezar.

—Carla…

La frené antes de que se fuese hacia su despacho.

—Dime, cariño, tú no sufras por ese imbécil. Quien ríe el último, ríe mejor.

—Me da igual cuándo nos vayamos, pero necesito irme a algún sitio.

—¡Esta es mi niña!

Me dio un abrazo.

—¿Cuándo salimos?

—El lunes, cariño, tenemos el finde para hacer las maletas.

—Vale.

Atendí a un par de clientes con los que tenía cita a primera hora, con una hora de diferencia entre ellos. Ambos salieron con el contrato firmado de la compra de las viviendas.

Sin fuerzas, pero sin abandonar mi profesionalidad.

Carla vino a por mí y nos fuimos a desayunar. Coincidimos con Elvira, una de las chicas que también era comercial de promociones.

Nos sentamos con ella.

—¿Habéis visto que ha estado Alex con su mujer en las oficinas?

—¿¡Su mujer!?

Preguntamos a unísono, incrédulas ante lo que estábamos escuchando.

¿Desde cuándo tenía Alex mujer?

Bueno, la realidad es que nosotras no estábamos al tanto de nada de su vida.

¡Mierda!

—¿No sabíais que estaba casado?

—No —respondimos de nuevo a unísono.

—Lleva casado cinco años por lo menos. Es cierto que nunca viene por las oficinas y que hoy me resultó extraño verla por aquí. Y, ahora que lo pienso bien, siempre la lleva a las cenas de empresa a las que no vais.

Me estaba quedando tan a cuadros que notaba que mis fuerzas flaqueaban, como si se me bajase la tensión.

Estaba casado…

Digiere, Lola.

Otro cabrón más.

—Es un hijo de puta. Es un verdadero hijo de puta.

—Carla…

—No, prima, no voy a callarme.

—¿Qué le pasa con vosotras que nunca os habla ni cuenta para comer o cuando hace algo fuera de las oficinas? Bueno, yo sé que vuestro abuelo le vendió a su padre la empresa, pero nunca entendí el mal rollo que había con vosotras.

—No lo hemos entendido ni nosotras, porque nunca le dimos quebraderos de cabeza y, vendiendo, no puede tener quejas de ninguna de las dos.

—Desde luego, porque sois las que más vendéis, ¿para qué vamos a mentirnos?

—Pues eso, la tiene tomada con nosotras. Nunca vio bien que nuestro abuelo vendiera la empresa con la condición de mantener nuestros puestos.

—Ahora lo voy entendiendo —le respondió a Carla.

Qué fuerte me parecía todo y qué ganas de que la tierra me tragase y me escupiese en cualquier lugar del mundo lejos de él.

¿Qué cojones había hecho el muy desgraciado?

—Una pregunta, ¿tiene hijos?

—Creo que tiene una niña de cuatro años. Es más, si no recuerdo mal, en un comentario su mujer dijo que iba embarazada a la boda sin saberlo.

—Genial. Buen marido, buen padre, una persona de lo más leal.

Expresó mi prima con toda la ironía del mundo y sin que ella entendiera el peso de unas palabras que cada vez iban más cargadas de una información que nos dejaba locas.

¡Cuánta maldad y falta de respeto había dentro de ese hombre!

Si algo tenía claro es que, si superé lo de Jimmy, esto lo iba a superar por mis santos ovarios.

Capítulo 15



Ni mi familia, ni las chicas, ni yo misma íbamos a permitir que me quedase encerrada todo el finde haciendo una maleta mientras lloraba a mares.

Sábado por la mañana y comenzábamos con planes.

Actitud, Lola.

Me levanté y me fui a prepararme un café para tomarlo en mi terraza. Iba muy bien de tiempo y aún faltaban dos horas para irnos a buscar a Sacha.

Teníamos claro que queríamos ir a comprar alguna prendita de última hora para el viaje y aprovechar para comer en la calle con mi familia.

Casado con una Barbie, tenía una hija y se había reído de mí.

No, no podía pensar en eso, tenía que recapitular.

Casado con una Barbie, con la que tenía una hija en común, y riéndose de su mujer a la vez que le faltaba el respeto de una manera tan despiadada.

Ahora sí, Lola.

A veces mis dos versiones me valían para poner los puntos sobre las íes y este era el caso. No podía hacerme pequeña cuando yo no era a la que le debía lealtad. No se había reído de mí, había sido de ella.

Alex no valía como hombre un puto duro.

Pero lo amaba…

Terminé preparándome dos cafés. Uno me lo bebí de un sorbo y el otro me lo llevé a la terraza para respirar aire puro y recrearme en un sol que comenzaba a asomar para todos.

Era otro Jimmy…

No podía sacarlo de mi cabeza y juro que lo intentaba.

Me encendí un cigarrillo de los que me sobraron del finde. Solía fumar socialmente cuando salía de copas y eso, pero ahora me hacía falta tenerlo en mis manos y aspirar unas caladas.

Mi abuela me mandó un mensaje para decirme que me había conseguido el perfume árabe que tanto me gustaba y que era uno de los que ella usaba. Luego nos lo daría, ya que decía que nos lo había comprado a las cinco y otro para ella, para tenerlo de reserva.

La mayoría de las veces metía en el paquete a Sacha y eso me gustaba.

De todo lo que había pasado con su mujer y por lo que le dijo a mi prima, estaba segura de que él le dijo que una en su oficina iba a por él y dedujo que era ella, por lo que le soltó eso.

Era un cretino…

Mi prima llamó a la puerta cuando aún faltaba una hora y media.

Al abrir, me quedé a cuadros al ver a Alex en la puerta.

—Déjame pasar, por favor.

Su tono era de súplica.

No, ya no era el Alex de ayer.

—¿Quién te abrió abajo?

—Entré a la misma vez que un vecino. Por favor.

Me aparté y entró.

No sé por qué le permití que lo hiciera.

Sí, sí lo sabía. Necesitaba una explicación.

Preparé otro par de cafés porque mi segundo ya lo tenía por la mitad y salimos a la terraza.

En todo momento estuvimos en silencio.

—¿Y bien?

Pregunté sin chulería.

—Tengo un marrón muy grande en mi vida.

—No, tienes dos. Tu mujer y tu hija. ¿Por qué me has usado?

—No te he usado, te lo juro.

—Alex, te marchaste sin decirme nada. No contestaste a mi mensaje y el lunes eras otra vez ese ogro en el que te conviertes en la empresa.

—Me marché del hotel porque ella venía hacia él, porque le dijeron que me vieron con una. Ella se había ido de finde al pueblo de su familia y yo me fui allí buscando encontrarte.

—No entiendo nada.

—Me envió un mensaje diciendo que venía hacia el hotel y que sabía que estaba con otra. Tuve que coger otra habitación y que le dijeran ese número. Comprobó que no había nadie y nos fuimos. También avisé antes de que ella llegase de que no molestasen en la que tú estabas.

—Sigo sin entender por qué te liaste conmigo si tenías familia.

—No la amo, Lola. Lo nuestro está muerto hace mucho tiempo, ella es una mujer muy superficial.

—¿Por qué le dio a entender a mi prima que estaba al tanto, por ti, de que, supuestamente, ella no se había salido con la suya de liarse contigo? ¿Qué le dijiste, Alex?

—Nada, no le dije nada. A ella le informaron de que me habían visto tonteando con una de mi empresa y que se alojaba en el mismo hotel. De ahí sacó esa conclusión y dijo lo que le vino en gana.

—¿Por qué yo, Alex?

—Porque te amo más de lo que jamás puedas llegar a imaginar.

—No me hagas reír, por favor.

Mi tono fue serio y borde.

—Te juro que te amo, desde hace más tiempo del que imaginas.

—¿Cómo me vas a amar si antes del finde no me podías ni ver?

—Nunca ha sido así. Te equivocas. A mí jamás me jodió que tu abuelo pusiera esa cláusula; a mí me jodió saber que eras tú, a la que había buscado durante tanto tiempo, y no te encontré hasta que apareciste por la empresa sin reconocerme… y yo con mi vida hecha, sin ser feliz.

—Alex, ¿de qué cojones estás hablando?

—Junio de 2018…

—¿Qué pasó en junio de 2018, Alex?

Pregunté eso y, de inmediato, comencé a notar las lágrimas cayendo por mis mejillas.

Alejandro…

No, no podía ser cierto.

Lo era.

—Creo que no hace falta que te diga más para que lo entiendas todo. Nunca he dejado de amarte; te lo juré esa noche y he cumplido mi palabra.

—¿Cómo has podido cambiar tanto?

Mi voz era rota y entrecortada.

—Siempre soñé con volverte a ver, pero nunca imaginé que no estaba preparado hasta que entré en las oficinas y me encontré contigo. Al saber que eras tú una de las nietas y que no me habías reconocido, se me transformó la cara en furia.

—Recuerdo ese día.

Las lágrimas no dejaban de caerme y sentía una presión muy grande en el pecho.

—No pude evitar ir el finde al pueblo al enterarme de que ibas a estar allí y coincidir con que mi mujer se iba al suyo. He sido en dos días más feliz que en toda mi vida.

—¿Y qué haces con ella si no la amas?

Mi voz estaba tan rota como yo.

—Hay una historia larga detrás, pero todo gira en no perder a mi hija. La cagué cuando nos casamos y firmé la mayor locura de mi vida. Lo estoy arreglando a mi manera; solo necesito tiempo para recabar más pruebas de las que ya tengo y me están consiguiendo.

»Ella es italiana y se llevaría a la niña allí, y solo la vería en vacaciones. Precisamente hoy se han ido a Italia hasta septiembre. Acabo de dejarlas en el aeropuerto.

—¿Y se va tan campante dejando a su marido aquí?

—Y tranquila porque las oficinas están cerradas y no tengo a la loca de tu prima encima. Según ella, la arpía que va detrás de mí.

Negó y soltó el aire de sus pulmones.

—No sé qué decir.

—No llores más, te juro que todo esto lo voy a arreglar.

Ahuecó su mano en mi cuello y acarició mi mejilla con sus dedos, secando las lágrimas que me caían.

—¿Por qué nunca me di cuenta de que eras tú?

—No lo sé, pero aquello me explotó dentro como una dinamita en el corazón. No te imaginas lo que significó para mí tenerte este fin de semana.

—Alex…

—No llores más, preciosa.

—Quiero estar contigo.

—Te prometo que lo vamos a estar. Solo necesito solucionar mi situación.

—El lunes me voy de vacaciones con las niñas.

—¿A dónde?

—No lo sé. Me han querido sacar de aquí y solo me han dicho que vamos a un lugar de playa. En un rato nos vamos de compras y a comer con mi familia.

—Yo tengo que ir a solucionar unas cosas. ¿Puedo venir mañana?

—Sí.

—Por favor, infórmate de a dónde os vais.

—Vale.

Me dio un precioso beso en los labios y nos abrazamos entre lágrimas.

Lo acompañé hacia la puerta, donde nos despedimos hasta el día siguiente.

—Te quiero, Lola, que no se te olvide.

Me dijo antes de adentrarse en el ascensor.

Capítulo 16



Era Alejandro, Dios mío, era Alejandro.

Me preparé otro café más para calmar mis nervios, todo sea dicho con ironía, y me fui a la terraza sin dejar de llorar.

Era Alejandro…

Junio de 2018. En aquel momento yo tenía dieciocho años y acababa de terminar bachillerato, y me fui de viaje con unos cuantos compañeros de clase a Punta Cana.

Mi prima no quiso venir porque prefería irse por Italia con su madre a hacer un recorrido. Yo no quería porque ya habíamos ido varias veces a conocer las principales ciudades. Y mi madre se había lastimado un tobillo por aquel entonces e iba con muletas.

Así que me apunté de última hora.

Ese viaje fue todo un desfase, ya que íbamos sin vigilancia y con la mayoría de edad recién cumplida.

Y encima en un todo incluido en el que teníamos, las veinticuatro horas, a nuestra libre disposición todo tipo de bebidas.

Nos bebíamos los días, nunca mejor dicho. A esa edad era fiesta, fiesta y fiesta, y más cuando veníamos de salir de una etapa de estudios que, para

nosotros, ya era habernos quitado un peso de encima y prepararnos para otro, como era la universidad.

Era nuestro verano y todos teníamos sed de bebérnoslo sorbo a sorbo.

Llevaba en el hotel cuatro noches cuando, en una de mis borracheras, en las que bailaba como si fuera la mismísima Shakira, Alex me miraba desde la barra del chiringuito del hotel en la playa.

Estaba de vacaciones con sus amigos y se presentó como Alejandro.

Era también español y estaba disfrutando de unos días después de haber acabado un máster de finanzas en Estados Unidos, donde tenía que pasar un par de años más trabajando para una empresa para la que había firmado dos años.

Sus padres vivían allí desde hacía un tiempo, pero tenían claro que, en unos años, regresarían todos a España. Y lo hicieron con la compra de la empresa de mi abuelo.

Desde esa noche, Alejandro y yo nos volvimos inseparables y me distancié del grupo para pasar día y noche con él.

Solos los dos…

Me volví loca con él porque era una persona graciosa, amable, guapísimo, pero de otra manera. Pelo tipo surfero, desenfadado, nada de ese cuerpo escultural como el que tenía ahora, pero no estaba nada mal.

Vivimos tres días intensos y bonitos.

La mañana en que nos despedimos, en esa cama que fue testigo de tantos momentos de complicidad, me dio su número de teléfono y prometí escribirle tal y como llegase a España.

El problema vino cuando aterricé y me di cuenta de que lo había grabado mal y no correspondía a su número.

Hasta llegué a pensar que me lo había dado equivocadamente a conciencia, pero también me di cuenta de que había un número por duplicado que sobraba.

Terminé intuyendo que grabé un número de más.

Sus últimas palabras siempre fueron que me amaría toda la vida…

Estaba en *shock*, ¿cómo no lo había reconocido?

Dos maneras diferentes de vestir, con un corte de pelo corto y nada que ver con años atrás; ahora tenía la mandíbula más definida y sus rasgos eran más finos.

Dios mío, Alex…

Alejandro.

Me costó mucho olvidarlo y, hasta que no entró Jimmy en mi vida como un huracán, porque arrasó con todo, no conseguí hacerlo.

Le pedí a mi prima que viniese antes a tomar un café. La cafeína me iba a poner hoy como una moto, pero la necesitaba constantemente.

Cuando llegó y nos sentamos en la terraza y comencé a contarle todo, se quedó a cuadros.

—No me puedo creer que fuese el de Punta Cana, prima, eso es una posibilidad entre millones.

—Pues es él.

—Madre mía, estoy impactada.

—Y el lunes entró con ese tono y actitud porque se pensaba que la otra lo estaba siguiendo.

—Voy entendiendo todo.

—Por cierto, quiero saber a dónde nos vamos.

—Pues no muy lejos —sonrió—. Hemos cogido una habitación en el club que tanto nos gusta de Zahara de los Atunes.

—¿¡En serio!?

—Sí, vamos en coche y así podemos echar de todo en el maletero como le gusta a Sacha.

—Genial, no tengo ganas de aviones. Además, creo que Alex irá algún día a verme, tengo esa corazonada, y más estando cerca.

—Mañana has dicho que viene, ¿no?

—Sí, por la mañana. Estoy contando las horas.

—No me extraña. Al final le voy a coger cariño y todo.

Nos reímos.

Me vino muy bien el ratito con mi prima, en el que la pude poner al día y expresarle mis deseos por recuperar a un hombre que ahora entendía.

Solo con recordar los días que vivimos allí se me erizaba la piel.

Alejandro.

Es verdad que, durante esos días, por raro que parezca, jamás nos hicimos una foto juntos; bueno, sí, un par de ellas desde su móvil que me iba a mandar cuando estuviera en España y le escribiese.

El destino no quiso que así fuera.

Nos dirigimos hacia la calle, donde ya llegaba Sacha para recogernos en su coche descapotable, que era una cucada, tanto como lo era ella, que lo lucía con ese glamur que siempre desprendía.

Fuimos a tomar un refresco para ponerlo al día de todo y, como ella decía, se quedaba muerta.

Se nos fue la mañana charlando y nos fuimos a darle el encuentro a la familia para comer con ellos. Luego nos iríamos al centro comercial a hacer un poco de *shopping*.

Ahora me dolía el hecho de irme y saber que estaba Alex en la ciudad, solo, arreglando cosas para solucionar su vida, pero tenía la esperanza de que se escapase unos días para pasarlos conmigo en el club.

Mi familia se quedó a cuadros cuando le conté lo que había pasado y el pastel que me había encontrado.

Mi abuelo flipaba con la coincidencia y no podía salir de su asombro.

—La vida es muy caprichosa y, cuando está predestinada a que dos personas se vuelvan a encontrar, hará todo para que eso suceda —dijo mi abuela.

—¿Lo amas mucho, hija? —me preguntó mi tía.

—Mucho más de lo que amé a Jimmy.

—Entonces lucha por él y espérale hasta que solucione su vida.

Me recomendó mi abuelo y yo asentí con la cabeza.

Mientras comíamos, mi cabeza estaba en Alex y en recuerdos que se me entremezclaban de pasado y presente.

Ahora me daba cuenta de las muchas similitudes que aún seguían existiendo, como, por ejemplo, la de su sonrisa, esa que las dos veces me cautivó al momento.

También había que decir que su cara había cambiado mucho y ahora lucía una dentadura de esas con preciosas carillas estéticas, que le daban una boca de

cine, muy distinta a la que tenía antes.

Nos despedimos de la familia y nos fuimos al centro comercial, donde entramos de cabeza en una tienda que nos encantaba a las tres.

Sacha se volvía loca cogiendo pantalones y camisetas para probarse de la zona de mujeres.

Yo miraba, pero no prestaba realmente atención a las prendas.

Alex.

Alejandro.

Dos historias de amor y una misma persona.

No me quería ir a este viaje ni aunque estuviese solo a poco menos de una hora. Pero tampoco los quería dejar tirados cuando lo habían hecho por mí.

Se me hizo la tarde larga y, mientras ellas se hicieron con un montón de bolsas de prendas, yo iba con apenas dos de dos tiendas diferentes, en las que me había cogido un par de camisetas en una y, en la otra, un *short* y una falda larga.

Era todo una locura, pero esta vez no quería perderlo.

Capítulo 17



Eran apenas las siete de la mañana y ya estaba, como un búho, levantada, con los nervios a flor de piel.

Me preparaba un café mientras yo misma me sorprendía de no haberlo reconocido, pero, como me dijo mi madre, las personas a nuestras edades pueden dar unos cambios brutales, y más cuando hablamos de que han trabajado para cambiar su aspecto físico.

El caso es que era Alex y nosotras culpándolo de que no aceptaba que su padre hubiese comprado la empresa con nosotras dentro.

Para matarnos…

Para matarme a mí realmente, porque mi prima no tenía ni idea de quién era y jamás lo había visto.

Me senté en la terraza con una sabanita por las piernas. No hacía frío, pero era demasiado temprano y yo muy calurosa no era.

Tenía ese pellizco en el estómago por las dos semanas que habíamos cogido para irnos. Ahora mismo me costaba un mundo, pero ¿cómo los iba a dejar tirados?

Desde el día anterior, eso de irme me estaba matando, pero lo llevaba lo mejor que podía y en silencio.

El café me duró un suspiro entre pensamiento y pensamiento. Fui a prepararme otro cuando, al regresar y sentarme, vi que tenía un mensaje de Alex preguntándome si estaba despierta.

Habría visto que me había conectado al WhatsApp y le habría saltado mi última conexión.

Lola: *Despierta y voy a por el segundo café. Buenos días.*

Alex: *¿Puedo ir ya para tu casa?*

Lola: *Claro.*

Y tanto que podía; es más, lo necesitaba y lo quería aquí a mi lado para que me quitase más inquietudes.

Este segundo café me lo tomé con más calma para esperarlo. No tardó casi nada en llegar, ya que sonó el timbre del telefonillo de la puerta de abajo.

Los nervios se apoderaron de mí y los sentimientos se pusieron a flor de piel.

—¿Churros?

Pregunté al abrir la puerta y encontrarme con un papelón en sus manos y un vaso de chocolate.

—Sé que te gustan.

Y tanto, como que los comimos el sábado pasado en el pueblo.

—Gracias.

Me dio un beso en los labios que me llenó en un momento.

Preparé dos cafés, puse los churros en una bandejita sobre servilletas y nos fuimos a la terraza.

—¿Has averiguado dónde os vais?

—Sí, al club del mallorquín, en Zahara de los Atunes.

—Sí, sé cuál es.

—Desde que viniste ayer, tengo mucha angustia por irme. No se lo he dicho a las chicas, pero no quiero ir.

—Vas a ir, Lola. Yo cogeré una habitación algunos días.

—¿Crees que vas a poder solucionar lo de tu matrimonio?

—Dirás lo del divorcio. En mi matrimonio no hay nada que arreglar, más que lo de nuestra hija.

Sonrió.

—Sí, a eso me refería.

Sonreí mientras él acariciaba mi pierna.

—No te imaginas cuánto te he pensado cada día de mi vida y cómo, muchas veces, podía sentir el tacto de tu piel recordando esos momentos en los que nos quedábamos enganchados horas y horas.

—Me maldigo por no haberme dado cuenta antes y no dejo de culparme por eso, pero te juro que estás tan diferente… Hasta la mirada te ha cambiado.

—Era un jovencito; ahora soy más maduro.

—No te rías de mi puto desastre mental.

—¿Y tú por qué te ríes?

—Porque ahora que te he encontrado y me has vuelto a hacer sentir tantas cosas, no te quiero perder. Estoy nerviosa. Tengo inquietudes por lo que pasará en tu vida… con nuestras vidas.

—Pase lo que pase, lo único que quiero es estar a tu lado.

Acercó medio cuerpo y me besó.

—¿Por qué tardaste tanto en decírmelo?

—Porque no me reconocías y porque la había cagado con mi vida. Te lo dije ayer. No hay más. Solo necesito no perder a mi hija y conseguir tenerla el máximo tiempo posible.

—Ella no te lo pondrá fácil, ¿verdad?

—Nada fácil. Es la persona más egoísta y sin sentimientos que he conocido. El mayor error de mi vida… pero es la madre de mi hija.

Se lamentó.

Le cogí la mano, se la apreté y me la llevé a los labios para besarla. Acto seguido, nos reímos al comprobar que se la había manchado de chocolate, de los restos que tendría en la boca, ya que estaba mojando los churros.

No lo recordaba tal y como era ahora, pero volvía a despertar en mí los mismos deseos y sentimientos que en Punta Cana.

—¿Cómo se llama la niña?

—Isabella.

En la sonrisa, al pronunciar su nombre, se notaba lo que significaba para él.

—Es un nombre precioso.

—Isabella es una niña muy buena y sonriente. El problema es que no es tonta y entiende esos gestos feos de su madre, que siempre está discutiendo o buscando problemas; si no, está de compras, quemando tarjeta y llenando un ropero en el que ya ni sabe lo que tiene.

—Entiendo.

—Con decirte que, en más de una ocasión, le he sacado alguna prenda del fondo del armario, aún con etiqueta, y se la he regalado por su cumple… y ni se acordaba de que era suya…

—¿En serio?

—Te lo juro. Todo lo que te diga es poco.

—Bueno, solo espero que pronto salgas de esa relación.

—¿Para estar conmigo?

—No desearía ahora mismo otra cosa.

Sonreí, confesándole lo que mi corazón decía a gritos.

Nos besamos de nuevo, con más intensidad, dejando que nuestros labios se desahogasen durante largos segundos.

Beso con sabor a chocolate, churros y café.

Pensaba, mientras mi corazón se llenaba de él.

—Así que os vais mañana…

—Me dan retorcijones de pensarlo.

—¿Crees que no me voy a escapar a verte? Quítate eso de la cabeza.

Sonreía y me acariciaba la mejilla.

—Ya, pero no sé… Al estar allí me siento más lejos.

—Ni que te fueras a Madrid o al norte.

—¡No te rías!

—Me encantaría irme mañana mismo, pero créeme que estoy resolviendo cosas, y ahora mismo mi prioridad es esa, ahora que ella no está.

—Te entiendo, te juro que te entiendo. Solo soy yo la que no me quiero ir y prefiero estar aquí, aunque no vaya a estar en todo momento a tu lado.

—Pues vas a ir, pasártelo bien sin tontear con nadie y pensando que pronto apareceré por allí y estaremos unos días juntos.

—¿Sin tontear con nadie? ¿Me ves capaz?

Nos reímos.

—Solo es una sugerencia.

—¿Te vas a quedar hoy mucho tiempo?

—Tengo todo el día, es domingo.

Esas palabras fueron como un aliento y me vine arriba; tenerle a mi lado era esa paz que necesitaba en esos momentos.

Después de desayunar, terminamos en la cocina, dando rienda suelta a nuestros deseos.

Alex me sentó sobre la encimera y me llevó a vivir otro de esos momentos en los que la lujuria, el deseo y las ganas se abrían paso, haciendo que saltaran las chispas por los aires.

Terminamos en la ducha, recreándonos mucho más, y luego volvimos a prepararnos otro café para cocinar juntos un fondillo de paella, ya que él había traído todos los ingredientes en una bolsa.

Lo amaba tanto que me quedaba sin fuerzas, con la sonrisa sostenida y sintiendo que tenía quince años en vez de veintiocho.

Era tan intenso lo que sentía por él que lo estaba viviendo así, sin filtros, con el corazón completamente lleno.

Tenía que ser él.

Tenía que ser para siempre…

Capítulo 18



Eran las ocho de la mañana cuando me levanté sonriente, recordando el día de ayer tan bonito que había pasado junto a Alex.

Pero claro, ahora me iba y eso me hacía ponerme triste.

¿Y por qué tenía que irme si no quería? ¡Que se fueran ellos!

No, no podía hacerles eso.

Mientras iba tomando el café, iba colocando las últimas cosas que me faltaban y que no eran muchas.

¡No me quería ir!

Pero me iba a ir…

Mi prima llamó a la puerta y se fue directa a la cafetera mientras me explicaba que, al hacer el neceser de maquillaje, se le había caído su paleta de sombras favorita y había formado un arcoíris de color.

Vamos, que la había destrozado.

Aguanté la risa, pero ella me miró de lado y me hizo una peineta con el dedo.

—Es un mal menor sin importancia. Ya te comprarás otra.

—Tengo mucha hambre.

—Pues tostamos pan y le echamos cualquiera de las opciones que tengo en la nevera.

—Me apetece aceite y tomate.

—Y a mí, ahora que lo has dicho.

Nos llegó un mensaje de Sacha diciendo que estaba aburrida y que venía para aquí en un taxi ya con las cosas. Nos íbamos a ir en el coche de Carla.

Esperamos a que estuviera llegando para tostar el pan y que desayunase con nosotras.

—¡Ya está aquí lo más bonito del mundo!

Gritó Sacha cuando le abrí la puerta.

—Madre mía, ¿pero no parece que te mudas de casa?

—Solo llevo la maleta grande y el bolso.

—Eso no es una maleta, es un baúl.

Dijo mi prima asomándose desde la cocina.

—El coño de tu prima. ¿Huele a pan tostado?

Contestó Sacha.

—Venga, estamos preparando el desayuno, vamos bien de tiempo.

—Y tanto, como que hasta la una no es la entrada. Nos va a dar tiempo a desayunar un par de veces.

—Vienes con hambre.

Reí.

—Con sed de comerme el mundo.

Ya salió su parte más poética.

—Es el segundo cigarro que te fumas.

Me reprochó mi prima.

—El tercero, ya me fumé uno antes de que llegaseis.

—Fumar es malo.

—Pues vosotros también fumáis.

—Yo por la mañana no me fumo más de uno.

—Pues yo llevo tres y punto.

—¿Borde?

Preguntó Sacha mirando a mi prima y señalándome a mí.

—No tiene ganas de venir y eso se le nota.

—No, no tengo ganas, es la verdad.

—Así te lleve por los pelos al coche, te digo que tú vienes. ¿No te ha dicho tu jefe que irá a verte? ¿Qué más quieres? ¿Que se quede a vivir contigo y llame a su mujer para decirle que se ha instalado en otra casa?

—No es eso, Sacha, pero tengo mal cuerpo.

—Mal cuerpo te daba yo…

Carraspeó.

Estuvimos hasta las doce tonteando entre charlas y cotilleos que le salían a Sacha mirando las redes. Tenía para todas.

Cerré mi ático y nos fuimos al garaje a coger el coche de mi prima, donde metimos las maletas y nos montamos para irnos a Zahara.

Íbamos de camino cuando recibí un mensaje que me sacó una sonrisa.

Alex: *Imagino que ya estás de camino hacia el hotel. Disfruta mucho y échame de menos hasta que yo llegue.*

Lola: *¿Cuándo llegas?*

Alex: *Pretendo estar allí el jueves y quedarme hasta el lunes.*

Lola: *Pues el lunes regreso contigo y me dejas en mi casa.*

Alex: *Te quedas allí hasta el viernes, una vez que yo vuelva. No abandones a esas personas que lo hicieron por ti.*

Lola: *No puedo, si es que no tengo ganas ni de ir.*

Alex: *Disfruta de ellos, Lola, por favor.*

¿Cómo disfrutar si lo único que yo necesitaba era estar a su lado y empaparme de esos abrazos que me servían de medicina?

Llegamos al club, que era una auténtica maravilla, frente a un mar que invitaba a sumergirse en él. Y por no hablar de la piscina, preciosa, llena de camas balinesas y con un servicio prémium digno de excelencia.

Sacha entró como si de una diva se tratase. Bueno, realmente lo era, y eso se podía apreciar en su elegancia y en esa manera tan suya de captar la atención

de todo el que pasaba a su alrededor.

En la recepción nos invitaron a un chupito de *limoncello* que nos tomamos después de brindar por los días que nos quedaban para disfrutar.

Los míos comenzarían cuando apareciese Alex…

Modo negativo.

No se merecían que estuviera así.

Actitud, actitud, Lola.

Nos dieron la llave de la habitación, que era una cabañita muy mona a la que no le faltaba detalle: tres camas individuales amplias, baño, minibar de pago y una cafetera con cápsulas que costaban setenta y cinco céntimos cada una. No estaba nada mal.

Sacha sacó tres cervezas de la nevera y las abrió. Tenía prisa por empezar a disfrutar de la vida, como ella decía.

Fuimos colocando nuestras prendas en el armario y en los cajones, que dividimos quedándonos dos cada una, antes de salir a comer a la zona de la piscina, donde teníamos nuestra cama balinesa asignada durante toda la estancia.

Sacha iba con un bañador trikini que le quedaba monísimo, con el pareo anudado a un lado.

Mona era hasta decir basta, vamos, que captaba la atención de muchos hombres de los que se hacían llamar heterosexuales, pero a los que se les iba la vista tras ella… y no precisamente por curiosidad, sino porque era un espectáculo.

Nos sentamos sobre la cama, dejando los bolsos a un lado, y pedimos unas cervezas, unas tiras de pollo rebozado crujiente y unos tacos de carne picada con queso y guacamole.

Sacha y mi prima se fueron a darse un baño rápido mientras nos traían el pedido. Yo preferí quedarme escuchando la música de fondo, dejándome llevar por mis pensamientos… que, inevitablemente, siempre acababan en Alex.

Observaba a una pareja que debía rondar los sesenta, pero que lucían guapos, joviales y con un estilo precioso. Se miraban bonito, con calma, con complicidad.

Me imaginaba yo así con Alex unos años más adelante.

¿Llegaríamos a tener algo fuerte y duradero entre nosotros?

Ojalá que sí, porque en esos momentos sentía que era el hombre al que amaba con todo mi corazón.

¿Cómo se podía echar de menos tanto a alguien con quien habías estado el día anterior?

El amor es de esas cosas que no tienen sentido y que te llevan a sentir emociones difíciles de controlar, sobre todo esas ganas de estar solo con esa persona que consigue que todo lo demás deje de importar.

Realmente, lo único que sabía era que estaba luchando por poder tener a su hija más tiempo del que ella le iba a ofrecer marchándose a Italia, pero poco más sabía aparte de eso… y de que no la amaba.

Dolía, porque ahora mismo estaba casado con ella y esa era su familia. Pero si todo lo que me había dicho era cierto… su futuro lo quería conmigo.

Y eso… eso me bastaba para desearlo con todas mis fuerzas.

Tenía muchas preguntas rondándome la cabeza, pero no dejaban de ser eso: preguntas que solo venían a traerme más dudas e inquietudes de las que ya tenía.

Solo quería que corriesen los días, y no solo estos que estaban comenzando, sino aquellos que le llevasen a tener la libertad que tanto deseaba,

sin tener que pagar un precio demasiado alto.

Eso era un padre: alguien que luchaba con todas sus fuerzas, y me parecía un acto precioso por su parte.

Nos trajeron la comida con una pinta increíble que, a pesar del nudo que tenía en el estómago, no pude evitar darle un primer bocado con ganas.

Sacha gemía y mi prima la miraba de lado, aguantando la risa.

Después de todo, conseguían sacarme una sonrisa cuando lo único que yo quería era llorar por el vacío que sentía al no tener a Alex aquí.

Lo que me había cambiado la vida…

Capítulo 19



Habíamos pasado toda la tarde en la piscina, disfrutando de cócteles, baños y descansos que nos recargaron las pilas.

En mi caso, y aunque estaba un poco triste porque no tenía ningún mensaje de Alex, me había venido más arriba y, después de luchar contra mis dos versiones, me quedó claro que no podía vivir deprimida cuando solo era cuestión de tiempo.

Tenía a mi amiga y a mi prima a mi lado, que constantemente se deshacían en muestras de cariño hacia mí para levantarme el ánimo.

Se merecían que no les aguara estos días con mi semblante serio.

Regresamos a la habitación, o cabaña, según quisiera llamarla, y nos fuimos duchando para ir a cenar a uno de los tantos restaurantes de la playa.

Fue justo cuando me estaba maquillando que me entró el mensaje tan deseado.

Alex: *Hola, amor. Espero que estés disfrutando de ese lugar tan vitamínico en el que estás. Te pienso a cada minuto.*

Me acababa de regalar la vida. Esas palabras para mí tenían mucho más peso del que nadie podía imaginar.

Le pedí a Sacha que me hiciera una foto maquillándome y se la mandé.

Lola: *Aquí maquillándome para ir a cenar mientras te pienso a cada segundo y te siento instalado en mi corazón.*

Me había quedado muy cursi, pero me salió así y no iba a reprimir ninguna de mis emociones.

Alex: *Estás preciosa. Luego quiero más fotos. Disfruta mucho y no pienses en nada, por favor. A mí me tienes desde mucho antes de encontrarnos de nuevo. Te amo, Lola.*

Por favor, qué bonito lo que me acababa de decir y cuánto decía sobre él.

Lola: *Gracias por tus palabras. Yo también te amo mucho, Alex. Luego te mando fotitos, pero yo también quiero una tuya.*

Terminé de arreglarme cuando vi que me había contestado de nuevo, pero no era un mensaje escrito, eran dos fotos, y no de ahora: aquellas que nos hicimos en Punta Cana y que aún conservaba.

Se me cayeron dos lagrimones y las niñas vinieron rápidamente a ver qué estaba viendo para que me hubiese puesto así.

—Hostias, las famosas fotos. Prima, pues él es verdad que, viéndolo, se parece, pero cambió mucho.

—Muchísimo, yo tampoco lo hubiera reconocido —dijo Sacha.

—El cuerpo ya es otro mundo, las facciones de la cara más finas y los dientes, nada que ver…

Mi prima lo analizaba, al igual que nosotras, que observábamos la foto. Era cierto que había cambiado un mundo y que no se parecía casi en nada al de Punta Cana, excepto por varios lunares de los que nos dimos cuenta de que seguían en el mismo sitio.

Nos reíamos.

Lola: *Me acabas de poner la piel de gallina y me has transportado con más lucidez a esos momentos. ¡Qué fuerte! Gracias por enviármelas.*

Alex: *Yo los recuerdo como si los estuviera viviendo. No te imaginas cuánto te he pensado durante estos años.*

Lola: *Maldito error al grabar el número de teléfono. Quizá ahora estaríamos juntos.*

Alex: *Lo vamos a estar. Para atrás, ni para coger impulso. Disfruta, por favor, no te olvides de cuánto te amo.*

Sus palabras me tranquilizaban…

Nos fuimos por el puente de madera hacia la playa y nos quedamos en uno de los primeros chiringuitos, que tenía unos sofás con mesas para comer que se veían de lo más cómodos.

Todo era tan elegante y estaba tan en sintonía que te envolvía por completo, bajo un cielo que comenzaba a transformarse en colores para dar la bienvenida a la noche. No podía ser un lugar más idílico y romántico.

Me faltaba Alex.

Lo tendría en unos días.

¿Y por qué no podía escaparse antes?

Lola, céntrate en disfrutar, como él bien te ha dicho.

Mis versiones querían estar en todo. Yo las llamaba las entrometidas.

Amaba tanto a Alex que solo quería tenerlo en mis pensamientos.

—Un brindis por estas tres preciosidades que se van a comer una langosta a la brasa que nos va a poner la concha tocando las palmas.

—Viva la elegancia de tus palabras.

Le dijo mi prima, negando y mirándola fijamente.

—Si ya sabéis cómo soy. No me podéis devolver.

Cogió un trozo de choco y se lo llevó a la boca.

Habíamos pedido de entrantes eso y unos bocados de atún empanados que estaban buenísimos.

—Tengo ganas de enamorarme y encontrar un hombre que me ponga las piernas temblando y los ojos vueltos.

Soltó, mi prima.

—Pues no será porque te faltan pretendientes. El caso es que a todos les pones una falta. ¿Tú qué estás esperando, a que Chris deje a la Pataki y venga a buscarte?

—¿Y quién te ha dicho que a mí me guste ese hombre?

—Tú lo has dicho mil veces.

Le contesté yo con la risa suelta.

—Me gustaba cuando era más joven, ahora no.

—¿Y por qué lo dices con esa cara de parecer que te hizo el pobre hombre algo? —le preguntó Sacha mirándola con cara de asco.

—Dejadme, que me he puesto sensible.

—¿Y ahora qué te pasa a ti?

Pregunté con asombro.

—Que me siento una desgraciada en el amor.

—Madre mía, que esta lleva encima los cócteles que se ha tomado en la piscina.

—No estoy borracha, Sacha.

—Pero te has puesto sensible. Y a mí me hablas bien, que no tengo que pagar tus cambios de humor. ¿Te tiene que venir el periodo?

—Se me fue hace cinco días.

—¿Y me lo dices en tono de burla?

—Si quieres, te respondo cantando por ópera.

—Prima, ¿qué te pasa?

—Nada, que estoy sensible.

Volteó los ojos.

Su respuesta no me valió para nada. A Carla le pasaba algo y eso era indiscutible. No entendía por qué no se desahogaba y nos lo contaba.

—Venga, suelta por esa boca.

Le exigió Sacha llevándose el dedo a la lengua.

—Nada, que siento que no me llega el amor.

—Pero ¿qué falta te hace un hombre de manera inmediata? —le pregunté.

—No es eso, es que…

—Está borracha. —La cortó Sacha—. Recuerda que tu prima no es de las que se le nota al momento y parece que está bien cuando realmente no lo está.

—No estoy borracha, estoy sensible.

—Vaya por Dios, que ahora se nos va a echar a llorar y todo.

—Prima, cariño —le cogí la mano—, si te pasa algo solo nos lo tienes que decir, y si son las hormonas tan jodidas que tenemos las mujeres, pues lloramos todas y listo.

—Mis hormonas son muy buenas.

—Calla, Sacha, por Dios.

Nos reímos las tres.

—Hacedme caso por una vez.

—Por una vez, dice. —La cortó de nuevo Sacha.

—En serio, estoy bien, solo sensible, y siento que se me va a pasar el arroz y luego no podré tener hijos.

—Pues los alquilamos por findes.

—¡Sacha!

Le gritamos las dos a unísono.

—Yo era por dar una idea y animarla.

—Mi prima es muy joven, solo tiene veintiocho años y tiene mucho tiempo por delante para crear una familia.

—O dos, por si la primera le sale mal.

Rompimos a reírnos porque ella era así. Sacha no se callaba ninguno de esos disparates que se le ocurrían.

Nos pasamos una cena, al final, de lo más divertida y mi prima se fue animando de ese bajón que le entró de repente.

Pedimos unos cubatas y nos fuimos hacia la orilla descalzas, con los zapatos dentro del bolso de Sacha, que era gigante.

Nos los tomamos con los pies en remojo mientras reíamos, nos hacíamos fotos que le mandaba a Alex y charlábamos de manera confidencial.

Eran mi vida, ellas eran mi vida.

¿Qué haría sin estas personas, vitamina?

Capítulo 20



Me levanté y escuché a las niñas en la puerta de la cabaña, charlando entre risas.

Fui al baño y, después, preparé tres cafés y los saqué fuera. Sabía que, si ya se estaban tomando uno, debían de estar a punto de terminarlo.

—Hombre, lo más bonito de toda la costa española, mires para donde mires.

—Gracias, ¿eh?

Le contestó mi prima, celosa, dándole un codazo.

Nos reímos.

Me senté con ellas, ya que, fuera de las cabañas, había varias mesas y sillas de madera orientadas hacia el mar y la zona de la piscina, que era una auténtica cucada, especialmente las dos barras tipo caseta de madera.

El lugar transmitía una paz increíble. Aunque, ni siquiera así, conseguía llenar ese gran vacío que sentía al no estar Alex aquí con nosotras.

Justo en ese momento, mientras nos reíamos, pasó un empleado que era muy mono, todo hay que decirlo.

—Quién fuera una célula de ese cuerpo.

Le gritó descaradamente Sacha.

El chico se echó a reír.

—Aún lleva los efectos del alcohol de ayer.

Le gritó mi prima, y el pobre chico se reía todavía más mientras continuaba su camino.

Sacha era mucha Sacha y tenía esos impulsos que le salían sin poder evitarlo.

No lo pensé y le escribí un mensaje.

Lola: *Hola, bombón. Espero que tengas un día bonito, aunque dudo que lo sea tanto como lo eres tú. Te amo muchísimo.*

De nuevo, mi parte cursi.

¿Y qué hacía si me nacía así?

Mis dos versiones estaban a punto de entrar en debate cuando me llegó la respuesta.

Alex: *Buenos días, preciosa. ¿Qué tal amaneciste? Te echo mucho de menos. En poco nos vemos. Te amo.*

Lola: *Bien, echándote de menos y deseando volver a verte.*

Alex: *Disfruta del día por los dos, por favor. A mí siempre me tienes.*

Lola: *Gracias, cariño. Me animas mucho.*

Después de un par de cafés, nos fuimos a desayunar al restaurante al aire libre que había junto a la zona de la piscina.

Me encendí un cigarrillo cuando nos trajeron los cafés y esperábamos el desayuno.

Mi mente volaba hacia un futuro en el que me imaginaba a su lado. Quería y deseaba que él fuese ese amor que agarrase mi mano y, juntos, formar nuestro propio universo.

La presentación del desayuno era una pasada. Unas cestas preciosas de madera con el pan tostado y, en otras, tarrinas con patés, mantequilla y mermeladas. Y, sobre una bandeja, había huevos duros, fruta y tres yogures naturales con cereales variados.

Aparte, se podían pedir tostadas con huevo a la plancha y aguacate, o con jamón serrano o de pavo. Pero nosotras pedimos un variado del número uno, el más básico. Teníamos días por delante para probarlos todos.

Era tan bonito escuchar el mar mientras desayunabas, sin apenas ruido, y te lo servían todo delante, que conseguía aliviar, aunque solo un poco, esa tristeza que no dejaba de acompañarme.

Lo bueno de ese lugar es que no estaba masificado, ya que no era un gran hotel, sino un club más selecto y recogido, al que no le faltaba detalle y que, como no, estaba enfocado en el lujo y el confort.

Tiré una foto a la mesa, con el desayuno y el mar de fondo, y se la envié a Alex. Le dio un corazón.

Nos comimos todo el desayuno, y eso que venían nueve porciones de pan, pero se nos abrió el estómago. Debo decir que me impresionó mucho el yogur, que estaba de lo más delicioso, sin pasar por alto que no dejamos ni un solo trozo de fruta.

Sacha propuso irnos toda la mañana a la playa y volver a la piscina después de comer para tumbarnos en la cama balinesa.

En la arena también había cómodas hamacas del club, en las que dejamos nuestras cosas, ocupando tres de ellas.

Nos fuimos al agua y Sacha comenzó a mojarnos sin previo aviso.

Terminamos en una guerra de agua de la que nos reímos una barbaridad.

Nadaba disfrutando de la sensación que el mar le daba al cuerpo, que, además de ser desestresante, te recargaba de energía.

Yo debí de ser un pato en otra vida, porque no era normal lo que me gustaba el agua.

Regresamos a las hamacas casi una hora después y le pedimos al camarero que nos trajese unos refrescos. Sacha también pidió unas patatas chips y unas olivas. Hacía tanto deporte que se podía permitir comer lo que quisiera, aunque nosotras tampoco nos quedábamos atrás en el tema de picotear.

—En serio, niña, otra vez te ha cambiado la cara.

Le dijo a mi prima cuando la vio con el gesto torcido.

—No vayas a empezar y entiende que las mujeres solemos ponernos sensibles cuando menos lo esperamos.

—Las dos sensibles y yo. Así debería llamarse la película de nuestras vidas en este momento.

—Sacha, no la busques —le pedí.

—Ni me voy a quedar callada. ¿Acaso la vamos a dejar con esa cara de funeral? A la que traíamos a rastras era a ti, no a ella.

—Bueno…

Le hice un gesto con la cabeza y los ojos para que parase.

—Yo digo una cosa: si vamos a estar de funeral, que sea borrachas.

Levantó la mano con la intención de pedirle al camarero unas cervezas o vinos en lugar de los refrescos. Como si no la conociéramos.

La frenamos a la vez y, en ese momento, mi prima soltó una carcajada nerviosa al ver que Sacha era capaz de ponernos a beber desde bien temprano.

—Joder, que no nos vamos a pasar las vacaciones borrachas, comiendo y sin hacer nada —dijo Carla.

—Pues precisamente eso son las vacaciones, ¿acaso no os acordáis de cuando nos fuimos a Ibiza, cuando lo dejaste con el innombrable? —se refirió a Jimmy.

—Ni nos lo recuerdes.

Contesté rápidamente, provocando que las tres estalláramos en una carcajada.

Lo de Ibiza fue de otro mundo. Tanto, que nos pasamos todos los días enlazando una borrachera con otra… por mi culpa.

Estaba destrozada en ese momento.

Lo de Jimmy me causó un *shock* enorme, porque confiaba plenamente en él, pero vi con mis propios ojos cómo se acostaba con otra en el que iba a ser nuestro piso, el que él había comprado con la intención de que nos fuésemos a vivir allí.

El caso es que fui a llevarle una sorpresa para que, cuando él llegase, la viera preparada, pero la sorpresa me la llevé yo al abrir la puerta y escuchar unos gemidos que parecían amplificados.

Fui a la habitación y los pillé en la cama que nos habían puesto el día anterior y que ni siquiera habíamos estrenado.

Su reacción fue llamarme controladora, loca, psicópata y un montón de cosas más, intentando hacerme sentir culpable por lo que él estaba haciendo.

Se me cayó el mundo encima.

Imaginad cuando ellas me arrastraron a Ibiza y yo solo encontraba consuelo en las copas que me bebía para intentar olvidarlo.

Ni aun así lo conseguí.

Fue el tiempo el que lo curó todo, y más cuando te das cuenta de que esa no era la persona adecuada para compartir una vida.

Con él me olvidé de Alejandro… y hasta de mí misma.

El día lo pasamos tranquilas, entre playa, comida y sol, y no tocamos el alcohol, para sorpresa de las tres.

Los refrescos, cafés y cócteles de fruta fueron nuestra única hidratación durante todo el tiempo.

Por la noche estuve hablando un buen rato con Alex, que estaba muy cariñoso y solo me transmitía que disfrutase y que me bebiese la vida, que no por eso lo iba a perder.

Bueno, siempre y cuando el divertirme no implicara perderme en otros brazos, obviamente.

Capítulo 21



Me tomaba el primer café del día mientras ellas seguían durmiendo y yo disfrutaba del sonido de las olas rompiendo en la orilla.

Ya era jueves y, por increíble que pareciera, los días habían pasado volando. Lo había echado muchísimo de menos, pero ya quedaba muy poco para volver a abrazarlo.

El caso es que Alex venía hoy y se quedaba hasta el lunes.

No podía estar más emocionada.

—¿Qué haces tomando un café sin mí, cabrona?

Me preguntó Sacha en voz baja, asomándose por un lado de la puerta.

—Disfrutando del silencio.

Le hice un guiño.

Se rio.

—Voy a por dos cafés y vuelvo.

—¡Que sean tres!

Gritó mi prima, que la jodida tenía el oído bien fino.

Nos reímos.

—Qué suerte la tuya, que hoy vas a follar de lo lindo.

—Sacha…

Me reí observando cómo ponían los cafés sobre la mesa y unos bombones que había traído mi prima de su casa.

—Ni Sacha ni leches, que tienes mucha suerte. Que las cosas como son, pero Alex tiene varios polvazos y otros tantos para repetir.

—Y dale con esa boca.

—Bien linda que la tengo.

—No sé para qué me he levantado de la cama.

Decía mi prima, frotándose los ojos.

—Ni yo para qué he venido.

—¿Que lo digas tú?

Me reí señalándola, mientras mi prima hacía lo mismo.

—Sois unas desagradecidas, pero tenéis la suerte de contar con una amiga como yo, que sería capaz de comerme a un león por si hiciera falta para defenderos. ¡Desgraciadas!

—Y se habrá quedado a gusto.

Dije con una carcajada suelta que no podía frenar, ni ellas tampoco.

Casualmente, las tres nos pusimos un bañador blanco y un pareo amarrado a un lado. Las sandalias eran del mismo color y los bolsos de playa, de caña.

Nos reímos al ver lo conjuntadas que íbamos. Eso sí, el glamur de Sacha era indiscutible. Una verdadera diva.

De nuevo, en el mismo sitio, nos sentamos para desayunar. Nos gustaba ese rincón en el que las vistas eran más amplias.

Le pedimos a la camarera que nos trajese tres desayunos maxis. Sí, hoy íbamos a por todas, y es que nos habíamos levantado con hambre porque la tarde anterior estuvimos a cervezas y ni cenamos.

Lo buenas que habíamos sido el martes, no lo fuimos el miércoles, que nos bebimos lo de los dos días.

Me estaba fumando un cigarrillo cuando la chica nos trajo el desayuno.

—Perdona, le hemos pedido tres, no cuatro.

Le dijo mi prima, dándose cuenta de que estaban poniendo un cubierto más.

—El señor nos dijo que añadiésemos uno a esta mesa, que iba a dejar las cosas en su cabaña y que ahora venía.

Se me escapó una risilla.

Ya estaba aquí.

—Ah, vale, que apareció el desaparecido —soltó, con todo el arte, Sacha —. Perfecto, déjeselo aquí, a mi ladito.

Sonreía mirándola, y la camarera reía.

El suyo estaba entre Sacha y yo. La mesa era cuadrada y tenía sillones en los cuatro laterales.

Ni cuatro minutos después, Alex apareció sonriente.

Me levanté.

Nos fundimos en un abrazo y me dio un montón de besos.

—Verás que nos la gasta —comentó Sacha.

—Envidiosa —le respondí.

—Además, de verdad. Anda, chato, dame al menos un abrazo, que una se consuela con poco.

—Qué poca vergüenza tiene —dijo mi prima, muerta de la risa.

Alex estaba radiante, con una camisa veraniega blanca, arremangada hasta los codos, sobre un bañador en tonos azules y celestes, y unas chanclas de piel natural.

Le dio un abrazo a Sacha y otro a mi prima antes de sentarse y darme un pellizco en la mejilla.

—Este lugar es una maravilla —comentó Alex, mirando a su alrededor.

—Toda la costa lo es, y con unas vistas estupendas en estos momentos.

Soltó Sacha mirándolo con picardía.

Nos reímos.

—No vayas a empezar —le pedí.

—Si soy la alegría de la huerta, ¿verdad, amor?

Le dio una palmada en el hombro a Alex.

—Claro que sí, cariño —respondió riendo.

—Yo creo que tú y yo vamos a tener que desaparecer urgentemente —le dije a Alex.

—Ya me dejaron con el muerto —dijo mi prima.

—Idos a tomar por culo los tres.

—¿Y yo qué he hecho?

Le preguntó Alex a Sacha con la risilla suelta.

Lo que nos reímos en ese momento fue poco. La verdad es que ahora sí que me sentía más relajada y llena.

Él era todo lo que me faltaba.

—Y yo digo una cosa —dijo Sacha—, ¿qué cojones ibas a hacer tú con la depresión de medio caballo que tienes si no estuviera yo? —le preguntó a mi prima.

—¿Qué depresión de medio caballo, estúpida?

—Esas hormonas, ¿no ves cómo insultas?

—Pocas cosas te decimos para las que tú nos sueltas.

—Un desayuno muy entretenido —murmuró Alex.

—No sabes la que te espera, guapo. A ver si tienes los cojones de aguantar a estas dos caprichosas.

Nos señalaba con desprecio a mi prima y a mí.

—Me lo estoy temiendo.

—Eso, tú dale vidilla —le reproché a Alex.

—Qué difícil va a ser tener contentas a tres mujeres.

—Tú céntrate en mí, por el bien de todos.

—Dios, Alex, ya te está dominando.

—Sacha, luego dices que por qué te decimos cosas. Anda que no te gusta picar.

Le hice el reproche con un movimiento de cabeza hacia el hombro.

Alex se reía mientras sostenía el trozo de tostada en su mano.

Sacha se hizo la víctima y guardó silencio, con esas caras de altivez, orgullo y diva que le salían solas.

Alex la provocaba, diciéndole que le quedaba muy bien el *outfit*, y ella lo miraba de lado para luego alzar la barbilla con total indiferencia.

Me estaba riendo a carcajadas en un desayuno que no esperaba que fuese a ser así, y con Alex entre nosotras.

Cuando terminamos de desayunar, nos fuimos a las dos camas balinesas. Le asignaron, con su cabaña, una que había justo al lado y que estaba libre, porque pidió en la reserva coincidir con la nuestra si era posible.

Y lo fue.

Todo estaba saliendo demasiado bonito y perfecto en ese día que empezaba con un sol que brillaba con más intensidad que nunca. Al menos así lo veía gracias a la presencia de Alex.

Nos metimos en la piscina y las chicas se quedaron en las tumbonas para hacer la digestión, según ellas. Más que nada porque nunca la hacían; otra cosa es que, para ellas, ahora mismo era temprano para meterse en el agua.

El caso es que yo estaba a solas con mi amor, que no dejaba de abrazarme y regalarme besos por doquier.

Bueno, eso de sola…

Escuché un silbido que me era muy familiar y, al girarme…

—La leche, ¿qué hacen estas dos aquí?

Me pregunté a mí misma en voz alta, mientras veía a Alex riéndose.

Mi madre y mi tía, que también se unían a la fiesta y, según nos decían, venían a pasar el fin de semana.

Qué calladita se habían tenido la reserva.

Capítulo 22



Acabábamos de acomodarnos en una mesa de uno de los chiringuitos de la playa para comer.

Habíamos pasado la mañana en la piscina con mi madre y mi tía, que nos habían dado una gran sorpresa. Tenían la reserva desde el día siguiente al que la cogimos nosotras.

No me molestaba en absoluto; para nosotras, ellas eran como esas amigas que siempre están ahí, sin soltarte nunca.

Rara vez nos pedían explicaciones, a menos que el momento lo requiriera. Las dos eran unas madrazas que nos habían sacado adelante con toda la fuerza de su corazón.

Y jóvenes, tanto que muchas personas pensaban que eran nuestras hermanas…

Mi tía era muy graciosa y le encantaba pinchar a Sacha, que insistía en que esa noche teníamos que ser las reinas del club y vestirnos todas de blanco.

Alex la observaba con una sonrisa contenida, sin quejarse, porque sabía que, de lo contrario, le caería alguna respuesta rápida. Parecía que Sacha estuviera al acecho, esperando a que dijera algo para soltarle uno de sus comentarios.

Para comer pedimos unos solomillos al Pedro Ximénez, acompañados de unas patatas panaderas que tenían una pinta tan buena como la carne.

—Se nota que es alta cocina —dijo Sacha.

—La carne no puede estar más jugosa.

Confirmé sus palabras y todos asentían, o gemían, como mi madre.

—No veas el morenazo que hay en la barra —comentó Sacha.

Lo señaló con la mirada.

—Pues nada, suerte —la animó mi tía.

—Últimamente no me como un rosco. Ando rozándome hasta con las paredes.

Nos provocó una carcajada inmediata.

—Vamos a tener que jugar a ver quién lleva más tiempo sin comerse un rosco.

—Hemos perdido, amor —me dijo Alex.

—Te digo que no —sentenció mi tía, y todos la miramos.

—Mamá, según lo que tú has dicho, alguien se ha comido un pastel en estos días.

—Tita, suelta —animé yo también.

—¿Queréis dejar a la tía en paz?

—¡Mamá!

Me reí después de nombrarla. Algo me decía que había sido ella.

—Nada, me fui a cenar anoche con mi entrenador personal y terminó dándome una clase extra.

Confesó, dejándonos con la boca abierta.

—Se tiró al dentista, luego al profesor de yoga y ahora a su entrenador personal. ¿Qué hice yo mal en la vida para no tirarme ni al de los cupones?

El comentario, con pregunta a sí misma, de Sacha nos hizo reír aún más.

No tenía remedio.

—Verás cómo van a sacar mis trapos sucios con lo calladita que estoy.

—Aquí las calladitas son las peores —dijo Sacha.

Faltaba mi abuela para completar el cuadro… ¡Qué fin de semana más movidito nos esperaba!

Nos pasamos la comida a carcajadas. Las mesas de alrededor sonreían al vernos, pero es que Sacha estaba sometiendo a un interrogatorio a mi madre sobre su encuentro con el entrenador personal.

Después de comer nos acomodamos en las hamacas de la playa, que eran del hotel, antes de que Alex y yo nos fuésemos a dar un paseo por la orilla.

Agarró mi mano.

—¿Están yendo bien las cosas?

—Bueno, van. Quiero tenerlo todo tan atado que nunca es suficiente.

—¿Tan seguro estás de que te va a joder con la niña?

—Con la niña y con todo lo que no tenga que ver con la niña. Ella es así.

—Entiendo.

—Pero te prometo que lo voy a solucionar todo.

Se frenó en seco en la orilla y me pegó frente a él.

—Lo sé, Alex.

—Pues no me lo digas con esa tristeza, porque tu sonrisa es lo que más fuerzas me da para seguir adelante.

—Estoy aquí contigo, a pesar de ser la otra.

—No eres la otra —dijo enfadado—. No vuelvas a decir eso. Eres la primera, la que nunca se fue de mi corazón y a la que amo con todas mis fuerzas.

—Gracias, Alex.

—¿Gracias?

Se rio y me cogió en brazos, adentrándose en el mar, mientras yo me reía y me erizaba por el contacto del agua fría sobre mi piel.

Me zambulló para luego comerme a besos y abrazos durante un rato en el que estuvimos en el agua.

Retomamos el camino andando por la orilla, que refrescaba a esa hora de calor, la más fuerte.

Pero nos daba igual…

Parecía que caminábamos para escaparnos del mundo y encontrar nuestro lugar, ese en el que solo había cabida para él y para mí.

Era tan cariñoso como seductor y me hacía sentir segura en todos los aspectos, aunque, cuando recordaba su otra vida, se me hacía un nudo en el

estómago. Quisiera o no, aún estaba vinculado a ella.

Estuvimos una hora y media andando entre la ida y la vuelta. Al llegar, nos tumbamos junto a ellas en las hamacas, que estaban todas dormidas, disfrutando de una siesta bajo la sombra que formaba la línea de sombrillas.

Separados, porque eran individuales, pero con nuestras manos unidas mientras nos mirábamos sonrientes, sin necesidad de decir nada.

La felicidad no era cara; era difícil de encontrar, pero, cuando la tenías delante, te dabas cuenta de que las cosas más simples brillaban por sí solas, como esos momentos que no tenían precio y que me llenaban por completo.

Nos quedamos también un rato dormidos…

Cuando Sacha se despertó, comenzó a llamarnos a todos para merendar. Sí, tal cual.

Mi tía y mi madre también se levantaron con hambre; en cambio, mi prima lo hizo mandándola a la mierda por haberla despertado.

Alex y yo habíamos hablado de cenar esa noche a solas. Nos apetecía tener nuestro momento y estar juntos en una velada que ambos deseábamos muchísimo.

Nos fuimos al club, que tenía unos helados con galletas que ya habíamos probado dos días atrás y que eran una auténtica locura. Todos se animaron a pedirlo y también coincidieron en que estaba riquísimo.

Nos quedamos la tarde en la piscina, en la que estuvimos por lo menos una hora dentro y otra charlando en el borde.

Fui a la cabaña a coger mis cosas para irme a la de Alex, ya que todas sabían que iba a cenar con él y que me quedaría alojada allí hasta el lunes, cuando se fuera.

Solas no iban a estar, pues eran cuatro… y con mucho peligro. La fiesta la tenían asegurada.

Llegué a la cabaña de Alex y me lo encontré fuera, hablando por teléfono. Me di cuenta de que era con ella.

Me hizo un gesto para que entrase y fuese acomodando mis cosas.

Se le notaba incómodo y con rabia al hablar. Me daba pena por él, que no se merecía aguantar ciertas cosas.

Estaba claro que él mismo se lo había buscado por casarse con alguien así, aunque, realmente, a las personas se les cae la máscara con el tiempo, por desgracia.

Lo amaba tanto que verlo mal a él me afectaba a mí.

Por suerte, cuando colgó la llamada, entró con la mejor de las sonrisas y buscando mis brazos para aferrarse a ellos.

—Eres mi máxima energía, Lola.

—Y tú el hombre que nunca querría perder.

Sellamos las palabras con un precioso beso.

Capítulo 23



Nuestros cuerpos no tardaron en quedar desnudos en un baño en el que no solo íbamos a darnos una ducha.

La tensión llevaba acumulándose varios días.

Su cuerpo era para mí una provocación que despertaba todos mis sentidos, y más cuando sabía cómo rozarme, acariciarme y encenderme como una mecha que desprendía un calor lleno de deseo.

Había una fogosidad sin límites entre nosotros y queríamos devorarnos más de lo que podíamos. Se nos iban las fuerzas buscando cómo saciar el apetito que nos provocábamos.

Me llevó al orgasmo entre un agotamiento y un temblor de piernas difícil de sostener. Costaba recomponerse para dar paso a su momento. Le tocaba a él.

De nuevo me sentó sobre el lavabo; parecía que le gustaban las encimeras y esa postura que a mí también me volvía loca.

Nos duchamos con la respiración agitada, sin dejar de acariciarnos. Nuestras manos no podían quedarse quietas ante unos cuerpos llenos de provocación.

Deseo… era, en todo momento, esa necesidad de devorarnos el uno al otro.

Entre sonrisas y miradas cómplices, nos fuimos secando.

Nos arreglamos y salimos a cenar fuera del club, a uno de los restaurantes de la zona.

Primero paseamos de la mano, como dos enamorados que disfrutaban de una noche de verano en la que el fin de semana comenzaba a hacerse presente.

Paramos ante una tienda de bisutería en la que me llamó mucho la atención un collar de piedras en tonalidades marrones, como el vestido que yo llevaba puesto.

Alex tiró de mí hacia dentro sin mediar palabra y le pidió a la chica que se lo enseñara.

Me lo colocó con todo su arte y luego le pidió que le cobrara. No discutí con él por pagar, porque había salido de su corazón y era un regalo que yo cuidaría y usaría con mucho mimo.

Pequeños detalles que se te quedan.

Seguimos paseando y nos tomamos una copa de pie, apoyándola sobre un barril de los que había en el exterior de la bodega. Nos pusieron unas olivas de cortesía.

Alex comenzó a hablarme de su princesa, Isabella, con la que había estado hablando un buen rato la noche anterior. La niña le dijo en dos ocasiones que lo echaba de menos —o, más bien, que tenía ganas de verlo—, pero era su forma de expresarse siendo tan pequeña.

La cara se le iluminaba al hablar de ella.

Hay padres que aman a sus hijos por encima de todo… y luego están los que se olvidan de ellos al empezar una nueva vida.

No entendía en qué se estaba convirtiendo el ser humano.

Alex hablaba mucho conmigo, confesándome sus inquietudes, su rabia y su dolor, porque todo aquello le estaba afectando profundamente, como era

normal. Al menos, por lo que yo conocía, no lo merecía.

Sabía que no era fácil para él, teniendo en cuenta que su mujer era de otra nacionalidad y podía llevarse a su hija a otro país, manteniéndolo lejos de ella.

Lo comprendía en todo y empatizaba profundamente.

Me dijo algo muy bonito: que por su hija lo sacrificaría todo.

Y no, no me dolió. Porque un padre que pone a sus hijos por encima de todo es una persona que merece la pena. Y yo entendí sus palabras sin malinterpretarlas.

Alex estaba lleno de vida, pero le estaban robando la energía. Aun así, sacaba fuerzas para regalarme una sonrisa tras otra y recordarme lo mucho que valía.

Sí, Alex era de esos hombres que te recuerdan continuamente lo bonito que hay en ti.

¿Cómo no iba a amarlo si estar a su lado era una bendición?

Nos decantamos por una terraza en la que quedaban un par de mesas libres. Todo estaba a aforo completo; aquella zona era muy animada en verano.

Alex propuso un surtido de pescado frito y un entrante de patatas cocidas con melva. Me pareció perfecto.

Pidió una botella de vino blanco de la casa que, según indicaban en el cartel de entrada, era uno de los productos estrella.

Cuando el camarero se lo dio a probar, afirmó con una sonrisa que era un acierto.

A mí no me gustaba probarlos porque se me notaba en la cara enseguida si me gustaban o no… y, además, no entendía demasiado de vinos. Eso sí, mi

madre, mi tía y mis abuelos entendían muchísimo, sobre todo mi abuela, que era de lo más exquisita.

—Qué buenas están las patatas.

—Sí que lo están, y el pescado también tiene muy buena pinta. Yo soy muy de comerlo; en casa suelo hacerlo a la plancha o al horno, al menos tres veces por semana.

»El resto de los días, pollo… para mantener ese cuerpo.

Se rio con el comentario.

—Soy muy estricto con mi dieta, pero ya has visto que me relajo rápido cuando salgo en buena compañía y me adapto a todo.

—Ahora resulta que bebes y comes lo que no debes por nuestra culpa.

Volteé los ojos.

—No he dicho eso. —Rio—. Digo que en el día a día soy estricto, pero cuando salgo, viajo o estoy en buena compañía, no miro calorías ni salubridad.

—Ya, ya… de lo contrario no te habrías merendado ese helado.

—Pues ahí tienes, ¿qué mejor prueba que esa?

—Esta —señalé la bandeja—, que el pescado es frito.

Nos reímos.

Y así continuamos durante toda la cena, en la que incluso planeamos el día siguiente para tener nuestro momento a solas por la noche.

Lo necesitábamos ambos. Se notaba no solo por sus palabras, sino por cómo me miraba: con un brillo que hablaba de calma, ilusión y amor.

Regresamos andando, sin prisas, disfrutando del camino, con las manos entrelazadas y una energía tan bonita que era imposible no dejarse llevar por ella.

Al llegar al club, nos encontramos a las chicas tomando algo en la zona de la piscina, que por la noche se volvía especialmente bonita y animada.

Nos animamos a tomar una con ellas antes de ir a nuestra cabaña.

Sacha no dejaba de tirarle los trastos al camarero, el mismo que había pasado por delante de nosotras por la mañana. Y lo curioso era que él parecía corresponderle con bastante interés.

¿Había ligado aquí mi Sacha?

Me reía observándolos, viendo cómo se miraban y sonreían con naturalidad. Mi prima me hacía señas con los ojos y Alex aguantaba la risa de espaldas para que no se notara.

Algo me decía que, cuando el chico terminara su turno, Sacha no iba a desaprovechar la ocasión.

Ahí había tema… y del bueno.

Después de las copas y de un rato de lo más divertido, nos fuimos a la cabaña.

Teníamos muchas ganas de quedarnos a solas con nuestro mundo, como decía mi abuela.

Capítulo 24



No estaba en la cama junto a mí al abrir los ojos, así que me levanté y me asomé al exterior, encontrándomelo apartado, hablando por teléfono.

Me hizo un guiño al verme y un gesto con la mano para que esperase un poco. Entré a preparar un par de cafés y los saqué fuera.

Lo veía muy enfadado mientras hablaba y, aunque no podía escuchar lo que decía, me imaginaba que estaba hablando con su mujer.

Era cierto que todo esto, por mucho que quisiera evitarlo, me generaba una inquietud enorme.

¿Y si, por cualquier motivo, él no terminaba divorciándose de ella?

No, no debía pensar en eso.

Pero ¿ y si sucedía?

Me iba a dejar con el corazón en mil pedazos.

Mejor no pensarlo.

Alex colgó la llamada y se dirigió hacia mí con el semblante serio.

Me dio un beso antes de darle un trago a su café.

—¿Estás bien?

—Inquieto, pero bueno. Deseando tener ya las últimas confirmaciones y dar un gran paso al frente.

—Bueno, cuestión de tiempo y paciencia.

—Te amo, ¿lo sabes, verdad?

—Sí, pero reconozco que todo esto me da mucho miedo.

—Confía en mí. No te voy a fallar jamás.

Me acariciaba la mejilla y me miraba con un brillo en los ojos al que necesitaba aferrarme.

Tenía la sensación de que algo no iba bien, pero en su vida, no conmigo. De eso no dudaba.

¿O sí?

No podía dejar salir a mis versiones en estos momentos.

Fuimos a encontrarnos con las chicas en el desayuno, que ya estaban acomodadas y pidiendo a la camarera. Aprovechamos para pedir el nuestro.

—¿Qué tal habéis dormido? —pregunté en general.

—Pues mira, yo como un tronco y esta como una tronca —dijo mi prima, señalando a Sacha y luego imitando el sonido de los ronquidos.

—¿Algún problema?

La miró de lado, con desprecio.

—No sé para qué pregunto nada…

Suspiré.

Alex aguantaba la risa y mi tía se reía mirando a las dos, que parecían haberse enfadado. A cada cual más altiva.

Pero se querían mucho. Todas nos queríamos mucho.

Me sentía bien por tener a Alex a mi lado, pero hoy tenía una corazonada muy fuerte, como si algo malo fuese a pasar.

Y cuando yo tenía una corazonada…

El desayuno estaba riquísimo, pero me costaba un mundo comer. La llamada de esa mañana me daba que ni a él le había sentado bien ni estaba cómodo ahora mismo. Intentaba aparentar que todo estaba bien, pero yo sentía que no era así.

Tenía la sensación de estar viviendo una ilusión a medias, de no poder disfrutarlo como el resto de las parejas, al menos por ahora. El problema era que aquello se alargase demasiado en el tiempo.

Tampoco había opción de preguntarle más allá de lo que él quisiera contarme, porque sabía que para él podía resultar incómodo.

La realidad era que estaba pasando un momento agridulce y me sentía muy insegura.

—Dicen que hoy van a hacer aquí, en la piscina, una parrillada de carne en directo.

—Bueno, más que en directo, en muerto —le contestó Sacha a mi madre —. Esos animalillos descuartizados y en caliente no creo que tengan mucha vida.

—¡Qué graciosa! —le contestó mi prima en tono burlón.

—Luego dice que no está rara y amargada.

—Vete a tomar por saco. La amargada serás tú.

—¡Vais a parar ya hoy! —grité a las dos.

Todos me miraron, sorprendidos por mi tono. Obviamente, estaba con los nervios a flor de piel desde que vi a Alex hablando por teléfono, pero es que estas dos no ayudaban.

—Bueno, tengamos la fiesta en paz y disfrutemos del viernes —pidió mi madre.

—Del viernes, sábado, domingo, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes… y nos vamos. Pues sí que nos quedan días —dijo Sacha.

—Me estoy hasta animando yo a quedarme más días —comentó mi tía.

—Pues por mí, ya sabes, me apunto a todo —le contestó mi madre.

—Habrá que preguntar si hay cabañas libres.

—Y si no, nos metemos con estas, que nos hagan un hueco en la cama.

—Mejor dormís en el suelo —respondió Sacha.

Nos reímos.

De nuevo, Alex miró el móvil y pidió permiso para atender una llamada. Se apartó bastante. Volvió a cambiarle el semblante.

—¿Le está dando mucha guerra su mujer?

—Imagino… tampoco le he querido preguntar —le contesté a mi tía.

—Se le ve buen hombre —dijo mi madre.

—Yo me he quedado con las ganas de que me ponga a cuatro patas.

Nos reímos, porque ya no podíamos cambiarla. Sacha no usaba filtros con nosotras.

Estuvo un buen rato discutiendo por teléfono y cada vez me ponía más nerviosa. Me estaba afectando demasiado.

Más de lo que imaginaba.

Regresó y siguió desayunando con esa sonrisa amable que, para mí, resultaba forzada. No estaba bien.

Cuando terminamos, me pidió ir un momento a la cabaña, mientras las demás se acomodaban en la cama balinesa de la piscina.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando llegamos.

—Me tengo que ir a Italia. El abogado que tengo allí me ha dicho que se están complicando las cosas y que tiene que hablar conmigo personalmente de otras. Tiene un detective y, por lo visto, hay pruebas cruciales.

—¿Cuándo te vas?

—Ahora. No puedo perder el tiempo.

—¿Pero te van a atender en fin de semana?

—Claro. No hay problema por eso.

—Bueno… si es por tu bien.

—Y por el de mi hija.

Me dio un beso y empezó a recoger rápidamente sus cosas.

Tenía un pellizco en el estómago desde esa mañana y sabía que algo iba a pasar. Y pasó.

Fuimos hasta donde estaba mi familia, donde se despidió, y lo acompañé hasta su coche.

—No te agobies, por favor. Disfruta de estos días en familia.

—Que todo te vaya bien, Alex.

—Te amo mucho.

Me dio dos besos, sujetándome la cara.

Se montó en el coche y me quedé paralizada, viéndolo marcharse.

Qué poco había durado lo bueno…

Tardé unos minutos en volver, porque sentía la necesidad de estar a solas conmigo misma. Me fumé un cigarro en ese tiempo.

Lo que tenía claro era que, si esto iba a ser así siempre, iba a pagar un precio muy alto.

Mi prima me dio un abrazo nada más verme entrar.

—Sé que es mala suerte que se tenga que ir, pero volverá pronto.

—Eso espero.

—¿Nos alegramos el día con una cerveza?

—Son las diez y media de la mañana.

—¿Y acaso hay un manual que diga a qué hora se pueden tomar? Estamos de vacaciones.

—¿Qué habláis a mi espalda?

—Cualquiera habla a tu espalda —le contestó—. Le estoy diciendo que nos pidamos unas cervezas.

—Pues ya estamos tardando. —Miró al camarero que pasaba—. Cinco cervezas bien fresquitas, por favor.

—Ahora mismo.

Sonrió.

Yo sabía que no habría cerveza en el mundo capaz de apagar mi tristeza… pero tampoco quería convertirme en el alma apagada de la fiesta.

Capítulo 25



Una semana había pasado desde que Alex se marchó y no volvió a ponerse en contacto conmigo.

El miércoles fue el único día que le escribí para preguntarle si estaba bien y no me contestó jamás, ni siquiera abrió mi mensaje. Que no por eso significaba que no lo hubiese leído.

Lo había pasado muy mal, tanto que me estaba replanteando hablar muy claramente con Alex cuando tuviera la oportunidad. Lo pensaba apoyar en todo, pero no podía desaparecer durante días como si nada, sin dar señales de vida.

¿Cuánto tiempo le podía costar un mensaje?

Se me iba de las manos.

Terminamos de desayunar las cinco, ya que mi tía y mi madre se quedaron toda la semana. Ya nos marchábamos.

El camino se me hizo eterno y, al llegar a casa, rompí a llorar como una niña pequeña a la que le habían arrebatado la vida.

No se me ocurría una sola razón que justificase el hecho de no haberme ni escrito ni llamado. Salvo que le hubiera pasado algo, obviamente, pero conectado lo veía a menudo; para la que no tenía tiempo era para mí.

Mi familia estaba dividida: por un lado, mi madre y Sacha, que decían que no tenía perdón de Dios el hecho de que no hubiese mandado ni un simple mensaje; y, por otro, mi tía y mi prima, que opinaban que quizá tenía una buena razón y que habría que esperar a que él hablase.

Lo amaba tanto que me desgarraba de dolor no poder tener con él ni un simple intercambio de palabras.

Me sentía gilipollas.

Fui recogiendo todo y poniendo una lavadora, mientras me tomaba un refresco cero e intentaba pensar en frío.

Aún faltaban dos semanas para volver al trabajo y me daba mucho miedo que, hasta entonces, no tuviera noticias de él y que, llegado ese momento, ya no me mirase de la misma forma que lo había hecho antes de irse.

Mi locura no tenía precio.

Dos semanas que, a este paso, iba a tirar a la basura, como los días anteriores, en los que había sobrevivido con dolor y desgana.

Solo sabía que se había ido a Italia… y poco más.

Me dirigí a la puerta porque parecía que mi prima estuviera intentando tirarla abajo. Se iba a dejar el dedo en el timbre.

—Te vas a cagar, pero ese desgraciado más.

—¿De qué hablas? —le pregunté, siguiéndola hacia la cocina.

—Hablo de nuestro gran hijo de puta de jefe.

Abrió mi nevera y sacó una lata de refresco.

—No quiero, gracias —le dije con ironía, volteando los ojos.

—Es tu nevera, cógela si quieres. Y ahora, fuera coñas.

Sacó otra lata y me la puso delante.

—¿Qué pasa?

—Que nuestro putativo jefe está de puta madre en Venecia, paseándose en góndola con su siliconada mujer y subiéndolo ella a las redes como si fueran la pareja del año.

—Qué bonito.

Murmuré con sarcasmo mientras veía en su móvil la foto… y se me caía el mundo. Se le veía de lo más cómodo, con la mano sobre su hombro y mirándose con complicidad.

—Por esto no te llama, porque ese desgraciado ha vuelto con su mujer, o mejor dicho, nunca la dejó. ¿Lo vas a seguir esperando o nos vamos en plan putas por el mundo a disfrutar de las dos semanas que nos quedan?

—Nos vamos de putas. Yo la más grande de este mundo. Dos veces no se ríen de mí.

—Así me gusta. —Me dio un abrazo.

—Voy a llorar mucho, pero en cuanto me seque, no va a haber Dios que me pare.

—Llora mucho, pero hoy, que mañana nos vamos.

—¿Mañana? Acabamos de llegar.

—Estamos de vacaciones y hay que aprovechar hasta el último momento. No quiero una prima desgraciada, muerta en vida, como has estado en Zahara. ¡Nos vamos a comer el mundo!

—Yo me piro, sí. Se me ha caído la casa encima al entrar y, para más inri, me plantas eso en mis narices y me doy cuenta de que uno de mis temores era cierto.

Llamó a Sacha y dijo que venía enseguida para casa. Le faltó tiempo.

Pedimos unas *pizzas* a domicilio mientras buscaban un destino al que irnos. A mí me daba igual cuál fuese, solo necesitaba que esta casa dejara de caérseme encima.

¡Maldito Alex!

Y es que la foto era tan clara… Yo notaba cuando él fingía y ahí, ahí se le veía tan feliz y cómodo.

Cómo se había reído de mí…

Lo que no entendía era el papel de su mujer. Por un lado, parecía que lo tuviera bien atado y, por otro, que confiaba plenamente en que él, a pesar de todo, siempre estaría con ella.

No sé… eran pensamientos y conclusiones que sacaba sin tener realmente respuestas.

¿Alejandro? ¿Alex? ¡Su perra cara!

—¡Lo tengo! —gritó Sacha—. ¡Nos vamos a Italia!

Le lancé el paño que había doblado en la mesa y mi prima directamente su paquete de tabaco.

—¡Hijas de puta, que era broma! —gritaba Sacha.

Nos echamos a reír.

Después de todo, no era para menos. Y es que este hombre siempre era igual.

Reír cuando por dentro me estaba quemando de rabia y dolor. ¿Cómo seguir cuando tu mundo estaba paralizado?

Sacha no dejaba de buscar en mi portátil viajes que le llamasen la atención. Él quería destinos paradisíacos para tener contenido para sus redes.

—A mí me da igual dónde sea. El caso es que quiero salir de aquí, disfrutar y olvidarme hasta del mundo en el que vivo.

—Qué intensidad, por Dios —me dijo Sacha—. De todas maneras, yo creo que lo mejor es que nos vayamos a algún lugar de Europa. Ya hemos estado en la playa.

—Bueno, eres tú el que quiere lo paradisíaco; a nosotras nos da igual —le contestó mi prima.

—¡Lo tengo!

Lo miramos, esperando la bomba.

—Sorpréndenos —dijo mi prima.

—¡Nos vamos a las Tierras Altas de Escocia!

—A tomar por culo, ¿qué se nos ha perdido allí? —le preguntó mi prima.

—Los escoceses tienen un puntazo, ¿acaso no habéis leído sobre los *Highlanders*?

—Sacha, esos están sobrevalorados. No entiendo el bombo que hay con ellos cuando tipos así te los puedes encontrar por cualquier lado de Europa.

—Sí, como nuestro amigo Alex.

—Ni lo nombres, prima. —Hice como si me diera una arcada.

—Yo solo digo que los *Highlanders* eran muy sanguinarios y porque nos pongan dos tíos cuadrados, con una flecha y una falda en las portadas de los libros, a mí no me van a poner cachonda —dijo Carla.

—Una calavera —me señaló a mí— y una amargada —señaló a mi prima.

—El alegre, que nos quiere llevar a unas montañas de Escocia donde Dios perdió el mechero —le picaba Carla.

—Donde los clanes libraron muchas batallas —dijo Sacha, levantando el dedo y dándole énfasis.

—Yo opto por un lugar más animado —propuse.

—Vámonos a Venecia y ya te digo lo que lo vamos a animar —soltó Sacha, al que de nuevo le lanzamos la misma servilleta y el paquete de tabaco.

—Si es que te la buscas tú solito, jodido —dije negando.

—Sin insultar, en todo caso jodida —me corrigió.

Capítulo 26



Con la maleta de cabina y el bolsón que llevaba, descendí las escaleras del avión cuando aterrizamos en Venecia…

Sí, sí, en Venecia, porque mientras Sacha siguió el viernes buscando destino, su siliconada mujer puso un post con un montón de fotos de ellos disfrutando de los canales, de la vida y del amor juntos.

Me envenené tanto que le dije a Sacha que quería venir aquí. Tardó menos de cinco minutos en tener los vuelos comprados.

Y hoy, dos días después, estaba aquí dispuesta a enfrentarme a todo lo que se me cruzase en el camino, aunque tuviese que hacerlo rezando.

Mi prima y Sacha, que hacían muy buen equipo de investigación, averiguaron incluso dónde tenía ella la casa, porque en su perfil había muchas fotos en la puerta y, justo al lado, en una de ellas, se veía un restaurante con el nombre bien claro.

Justamente donde había un pedazo de hotel, con unos balcones divinos, que daban al canal y a la puerta de su casa, que estaba justo enfrente.

¿Quién dijo miedo?

Lo que no mata te hace más fuerte, y qué verdad más grande era. Rota en mil pedazos y dispuesta a joderlo como él lo había hecho conmigo.

La teoría de Sacha era que era un despechado que nunca se creyó que apunté mal el número y estaba jugando conmigo. La de mi prima, que ese no sabía dónde poner el huevo y se tiraba a todo lo que se movía, y su mujer se lo permitía porque le daba una vida cómoda y llena de lujos.

Yo no tenía teoría. Yo tenía una misión: demostrarle que conmigo no se jugaba. Si pude superar lo de Jimmy…

Nos dirigimos al pequeño puerto que tenía el aeropuerto, donde salían los *vaporetti* para llevarte a la ciudad por el agua. En nuestro caso, cogimos una lancha taxi privada para las tres.

El que la llevaba era un joven muy simpático que entendía perfectamente el español y que se moría de la risa con Sacha, que no dejaba de dar por saco con que le grabásemos vídeos y le sacásemos fotos para sus redes.

Se ponía en plan diva, sentada en el sofá de atrás de la lancha, con esas poses tan características de *influencer*.

Nos dejó a pie del hotel y de la casa de su mujer. Obviamente, nos bajamos por el lado que nos correspondía, aunque ganas no me faltaban de bajarme en el suyo, llamar a la puerta y quedarme tan ancha.

Entramos en el apartahotel, que realmente es lo que era: pequeños apartamentos. El nuestro tenía una terraza con mesa y sillas que daba al canal delantero, el que nos interesaba.

Era un pequeño salón abierto donde, a un lado, había una minicocina con todo lo necesario y, al otro, las tres camas. Luego había una puerta para el baño, que era lo único más independiente.

—Bueno, tendremos que ir a comprar algunas cositas para tener aquí y, sobre todo, café. —Señalé la cafetera.

—Primero comer y luego buscamos un súper —propuso mi prima, tocándose la barriga.

—Apoyo la propuesta.

—Pues nada, nos vamos a comer.

Me reí mirando a las dos, que se ponían a la vez a tocarse la barriga como si estuvieran muertas de hambre.

La verdad es que desayunamos antes del vuelo muy temprano y ahora era la una de la tarde.

Nos sentamos en el restaurante a pie de la casa de ella, en la terraza.

Para ovarios los nuestros.

Pedimos una botella de lambrusco y un surtido de pescado frito como entrante y, como plato principal, las tres nos decantamos por unos espaguetis a la marinera.

—Por nosotras, por lo bien que lo hacemos todo, hasta jodiendo —dijo Sacha.

Brindamos.

—Y por el desgraciado que está saliendo por la puerta —dijo mi prima en voz alta.

Miramos… y vi a Alex. Bueno, nos vimos.

Se quedó paralizado mirándome, con un semblante que parecía querer matarme.

—¡Jefe, qué coincidencia! —le gritó mi prima.

—Sabía que estabais locas, pero no imaginé hasta qué punto.

—Despídelas, valiente.

—No me jodáis.

Nos señaló con el dedo, con cara de rabia.

No lo reconocía.

—Tú solo te has jodido, chaval, que eres un embustero engreído —le dijo Sacha.

—Idos a la puta mierda.

—¡Vete tú, desgraciado! —le grité a pleno pulmón mientras él comenzaba a andar, negando, muy ofuscado.

—¿En serio nos ha dicho que nos vayamos a la puta mierda el gilipollas ese con cara de nabo caducado?

—Pues sí, Sacha, nos ha mandado a la mierda y encima nos ha mirado con cara de asco —le respondió mi prima.

—Os juro que he sentido el veneno en la sangre. Es un hipócrita, ni siquiera ha agachado la cabeza por el mal que ha hecho. Me ha defraudado a lo grande. Le pueden dar por culo.

—Mira, Lola, ¿sabes qué te digo?

—Dime, prima.

—Que nos lo vamos a pasar en grande y, de paso, lo vamos a joder todos los días que nos quedan por delante. Si no quería vernos, ahora nos va a ver hasta en la sopa. Es un mentiroso. Te dijo que venía a hablar con un abogado y tal, pero la realidad es que está felizmente con ella en su casa.

—No me había dado cuenta —dije con ironía.

Nos reímos, aunque realmente tenía el alma por los suelos. Pero me repetía a mí misma: actitud y para adelante, como los de Alicante.

La comida estaba buenísima, tanto el pescado como la pasta, que era una locura, y la disfrutamos muchísimo a pesar del mal cuerpo que me había dejado el encuentro.

Nos dirigimos a buscar un súper que nos habían dicho que estaba en la calle de atrás, a pocos metros.

Cogimos varias cosas para tener en el apartamento, sobre todo para los desayunos, que a todas nos gustaba hacerlos tranquilas y como Dios manda.

Justo cuando salimos, nos encontramos con Alex, que venía cargado de bolsas, como si también hubiese estado comprando en varias tiendas de alimentación.

Nos miró con desprecio y frustración al volver a vernos.

—¡Mi jefe, mi jefe es cojonudo, como mi jefe no hay ninguno!

Cantaba mi prima detrás de él, ya que iba unos pasos por delante.

Nos reímos.

Ni se giró en ningún momento. Atravesó el puentecito que había sobre el canal para ir hacia la acera de la casa y entró sin mirar atrás.

Ese no sabía la que le esperaba.

Y encima, lo teníamos enfrente. Nuestra terraza daba directamente a la de su casa, que era abierta, con una pérgola y, debajo, unos sofás exteriores y una mesa de madera.

Colocamos las cosas y nos tumbamos a descansar, cada una en su cama, mientras charlábamos, para luego salir a dar un paseo y cenar por ahí.

Venecia era bonita. Era la segunda vez que venía, al igual que Sacha; en el caso de mi prima, la tercera.

Capítulo 27



Eran las siete de la tarde cuando volvimos a salir a la calle superarregladas y monísimas. Eso sí, la procesión iba por dentro.

Me había puesto una falda corta de lentejuelas azul celeste con una camiseta blanca y unas sandalias color piel, como el bolso de hombro, mediano.

El vaquero que llevaba Sacha, como siempre, le quedaba espectacular y, de cadera baja, no podía tener más clase para llevarlos. Mi prima iba monísima con un vestido corto en tono rosa pastel; contrastando con mi falda celeste, estábamos para una foto.

Salimos a la calle y ¿a que no sabéis a dónde íbamos a tomar la primera?

¡Bingo! Ahí mismo, en la terracita delante de su casa.

Nos pedimos una copa de vino y nos sentamos un ratito antes de perdernos por las callejuelas de la ciudad entre canales.

Por un lado quería, de nuevo, tener un encontronazo con él; por el otro, me removía las entrañas.

Lo peor de todo es que lo amaba y, a la vez, lo detestaba. No era la primera vez que sentía algo así y sabía lo que venía después: aborrecerlo a más no poder.

La vida tenía que continuar, por supuesto, pero no se iba a ir de rositas después de lo que me había hecho.

Jugar era fácil, lo difícil era frenar a la fiera que había despertado en mí.

Y como la vida no solo iba a jugar a su favor, de nuevo la puerta de su casa se abrió y las tres miramos atentas.

Salió ella sonriente con él. Ambos muy coquetos. Se les quitaron las tonterías al vernos.

Estábamos en la primera mesa, la más pegada a su puerta.

—Pero bueno, ¿qué hacen estas dos aquí?

Le preguntó señalándonos.

—Señora, que somos tres y bien preciosas.

Le soltó Sacha, señalándole con el dedito.

—Ni lo sé ni me importa.

Contestó Alex, echándole la mano por el hombro e invitándola con ese gesto a salir de ahí.

—¿No le has contado que estábamos aquí? Vaya…

Lo solté con todo el sarcasmo en mi risa y mirándolo fijamente.

—¿Me interesa acaso dónde vayáis o vengáis? Chicas, superad ya que mi vida está al lado de mi mujer y que no tengo tiempo para chorradas.

—Pues bien que en su cama no decías lo mismo —le gritó Sacha sin señalarnos a ninguna de las dos.

—Estáis locas —dijo Alex, tirando de su mujer.

—Esto es denunciable, amor. Te están acosando —le contestó ella, arrancando el paso.

—¡Denúncianos y verás la de cosas que te vas a enterar, señora plástico!

Le gritó Sacha, pero no se giraron.

Qué fuerte me parecieron esas palabras de Alex y esa cara con la que nos miraba, sobre todo a mí. Le faltaba comerme, pero no como lo había hecho hasta ahora, sino de una manera más macabra.

—¡A la mierda *l'amore di tutto il mondo*!

—Mira cómo va hablando la niña el italiano, prima.

Me dijo en plan de ironía, señalando a Sacha.

—Y el griego, si me ponen un gilipollas como ese delante. Pero, en serio, ¿cómo puede estar así con su mujer como si nada, si se suponía que era una loca a la que quería dejar?

—Sacha, que lo follen —dije muy en serio—, que es una mala persona y no hay vuelta atrás. Es un embustero y un falso. Solo tiene bonita la fachada, esa que deja de serlo en cuanto se ve el corazón tan podrido que tiene.

—Prométeme que no vas a sufrir como con Jimmy.

—Eso, promételo —dijo mi prima.

—No os lo puedo prometer, porque ahora duele mucho; lo que sí os prometo es que no caeré en el pozo en el que caí la otra vez.

—Casi que me vale.

Nos echamos a reír por el gesto que había puesto Sacha al decirlo.

Terminamos la copa de vino y nos fuimos paseando entre las calles, deteniéndonos en la arquitectura gótica veneciana que nos llamaba la atención.

A Italia daba igual las veces que viniera, siempre conseguía sorprenderme.

Aprovechamos muchos de los rincones para hacernos fotos preciosas, sobre todo en los puentecitos que había sobre los canales, para pasar de una acera a otra.

Entre los laberintos pintorescos terminamos llegando, casi por inercia, a la Piazza San Marcos.

—*Arsa*, ni queriendo lo hacemos tan bien.

Sacha tocaba las palmas en plan gitana mientras daba un taconazo tras otro con la misma pierna.

—¿Una copita para el cuerpo por lo bien que lo hemos hecho?

—Voy a recordar este mes como el del alcohol —contesté a la pregunta de mi prima.

—¡Pues claro que nos tomamos una copita!

Exclamó Sacha, dirigiéndose a una de las tantas terrazas que había a la derecha.

Se tiró a plomo y cogió la carta, ya que queríamos pedir unos Aperol Spritz, muy populares en Italia y a base de vino blanco, aunque el color de la bebida era naranja.

—Joder, aquí un Aperol sale por veinticuatro euros —dije mirando la otra carta—, y enfrente del hotel nos cobran cinco.

—Hija, pero este lugar es para las que tienen glamur, como nosotras.

—Sí, ya…

Me reí tras contestarle a Sacha.

Que, gracias a Dios, nos lo podíamos permitir, pero era todo un abuso por el simple hecho de estar en una plaza tan emblemática.

Oh, no, porque seguro que pagaban más impuestos.

Ya aparecían mis versiones, pero no las iba a dejar ser partícipes de mis pensamientos. Hoy no estaba yo para cuestionarme.

El Aperol estaba rico; además, nos dieron unas olivas de cortesía, aunque, por el dinero que íbamos a dejar por las tres copas, ya nos podrían haber invitado a una *pizza*.

En fin, ahí estaba, en ese lugar del que hablaban como la *dolce vita*.

Alex era un capullo que estaba jugando a reírse de todo el mundo, pero yo era una gilipollas por pensar que se había enamorado de mí y que iba a hacer todo lo posible por comenzar una vida a mi lado.

Mierda para mí…

¿Fui una ilusa?

Totalmente.

¿Iba a salir de esta?

Y por la puerta grande, como los toreros.

Había dicho que no iba a dejar salir mis versiones, pero, cuando se está tan jodida, no hay que tomar en cuenta todo lo que una se dice.

Tan cerca de él y tan lejos a la vez. Increíble, pero cierto. Y cuánto dolía cuando eras consciente de que nada de lo que viviste era real por parte de la otra persona.

Cuánto dolor…

Las chicas intentaban hacerme reír constantemente y muchas de esas veces lo conseguían, porque, eso sí, payasas eran hasta decir basta, pero eran mis payasas, mis únicas fieles, fuera de mis abuelos, mi madre y mi tía.

Tenía seis ángeles en mi vida.

Un señor con un acordeón se puso delante de nosotras a cantar la canción de Albano, llamada *Caruso*.

Joder, cómo me hizo llorar, y más cuando me miraba cantándomela a mí. Era como si supiera que estaba mal. La canción era de lo más triste y bonita, y, además, tenía una voz espectacular.

Tenía la piel de gallina mirándolo, embelesada, mientras notaba cómo mis lágrimas caían por las mejillas. No podía ser más bonito y, a la vez, sobrecogedor.

Los sentimientos me habían florecido de una manera hasta entonces desconocida para mí. Me estaba haciendo vivir un momento de lo más liberador y triste; una mezcla agridulce, una sensación muy intensa para todos mis sentidos.

Cuando terminó, me levanté aplaudiendo con efusividad y, no sé qué nos transmitimos, que se quitó el acordeón y nos abrazamos.

—Gracias por sacar mis emociones.

—Llorar es bonito y liberador.

—Sí, claro.

—Sea lo que sea que te pasa, se arreglará. Tienes mucha luz en la mirada.

—Gracias —contesté emocionada.

Le di una propina de cincuenta euros con todo mi corazón. Me volvió a abrazar, agradecido y emocionado.

Mi prima había grabado un precioso vídeo del momento, de él cantándome y yo llorando de la emoción.

Ese momento se me iba a quedar guardado en mi corazón para siempre.

El nudito en la garganta tardó en irse, pero la sensación de haber vivido algo inolvidable se quedaría conmigo para siempre.

Capítulo 28



Un nuevo día amanecía en la ciudad de los canales, donde vine a ver con mis propios ojos lo que mi corazón ya sabía.

Aún resonaba en mi mente la canción del día anterior en la voz de ese señor que transmitía tanto.

Fue un momento tan impresionante y lleno de vida que me metió de lleno en esa letra que, aunque en italiano, era de lo más desgarradora.

Me preparé un café y salí a la terraza con mi prima. Sacha estaba en la ducha.

—Aquí haciendo vigilancia.

Señaló con la cabeza la puerta de la casa en la que estaba Alex.

—Pues poco material veo en la mesa para tirarle si aparece —le respondí.

—Con este vaso de café y un buen tino, le doy de lleno en la cabeza.

—¿A qué está jugando? Es que me quedo fría. Porque se convierte en dos personas diferentes en un abrir y cerrar de ojos.

—No tiene escrúpulos y a ti te engañó como a una niña pequeña. Bueno, a las tres. Yo llegué a pensar que sí era buen tipo y todo lo hizo por ese amor que le quedó de Punta Cana. No sé, lo pintó todo demasiado bonito.

—Por eso no fue cierto.

—Efectivamente. Lo bueno será cuando regresemos a las oficinas. Si antes era un capullo, ahora lo será al cuadrado.

—Y nosotras más, y si no, que nos eche. Un gran favor que nos haría.

—Ya te digo, a mí me da medio millón y le doy hasta una mamada antes de irme.

Nos reímos.

Sacha apareció un poco después con tres cafés que había preparado, a sabiendas de que los nuestros ya nos los habíamos tomado.

—Vaya vistas. La casa de los liantes.

Sacha lo expresó con esa cara de asco que le salía tan bien.

—Te recuerdo que fuiste tú quien eligió precisamente esta orientación y ubicación.

—Y yo, y yo —murmuró mi prima levantando el dedito.

—Pues por gilipollas, a preparar el desayuno —le dije.

—Deja que me tome el café, por lo menos.

—Sí, así traes con las tostadas tres más.

—No veas cómo manda la jodida —dijo Sacha por mí.

—Poco mando para lo que voy a mandar. He decidido hacerme la patrona del mundo. ¡Y de los gilipollas!

Grité poniéndome la mano a un lado de los labios para que se escuchase más fuerte y, a ser posible, en la casa de enfrente.

Pues me escucharon, tanto que se asomó por una ventana su mujer y miró hacia donde estábamos nosotras.

—¡Señora, ate a su marido a la pata de la cama, que se tira todo lo que se menea! —le gritó mi prima.

Nos sacó un dedo y se metió hacia dentro. Lo que nos reíamos no tenía precio.

Ni diez segundos y se asomó Alex, que miró hacia nosotras y se frotó los ojos antes de desaparecer.

—Esta gente se pensaba que iban a estar tranquilos mientras tú esperabas como una gilipollas —me dijo mi prima.

—Te juro que le estoy cogiendo un asco a Alex tremendo —dijo Sacha—. Digamos que, si ahora mismo saliese por la puerta, le lanzaba la silla y la mesa.

Aguanté la mesa al verlo salir y mi prima sujetó la silla de Sacha. Nos reímos por la reacción que habíamos tenido, pero Sacha se levantó para verlo mejor entre los barrotes del muro y…

—Te voy a decir una cosa, Alexito: lo que tú has hecho lo vas a pagar, y bien duro. A reírte te vas a casa de tu puta madre.

—Sacha, por ahí no —le pedí.

—Es un decir.

Me expresó mi prima y volteó los ojos.

—Y otra cosa —prosiguió Sacha ante un Alex que caminaba sin mirar hacia arriba—: donde se folla mucho, se come poco, así que cuidado, que te puedes buscar tú solito la ruina, huevón.

Se sentó mientras nos reíamos.

—Pero no digas más nada de madres —le pedí de nuevo.

—Como te ha dicho tu prima, es un decir, no me estoy metiendo con su madre en absoluto, pero que, para darte por culo a ti, que le dé a ella. Todo sea dicho.

—Madre mía la que le queda al pobre hombre —murmuró mi prima.

—La que se ha buscado por valiente.

—Sacha, pero no chilles, que ya no nos escucha.

—Lola, que te den por el culo.

—Amén —dijo mi prima.

En esos momentos me llegó un mensaje del susodicho.

Alex: *¿Qué cojones estás haciendo, Lola? Déjame en paz de una puta vez. Sal de aquí cagando leches.*

Le enseñé el mensaje a las niñas.

—Uy, que salgas de aquí cagando leches, dice… Lo que no sabe es que el que va a cagar, pero mucha mierda, es él —dijo Sacha.

—Mándalo a tomar por culo y dile que no te vas hasta que se vaya primero él.

—Prima, le voy a decir algo mejor.

Lola: *¿Quién eres? Si tienes algún problema, te recomiendo ir al psicólogo y, si es más grave, a la policía. Feliz día, seas quien seas.*

—Yo hubiera sido más dura.

—Ya, Sacha, pero tú eres tú y yo soy yo.

—Pues dicho así tiene razón. Voy a hacer el desayuno, chicas.

—Te ayudo.

La siguió Sacha.

Pensé que ya no me iba a escribir más cuando me llegó otro mensaje.

Alex: *No me toques los cojones, Lola. No me los toques si no te quieres arrepentir.*

Lola: *¿A mí con amenazas? ¡Que te follen, error de mi vida!*

Alex: *¡Que te pires a tu casa y me dejes en paz!*

Lola: *¡No me da la gana! ¿Quién cojones te crees, el dueño de Venecia? ¡Que te den por el culo, Alex! Eres un hipócrita.*

Alex: *Lola, vete de aquí. No te lo digo más.*

Lola: *Dame medio millón de euros, me echas de la empresa y me piro ahora mismo de aquí, de tus oficinas y de tu puta mierda de vida.*

Alex: *Te vas a quedar con las ganas.*

Lola: *El que se va a quedar con las ganas eres tú, que te pienso dar por saco todos los días hasta agotar mis vacaciones.*

Alex: *No me pongas a prueba.*

Lola: *Te reto a ello…*

No me volvió a contestar y fue todo un acierto por su parte, porque me estaba calentando de una forma que le iba a soltar cosas más hirientes.

Las chicas vinieron con el desayuno y no les comenté nada de los mensajes porque no quería escuchar que si le tendría que decir esto o aquello; demasiado tenía con luchar contra mis dos versiones como para tener que hacerlo con las de ellas.

¿Sabéis ese amor-odio que se forma en situaciones que no podemos controlar? Pues eso me estaba pasando con Alex, que, al igual que lo amaba, me estaba generando un desprecio hacia él que iba en aumento conforme me daba cuenta de que todo, absolutamente todo, había sido una mentira por su parte.

Dicen que las personas son capaces de cualquier cosa por conseguir su objetivo, y cada vez tenía más claro que él me había usado para desequilibrarme y que yo dejase mi puesto de trabajo.

No había amor en él desde Punta Cana, como dijo; es más, a él le dio una patada en los huevos eso: encontrarme de una manera tan incómoda como ocupando un puesto que, para él, me habían regalado.

Capítulo 29



Me puse un *outfit* precioso, de lo más veraniego, que me quedaba como anillo al dedo. Se trataba de un vestidito corto amarillo, suelto, tipo campana, que dejaba los tirantes pegados a cada lado del cuello, dibujando una forma de hombros muy bonita.

Además, el amarillo sobre el moreno que tenía en la piel quedaba, cuanto menos, espectacular.

Mi actitud era positiva a pesar de esos bajones que me entraban porque, cuando el amor seguía ahí de algún modo, dolía mucho.

Salimos a la calle dispuestas a disfrutar de la ciudad y a hacernos un montón de fotos y vídeos. Con Sacha no hacerlo era imposible, pero hoy me apetecía ser esa modelo que se sacaba fotos impresionantes de sus viajes y las colgaba en redes. Iba a poner mi perfil bonito, como decía mi prima.

Si algo me daba rabia era que hubiera tenido los santos cojones de tratarme como algo tan insignificante que rozaba la mierda.

Quitar malos pensamientos de mi cabeza era lo único que quería para poder disfrutar de esto y de la fortuna de poder contar con una buena compañía.

La vida da hostias sin previo aviso, eso todos lo sabemos, pero muchas veces es que no te las ves venir, a pesar de los precedentes.

Me senté en el escalón de una puerta, junto a una preciosa fachada, colocándome de lado y mirando hacia el cielo. Como hacían las *influencers*,

todo se pegaba.

Sacha tenía una habilidad para sacar unos primeros planos que hacían una maravilla de la imagen. Mi prima también sacaba buenas fotos, todo había que decirlo.

—Tenemos que ir uno de estos días a Burano y Murano, que allí nos podemos hacer fotos también espectaculares, sobre todo en Burano, que es una fantasía de lo más pintoresca —propuso Sacha.

—Sí, claro, cogemos el vaporetto y vamos —confirmó mi prima.

Asentí sonriente. Me iba a apuntar a todo. No me iba a pasar lo de Jimmy; no quería perder más tiempo de mi vida en llorarle a personas que no me habían valorado y se habían reído de mí.

Después de dos horas tomándonos el paseo con tranquilidad e infinidad de paradas para fotos o para adentrarnos en alguna tienda, llegamos a una placita que era preciosa. Estaba muy escondida, pero era un lugar vibrante.

Nos sentamos en la terraza del único restaurante que había y que ya estaba medio lleno. Nos pedimos unos Aperol para disfrutarlos mientras decidíamos qué comer.

—Por mi vida que ese no venga hacia aquí —dijo Sacha.

Giramos la cabeza y nos echamos a reír cuando vimos a un señor con un acordeón. Obviamente, no era el mismo que el día anterior.

La suerte fue que este comenzó a tocar la famosa canción *L'italiano*.

Al menos esta era más animada, preciosa, pero más movidita.

Levantamos las manos y comenzamos a moverlas hacia los lados, cantando junto al señor, que sonreía mirándonos atento.

Los demás se animaron y la terraza se involucró en esa canción que pocas personas no sabían, y menos aun siendo de allí.

—*Lasciatemi cantare*…

Cantábamos a todo pulmón.

Otro momentazo que me sacaba de esta isla de Italia donde, a pesar de que estaban los dos seres más repugnantes, era un lugar hecho para disfrutar.

Siempre se ha dicho que en todos los sitios hay personas buenas y personas malas.

Pues eso, a disfrutar de la vida, que bastante ya me la habían amargado.

Brindamos por estos días en los que teníamos claro que no nos los iban a joder ni él ni cuatro como él.

Justo en la mesa de al lado había dos chicos que se reían al escucharnos porque Sacha estaba que se salía del pellejo.

—Como se me meta en las narices, hacemos una orgía con esos —dijo Sacha.

—Pues conmigo no cuentes, no me gusta ninguno de los dos —indiqué.

—Ni te va a gustar nadie hasta que no se te quite de la cabeza el cabrón de Alex.

—Sacha, que tengo ojos, y no es por Alex, es que simplemente no son de mi gusto. Además, para que tú te líes con alguien no tenemos que participar las demás.

—Yo acabo con esos dos en un asalto.

—Pues ánimo —le dijo mi prima.

Nos reímos.

Nos pedimos unos espaguetis negros que venían con trozos de choco y gambas y que estaban riquísimos; la salsa era con nata. También pedimos otros a la carbonara, un surtido de pescado y unas *bruschetta*. Todo para compartir.

Decir que nos pirraba la comida italiana era quedarnos cortas. La amábamos, y la pasta era nuestra perdición, aparte de otras comidas como la paella o unos huevos rotos con jamón, por decir algo.

Cuánto disfrutamos de la comida y qué cómodas estábamos entre risas que no paraban de repetirse, porque Sacha hoy estaba de lo más desfasada… sí, más de lo que ya lo era.

Después de comer nos fuimos a la plaza de San Marcos a tomar un helado que habíamos comprado por el camino.

Nos hicimos con el helado una foto de lo más graciosa y colorida, porque hoy íbamos las tres con unos tonos de lo más veraniegos y llamativos.

Sacha era una *crack*, y se notaba en cada foto: salía exactamente como lo que era, una auténtica diva. Tenía un perfil tan cuidado y atractivo que no sorprendía en absoluto que hubiera conseguido reunir a tantos seguidores. Ya había superado los cuatro millones.

Nos volvimos a sentar en la plaza de San Marcos para pagar unos cafés a precio de oro, pero, como decía Sacha, nosotras lo valíamos y, ya que estábamos allí, no íbamos a andar como ratas mirando cada céntimo; otra cosa sería que fuésemos justas y tuviésemos que amoldarnos.

Mi prima llevaba días rara porque, por momentos, se quedaba pensativa y con el rostro como enfadado con el mundo. Decía que no le pasaba nada, pero algo me hacía presagiar que lo estaba pasando mal con algún tema que no quería contar, aunque me extrañaba, porque tenía con nosotras demasiada confianza como para desahogarse. Al menos conmigo, en el peor de los casos.

—¿En qué piensas? —le preguntó Sacha.

—En lo bonita que es la vida.

Sonó a total ironía.

—A ti te pasa algo, prima.

—A mí me pasa que estoy con las hormonas revueltas, solo eso.

—Pues sí que te están durando, guapa —le dijo Sacha mirándola de lado.

—Bueno, todos tenemos épocas en las que no nos aguantamos ni a nosotros mismos —se justificó.

El ambiente estaba caldeado entre una cosa y otra… ¡Vaya veranito llevábamos!

Ni a posta lo bordábamos tanto. Léase con ironía.

Ese día no teníamos ganas de descansar, sino de vivirlo, así que, después de tomar el café, nos metimos de nuevo por las callejuelas para perdernos por la ciudad.

Obviamente, a mí no se me quitaba de la cabeza Alex, pero rápidamente me recordaba lo asqueroso que era y se me pasaba, aunque fuera por un ratito.

Como esos ratitos en los que mi prima estaba mejor y, de repente, le salía esa cara de querer coger a alguien por el cuello. Esperaba que en cualquier momento se desahogara y soltara eso que llevaba dentro.

Nos tiramos todo el día en la calle y, para cenar, lo hicimos en el restaurante frente al hotel, junto a la casa de los susodichos.

No vimos ningún movimiento de salida o entrada, cosa que, por un lado, agradecía, porque estábamos tan calentitas con respecto a él que nos podían salir chinches por la boca si aparecía.

Regresamos al hotel con los pies reventados de tanto caminar, porque eso sí, lo habíamos hecho con sandalias de tacón cuña, porque el glamur… era el glamur, como decía Sacha.

Me tiré en la cama mirando hacia arriba, con las manos sobre la barriga. Cerré los ojos y, aunque las escuchaba hablar a ellas, me metí en mi mundo, en ese en el que intentaba pensar en cosas bonitas.

La vida era bella; a pesar de todo, nunca mejor dicho.

Capítulo 30



Llevábamos cinco días en la ciudad y, desde la última vez, no habíamos vuelto a ver ni a Alex ni a la siliconada.

Pero hoy sí, hoy estaban saliendo por la puerta mientras nosotras desayunábamos en el restaurante de al lado de su casa, porque hoy queríamos que nos lo pusieran todo por delante.

Nos miraron y ella esbozó una carcajada.

—*Amore*, están obsesionadas contigo.

Le dijo ella señalando hacia nosotras.

—¡Papá! —gritaron dos niños saliendo detrás de ellos con un avioncito en las manos.

Me quedé a cuadros. ¿Papá? ¿E Isabella? ¿De dónde habían salido estos dos niños?

No le dijimos nada por respeto a esos menores. Las tres pensamos lo mismo sin necesidad de hablarlo.

Sacha nos miraba altiva y sonriente para que nos vieran. Alex cogió a uno de los dos en brazos e hizo el avión con él.

Pedazo de sinvergüenza.

—Para flipar, ¿de dónde ha sacado a esos niños? —preguntó Sacha.

—Pues está muy claro que le han llamado papá —le contestó mi prima.

Lo más curioso fue que, unos minutos después, salió una señora con una niña que yo reconocí de las fotos: Isabella.

A la pequeña se le veía triste e iba callada de la mano de esa mujer. Todo me parecía muy extraño.

Bueno, extraño… y que Alex había pasado por alto dos detalles: dos hijos que no mencionó en ningún momento y, sin embargo, era con los que iba.

Qué raro todo y qué maldad debía de tener ese hombre dentro.

Cuanto más veía, más ganas me daban de vomitar. Qué verdad es que me tragué mis propias palabras. Jamás debí haberme liado con él.

En fin, una mierda más para anotar en mis cagadas.

Uno de los camareros de la terraza del restaurante hacía muy buenas migas con nosotras y no paraba de buscarnos conversación. Se llamaba Marco y con Sacha se llevaba genial.

—Marco, una cosa, ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —le preguntó Sacha.

—Seis felices años. Me pagan bien. —Sonrió.

—¿Y conoces a los señores de aquí al lado?

—Sí, claro, el español con la hija del antiguo propietario de este y otros restaurantes. ¿Qué os pasa con ellos? Los otros días os vi deciros de todo con ese hombre.

—Es nuestro jefe.

Le soltó mi prima con una sonrisa de lo más irónica.

—Sois muy divertidas.

No la creyó en absoluto. Normal, ¿quién le va a decir de todo a su jefe y, encima, coincidir con él aquí?

—¿Tienen tres hijos?

—No, tienen cuatro. La mayor tendrá unos ocho años, luego están los gemelos, que tendrán seis para siete, y luego Isabella, que es la más pequeña.

Siete años… los cálculos no me salían. Cada vez la mentira era más grande.

Cuatro hijos…

—Vaya por Dios, pues bien que no pierden el tiempo.

—Ahora ella está embarazada. Nos enteramos el otro día, nos lo dijo muy feliz. Ellos viven en España, pero normalmente siempre están aquí en los meses o semanas de vacaciones.

—¿Y ella no trabaja?

—¿Ella? Tiene más dinero que él. Esa mujer heredó muchísimo cuando fallecieron sus padres en un incendio en su casa. Cuando sucedió, ella estaba en España y vino destrozada; por lo visto, tenía pasión por sus progenitores. Pero con el tiempo fue levantando cabeza. Parece tonta, pero es buena persona y muy ingenua.

—Solo te falta beatificarla —le dijo Sacha con total ironía.

—A mí me cae muy bien ella, todo sea dicho. Pero ahora en serio, ¿qué os pasó para soltarle de todo a ese pobre hombre que parece un trocito de pan?

—Un trocito de pan duro y caducado —dije para mí, pero soltándolo en alto.

—Aquí son muy respetados.

—Pues en España…

Dejó entrever Sacha que nada que ver, mientras movía la mano rápidamente.

Marco negó sonriendo y se fue a atender a otra mesa.

—Cuatro hijos, madre mía…

—Y la mayor de casi ocho años… cuando hacía ocho que nos conocimos en Punta Cana. O sea, calcula. ¿Ya la había dejado embarazada? ¿Se fue a Punta Cana a vivir un viaje padre mientras le ponía los cuernos sin importarle nada?

—Como ahora, que está embarazada… —dijo Sacha.

—Esa es otra. ¿Qué pasa, que cada vez que deja embarazada a alguien tiene que acostarse conmigo?

Bufé.

—Ya te digo. Ya sabes, la próxima vez que se te acerque con buena cara, es que tiene a la otra embarazada.

—Sacha, con ese no me vuelvo a acostar ni aunque me paguen, y esta vez no me pienso tragar mis palabras. Asco… le tengo un asco… Es más, ojalá me eche de la empresa. Ojalá…

—Y a mí, porque ya me da hasta mal rollo trabajar allí.

—¡Que os eche, que os eche!

Exclamaba Sacha cantando y levantando las manos.

Cuatro hijos y el que venía en camino…

¿Ese hombre estaba bien de la cabeza?

Lo dudaba.

—¿Y por qué no llegáis a un trato con él? Trescientos mil euros y os vais cagando leches de la empresa. Todo es decírselo.

—Una mierda, porque en diez años tenemos medio millón cada una con nuestro trabajo, entre sueldo, pagas y los incentivos anuales de la empresa. Y siempre tendremos ahí esa baza por si nos vamos o nos echan.

»No, no, ya te digo que no negocio ni cien euros, menos doscientos mil. Un mojón para él y otro para la otra.

—Bueno, yo solo daba una propuesta por si queríais vivir bien sin tener que cruzároslo en el camino.

—Yo voy a vivir bien, con ese en mi vida y con cuatro como ese. Ya te digo yo que él va a terminar trabajando desde su casa para no tenernos que ver las caras —contestó mi prima.

—Opino igual, es más, todo esto me va a servir para hacerme más fuerte.

—¡Ole tú! —me gritó Sacha, flexionando los brazos con efusividad.

No era no, y Alex era una negativa rotunda en mi vida. No es que lo fuera a olvidar, es que lo iba a odiar, cosa que dos años atrás no hice, a pesar de caerme como el culo.

Odio… esa palabra que no pegaba en mi vida, pero que ahora era tan necesaria.

Es más, me pedí otra tostada con aguacate, huevo y queso, que hasta hambre me había entrado. Y eso que decían que el amor quitaba el apetito…

Debía de ser que ya me estaba llegando ese odio.

Odiar… lo quería odiar.

De nuevo apareció esa señora de la mano con Isabella, que tenía muchísima tristeza en el rostro. Al menos, a nosotras nos daba esa sensación.

Venían con una bolsa de pan que llevaba la mujer. Entraron en la casa.

Para ser la única de la que hablaba, no la llevaba con ellos.

Era todo tan raro, feo y hasta tenebroso que se me erizaba la piel.

Cuatro hijos y uno en camino…

Para cortarse las venas y no echar ni gota.

Capítulo 31



Dos días después de toda esa información y de que, de nuevo, no lo hubiésemos vuelto a ver, decidimos regresar a España, ya que conseguimos adelantar el vuelo.

Aún nos quedaban cinco días por delante antes de septiembre, cuando regresaríamos al trabajo, y ya no nos quedaba otra que verle su puta cara.

Desayunamos en la terraza de nuestra habitación, ya con todo recogido, para salir en un taxi acuático privado hacia el aeropuerto.

Me llevaba de Venecia momentos bonitos, situaciones feas y palabras asquerosas que había tenido que cruzar con ese odioso ser.

Durante el trayecto al aeropuerto, reflexioné mucho sobre lo que esperaba de mí tan pronto como llegase a España.

Quería ser fuerte, vivir mi vida sin dedicar mi tiempo a pensar en Alex y disfrutar de los momentos que se me pusieran por el camino, que de eso ya había practicado en este viaje.

Esto no iba a poder conmigo y mucho menos me iba a hacer caer en una tristeza profunda como me pasó con Jimmy.

Ni una más, Santo Tomás.

El vuelo se me pasó rápido, ya que, tal y como me subí, entré en un trance del que me despertaron en el aterrizaje.

—Eso es dormir y lo demás son tonterías —me dijo Sacha.

Nos reímos mientras sacábamos las maletas de la parte de arriba del asiento.

En España… ya estaba en mi tierra y con ganas de llegar a mi casa.

Hogar, dulce hogar… me dije a mí misma al atravesar las puertas.

Abrí todas las ventanas de par en par y ventilé la casa, a la vez que encendía velas aromáticas y recargaba los mikados.

Estaba claro que en la actitud estaba la base de todo, y yo la tenía. Juro que la tenía.

Hablé con mi madre un buen rato a solas por teléfono y me lo dijo bien claro… Para atrás, ni para coger impulso.

—¿Sabes? Si yo superé el fallecimiento de tu padre, y tu tía el de su marido, tú esto lo puedes superar con creces. No hay ni color.

—Lo sé, mamá. Tranquila, que estoy bien y más fuerte que nunca. Duele, pero no como para dejarme encogida en un sofá llorando por alguien que no tiene vergüenza ni dignidad.

—Eso es, cariño.

Me metí en Glovo, que tenía muchas floristerías para las que repartía, y como eran las seis de la tarde y entre semana, seguro que ahora estaban abiertas.

Acerté.

Pedí dos preciosos ramos para que me los trajesen a domicilio. En cada uno puse un mensaje:

«Porque lo vales»
«No te olvides de sonreír»

Recordé la canción *Flowers* y eso me motivó a hacerlo. Quería flores en mi casa, color y vida.

Una hora después, el repartidor apareció con ellos, sonriente. Debió de pensar que alguien me los había mandado. Nada que ver con la realidad, ya que me los había regalado a mí misma.

Los coloqué en los jarrones y les puse delante la nota. Les hice una foto y la subí a Instagram, poniendo que la vida con flores era mucho más vida.

Había estado subiendo fotos chulísimas de mi viaje y hasta algunos reels que me editó Sacha y que habían tenido muchas visualizaciones. Al menos para mi tipo de perfil, que no llegaba ni a los trescientos seguidores.

Pero mi *feed* estaba quedando como un caramelo. Me estaba gustando mucho.

Más que gustar… me estaba fascinando.

Al final iba a tirar yo por eso de intentar hacerme *influencer* y vivir de las colaboraciones. Y como decía mi prima, estábamos perdiendo el tiempo.

Muy arriba me estaba viniendo yo.

Y que no faltase un motivo para sonreír. No, y menos por un hombre.

Me di una ducha después de haber estado toda la tarde liada con la casa y la ropa que había traído del viaje.

Busqué entre las opciones que tenía para cenar y me eché a reír. Al día siguiente necesitaba ir a hacer una compra urgente.

En ese momento llamó mi prima a la puerta.

—Mira los dos sándwiches que he hecho, ¿pones la bebida?

—Joder, ahora mismo estaba peleándome con la nevera y los muebles para ver qué me hacía de cenar.

—Yo he bajado a la tienda de abajo a comprar todo para hacer los sándwiches. Tampoco tenía de nada.

—¡Qué pinta más buena, por favor!

Salimos a la terraza y llevé los refrescos y un paquete de patatas chips que tenía en el mueble.

—Así que mañana vas a hacer la compra. Pues me parece que voy a ir contigo. No me atrevía a hacerla por si salía algún plan para el finde antes de empezar a currar.

Nos reímos.

—Yo no me muevo ni a la esquina. Como mucho iré a casa de los abuelos o a comer fuera con la familia.

—Ya, pero eso decimos y luego cualquiera de las tres la lía. Aunque yo creo que lo de la compra es más bien porque en estos días, Sacha tiene que hacer un montón de vídeos y ediciones para las colaboraciones que tiene pendientes.

—Un día podemos ir a pasarlo a la playa.

—O dos —contestó con la risilla.

—Claro. Por cierto, ¿de verdad que no te pasa nada?

—Bueno… no me encuentro bien conmigo misma y hay cosas que me rondan por la cabeza. Son ideas que cada vez cogen más fuerza.

—¿Cómo cuáles?

—Quiero ser madre soltera y me estoy replanteando hacerme un in vitro con esperma de donante.

—Se me acaba de bajar la sangre a los pies. ¿En serio? No me lo esperaba.

—Hace unos meses pedí información y, desde entonces…

—¿Quieres ser mamá?

—Sí, y no voy a esperar a que venga el amor de mi vida para serlo.

—¿Lo vas a hacer?

—Sí, y quiero empezar el tratamiento cuanto antes. No quiero contarlo a la familia hasta estar embarazada. No por nada, porque sé que me apoyarían, pero van a estar muy encima de mí y quiero llevarlo con tranquilidad para que cuaje.

—Te entiendo. Sabes que a mí me tienes y te acompañaré en todo el camino.

—Y ya sabes, ni a Sacha, porque con lo efusiva que es y lo nerviosa que me pone, no me va a dejar vivir el proceso con tranquilidad.

—Tranquila, no tienes que justificarte. Me doy cuenta de todo.

—Puede que mi madre, la tuya, los abuelos o Sacha se enfaden cuando se enteren, pero ya se les pasará.

—Sacha se enfadará, pero no por eso dejaría de hablarnos, y la familia podrá decir algo, pero te apoyará también desde el primer momento.

La entendía y me ponía, ante todo, en su lugar. Si cuando yo decía que le pasaba algo era que le pasaba… y ahí tenía la respuesta. No quería contar nada para llevar el proceso de su decisión desde la tranquilidad.

Después de la cena nos comimos unos helados, que de eso yo sí que tenía en la nevera y nunca me faltaban.

Estuvo explicándome en qué consistía todo y se le iluminaba la cara. Quería ser mamá, lo deseaba con todo su corazón.

La entendía.

Además, como ella misma decía, si lo hacía en solitario, no tendría que enfrentarse a una posible guerra de custodias ni a nada parecido si en algún momento su vida cambiaba. Era una decisión profundamente suya, tomada desde la responsabilidad y el deseo, y ese bebé sería, ante todo, fruto de su elección.

Me la imaginaba como madre y se me escapó una sonrisilla.

Se marchó y quedamos en ir a la mañana siguiente a hacer la compra juntas.

Le había despertado ese deseo de ser madre y lo tenía muy claro. ¿Qué podía impedírselo?

Capítulo 32



Sábado, a dos días de comenzar el trabajo y sin putas ganas de volver a esas oficinas que cada vez detestaba más.

Desde que llegué, solo salí a hacer la compra y a comer ese día con la familia para verlos.

Me había dedicado a organizar todo mi maquillaje, ropa y demás, no porque estuviera desordenado, sino porque quería dar un cambio de aires y grabar vídeos y tal.

El vestidor lo dejé mucho mejor de lo que estaba y era una locura de bonito, todo organizado por gamas y tonalidades, y aproveché para dejar más a mano lo de otoño e invierno, que era la próxima temporada que venía en breve.

Estaba desayunando plácidamente. Aquel día nos íbamos las tres a pasar la jornada en la playa y pensábamos llevarlo todo para no depender de chiringuitos ni nada parecido, sino en modo totalmente playero, con nuestras sillas tumbonas, sombrilla, nevera y mesa.

Sacha iba a preparar unos filetitos empanados y unos pimientos fritos; en mi caso, haría una tortilla de patatas y una ensalada de pasta. Mi prima, que era la más lista, se encargaba de las latas de refresco, el agua y un termo de café. De la cocina, ni hablar.

A las once de la mañana ya lo tenía todo listo, recogido y preparado para salir.

Sacha vino a recogernos en su coche y nos dirigimos hacia una zona que, aunque obligaba a atravesar varios hoteles y descender por una especie de acantilado, terminaba siendo un lugar absolutamente paradisíaco.

Montamos nuestro pequeño campamento frente al mar y nos metimos en el agua para darnos un baño. Estaba en su punto, de lo más apetecible.

Justo al salir, pasó un hombre con un carrito lleno de bebidas bien frías. Sacha le pidió seis cervezas, ya que mi prima solo había llevado refrescos y agua.

Nos las tomamos sentadas, mirando al mar y disfrutando de esa sensación de libertad que solo lugares así saben regalar.

—Qué buena está la jodida —dijo Sacha por la cerveza—. Menos mal que he comprado para otra ronda.

—De todas formas, si no es ese hombre, pasarán otros vendiéndolas —comenté.

—Me muero. Acaba de anunciar la mujer de Alex en sus redes que está esperando su quinto hijo —dijo mi prima, que seguía en modo investigadora.

—Estoy por cogerle el móvil y comentarle el post para felicitarla —añadí con ironía.

—Hazlo, total, poca vergüenza tienen ellos y nosotras tampoco nos quedamos atrás.

Sacha, como siempre, animando.

—No, no, que les den. Aquí no se comenta nada y lo único que vamos a hacer es ignorar al jefe. Ese no sabe que, como nos mire una sola vez mal, va a cobrar todas juntas —indicó mi prima.

—A mí, como solo me mire una vez con mala cara, lo llamo perro amargado.

—Está claro —respondió mi prima.

—Yo le llamaría putón verbenero y necio encornado.

Nos reímos por la forma en la que lo soltó Sacha.

Nos hicimos un montón de fotos en la orilla, de esas que salen solas. Esperé a montar la mesa con todo cuidado para hacerle una foto y subirla por la noche en el carrusel. Aún quedaban muchas más por hacer.

La tortilla había salido riquísima y las tres gemimos al probarla, igual que con todo lo demás. En la playa, todo sabía mejor, a gloria bendita.

Nos pusimos las botas y luego nos tomamos el cafelito, porque íbamos completas y no nos faltaba detalle. Hasta un paquetito de galletas Lotus había traído mi prima.

De comida había sobrado para dos veces más, pero como queríamos ver el atardecer en la playa, ya teníamos la cena resuelta.

Echamos las sillas hacia atrás y hasta nos dimos una cabezadita con el sonido del mar de fondo. Era una pasada lo que relajaba.

Cuando nos levantamos, nos metimos en el agua antes de tomarnos otro cafelito.

Pasó un señor vendiendo donuts caseros recién hechos y le compramos tres.

—Verás cuando empiece la semana… me voy a pasar un mes a dieta —dije riendo mientras lo saboreaba.

—Yo me pesé cuando volvimos de Italia y he subido un kilo.

—Prima, ten cuidado, a ver si revientas —bromeé.

—Pues yo no subo de peso, me mantengo muy bien —indicó Sacha.

—Normal, si te levantas y haces cincuenta flexiones y cien abdominales —le contesté, volteando los ojos.

Nos reímos.

Lo bonito de ese sitio era que se trataba de una playa kilométrica a la que se accedía desde distintas rutas o directamente desde algunos hoteles, pero todos quedaban bastante separados entre sí, y nosotras estábamos justo en medio, en una zona en la que apenas había gente, sobre todo porque muchos evitaban cargar con todo y bajar el acantilado por las escaleras de madera con tramos de rampas.

El atardecer lo aprovechamos para hacernos un montón de fotos y vídeos; además, habíamos traído pareos y vestidos de playa chulísimos que le dieron un toque más elegante a cada imagen.

Yo me había puesto uno largo de raso, con tirantes de cuerda y la espalda al aire. Con el sol escondiéndose, salieron unas fotos tan impresionantes para el carrusel que estaba de lo más emocionada por tener buen material para publicar.

Me estaba animando con el tema de las redes y Sacha nos iba a ayudar poniéndonos como colaboradoras en una foto que nos hicimos las tres con el palo selfi.

Hasta entonces solo había puesto en Italia como colaboradora a mi prima, que ganó miles de seguidores. Yo no quise en ese momento, pero ahora iba a por todas.

Nos regalamos una cena preciosa bajo la luz de la luna, con el sonido, a lo lejos, de los restaurantes de playa de los hoteles, a los que también podía acceder la gente de fuera.

Sobre las diez de la noche recogimos todo y empezamos a subir cargadas con los trastos. Menos mal que ya llevábamos menos peso, porque no era lo mismo subir que bajar.

Sacha nos dejó en el bloque y quedamos en vernos durante la semana. Al día siguiente se iba con sus padres a un club a pasar el día.

Mi prima me dio un beso antes de meterse en su casa y se fue sonriente, despidiéndose de mí y llamándome futura tía.

Estaba muy ilusionada con empezar el tratamiento y el lunes iba a pedir cita en la clínica para una primera visita en condiciones, ya que la anterior vez solo había ido a informarse.

Me di una ducha y me senté en la terraza con un té helado de melocotón para seleccionar las fotos del carrusel y subir la publicación.

Elegí catorce fotos en las que no solo salía yo, sino también mi mano con una concha y el mar de fondo, la mesa con la sombrilla y las sillas creando unos colores perfectos, imágenes del atardecer, un vídeo de la orilla con las olas rompiendo… Me encantaba.

Como comentario puse unos emoticonos de conchas, caracolas, playa y peces.

Capítulo 33



Me levanté resoplando ante un lunes en el que rezaba porque Alex aún no hubiera regresado de Italia, pero claro, si vivían en España y con casi la vuelta al cole encima, estaba claro que ya estaría aquí instalado con toda su plebe.

Fui directa al baño a lavarme la cara y hacerme el *skincare* para, después del café, maquillarme.

Abrí las puertas de la terraza para recibir el primer soplo de aire de la mañana, tomando esos primeros tragos de cafeína tan importantes en mi vida y en la de medio mundo.

Alex o Alejandro, el mismo hijo de puta que se había reído a diestro y siniestro de mí, ese que se hacía la víctima de una mujer alocada a la que, precisamente, no dejaba de hacerle hijos uno tras otro.

Tenía claro que no me iba a achantar ante nada y que cualquier falta de respeto que tuviera hacia mí, le iba a dar en consecuencia.

No le pensaba dejar pasar ni una.

Me arreglé bien guapa y me maquillé como si fuera a hacerme un reportaje de fotos. Nada llamativo, todo en tonos naturales, con un rubor rosado que elevaba mi rostro.

Salí de casa y llamé a la de mi prima, que no tardó en salir riendo.

—Iba para tu casa hace cinco minutos, pero me dio un apretón.

Se tocó la barriga.

Me eché a reír a carcajadas, era única.

Nos montamos en el ascensor, dirigiéndonos al garaje para irnos en su coche.

Cuando llegamos a las oficinas, nos encontramos a Trini, a la que le dijimos que la información que nos dio de que Alex tenía una hija era incompleta: tenía cuatro. Se quedó a cuadros cuando la pusimos al tanto de lo que habíamos descubierto en Venecia.

Ni rastro de Alex, y eso que tardamos en irnos a los despachos. Como decía mi prima, a ese le daba miedo atravesar las puertas de la empresa por lo que se pudiera encontrar.

Trini me avisó de que habían dejado un regalo para mí en recepción. Y tanto que lo habían dejado, como que me había mandado a mí misma un pedazo de ramo de flores en el que ponía que era una mujer increíble sobre el lazo que le colgaba.

—Mira lo que te han dejado —me dijo emocionada.

—Es precioso, ¡qué emoción!

Me llevé las manos al pecho, montando un numerito, porque acababa de entrar Alex.

Lo cogí rápidamente y me adelanté a él para ir primera con mi pedazo de ramo en la mano.

No me dijo ni media, pero cuando me vio coger el ramo, su cara era de perro enfadado, con esos hocicos hacia fuera.

Cerré la puerta en todas sus narices rápidamente para que coincidiera cuando pasaba por delante.

Seguridad, eso es lo que quería: que me viera segura de mí misma y sin que me temblara un pelo ante su presencia.

No habían pasado ni veinte minutos cuando me llegó un chat interno suyo llamándome a su despacho.

Me levanté, me coloqué bien la faldita con el corpiño de crochet y me dirigí hacia allí intentando hacer ruido con mis sandalias para que se escucharan mis pasos.

Hoy me sentía fuerte…

La puerta estaba abierta y no pedí permiso para entrar. Me dirigí hasta su mesa y me planté frente a él, cruzándome de brazos.

—Usted dirá…

—Necesito que te vayas durante este mes al piso piloto donde se recibe a los interesados en la urbanización de la Escorada.

—Yo no me voy a ir a ningún piso piloto porque no soy comercial directa y porque mi sede de trabajo está aquí, como consta en mi contrato.

—Es una orden.

—Y lo mío, una negativa.

No levantaba el tono ni me ofuscaba con sus palabras.

—No te estoy pidiendo nada del otro mundo.

Su tono era más fuerte, cargado de enfado.

—Creo que aquí el tema está en que tu mujer te habrá dicho que nos saques de las oficinas. Déjame decirte que es mejor que cambies de mujer, porque si piensas que te va a calentar y lo vas a pagar conmigo, vas apañado. ¿Algo más?

—Mañana te quiero allí.

—¿Qué parte de que no me voy a mover de la sede no has entendido, Alejandro?

Lo llamé así, con toda la pasividad del mundo.

—Aquí soy Alex.

—Aquí eres como me salga del coño. ¿Algo más?

Este tono también fue bajo, sonriente y desafiante.

—Estás cayendo muy bajo.

—¿Tú me vas a dar clases de moralidad? ¿Tú, Alexito?

—Te estoy dando una orden porque soy tu jefe.

—Y yo te estoy diciendo que tus órdenes, fuera de contrato, me las paso por el arco del triunfo. Si tienes algo mejor que decir, hazlo ya; de lo contrario, no me hagas perder el tiempo.

—¡Te estoy diciendo que…!

—¡¡¡Que no me chilles!!! —Subí mi tono más que el suyo—. ¡Que no voy a ir a ningún lado, gilipollas!

—Mañana o vas allí o mejor que no aparezcas.

—Mañana voy a venir, y si hace falta, con mi abogado para decirte cuatro cositas. No me jodas, que sé joder también. Si no me quieres ver, me pagas el

despido acordado con mi abuelo y te quedas tan ancho.

»De lo contrario, apechuga, porque no me pienso mover de mi despacho, que, por cierto, está asignado también por contrato. Mi abuelo era un *crack*. Y ahora jódete, Alejandrito.

—Esto no se va a quedar así.

—Pues juguemos, no sabes las ganas que tengo de mover ficha.

Me giré y salí de su despacho, dirigiéndome al de mi prima para contarle lo sucedido. No la pude frenar por más que lo intenté.

Se dirigió flechada al despacho de Alex y yo fui detrás, como era normal. Si había que ir a la guerra, se iba de nuevo.

A él se le transformó la cara al verla entrar.

—Mira, Alex, te lo voy a decir muy clarito para que te enteres a la primera. A partir de ahora, cualquier cosa nos la dices por chat, que es la forma que tenemos de comunicarnos. Y como se te ocurra una sola vez más volver a mandar a mi prima fuera de aquí o a mí, te juro por mi vida que sales en los periódicos. ¿Te ha quedado claro?

Dio un golpe fuerte sobre la mesa.

—No, no me ha quedado claro. Soy el director jefe de toda la plantilla y tengo derecho a hacer y deshacer como quiera dentro de las oficinas.

—No me toques los ovarios, que estoy a nada de liártela muy grande. Si no nos quieres aquí, paga; y si no vas a pagar, cierra tu puta y asquerosa boca, porque ya no vamos a aguantar más que nos hayas tenido dos años como si fuéramos una mierda, tratándonos con la punta del pie. No hagas que te denuncie por muchos motivos.

Le señaló con el dedo.

—Haz lo que te dé la gana —la provocó.

—Tú lo has querido, prepárate, porque a partir de ahora te declaro la guerra. Llámanos todo lo que quieras, que si quieres vernos, vas a tener que venir tú a nuestro despacho con los cojones.

Se giró y me hizo un gesto con la cabeza para que nos fuéramos.

Miré a Alex y negaba. Le saqué el dedo.

—Qué a gusto me he quedado —me dijo cuando entramos en su despacho.

—Es un imbécil, no sé cómo pude creerle. Pero ya me da igual irme con cien o con quinientos; si tengo que matarme con él e ir a los tribunales, lo haré.

—Eso es lo que le he dicho, y de verdad. No le vamos a dejar pasar ni una.

—Ni una…

Capítulo 34



La semana había pasado volando y salíamos de las oficinas un viernes con la mejor de las actitudes.

No era para menos, ya que desde el encontronazo del lunes con Alex, este no había vuelto a aparecer por las oficinas.

Dejamos el coche en el edificio y salimos hacia el exterior, ya que Sacha venía a por nosotras en taxi para irnos a comer a un restaurante mirando hacia el mar, donde había reservado mesa.

Gracias a ella ya contaba con veinte mil seguidores, y es que desde que me puso como colaboradora en aquella publicación, mi cuenta no había dejado de subir, al igual que la de mi prima, que llevaba en esa línea desde Italia.

Y hablando de mi prima, ya tenía cita la semana siguiente para comenzar su tratamiento de fertilidad. Estaba que no cabía en sí misma de felicidad.

Sacha venía que se salía del pellejo, más graciosa que nunca, porque decía que iba con dos futuras *influencers*.

Llegamos a la terraza y nos encontramos con la sorpresa de que Alex estaba con su mujer y los dos gemelos. Ni rastro de Isabella ni de su hermana mayor.

Nos miró ella con desprecio y altivez, de la misma manera que le correspondimos, pasando por su lado con contoneo de caderas y la cabeza bien alta.

Alex ni levantó la cabeza del plato.

—Puta mala suerte encontrarlo aquí después de habernos librado desde el martes sin verlo —dijo mi prima, bufando.

—Anda y que le den. Que yo cada vez estoy más feliz de habérmelo quitado de encima más pronto que tarde. Que ese hijo de puta es capaz de ir haciendo barrigas por todos lados.

Les provoqué una carcajada y vi que la mujer miraba con mala cara hacia nuestra mesa al escucharnos hablar.

Más que nada porque la tenía justo enfrente y estábamos una mesa por detrás de ellos.

—Son unas vulgares.

La escuchamos perfectamente y sabíamos que ese comentario iba por nosotras.

—Mira, pedazo de estiércol —le dijo Sacha, sin gritar—, aquí la única vulgar eres tú, que además de cornuda eres igual de mala que él.

Se hizo la loca y comenzó a mirar hacia otro lado. Alex ni levantaba la cabeza. Lo tenía de espaldas a mí.

Era patético en lo que se había convertido ese hombre, arrastrado por una mujer. Aunque, bien pensado, cada vez tenía más claro que eran tal para cual.

Durante toda la comida, ella disimulaba, pero estaba pendiente de nosotras, y se le notaba que de vez en cuando le soltaba algún comentario por lo bajo a su marido, ese que ni se movía.

Hasta me daba por pensar que ya ni respiraba.

Me daba pena por los hijos, pero entre ellos estaban con risas, como ajenos a todo.

Era una familia muy rara…

¿Qué podía esperar de dos seres sin cabeza como ellos?

Nada, absolutamente nada.

¿Y por qué me comía el coco?

Porque era gilipollas.

Se acabó. Ni pensar ni dejar salir a mis versiones. Fría, como lo estaba siendo hasta ahora. No iba a envenenarme por alguien que, además, ya se estaba hundiendo por sí solo, incapaz siquiera de levantar la cabeza.

Y lo cierto es que me lancé a por la paella con ganas…

Eso sí, le hice una foto al brindis, otra a la paella y colocamos el trípode para hacernos una con las copas de vino alzadas y en posturas divertidas, además de todas las que nos hicimos entre nosotras. Teníamos contenido para dar y regalar.

Nos reímos muchísimo durante la comida con las ideas de Sacha, que proponía irnos a mi casa y quedarse esa noche para grabar varios vídeos con cambios de ropa, enfocados a propuestas de otoño con básicos de armario.

Aceptamos encantadas. Era un planazo.

Nos fuimos antes de que ellos se levantaran de la mesa, que parecía un tanatorio: poca conversación y demasiada tensión en el ambiente.

Les habíamos arruinado la comida…

Fuimos a casa de Sacha para coger ropa suya, aunque luego la mezclaría con la nuestra. Para los pantalones era muy exigente y tenían que ser de sus marcas de confianza.

Se llevó al menos veinte prendas que bajamos en una maleta grande, además de su maquillaje, como si mi prima y yo no tuviéramos ya suficiente.

Lo curioso fue que, al salir de su casa, se dirigió a un centro comercial sin decirnos nada.

—Nos hace falta una cosita muy importante.

Decía Sacha mientras se bajaba del coche y nos hacía un gesto para que la siguiéramos.

En resumen, salimos del centro comercial con tres pijamas iguales: camiseta blanca de manga corta y pantalón largo de tejido fluido, con rayas diplomáticas en rosa y blanco.

También compramos tres tazas en color rosa pastel, monísimas.

La idea era hacer una foto por la mañana, durante el desayuno, sujetando los cafés en la terraza, en un plan cuidado y elegante.

Ya me lo podía imaginar.

La primera en grabar fue mi prima. Primero maquillándose y después con los *outfits*.

La clave estaba en hacerlo cada una de manera diferente, desde distintas perspectivas, para que no pareciera que llevábamos lo mismo.

El mío consistía en lanzar las prendas al aire y aparecer con ellas ya puestas sobre el cuerpo.

Estuvimos hasta las diez de la noche grabando todo tipo de vídeos. Lo que nos reímos no estaba pagado.

A esa hora pedimos que nos trajeran unos menús de Burger King con complementos y helados. Estábamos hambrientas.

Mi prima llevaba un par de días diciendo que se sentía culpable por no haberle contado a Sacha su intención con lo del tratamiento. A mi madre y a mi tía, finalmente, se lo había confesado un día después de decírmelo a mí.

Y fue justo cuando llegó el repartidor y colocamos todo sobre la mesa de la terraza cuando soltó la noticia, como si yo tampoco lo supiera. Lo planteó como si fuera una sorpresa para las dos. Lo entendí al instante.

Sacha se quedó completamente sorprendida y emocionada; no dejaba de aplaudir. Yo hice lo mismo, fingiendo asombro y alegría para no delatar que ya lo sabía.

Me dio tal ataque de risa por la situación que lo atribuí a los nervios del momento.

Fue un instante mágico. Mi prima, con mucho cariño, nos pidió que no la pusiéramos nerviosa durante el tratamiento, ya que eso podía influir y hacer que no saliera adelante como esperábamos. Sacha lo entendió perfectamente y le prometió comportarse.

Nos contó que ya se lo había dicho a mi madre y a mi tía, pero que aún le quedaba hablar con los abuelos, aunque estábamos seguras de que lo iban a encajar de maravilla y la apoyarían en todo.

Cenamos felices por ella y porque, en el fondo, sentíamos que algo muy bonito estaba empezando para todas. Si todo iba bien, pronto seríamos uno más.

Sacha quería dedicar el día siguiente a editar los vídeos con calma y, por la mañana, haríamos las fotos del desayuno con los pijamas y las tazas, dándonos los buenos días y poniéndonos como colaboradoras.

Me estaba gustando este mundillo y, además, tenía a la mejor profesora del mundo a mi lado: mi Sacha.

Capítulo 35



Y volvió a llegar el lunes y, de nuevo, sin rastro de Alex por el trabajo.

¿Y si su mujer le estuviera prohibiendo venir mientras nosotras estuviésemos aquí? Ya me estaba dando por pensar que, como no accedí a irme ni le dio tiempo a intentar nada con mi prima, ese era el motivo por el que no aparecía.

El caso es que mejor para nosotras, que no teníamos que aguantar malas caras por las oficinas.

Hoy, precisamente, había tenido cuatro reuniones con clientes y todos salieron con el contrato de señal de vivienda, así que podía darse con un canto en los dientes de que mi trabajo lo estaba haciendo bien.

A la hora de la salida, me dejó mi prima en mi casa y ella se marchó para ir a comer con su madre.

Eché queso por encima de la pasta que había dejado hecha el día anterior y la metí a calentar y gratinar para sentarme a comer tranquilamente.

Al menos eso pensaba yo…

Llevé mi comida a la mesa que tenía delante del sofá y encendí la tele para ver las noticias.

Ni dos minutos pasaron antes de que empezasen y…

La cara de Alex abriendo los titulares del diario más importante del país.

Se me cayó el tenedor al suelo mientras escuchaba atentamente, sin perder detalle.

En resumen, y por titulares, para que se entienda bien:

Alex no llevaba cuatro años con ella, solo dos.

Alex era policía secreta y solo ocupaba el puesto en las oficinas como tapadera, aprovechando que estas las había adquirido su padre.

Ella había publicado recientemente que estaba embarazada, pero no era cierto; era una forma de atarlo a ella y luego decir que lo había perdido.

¿Qué pintaba Alex en toda esta ecuación y por qué me contó lo de Isabella?

A Alex le dijeron que su hija había nacido muerta, pero él sabía que no era cierto y que la chica con la que la tuvo la había vendido en un mercado ilegal de adopciones.

Fue fruto de una relación esporádica en la que ella se quedó embarazada, pero decidieron no seguir juntos. Aun así, él sí quería a su hija.

Aprovechó su puesto de jefe de agentes encubiertos para tirar del hilo alrededor de la vida de esa mujer y de sus últimos pasos, hasta llegar al fondo de todo.

Esa chica dijo que la niña nació muerta, pero nunca le dijeron en qué clínica estaba el bebé ni le dieron papeles de registro. Hasta denunció al hospital y el caso seguía en juicio. Todo era una farsa.

La vendió…

Y terminó en manos de la italiana, que ya había comprado varios hijos porque era una caprichosa rica heredera de un imperio de bienes e inmuebles en

la ciudad de Venecia.

Alex se las ingenió para conocerla como si fuera un encuentro fortuito y comenzó una relación con ella. Nunca se casaron, pero él siempre le hizo creer que amaba a sus hijos y todo lo demás, para poder llegar hasta el final y demostrar que compraba a seres humanos.

Y lo consiguió.

También consiguió las pruebas de ADN que demostraban que su hija era Isabella y que no había fallecido en ningún hospital. Había nacido con vida en otro, pagado, y todo lo demás había sido manipulado.

Desde el primer momento tuvo las pruebas de ADN de la pequeña, pero necesitaba reunir las que condenaran a esa mujer. Y, por cierto, tenía un cariño predilecto por los gemelos y trataba a las otras dos niñas de segunda.

El caso es que estaba en todos los titulares como el héroe infiltrado que se metió en una relación para desmontar una trama de tráfico de personas y recuperar a su hija.

Lo que me parecía sorprendente era que el camarero nos dijera que llevaban muchos años y que todos los hijos eran del matrimonio, y, por otro lado, Trini solo hablara de la niña como su hija.

Eran cosas que se me escapaban, pero que imagino que tendrían su lógica. Lo que estaba claro era que había tantas pruebas contra esa mujer que podría ser condenada de por vida.

Isabella ya estaba con su padre y los demás bajo la protección del menor en Venecia para investigar sus orígenes.

Yo estaba flipando y mi teléfono no dejaba de sonar: mi familia, Sacha y mi prima, a la que escuché salir de su casa viniendo hacia la mía.

Ahora me sentía muy mala persona por no haberle hecho caso en todo y no haber esperado a que fuese él quien me informara.

La que le habíamos liado en Italia era menuda…

Abrí la puerta y mi prima entró directa al sofá y se sentó a plomo.

—Que ni era nuestro jefe, ni era malo.

Dijo negando y frotándose los ojos.

—Estoy en *shock*.

—Tú en *shock* y yo flipando en colores. Madre mía la que hemos liado en medio de su investigación e infiltración.

—Esta no me la perdona.

—No lo sé, pero tendremos que poner de nuestra parte para conseguir el perdón.

—¿Cómo? Si en realidad es poli y seguramente ya no aparezca por la ofi y el padre ponga a otro en su lugar.

—Bueno, mañana veremos qué se cuece por allí.

—Yo me cago toda. Me quiero morir.

—No, aquí no se muere nadie, que yo necesito a la tita de mi bebé.

—Madre de Dios, ¡la que he liado!

—La hemos liado entre las tres.

—Pero la jodida soy yo. Joder, que yo lo amo.

—Eso lo sabía yo.

—Normal, no lo voy a olvidar en dos días. Una cosa es que no iba a permitir que la situación me superase y otra que no me doliese.

—Yo creo que te buscará.

—Yo creo que no, pero bueno. No sé qué pasará; lo único que sé es que estoy al borde de un ataque de nervios.

Le cogí el teléfono a mi madre, que me llamó de lo más preocupada y sorprendida. Intentó tranquilizarme y me dijo que le diera su tiempo. Como si tuviera otra opción…

Mi abuelo había alucinado con todo y llamó al padre de Alex. Seguidamente me llamó a mí y me dio una información que no esperaba.

Aquella había sido la última intervención policial de Alex. Iba a dejar su puesto y pedir una excedencia para centrarse en su trabajo en las oficinas.

Iba a seguir siendo el director y eso, en cierto modo, para mí era un alivio.

Estaba tan nerviosa que, cuando quise darme cuenta, se me había hecho la una de la mañana hablando con mi prima. Y eso que todo había pasado a la hora de comer, pero el *shock* había sido tan grande que nos tuvo toda la tarde intentando digerir algo que era imposible.

Incluso Sacha vino un par de horas en cuanto se enteró por los medios, aunque tuvo que irse porque tenía un compromiso de colaboración en un estudio donde la iban a grabar.

El caso es que seguramente él no aparecería al día siguiente. Necesitaría unos días, y yo sentía una necesidad enorme de verlo, de saber su reacción. Pero no me atrevía a escribirle.

Me quedé en la cama, pensativa, llorando de rabia por todo lo que le habíamos ocasionado durante su investigación.

No sabía qué iba a pasar a partir de ahora, pero sí tenía claro que, si no arreglaba lo mío con Alex, me iba a costar mucho salir adelante, porque ya nada era como antes.

Qué jodida era la vida… y cuánto nos empeñábamos los seres humanos en juzgar o dar por hecho cosas de las que no tenemos ni idea.

Aquello había sido un golpe tan grande para mí que sabía que se iba a convertir en una de las lecciones más importantes de mi vida.

Capítulo 36



Cuatro días habían pasado desde que saltó la noticia de Alex y aún no había aparecido por la empresa.

Según escuché a compañeros, se incorporaba el viernes, o sea, hoy.

Eran las seis y media de la mañana. Sostenía el primer café y miraba al horizonte amaneciente que tenía ante mí.

No estaba durmiendo nada bien ni pasando por un buen momento.

El caso era que, si hoy me lo encontraba, no sabía si estaba preparada para que me mirase con desprecio o me tratase de alguna manera diferente a los demás por todo lo sucedido.

¿Y qué esperaba?

Pues nada, lo que me había buscado.

¿Acaso me habría entendido?

Pues imaginaba que no.

¿Lo podría volver a recuperar?

Me daba a mí que me iba a comer un mojón.

¿Y si…?

Si nada, fuera mis versiones, que no quería ir cargada de dudas ni calentarme tan temprano cuando aún me faltaba un buen rato para tenerme que ir.

Lo echaba tanto de menos y me sentía tan perdida en esos días, que se habían vuelto oscuros y pesados, que dolían de una forma constante, como si algo dentro de mí se estuviera rompiendo poco a poco, hasta el punto de sentir que podía desgarrarme por dentro y perderme en esa sensación.

Hoy se suponía que me lo encontraría y sabía que no estaba preparada para eso. Y mucho menos para enfrentarme a la posibilidad de sentir que en su vida ya no había espacio para mí.

Tenía una intuición tan fuerte que dolía.

Él había confiado en mí para contarme lo de su hija, lo de las pruebas… ¿y cómo se lo había pagado? Complicándole aún más todo por nuestra mala decisión de irnos a Venecia.

Y la que le habíamos liado allí…

Como que lo habíamos puesto de hijo de puta para arriba. ¿Cómo coño me iba a mirar ahora? Pues mal. Muy mal.

No, no estaba preparada para enfrentarme a que no me mirase bien. Por muy absurdo que pudiera parecer después de todo lo que había hecho, lo que hace unos días apenas me afectaba, ahora me estaba matando en vida.

Me tomé tres cafés antes de que mi prima saliera de su casa para irnos al trabajo.

—Estás sufriendo mucho, Lola. Deja que todo fluya y hoy le pedimos perdón, nos caiga la que nos caiga. La hemos cagado y vamos a asumirlo. El tiempo pondrá todo en su sitio.

—A mí me da que no.

—Pues ya sabes, a cambiar el chip y pensar en positivo.

—Prefiero hacerlo en negativo y que no me coja nada por sorpresa.

—No quiero verte sufrir, prima.

—Tú tranquila, que ya has comenzado tu tratamiento y quiero que lo lleves desde la calma y sin ningún tipo de preocupación.

—Estoy tranquila y emocionada, pero no puedo dejar de pensar en la cagada que hemos tenido. —Se echó a reír.

—La cagada del siglo. Deberían darnos un Oscar a la peor decisión de nuestras vidas. ¿Quién nos mandó a irnos a Venecia?

Me reí de mis propias palabras.

—Todo estará bien. Confía.

Confiar… eso que ahora mismo era una palabra de mucho peso para mí y que costaba un mundo asumir.

Llegamos a las oficinas y Trini nos dijo que Alex ya estaba en su despacho y que venía muy amable y con buena actitud. Eso me relajó.

En la oficina todos se habían quedado de piedra al descubrir que, hasta ese momento, Alex había sido un agente encubierto.

Dejé las cosas en mi despacho y no pude detenerme. Me dirigí hacia el suyo para dar la cara y hablar.

La puerta estaba abierta.

—¿Puedo pasar? —Me miró serio, afirmando con la cabeza—. Alex, lo siento…

—¿Es lo más ingenioso que se te ocurre decir?

Su manera de mirarme era de rabia contenida y como si le molestase mi presencia. No era desprecio, ni como nos miraba antes de las fiestas del pueblo. Era algo mucho más personal.

—La he cagado, lo sé, pero ¿sabes lo mal que me siento?

—No lo sé, pero veo que entonces tu frustración es por ti y no por mí. ¿Egoísmo? Si te pusieras en mi lugar, quizás entenderías que aquí el que está mal soy yo.

No me gustaba lo que mi presencia le hacía sentir. Esto no solo no me lo iba a perdonar, sino que ahora el problema era mucho más profundo y difícil de manejar.

—Puede que sea una egoísta, sí.

Murmuré entre dientes, maldiciéndome a mí misma y sintiendo que todo lo que dijera iba a ser utilizado en mi contra.

—No tengo nada en contra de tu trabajo, ni mucho menos, pero todo lo que tenga que ver con lo personal…

Estiró la mano, invitándome a salir de su despacho.

Tragué saliva, intentando contener las lágrimas, y asentí con la cabeza antes de girarme y salir por la puerta, que sabía que nos iba a separar aún más.

No quise ir al despacho de mi prima para no llorar y hacerla sentir peor. Debía estar tranquila para llevar su tratamiento con la mayor calma posible.

Tenía una ansiedad enorme y era incapaz de aplacarla. Lo peor es que en media hora debía recibir a unos clientes.

Fui haciendo ejercicios de respiración para calmarme y, cuando llegaron, al menos pude atenderlos decentemente.

Lo conseguí, a base de sonreír e intentar esconder mi tristeza. Se fueron con el contrato de señal firmado en las manos.

A la salida me fui a comer con mi prima, mi tía y mi madre. Habíamos quedado con ellas en un japonés en el que pedimos *sushi*, menos mi prima, que se pidió un ramen.

Les conté todo, aunque a mi prima ya se lo había dicho por el camino. Mi madre y mi tía no dejaban de animarme, repitiéndome que le diera tiempo.

Pero ellas no habían visto la forma en la que me miraba Alex…

Durante la comida intenté estar presente, porque no quería que a mi prima le afectase más de la cuenta.

Me tragaba las lágrimas mientras un vacío aterrador se apoderaba de mí.

Cuando llegué a casa, me tiré en plancha en el sofá sin quitarme siquiera la ropa, con el bolso aún al hombro.

Estaba agotada emocionalmente y se me pasaban mil cosas por la cabeza, incluso dejar el trabajo…

Esto no se lo había dicho a nadie y no tenía intención de hacerlo, pero si veía que mi presencia iba a ser una incomodidad para Alex y un dolor constante para mí, estaba claro que tendría que tomar una decisión.

Este tipo de dolor no tiene ningún fármaco que lo alivie. Es constante y hay que aprender a convivir con él, al menos durante un tiempo.

Tiempo… ese que dicen que lo cura todo y que es tan necesario para superar las grandes pérdidas. Y esta lo era.

¿A qué se aferra una persona cuando el vacío es tan grande que ni siquiera teniendo a la mejor familia a tu lado puedes llenarlo?

Quería odiarlo a él, cuando la realidad era que ahora mismo me odiaba a mí misma.

Y lo peor de todo, me daba hasta vergüenza tener que encontrármelo después de la imagen que le había dado de mí.

Lo amaba con toda mi alma, pero estaba todo perdido.

Demasiado perdido…

Capítulo 37



Era sábado por la mañana y las niñas hablaban de hacer un plan para hoy.

Tomaba un café mientras las leía sin opinar, porque no tenía mucho cuerpo ni para salir ni para entrar. No tenía ganas de nada.

Las noticias seguían hablando del caso de Alex y de que ella estaba en prisión a la espera de un juicio que la dejaría encerrada una buena parte de su vida.

También había sido detenida la madre biológica de Isabella, que estaba en prisión preventiva y que tampoco se iba a librar de pasar unos buenos años entre rejas.

Las chicas habían decidido juntarnos en mi casa o en la de mi prima y pasar el día de relax pidiendo comida a domicilio. Acepté; menos salir, lo que fuera.

Aunque realmente lo que me apetecía era estar sola, pero sabía que eso me iba a hacer más daño por darle tantas vueltas a la cabeza de manera insistente.

¡Cuánto dolía, joder!

Lo que daría en estos momentos por un solo abrazo de Alex…

Mi prima se dio una ducha y se vino para mi casa a desayunar. Entre las dos preparamos unas tostadas y los cafés; para ella, descafeinado, para no

ponerse nerviosa.

Sacha iba a tardar un par de horas en llegar porque quería dejar editado un vídeo antes de venir.

—¿Qué tal te van los pinchazos?

—De lujo, me pongo las banderillas que soy una artista.

—Eres una *crack* y lo vas a conseguir.

—Ojalá. Siento que me falta eso en mi vida. Quiero un hijo al que cuidar, amar, con el que jugar y que seamos compañía el uno del otro. Y no es egoísmo porque esté sola ni mucho menos, sino porque ahora necesito crear mi familia más que encontrar al hombre perfecto.

—Te entiendo.

—Y tengo muchas ganas de que a ti te pase algo bonito, prima. Te lo mereces.

—Bueno, lo único bonito que me puede pasar es algo casi improbable.

—Pues yo no lo veo así. Creo que, como dicen nuestras madres, él necesita su tiempo. Te amó desde Punta Cana y ahora lo tengo claro. Le pilló en medio de una investigación que no podía dejar a medias para recuperar algo tan importante de su vida como era su hija, pero te ama, prima.

—Puede que me ame, pero a su vez no me quiere cerca. Lo vi en su mirada.

—Te entiendo, pero dale tiempo.

Tiempo… ese que yo no quería vivir sintiendo cómo el hombre que amaba me miraba con ese rencor y ese daño que le producía mi presencia.

Entró a las oficinas amable y con buena actitud, según nos contó Trini, pero fue verme a mí y su cara se le transformó por completo.

Sacha llegó pasada la una y traía una tortilla de patatas gigante que había recogido en casa de sus padres y que su madre había hecho para nosotras.

Con razón había tardado tanto…

—Joder, qué buena pinta.

—Ya te digo —confirmé las palabras de mi prima.

—Mi madre, que nos quiere mucho.

—De verdad que sí —dije, y mi prima asentía con la cabeza.

—Hostias, yo tengo en mi frigo las croquetas que me dio ayer la abuela para las dos —dijo mi prima, y cogió las llaves para ir a por ellas.

—Menos mal que se ha acordado —murmuré.

Nos reímos.

—Pues unas croquetas con la tortilla y ya tenemos un almuerzo perfecto.

—Sí —afirmé—, aunque no nos pueden faltar los pimientos fritos, y tengo ahí un buen puñado.

—Hostias, qué puntazo. Planazo de comida. Luego nos hacemos cien flexiones.

—Mejor haz trescientas y así las haces por las tres.

—¡Floja! Menos mal que tienes buena genética.

Mi prima regresó con las croquetas y nos pusimos a freírlas, al igual que los pimientos.

Sacha estaba preparando la mesa en la terraza, dejándolo todo muy bonito y bien colocado para luego hacerle una foto.

A mí me estaba entrando un hambre tremenda y tiré de una de las primeras croquetas que hice mientras terminaba las demás.

Cuando me senté en la mesa, le di un trago a mi refresco y no sé en qué estaba pensando, que se me escapó un eructo y me puse colorada perdida de la vergüenza.

Lo que las niñas se reían era poco.

—Claro, como vosotras no os apartáis ni para tiraros un peo —les dije negando.

—Es algo normal y tu cuerpo necesitaba soltarlo. No veas cómo te has puesto de roja —decía Sacha, muerta de la risa.

—Roja, amarilla y verde —decía mi prima, doblada de no poder parar de reír.

Eso me llega a pasar delante de alguien que no fueran ellas o mi madre, y me tienen que recoger del suelo de la vergüenza que me habría dado.

Estábamos comiendo cuando, sin darme cuenta, volvieron esos pensamientos que me desgarraban por dentro. Me moría de pena por no poder abrazar a Alex con todo mi corazón y pedirle perdón por los dolores de cabeza que le había dado.

Lo amaba tanto que me costaba asimilar una vida sin él. Era como si hubiese formado parte de la mía desde siempre y, de repente, su ausencia me estuviera rompiendo por dentro.

Lo quería tanto que ya ni siquiera sabía sonreír sin que ese dolor se colara en medio.

—Ya está llorando.

El comentario de Sacha me devolvió a la realidad y fue entonces cuando me di cuenta de que tenía las mejillas empapadas.

—Prima —me acarició la pierna—, todo va a salir mejor de lo que esperas.

—Bueno… ya iremos viendo. No quiero pensar en lo que pasará mañana. Estoy viviendo el momento… y este pinta muy mal.

—¡Fuera la negatividad! ¿Me dejas maquillarte para una fotito para tu red, que la has abandonado estos días?

—No, qué va… Lo último que se me ocurriría ahora es subir una foto maquillada y sonriente, como si encima estuviera feliz conmigo misma.

—En las redes es todo mentira.

—Sacha, pero lo que me está pasando no lo es y no estoy por la labor de que él lo vea y encima piense que tengo menos vergüenza aún de la que creía, que no era poca.

—Bueno, piensa en positivo: nos tienes aquí a nosotras, que te montamos una fiesta de risas en cero coma dos. ¿O te tengo que recordar cuando salimos rodando cuesta abajo porque tu prima tropezó y nos llevó por delante?

—¡Hostias! Qué valor en recordarlo —dije a carcajadas.

Sí, si querían, me las sacaban aunque estuviera muerta en vida.

A Sacha no se le ocurrió otra cosa que maquillarle la barriga a mi prima con un dibujo de un babero y, dentro, escrito: «Te espero, amor».

Quedó precioso, y las fotos más. Y eso que estaba plana como una tabla.

Original era, y la tendría como recuerdo para enseñársela a su hijo el día de mañana. Sacha era un *crack*.

Al final no me salvé y me hizo unas ondas en el pelo y me maquilló de manera muy natural y luminosa.

Me gustó cómo me dejó y, aunque la mirada de tristeza no se me quitaba, me hizo un primer plano en plan pensativa en la terraza que quedó precioso para subirlo en otro momento.

Pasamos un día de lo más entretenido, cosa que me venía genial, porque no podía estar todo el día llorando como una magdalena.

Estaba claro que yo había metido la pata hasta el fondo, pero tampoco era para estar flagelándome todo el día.

Capítulo 38



Habían pasado cuatro semanas desde que apareció Alex por la oficina para ocupar su puesto tras las detenciones.

Hoy le transferían a mi prima dos de los cuatro embriones que habían conseguido fecundar con éxito y de buena calidad. Todo había sido muy rápido porque el tratamiento le fue muy bien.

Iba a la clínica con su madre y se había tomado el día libre. Yo me dirigía hacia el trabajo.

Durante todo este tiempo no había cruzado palabra con Alex ni me había mandado a llamar a su despacho en ningún momento. Solo nos habíamos cruzado por el pasillo y nos habíamos dado los buenos días sin mirarnos.

Lo había pasado mal y había perdido tres kilos. Vomitaba continuamente y tuve que ir al médico porque ya me estaba asustando. Las pruebas salieron bien y, con un tratamiento, conseguí que desaparecieran esas náuseas. Hasta me hicieron un test de embarazo cuando yo no había tenido relaciones después de mi última regla, pero quisieron asegurarse.

Llegué a las oficinas y me saqué un café que me llevé a mi despacho.

Eran las doce de la mañana cuando llamaron a mi puerta de una manera muy suave y casi sin fuerzas. Dije que adelante.

Cuando se abrió y vi a Isabella, a la que reconocí al instante, y sonriente, me sacó una gran sonrisa.

—Te traigo una chocolatina de Bruselas.

Su vocecita era preciosa y el tono muy italiano por haberse criado en gran parte allí. Venía hacia mí con la mano cerrada.

—Gracias, preciosa.

—Es de Bruselas.

Repitió sonriente, dejándola sobre la mesa.

—Allí hay muy buen chocolate.

—Sí, a mí me gusta. Le he dado uno a cada trabajador de papi.

—Pues nos has puesto a todos contentos.

—¿Tú cómo te llamas?

—Lola, y creo que tú eres Isabella.

—Sí, yo soy la hija de papá.

—¿Y estás contenta con el cole en España?

—Sí, tengo dos amigas, pero una no ve con un ojo porque le han puesto una pegatina unos días.

Se me escapó una risilla por cómo explicaba que le habían puesto un parche de los que sirven para fortalecer el otro ojo.

—Entonces, si tienes dos amigas, debes estar muy feliz.

—Sí, y con papi solos.

Se le escapó una risilla, como si para ella eso fuera una liberación.

—Qué bien, cariño.

—Pero echo de menos a mis hermanos.

La cara se le entristeció y a mí se me hizo un nudo en la garganta.

—Quizás, cuando pase un tiempo, la vida os ponga de nuevo en el camino. Ahora papi está dándote mucho amor para que no te sientas sola, y sabes que te quiere de aquí a la luna.

—Me ha dicho que al infinito.

—Ah, pues eso es mucho más. Eso es todo el amor del mundo.

—Y del universo.

—También, también.

Sonreí y, al levantar la mirada, vi que Alex estaba parado en la puerta mirándonos y escuchándonos.

—Perdón, no te vi —dije.

—Tranquila, no quería interrumpir. Isabella, nos vamos, que tenemos que hacer unas cositas.

—Vale, papi.

Se fue hacia él dando saltitos y yo me quedé mirando cómo se iban. Ambos se despidieron con la mano.

No es que hubiese estado sonriente ni simpático, pero al menos, delante de la niña, había tenido otra actitud conmigo. Ligeramente menos rencorosa, pero sin esforzarse demasiado.

Cuando salí de trabajar, fui un momento al ático a ver a mi prima, que hoy se lo iba a tomar de reposo.

—¿Todo bien, preciosa?

—Genial, ya tengo a mis dos embrioncitos dentro. —Se tocó la barriga.

—¿Te imaginas que siguen adelante los dos?

—Ojalá, te lo digo de verdad.

—Eres muy valiente.

—No, te ahorro el trabajo: uno para mí y el otro para ti.

—No estaría mal.

Nos reímos.

La dejé tranquilita en el sofá viendo una serie y me fui a comer la lasaña que había hecho el día anterior por la tarde y de la que le había dado la mitad de la bandeja a mi prima.

Encendí el horno para calentarla y me fui a cambiarme para ponerme el pijama y estar cómoda.

No podía quitarme de la cabeza a Isabella con esa sonrisilla y tristeza a la vez. Tenía una voz preciosa, tanto como lo era ella. No sabía hasta qué punto estaba al tanto de la situación real, ya que era muy pequeñita, y quizás le habían dicho que se habían separado y no se podrían ver o cualquier otra cosa con tacto.

Encendí la televisión y me encontré con una noticia de última hora que no me esperaba.

La justicia italiana daba por concluida la búsqueda de coincidencias genéticas de los otros tres menores, por lo que se daba por hecho que no los estaban buscando y que fueron vendidos, como en el caso de Isabella.

Comentaban que Alex volaría hoy hacia la ciudad italiana para reunirse con la fiscalía de menores, lo que estaba provocando que se barajase la posibilidad de hacerlo para solicitar su adopción como la persona a la que, de algún modo, habían estado más arraigados.

Si fuera así, sería para flipar con su corazón. Estaba claro que no lo dudaba, y algo me decía que iba a conseguir traerlos con él.

Es más, miraba en las noticias digitales y todas lo daban por hecho y, para más inri, un medio italiano importante aseguraba que, desde dentro de los despachos judiciales, se había movido todo para proponerle a él primero la posibilidad de adoptarlos, por lo que hacía apenas dos horas Alex habría recibido la llamada y movido ficha para irse a Italia.

Por la noche, las noticias se abrieron con él acabando de aterrizar en Venecia con su hija.

Mi familia y Sacha no dejaban de escribirme por mensajes. Todos estábamos tan enganchados a saber qué pasaría que no podíamos despegarnos de las noticias.

Me lo imaginaba con cuatro hijos y lo veía capaz. Un padre que es capaz de hacer todo por un hijo lo es también de sacar adelante a todos los que se le pongan por delante.

De algún modo, estaba claro que a esos niños les había cogido cariño.

Me reía con tristeza al pensar que, si adoptaba a esos niños, iba a estar tan ocupado con tantos que ni tiempo para pensar en mí iba a tener.

Le deseaba lo mejor, porque se lo merecía. Había demostrado que, más que una buena persona y padre, era todo un ejemplo que seguir.

Capítulo 39



Habían pasado once días desde que a mi prima le habían transferido los embriones y hoy le decían si habían ido para adelante o no.

Durante este tiempo no había visto a Alex, pero por los medios estaba al tanto de que la justicia prefirió darle los niños a él para no separarlos a todos y por el vínculo que le tenían del tiempo que estuvo en sus vidas.

Hasta hacía dos días no habían regresado a España, así que imaginaba que hoy jueves tampoco aparecería por las oficinas.

Mi prima se había pedido la mañana libre para ir con mi madre y mi tía a los resultados. Estaba deseando saber que todo había salido bien y que su sueño comenzaba a acercarse un poco más a la realidad.

Llegué a las oficinas y me pillé un café para dirigirme a mi despacho. Al abrir la puerta me encontré a Alex dentro, sentado, esperándome.

—¡Sorpresa!

Gritaron los cuatro niños asomando sus cabezas detrás de mi escritorio.

—Dios mío, ¡cuántos niños!

Sonreí nerviosa porque no entendía nada.

—Hola, Lola. Necesitaba hablar contigo.

—Claro.

Respondí mirando a todos ellos, que me sonreían.

—Hasta el lunes no retoman el colegio y mi padre está ingresado.

—¿Qué le pasó?

—Le han operado de urgencia de la rodilla, pero todo bien, en un par de días sale y mi madre está con él.

—No tiene con quién dejarnos —soltó Isabella riendo.

Alex sonrió.

—Tendría con quién dejarlos previo pago, pero ahora mismo no estoy para probar suerte con ninguna canguro. Tengo que buscar a alguien que me ayude con los niños, pero lo haré con tiempo.

»Pese a todo, confío en ti y por eso he pensado en pedirte el favor de que te los quedes hasta el sábado. Tengo que ir urgente a Vigo para firmar mañana la venta del centro comercial que construyó mi padre y que ha comprado un inversor.

—Sí, lo sé.

—He conseguido un vuelo para las tres de la tarde, pero el regreso no lo tengo hasta el sábado a primera hora, ya que para mañana por la noche no he conseguido nada.

—No te preocupes, yo me los quedo.

—Sabía que podía contar contigo. En mi despacho tienen sus maletitas y lo ideal es que te cogieses ya libre hasta el lunes para que no los tenga que aguantar por aquí. Puedo pedirle a Gema que te cubra las reuniones.

—Hoy tengo una y mañana dos, pero las puedo pasar para el lunes porque estoy segura de que los engancho.

—Pues si las puedes cambiar, perfecto.

—¿Me das diez minutos?

—Claro, nos vemos en mi despacho.

Los niños estaban en el pasillo correteando.

Me había quedado impactada; había confiado en mí para dejarme a los niños.

Llamé a los clientes y el de hoy me dijo que me lo agradecía porque se le estaba complicando la cosa, así que lo cambié al lunes y los del día siguiente, uno me cogió hora para el lunes y otro para el martes, ya que le venía mejor.

Apagué el ordenador, me colgué el bolso al hombro y me dirigí hacia el despacho de Alex.

Ese hombre no se podía imaginar cómo me había devuelto la vida con el simple hecho de poner a esas personitas de tanto valor para él en mis manos.

—Todo solucionado.

Le comenté mientras entraba al despacho, donde los niños jugaban en el suelo. Por su cara, mirándolos, me dio a entender que no sabía la que le estaban dando.

—¿Segura?

Me preguntó con la sonrisa de medio lado.

—Completamente segura.

—Si lo prefieres, os podéis ir a mi casa y estáis más cómodos.

—Tengo dos habitaciones más y en ambas tengo una cama de las que tienen debajo otra para sacarla.

—¡Tenemos otra casa!

Gritó uno de los pequeños que estaban al loro de todo.

—Procurad portaros bien o, cuando regrese, os empezaré a quitar privilegios.

—Tranquilo, sé cómo llevarlos.

Sonreí.

—Papá, ¿ella es más buena que la bruja que teníamos como madre? —preguntó la más mayor.

—Ella es muy buena, menos cuando piensa cosas que no son —le contestó mirándome.

A Isabella se le esbozó una sonrisilla y los gemelos se miraban riendo. Me daba a mí que esos dos tenían mucho peligro.

—Chicos, creo que es hora de que os presentéis. Ella es Lola y tendréis que hacerle más caso que a los profesores; con eso os lo digo todo.

—Yo soy Nicole y hace dos días cumplí ocho años. Soy la mayor.

—Encantada, preciosa.

Le devolví la sonrisa.

—Yo soy Isabella y soy la más pequeña.

Soltó una carcajada poniéndose la manita en la boca.

—Yo soy Alessandro y él Lorenzo, somos los medianos y los mejores.

Levantó sus manos en forma triunfal y su hermano hizo lo mismo.

—Imagino que ya te estarás haciendo una idea de quiénes lideran.

—Claramente.

Contesté riendo.

—Toma esto. —Sacó dinero de su cartera—. Compra de aquí todas las comidas a domicilio que quieras para que no tengas que liarte mucho.

—No, Alex, no te voy a coger dinero. Pediré en algún momento algo, pero también cocinaré. No me cuesta trabajo.

—Por favor.

—No, no, ese favor no te lo puedo hacer.

—Bueno, ya veré cómo lo compenso.

Carraspeó mirando a los niños, como si intentara restarle importancia al gesto.

Fuimos hasta los coches, ya que en el mío no podían ir los cuatro ni aunque me pasase sus asientos o elevadores, pero delante, por edad, no podía ir ninguno. El tema es que me siguieron hasta la puerta de mi casa, esperaron a que saliese del aparcamiento y bajó a los niños con cuidado, pendiente de todos.

—Gracias, Lola. Nos debemos una charla.

—No hay de qué. Cuando quieras hablamos.

Y, sin esperarlo, me acarició la mejilla y me dio un abrazo, dejándome un beso en la frente. Fue breve, pero suficiente para descolocarme por completo.

Casi me derrumbo a llorar.

Subí a los niños en el ascensor y nos metimos en mi casa. Les enseñé las habitaciones y los niños dejaron sus cosas en una y las niñas en la otra, organizándose con esa naturalidad que tienen los críos.

Se fueron a la terraza a jugar con sus juguetes, ninguno de ellos tecnológico, cosa que me gustaba. Sus risas llenaron el espacio en cuestión de segundos.

Mi prima me llamó llorando de la emoción. Habían cuajado los dos. Y, aunque aún había que estar en alerta, en esos momentos estaba oficialmente embarazada. Se le notaba en la voz, en cada palabra, en la forma de respirar.

Se quedó muerta cuando le conté lo que me había pedido Alex y que tenía a los niños en mi casa. Se alegró muchísimo de que, de algún modo, dejase el rencor un poco de lado, como si todo empezara a colocarse sin que nadie lo forzara.

Las niñas se llevaban muy bien entre ellas, tranquilas y cómplices, pero los niños las pinchaban mucho. Llevaba un rato observándolos y esos dos renacuajos tenían guasa, de la buena.

Desde la cocina los veía, ya que era de concepto abierto con el salón y ambos tenían acceso a la terraza. Podía escucharlos sin esfuerzo, seguirles el ritmo sin necesidad de intervenir.

Cocí pasta e hice una salsa boloñesa con choricito, carne y verdura, que me quedó genial. El olor empezó a llenar la casa poco a poco.

Dejé rallado un cuenco de queso y dejé todo listo para cuando llegase la hora, con esa sensación de casa viva que hacía tiempo no tenía.

Mi prima pasó por mi casa para verlos y se apuntó a comer con nosotros, sumándose al pequeño caos que, de algún modo, empezaba a sentirse bien.

Capítulo 40



Mi prima se tenía que cuidar como toda embarazada el primer trimestre, sobre todo, pero por lo demás debía de hacer vida normal, dentro de lo posible.

Preparamos la mesa fuera, que si de algo me alegraba, es que la compré bien grande para cuando viniera la familia. También tenía otra más recogidita, que era donde yo me tomaba los cafés, más tranquila.

Lo bueno de vivir en el sur era que en octubre aún teníamos un clima de lo más increíble y podías estar al aire libre tranquilamente sin pasar frío, disfrutando sin prisas.

De todas maneras, tenía la terraza cerrada con cristal en todo el ancho y en una cuarta parte del largo. Estábamos resguardados, pero con el frente abierto, dejando que entraran el aire y la luz.

Los niños se volvieron locos con la pasta; decían que la hacía más rica que los italianos. Me tuve que reír. También les freí nuggets, que fueron lo primero que se comieron, como si no hubieran probado bocado en días.

Se me hacía un nudo en la garganta pensando que los cuatro fueron vendidos al nacer. ¿Qué clase de personas hacen eso? Era algo que no conseguía entender por más vueltas que le daba.

Alessandro tenía guasa, pero de la grande. No dejaba de picar a sus hermanos, sobre todo a Nicole, que resoplaba por no entrar en su juego. Se notaba que tenía mucha paciencia y que era muy buena, de esas que aguantan más de lo que deberían.

—Alessandro, ¿quieres dejar de tocar las narices?

Le preguntó mi prima en un tono bien serio, pero aguantando la risilla.

—Vale, ¿y qué me gano a cambio?

—Qué hostia tiene el niño.

Murmuró mi prima, pero para que se enterasen.

—No, no tengo una hostia porque la violencia no debe usarse bajo ningún concepto. Eso dice mi padre.

—¿Se la das tú o se la doy yo?

Me preguntó bromeando mi prima y Alessandro salió rápido de la silla y comenzó a correr por toda la terraza pidiendo auxilio.

—Está bajando los nuggets.

Dije llorando de la risa y nos echamos todos a reír.

—Cuando te canses, vienes —le gritó mi prima.

—Pero no a por la hostia, voy a comer.

Contestó poniéndose las manos a cada lado y sacando hocico.

—Eso lo aprendió del padre, que no veas si los saca bien —dije por lo de sacar el hocico.

Mi prima se quedó hasta que terminó de comer y no le dejé ayudarme. Cada niño llevó su platito a la cocina y sus cubiertos. Los fregué enseguida.

Isabella y Nicole se quedaron dormidas en el sofá y los niños estaban sentados viendo unos dibujitos que me habían pedido que les pusiera.

Yo me senté en la otra esquina, con los pies arriba de lado, y me puse a ver cosas en el móvil.

Me llegó un mensaje de Alex, que acababa de aterrizar en Vigo. Le envié una foto de los niños en el sofá y otra de cuando estuvimos comiendo.

Alex: *Mejor atendidos, imposible. Gracias, Lola, y perdona por aparecer de esta manera pidiéndote el favor.*

Lola: *Me alegra que confiaras en mí.*

Alex: *Nos debemos esa conversación.*

Lola: *Claro.*

Se me hacía un nudo en la garganta por el simple hecho de hablar con él desde la tranquilidad.

La merienda la hicimos en la cocina porque ya refrescaba un poco en la terraza y no se querían poner los jerséis encima de las camisetas.

Alex había metido varias cajas de todo tipo de galletas y pastelitos, un bote de Cola Cao grande y me dio un paquete de leche. Me hizo gracia cuando me lo dio, como si con eso ya estuviera todo solucionado.

Cada cajita de galletas traía por lo menos seis paquetes individuales, con lo cual sobraron un montón de ellos para más momentos, para ir tirando sin preocuparnos.

Yo había llamado al súper de confianza de la zona, que tenía un chico que llevaba los mandados por tres euros. Le pedí dos paquetes grandes de pan de molde, un montón de embutidos, batidos, zumos y una caja de palomitas, para tener de todo un poco y no quedarme corta.

Tal y como merendaron, los metí en el baño de uno en uno y los duché rápido para ponerles el pijama, intentando que aquello no se convirtiera en un caos.

Las niñas eran muy diferentes y lo ponían todo muy fácil, tranquilas y colaboradoras. Los niños, en cambio, estaban todo el tiempo preguntando cosas que se les ocurrían y pinchando en cuanto podían. Pero también eran adorables, a su manera.

Una vez duchados, se pusieron a jugar en el salón mientras yo los observaba desde la cocina, guardando la compra que acababan de traer, con ese ruido de fondo que llenaba la casa.

Para cenar tenía pensado hacer unos sándwiches mixtos, ya que les había preguntado y los cuatro dijeron que sí, sin dudarlo.

Con ellos el tiempo volaba y se hacía más ameno, aunque reconozco que Alessandro me ponía de los nervios porque no paraba, es que no paraba de buscar a uno y a otro, sin descanso.

—Escúchame, Alessandro, o te callas veinte minutos o luego tendrán un premio todos menos tú.

—Soy el favorito de mi padre.

Soltó porque le vino en gana y usando una forma más de pinchar, pero a todos les dio una carcajada, incluida a mí.

—Te has reído y ahora no puedes castigarme.

—Veinte minutos y la cuenta empieza ya. Te juro que, como hables, te quedas sin el premio.

—Lo vas a pasar mal, por malo —le dijo Lorenzo.

Y me di cuenta de que aquello era una misión imposible.

—Me ha atacado y tengo derecho a defenderme.

—Y cuando no te atacan, estás provocando.

—Con él no se puede, Lola —dijo Isabella con esa risilla.

—Calla o te digo fea.

—Si le llamas fea, te la buscas conmigo. Y no me conoces, así que no tientes tu suerte. Y menos cuando aquí, si algo les sobra a todos, es belleza.

—Pues que se calle.

—Te he mandado a callar yo a ti, así que hazlo y no le eches tu responsabilidad a ella. Y tú, Lorenzo, no toques más las narices tampoco.

—Pues castígame.

Se cruzó de brazos y me miró con reto.

—Pues muy bien, esta noche ni tú ni tú —los señalé a los dos— vais a tener postre. Os lo habéis buscado.

—¿Y si nos callamos? —preguntó Lorenzo.

—Os levantaré el castigo y podréis disfrutar de las natillas con galleta.

—¡Toma ya! Yo me callo —dijo Alessandro levantando las manos.

—Y yo.

Levantó también los brazos Lorenzo.

Nada, ni tres minutos y ya se estaban acusando de provocaciones con solo mirarse.

Isabella se frotó la cara con la mano y Nicole me miró negando, como diciéndome que no lo intentase más, que no lo iba a conseguir, que aquello era imposible.

Durante la cena Alex nos hizo una videollamada y los niños comenzaron a contarle cómo estaban viviendo el día a la vez que seguían cenando, todos a la vez y sin orden ninguno.

Las niñas decían que yo era muy buena, que las cuidaba bien y que tenía paciencia; en cambio, los chicos decían que era una policía enfadada con el mundo y que les tenía manía, exagerando como solo ellos sabían hacer.

—Manía os tengo hasta yo, de lo pinchones que sois —le decía Alex con la risa suelta, sin poder evitarlo.

Notaba que Alex estaba mucho más relajado. Estaba en una habitación de hotel y, casualmente, había pedido un sándwich para cenar y un par de piezas de fruta, algo rápido, sin complicarse.

Tenía una sonrisa mucho más fluida y me buscaba hasta a mí la lengua, diciendo que después de esta prueba de vida ya estaría preparada para ser madre, como si aquello fuera un entrenamiento intensivo.

Le comenté lo de mi prima, que estaba embarazada después de un tratamiento. Se alegró tanto como se sorprendió porque no se lo esperaba, y se le notó de verdad.

Me dijo que le pondría un mensaje en estos días para felicitarla. Al igual que bromeó con que ya se le iba a escapar unos meses con lo de la baja de maternidad. Nos reímos un ratito, de esos que a todos nos vino genial.

Quedamos en hablar al día siguiente.

Los niños fueron cayendo como moscas y los fui llevando a su habitación, menos las niñas, que ellas se fueron directas a la cama y no pasaron un ratito por el sofá, agotadas.

Capítulo 41



Me levanté temprano y escuché unas vocecitas en una de las habitaciones. Eran las niñas, que al verme asomarme se levantaron de la cama como si me esperasen como agua de mayo.

Cada una me dio un abrazo con un buenos días. Eran superdulces y muy educadas.

Los bichos eran otro cantar, pero bueno, seguían durmiendo y, por lo visto, eran muy dormilones. Ahí que los iba a dejar sin despertarlos hasta que yo viese que la hora se pasaba de prudente.

Les preparé un Cola Cao a las niñas y unas tostadas con mantequilla y mermelada, que se las estaban comiendo felices de la vida.

—Nuestra antigua mamá no nos preparó nunca un desayuno.

Confesó Isabella.

—Esa mujer ha sido muy mala porque está en la cárcel y porque no era nuestra madre. Por eso no nos quería a nosotras y solo quería a los gemelos, que eran sus favoritos.

Sentenció Nicole con un tono de reproche a lo vivido.

—Sí, eran los gemelos los favoritos.

Confirmó Isabella.

—Pero ahora ya no es así y vuestro papá os quiere mucho.

—Sí, nos quiere —decía Isabella.

—Es el mejor papá del mundo —dijo Nicole.

Me encantaba que dijeran esas palabras hacia él. Nicole sabía que no era su padre porque llegó mucho después, pero lo sentía como si lo fuese, al igual que los gemelos.

Alex me mandó un mensaje dándome los buenos días y preguntando si todo estaba bien.

Lola: *Buenos días, Alex. Todo perfecto. Estoy desayunando con las niñas y estoy dejando dormir un rato más a los leones. Mucha suerte en la firma de la venta.*

Alex: *A los leones no los despiertes y así estaréis más tranquilas. Gracias de nuevo por todo, eres una gran persona. Luego os llamo, sobre la hora de la comida.*

Que me dijese que era una gran persona, para mí era muy importante. No quería perderlo de ninguna de las maneras y, si era sincera, soñaba con la posibilidad de que todo se solucionase entre nosotros y comenzásemos una historia con un final feliz.

Sí, a pesar de tener que lidiar con cuatro niños. Eso a mí no me importaba.

Lo amaba a él con todo lo que rodeaba a su vida…

Mi prima me puso un mensaje de que le fuese haciendo un descafeinado, que venía para mi casa. Abrí la puerta para que no llamase y me despertase a los gemelos.

—Muchas princesas veo aquí. Buenos días, chicas.

Le dio un besito a cada una y cogió una tostada de las que quedaban.

—Ella también tiene hambre —dijo Isabella sonriendo.

—Lo raro es cuando no la tengo.

Les sacó una risilla a las niñas.

—Los gemelos están durmiendo y no los vamos a despertar, ¿verdad, chicas?

Las dos sonreían afirmando.

Salimos a la terraza con los cafés, ya que no hacía mucho frío y estábamos todas con los pijamas largos.

Las niñas se sentaron en medio de nosotras con un batido que le di a cada una después del Cola Cao.

—Las vas a matar a azúcares —me dijo mi prima.

—Es un día. Si estuvieran muchos días, obviamente no se lo daría. Una cosa u otra, pero hoy las consiento. ¿Verdad, chicas?

—Sí, y esta noche vamos a pedir *pizzas*, ¿tú te apuntas? —le preguntó Nicole a mi prima.

—Claro, vamos, que si me apunto. La primera. Es más, ni me voy a quitar el pijama; ya me quedo todo el día.

—¡Bien! Nosotras tampoco —dijo Isabella aplaudiendo.

—Pues nada, como todos estamos duchados de anoche, nos quedamos en pijama —contesté riendo.

Mi prima se cogió el día de ayer y el de hoy para montarlo en puente. De todas maneras, tenía derecho por tratamiento, pero lo pidió como asuntos

propios.

Isabella nos preguntó si sabíamos maquillar y se nos ocurrió una idea genial: avisar a Sacha de que viniera a la fiesta de pijamas. Se apuntó enseguida, diciendo que en una hora estaba aquí, sin pensárselo dos veces.

Por la noche puse a Sacha al tanto de todo y sabía que estaban aquí los niños, al igual que mi madre, mi tía y mis abuelos.

Ni una hora tardó Sacha en aparecer y plantarse el pijama antes de salir a la terraza a saludar, entrando con esa energía suya tan característica. Los niños seguían dormidos.

—Por favor, dos princesas para que yo maquille —dijo Sacha.

Las caras de las niñas fueron un poema. Estaban descuadradas, mirándolo, como diciendo que ese pijama, maquillaje iluminado y cara de hombre no cuadraba mucho, que algo ahí no les encajaba.

No reaccionaban, solo lo miraban incapaces de decir nada. Sacha les guiñó el ojo y ahí se echaron a reír, rompiendo toda la tensión de golpe.

—Eres un guapo, muy guapa —le dijo Isabella.

—¡Ay, que me la como!

Se fue para ella y le dio un besito.

—Sí, eres mucha belleza —confirmó, de esa manera tan sutil, Nicole.

—Para ti también hay otro pedazo de beso.

Nos reíamos, contagiadas por el momento.

Eran las once y media de la mañana. Sacha entró a prepararse un café para él y otro para mí. Mi prima ya solo tomaba descafeinado y poco; con el que se tomó antes tenía bastante.

Los niños seguían dormidos…

—A los gemelos se les va a juntar el desayuno con la comida —dijo mi prima.

—Esos que coman directamente —contestó Sacha.

—Sí, cuando en Italia se levantaban tarde y porque los despertaban, iban directos al almuerzo —comentó Nicole, e Isabella afirmaba con la cabeza.

—Pues los despertamos cuando luego tengamos la mesa puesta para apurar al máximo la paz del hogar —dijo mi prima.

Las niñas se reían a carcajadas.

Sacha sacó su maletín de maquillaje y las niñas abrieron la boca en grande. No se podían creer lo que estaban viendo, como si de repente aquello se hubiera convertido en algo mucho más serio.

—¿A quién maquillo primero? —preguntó feliz Sacha.

—A ella, que es más impaciente —dijo Nicole, e Isabella afirmaba.

Me encantaba lo bien que se tomaban todo la una de la otra y la complicidad que tenían.

Las dejó de lo más bonitas a las dos. Pintadas como dos jovencitas, con esas iluminaciones y rubores que se llevaban ahora.

Les tiré unas fotos preciosas para luego enviárselas a su padre.

—Entonces, ¿qué pensamientos de comida hay? —preguntó Sacha.

—Yo no me meto en la cocina. Con todos los que somos pedimos unas hamburguesas y por la noche las *pizzas*.

—Verás lo rellenitos que se va a encontrar a sus hijos, Alex.

Nos meamos con el comentario de mi prima, que estaba sembrada.

—¿Y por qué no pedimos chino para el mediodía y por la noche las *pizzas*? —propuso Sacha.

—A mí me encanta el arroz chino y los rollitos —comentó Isabella.

—Y a mí y a los gemelos —indicó Nicole.

—Pues venga, chino con mucho arroz, rollitos y lo que normalmente pedimos.

—Para los niños podemos pedir también pollo empanado al limón.

—Venga, perfecto.

Mi prima hizo el pedido por la aplicación. No fue hasta cuando el repartidor venía de camino que despertamos a los gemelos.

Se sentaron en la terraza y miraron con la risilla a Sacha, que les lanzaba besos al aire.

—He tenido una pesadilla —dijo Alessandro.

—¿Qué pesadilla? —le preguntó Nicole al momento.

—Que papá se llevaba a vivir a nuestra casa a esta bruja —me señaló a mí — y yo tenía que aguantar a otra mujer más.

—Qué horror, ojalá yo nunca sueñe eso —dijo Lorenzo.

Yo no sabía si reír o llorar, el caso es que nos echamos todos a reír y esperé a reponerme para contestarles.

—Pues a mí me encantaría que viviera con nosotros —dijo Isabella después de la risita.

—Y a mí —confirmó Nicole mirándome con su genuina sonrisa.

—Os voy a decir una cosa a vosotros dos —los señalé.

—Y luego os la diré yo. —Saltó Sacha.

—Y yo también —expresó mi prima.

Las niñas se llevaron las manos a la boca y ellos nos miraban tan tranquilos como si no fuera con ellos.

—A lo que iba. —Los volví a señalar—. Una tontería más y esta noche, en vez de *pizza*, vais a ver cómo nos la comemos los demás y vosotros, como única opción, tendréis un sándwich como los de anoche para cenar.

—Nos vas a tener que hacer los sándwiches —dijo seguro Alessandro.

De nuevo nos tuvimos que echar a reír, estos niños tenían la guerra ganada.

Capítulo 42



Sacha salió a recibir al repartidor, como no podía ser de otra manera.

Colocamos todo en la mesa de fuera y encendí la estufa de techo a pesar de que no hacía mucho frío, pero así estaríamos más calentitos.

Alessandro me había dejado muerta con lo de la pesadilla; tenía telita de guasa él y su hermano. Y eran tan cabezones que preferían cenar sándwiches a *pizzas* y no dar su brazo a torcer.

Alex sabía que estábamos comiendo con Sacha y mi prima. Me dijo que ya, cuando terminásemos de comer tranquilos, nos hacía una videollamada.

—Yo quiero dos rollitos de primavera —dijo Alessandro.

—Hay uno para cada uno y son grandes —le contesté.

—Pues dame el tuyo porque quiero dos.

—No te lo voy a dar. Vamos, que te quede claro que si te comes algo de rollito es porque a alguien le sobre y no quiera.

—No me voy a comer las sobras de nadie.

—Pues es tu problema.

—Y el tuyo, que me lo vas a tener que dar.

—¡Eres un maleducado! —le gritó Sacha de tal forma que el niño se asustó y dio un bote.

—Pero maleducado. Vamos, nada que ver con las niñas, que son un ejemplo —dijo mi prima.

—A mí no me compares con nadie porque mi padre siempre dijo que las comparaciones son odiosas.

—Como el egoísmo. A comer y callar —le dije.

—Papá siempre te dice que las comparaciones son odiosas porque siempre te comparas con todo el mundo —le dijo Lorenzo.

—Tú te callas, que eres muy feo.

—Lo mismo que tú.

—¡Silencio! Ahora vamos a comer callados porque es mi casa y aquí se hace lo que a mí me da la gana.

—Pues no quiero.

—Ahora no comes ni un rollito. —Se lo quité de delante.

—¡Pues me muero de hambre y mi padre te meterá en la cárcel con la madre de Italia!

—Pues a morirte de hambre. Me da igual. Ahí tienes arroz y, si quieres, lo comes y, si no, no.

—Quiero mi rollito.

—No te lo voy a dar por maleducado y egoísta.

—Y tocacojones —le dijo mi prima.

—Tú te callas, no puedes hablar porque mi padre no nos dejó contigo.

—Estoy en casa de mi prima y ella me da permiso para decir lo que quiera. Calladito y deja comer ya a los demás, hombre.

—Qué agobio de casa, esto es peor que un cuartel.

—Y peor nos vamos a poner —le respondí.

—Y ellas están maquilladas como unas golfas.

—Este se la está buscando y bien buscada.

Dijo Sacha, resoplando por lo que había dicho de sus hermanas, que se mantenían calladas y se les notaba que les afectaba que los gemelos se pusieran de esa manera, sobre todo Alessandro.

Y por mis narices que no se comió el rollito, vamos, que me lo comí yo, el suyo y el mío. Me dio igual ocho que ochenta, pero esos arrebatos y chulerías conmigo no iban a ser.

Tampoco era problema, porque se puso de arroz hasta las cejas y también de pollo empanado al limón, que les encantó a los cuatro, y del que no dejaron ni un trozo.

Los niños recogieron la mesa y la limpiaron mientras nosotras fregábamos y preparábamos los cafés.

Cuando salí a la terraza de nuevo, avisé a Alex de que ya podía llamar.

Puse el trípode con el móvil detrás de la mesa para que nos cogiera a todos. En cuanto se descolgó la llamada…

—Papá, esta bruja me ha dejado sin rollito de primavera y todos se lo han comido menos yo. Bueno, peor aún, ella se ha comido el suyo y el mío.

—Alessandro, mañana vamos a hablar tú y yo. No te voy a permitir que le hables a Lola así y, menos aún, cuando sé que, si no te dio el rollito, era porque no te lo merecías.

—¿La vas a defender a ella?

—Cada día de mi vida.

—¡Pero yo soy tu hijo, tú lo has firmado!

—Y ella es la mujer que más amo del mundo.

—¿Y yo qué? —preguntó Isabella en un tonito triste y bajito.

—Estoy hablando como mujer, vosotros sois mi vida, Isabella.

—Y nosotros la escoria —dijo Alessandro refiriéndose a él y a su hermano.

—Mira, niño —saltó Sacha delante de Alex, sin importarle—, te voy a decir lo más claro que te habrán dicho en los últimos años. Este señor —señaló a la videollamada—, a pesar de que no te trajo al mundo, te cuidó y ha ido a por vosotros para convertiros en sus hijos de verdad.

»¿Te parece bien decir que sois la escoria cuando ha hecho lo que nadie haría por vosotros? Sois pequeños, pero no tontos, así que respetad a este señor y empezad a ser un poco más agradecidos.

»No se merece que tengáis este comportamiento. Y a mi amiga la respetáis, porque os dejo a pan y agua hasta que venga vuestro padre a por vosotros, ¿me habéis entendido?

—Se tenía que decir y se dijo… —soltó mi prima, y bien alto.

—Y ahora espero que se te caiga un poco la cara de vergüenza y te portes bien hasta que regrese. Que no me vuelva a enterar de que haces un mal comentario hacia Lola o hacia ninguna.

—Pero eso es…

—¡Que te calles!

Alex metió un grito, pero no fue ese como tal, sino en el tono con que se lo dijo, que lo dejó al niño callado rápido y ligero.

—Papá, nosotras nos estamos portando bien, ¿a que sí, Lola?

—Claro, Isabella, las dos os estáis portando genial, cariño.

—Sois dos princesas —les dijo Sacha.

Tanto Alessandro como Lorenzo estaban cruzados de brazos con los hocicos salidos.

—No lo voy a volver a repetir. Un mal comportamiento más y tendrá sus consecuencias. De todas maneras, con vosotros dos voy a tener una buena charla porque estáis a falta de un poco de realidad.

—Ellas nos mimaban.

—No tienes vergüenza, Alessandro —le dijo mi prima.

—No, no la tiene —respondió Alex—, pero ya me encargaré de que la tenga. Cualquier cosa, llamadme y, a esos dos, por favor, te pido que no les des *pizza* hoy.

—¡Es injusto! —gritó Alessandro.

—Pues si nosotros no comemos *pizza*, ellas tampoco.

—¡Que os calléis! —volvió a gritar—. Van a comer *pizza* porque lo digo yo y no vosotros.

—Joder, me ha asustado hasta a mí —dijo Sacha, provocando que hasta Alex se riera.

Los niños, obviamente, no.

Me pidió que lo llamase ante cualquier cosa para él poner orden, pero vamos, que tampoco lo iba a estar yo molestando.

Los niños se pasaron toda la tarde en la terraza jugando y peleando entre ellos. Yo ni les hacía caso. Nada que ver con las niñas, que estaban con nosotras sin molestar lo más mínimo. Todo lo contrario.

Para la cena pedimos *pizzas* y no les dimos a los niños porque Alex se tiró toda la tarde pidiéndome, por favor, que no flaqueara y que les diese un escarmiento, que no cediera esta vez.

Me costó. Les pedí unos sándwiches de pollo a ellos como alternativa. Al principio se negaban a comerlos, pero cuando vieron que no había opción, terminaron por devorarlos sin rechistar.

Se fueron a la cama temprano, ya que se estaban quedando fritos, y les dije que se fueran ya, sin darles mucha más vuelta.

A las niñas no había que decirles absolutamente nada porque ellas eran de lo más responsables, de esas que no necesitan que nadie les marque el paso.

Capítulo 43



El sábado me levanté a la vez que Sacha, que se había quedado a dormir en mi casa. Las niñas, al escucharnos, se levantaron también y se vinieron con nosotras a la cocina a preparar el desayuno.

A las dos nos dieron los buenos días con un beso y un abrazo.

Por la noche nos quedamos hablando mi prima, Sacha y yo del tema de los niños y lo complicado que lo iba a tener Alex. Aunque, como decían Sacha y mi prima, yo también me los iba a comer con papas.

Ojalá. Y, aunque veía mucho mejor a Alex conmigo, me daba miedo que no estuviese entre sus planes el tenerme en su vida.

Preparamos los cafés, los Cola Cao y las tostadas. Las niñas querían de nuevo mantequilla con mermelada y nosotras nos hicimos unos huevos para ponerlos con aguacate y pavo.

A los gemelos no los pensaba despertar ni aunque me pagasen. Nos habían dado un día que para nosotras se quedaba, y eso que por la tarde estuvieron en la terraza, pero matándose vivos a pesar de que estaban jugando.

Eran inagotables.

Mi prima avisó de que venía y me levanté para echarle descafeinado en la leche y ponerlo en el microondas para que, cuando entrase, lo tuviera listo.

Las niñas se levantaron para darle un abrazo.

Alex me mandó un mensaje de que ya estaba en el aeropuerto para embarcar y que, cuando aterrizara, venía directo hacia mi casa.

Cerró la venta bien y eso sí que era un triunfo, porque le dejó a su padre unos beneficios astronómicos.

—Yo te digo una cosa —dijo mi prima—. Ahora, porque es mejor tenerlos durmiendo, pero convivir con ellos es diferente y hay que tener mano dura. Y, sobre todo, no dejarlos dormir hasta que les dé la gana, y menos a estos dos, que cogen más energías para luego dar por culo.

»Están a falta de mano dura y de un par de choques de realidad.

—Yo creo que el padre antes estaba más atado de pies y manos, además de que su prioridad era Isabella, como es normal. Pero ahora que los tiene ya como sus verdaderos hijos legalmente, pienso que ese hombre los va a poner en su sitio para que empiecen a tener otra actitud —dijo Sacha.

—Yo estoy muy agradecida porque es el mejor papi del mundo —dijo Nicole.

—Y tú también eres la mejor hija, al igual que Isabella, y vuestros hermanos lo serán cuando comiencen a comportarse bien. Todos sois unos soles, pero esos dos se quedaron en el invierno y hay que sacarlos de allí —dije, provocándoles una risa a las cuatro.

—La mamá de Italia los tenía muy consentidos —reiteró Nicole.

—Por eso se comportan de esta manera —le contesté—. Pero con Alex ya todo será diferente. Aquí los privilegios se ganan y no se consienten las malas actitudes.

—Tú deberías de ser nuestra mamá, eres muy buena —dijo Isabella.

Ojalá, pensé yo para dentro. Solo sonreí y vi que mi prima y Sacha me miraban de la misma manera.

Había hablado con Alex de que comería aquí. Quería que pidiera para todos comida de la calle, así que les pregunté a mi prima y a Sacha qué les apetecía también, pero Sacha dijo que se iba en un rato y mi prima que quería estar en su casa viendo una serie.

El caso es que me querían dejar a solas con él. Así que, cuando se marcharon, me dispuse a preparar una pasta a la carbonara con la ayuda de mis niñas. Los niños seguían en sus sueños.

Otro día que se quedaban sin desayunar…

Alex llegó a la una y media. Las niñas le abrieron la puerta y las abrazó a la vez, dándoles muchos besos.

—Hola, Alex.

Sonreí cuando acabó con ellas y él me miró con la más bonita de las sonrisas.

—Hola, preciosa, ¿tú también quieres un abrazo?

—Claro.

Nos fundimos en uno mientras reíamos y no dejaba de darme muchos besitos en la mejilla.

—Gracias por todo.

—Hice pasta y voy a freír encima libritos de pollo, queso y jamón serrano que he preparado con las niñas.

—Todo suena muy bien. Voy a despertar a los bichos.

—Claro.

Los niños gritaron la palabra papá con mucha efusividad y tirándose a sus brazos. A zalameros no les ganaba nadie.

Preparamos la mesa en la terraza entre todos y nos sentamos a comer.

—Tenemos mucha hambre mi hermano y yo porque ayer no comimos *pizza* y hoy no hemos desayunado.

—Bueno, comisteis sándwiches y no habéis desayunado porque no os habéis levantado como vuestras hermanas. La culpa es vuestra; de todas maneras, ahora podéis llenaros bien el estómago —les dijo Alex.

—Pero sobraron *pizzas* y ahora podríamos comerlas.

—Antes las tiro a la basura, fíjate lo que te digo. No las vais a comer porque esas *pizzas* las tenéis prohibidas.

—¿Y si pedimos otro día?

—Si os habéis portado bien las comeréis y, si no, de nuevo os quedaréis mirando. Y como nos deis la comida, las consecuencias van a ser doblemente fuertes —les advirtió.

—Todo son amenazas.

—Lorenzo, son advertencias, pero tú puedes tomarlo como te dé la gana.

—Yo no hablo porque no me quiero quedar sin *pizza* otro día —dijo Alessandro.

—Pues a ver si es verdad.

Alex me miraba de manera cómplice y eso me gustaba. Estaba claro que él iba a conseguir que los niños aminorasen esos arranques y contestaciones tan feas que tenían para su edad, bueno, y hasta para un adulto lo eran.

—Todo está demasiado rico —me dijo Alex.

—Lola cocina muy bien —respondió Nicole.

—Sí, es verdad —afirmaba la pequeña.

—Así que os habéis hecho muy amigas de mi Lola.

—¿Es tuya, papá? —le preguntó Lorenzo mirándolo fijamente.

—Algo, hijo —le contestó mirándome con una sonrisilla.

Las mejillas se me enrojecieron automáticamente y sentí que iba a desvanecer de amor.

—¿Algo? Yo soy toda tuya si tú quieres.

No sé ni cómo me salió de la boca, pero se me escapó, como la risilla que tenía sostenida en todo momento.

—Pero no quiere —soltó Alessandro.

—Ya te has quedado sin la próxima *pizza*. No te vuelvas a meter en una conversación que no te incumbe y menos para decir lo que tú quieres que sea y no lo que es.

»Sí que la quiero y muchísimo, más de lo que ni tú ni todos vosotros podéis llegar a imaginar. Y más vale que la respetéis —señaló a los gemelos—, más os vale porque no me conocéis con mal carácter, así que no me pongáis a prueba.

—Papá, yo también la quiero mucho —dijo Nicole.

—Y yo, que una vez le llevé una chocolatina de Bruselas —dijo Isabella mirándome sonriente.

—Pues mira, ya somos mayoría; mejor que no os la juguéis vosotros dos o vais a terminar muy mal.

—Qué ganas tengo de que llegue el lunes para ir al cole —dijo Alessandro como para pinchar.

—Y yo. —Le siguió el hermano.

—Pues nada, ya os queda poco, pasado mañana estáis allí y además estrenáis comedor.

—Qué cruel —dijo Lorenzo.

Su padre lo miró de lado como diciendo que para qué le iba a contestar, total, se la estaban buscando claramente.

Se marcharon después de comer para ir a casa de los padres de Alex, que iban a merendar con ellos.

Las niñas me dieron un abrazo y los niños salieron mirándome de lado sin ni siquiera decirme adiós con la mano. Eran tremendos.

Alex me abrazó fuerte.

—Hablamos. Gracias por todo. Te sigo amando.

Me estremecieron por completo esas palabras que me dijo al oído mientras me abrazaba.

—Yo también, Alex. Siempre.

Capítulo 44



Me levanté de la cama porque ya no podía aguantar más el pipí. ¡Qué rabia me daba eso!

Ya que estaba de pie, me dirigí a prepararme un café y tomarme un ibuprofeno, puesto que, cuando se fue Alex, me duché y me fui a casa de mis abuelos a cenar con mi prima y nuestras madres, y me puse hasta las cejas de beber vino.

Eso de que mi prima no pudiese beber me venía como anillo al dedo.

Abrí la puerta de la terraza y la volví a cerrar. Me había dado un golpe frío que me hacía presagiar que habían bajado las temperaturas. No es que congelara, pero es que la hora tampoco acompañaba porque apenas eran las ocho.

Me senté en el sofá y me puse a mirar cosas en el móvil cuando me entró un mensaje que me sacó una sonrisa.

Alex: *Buenos días, chica guapa. ¿Qué te parece que mañana comamos juntos cuando salgamos de la oficina? No tendré que recoger a los niños hasta las cinco y media.*

Lola: *Buenos días, poli encubierto. No se me ocurre una mejor idea que esa.*

Alex: *Hoy quiero estar con los niños para abordar con ellos varios temas y ponerles unas normas de convivencia. A los gemelos los han tenido muy*

mimados y ven el mundo de una manera muy irreal.

Lola: *Podrás con ellos. Estoy segura. Ánimo, eres mucho mejor persona de lo que crees.*

Alex: *Te tengo ganas… Mañana nos vemos.*

Lola: *Yo también. Muchas. Besos.*

Me acababa de regalar la vida con esa invitación y con el que me tenía ganas. Me había dejado la sonrisa en la cara fijada, sin poder cerrarla.

Fui a prepararme otro café y las tostadas, que hoy tenía el hambre ahí acechándome.

Mi prima parecía que me tenía un radar puesto, porque llamó a la puerta.

—Vengo a cobrarme mi ración de desayuno.

Se tocó la barriga y me dio un beso en la mejilla.

Fuimos a la cocina mientras le contaba que Alex me había escrito para decirme lo de quedar y que me tenía ganas.

Metí más pan mientras ella se preparaba su descafeinado y mi café, que lo dejé a medio hacer.

—¿Tú crees que serán niño y niña?

—Ojalá, pero bueno, venga lo que venga, serán nuestras locuras más bonitas.

—Bueno, tú ya vas camino de comerte cuatro de golpe.

—Eso que me ahorro. A mí lo de parir como que no me hace mucha gracia.

Nos reímos.

Y era verdad, yo siempre había dicho que me daba pereza llevar una barriga y luego pasar el desagrado de parir. Que entendía que para mucha gente era bonito, sí, pero para mí era algo que me daba terror.

Nos sentamos en el sofá porque el día aún estaba frío y dentro se estaba de lujo.

—Entonces va a hablar con los niños y poner normas.

—Eso me ha dicho.

—Con los gemelos tiene mucho trabajo. Sabes cómo contestan con esos ojillos y gestos sin necesidad de hablar la mayoría de las veces, pero vamos, que mudos no son.

—Sí, con ellos lo va a tener más complicado, pero yo veo a Alex capaz de reconducir sus actitudes y cambiarles esa educación que traían tan fea.

—Son muy chulos y se nota que su madre les reía todas las gracias y les daba todos los caprichos habidos y por haber.

—Lo que más rabia me da es cuando pinchan a las niñas. Son tan buenas y prudentes que me envenena la sangre. Las dos tienen algo muy especial.

—Sí, y Nicole es muy protectora de Isabella.

—Sí, sí, me he dado cuenta.

—Solo de recordar cómo miraba Sacha a los niños, queriéndoselos comer, me parto de la risa. Yo espero que los míos no salgan a esos, por Dios.

—Todo va a depender de cómo lo eduques.

—Está claro. Y nosotras tenemos unos buenos referentes de grandes madres que nos amaron mucho, pero no nos permitieron ni una.

—Y por eso recurríamos a los abuelos.

—Efectivamente. —Se rio.

Después del desayuno nos arreglamos y nos fuimos a pasear un poco. Tenía ganas de que me diera el aire, ya que desde el jueves por la tarde no salía de casa.

Sacha nos dio el encuentro en la avenida y con ella nos fuimos paseando por todo el parque lateral para llegar a la otra parte de la ciudad, donde queríamos comer en un asador de pollos al que hacía tiempo que no íbamos.

Mi prima tenía un brillo especial con esto del embarazo y nosotras la mimábamos y animábamos, haciéndole sentir que estaba arropada en este momento que también era muy importante para nosotras.

Pedimos medio pollo para cada una, tal cual. Además, venían acompañados de unas patatas fritas que eran toda una delicia.

Me llegó un audio de Alex que, cuando lo escuché, resultó ser de las niñas diciéndome que habían comido pollo al horno con patatas y que me echaban de menos.

Les mandé una foto de mi plato para que vieran que estaba comiendo pollo y les dije por audio que también las echaba mucho de menos.

—Una con dos hijos en camino y la otra con cuatro de golpe. ¡Yo mejor me escondo!

—Sacha, deberías animarte y adoptar un niño —le dijo mi prima.

—Deja, deja, que me veo cuidando a media docena y me sale sarpullido.

—Pues yo me veo preparada para aguantar a los cuatro.

—Tú con tal de no perder al padre… —me contestó Sacha.

Nos reímos.

Después de comer nos fuimos andando hasta una pastelería muy famosa donde hacían unos pasteles de manzana que no tenían desperdicio.

Compramos tres de ellos y una palmera gigante de chocolate para compartir. Nos fuimos hacia mi casa tranquilitas, ya que había una distancia bastante grande y hoy, andar, habíamos andado.

Cuando llegamos, preparamos los cafés y nos sentamos en la terraza a comer los pasteles.

Tenía ganas de comenzar la semana con el trabajo y un Alex que volvía a ser esa persona que me enamoró el corazón en dos ocasiones.

Estaba claro que yo sabía que ya todo era diferente porque venía con una carga familiar que había asumido bastante grande, pero que eso yo no lo veía un problema y estaba dispuesta a ayudarlo en todo.

Es más, quería hacerlo…

Las chicas se marcharon a las siete de la tarde y yo me quedé limpiando un poco la casa antes de ducharme.

Para la cena me preparé una ensalada con atún y me senté en el sofá, momento en que me llegó un mensaje de esos que deseas con todo tu corazón.

Alex: *Buenas noches, amor de mis amores. Contando las horas. Por momentos te necesito más.*

Lola: *Buenas noches, cariño mío. Yo necesito un abrazo que dure una eternidad. Te amo.*

Alex: *Yo también, descansa.*

Capítulo 45



Lunes y me levanté con toda la actitud del mundo.

Preparé un café que me tomé antes de maquillarme y vestirme. Necesitaba la cafeína en vena.

Me daba rabia porque antes se me olvidaba tomarme el vaso de agua. Había leído en infinidad de sitios que es lo primero que debe hacer una persona al levantarse para hidratarse.

Mi madre y mi tía se tomaban un vaso de agua con limón cada mañana antes del café y yo debería haber tomado ejemplo hacía mucho tiempo, pero, al igual que el simple vaso, siempre lo olvidaba.

Terminé de arreglarme y me tomé otro café rápido antes de salir de mi casa. Nos fuimos en el coche de mi prima y así luego yo podría irme en el de Alex para comer y que me dejase en mi casa antes de ir a por los niños, o después, según le viniera bien.

Al llegar a las oficinas nos encontramos a Alex hablando con Trini. Nos sonrió y a mí me acarició la mejilla en un acto muy bonito por su parte.

Nos comentó a mi prima y a mí que necesitaba entregar un dosier de los dos chalés que iban a construir en la zona alta y que era urgente, ya que tenían para ambos un posible comprador ruso. Le dijimos que lo ayudábamos y comentamos cómo distribuir cada parte para cada uno.

—Gracias, cuando lo tengáis me lo mandáis.

—En menos de una hora —le dijo mi prima.

—No me cabe la menor duda.

Contestó con una preciosa sonrisa que consiguió que yo mostrase otra.

Me puse con mi parte de las calidades y posibilidades de cambios en todos los tabiques que no eran muros de carga y de los armarios empotrados.

Me encantaba hacer eso, que era otra de las cosas que hacía aparte de vender las promociones. Y, cómo no, quería entregarlo impecable para que Alex estuviera orgulloso de nosotras.

Mi prima era muy meticulosa también para su trabajo y no se le podía poner una falta, todo lo contrario.

Se lo entregamos casi a la par, cincuenta minutos después. Nos felicitó por el chat conjunto que nos había abierto para esto.

Y no solo eso…

Nos invitó a desayunar con él en la cafetería de enfrente…

Salí al pasillo, donde nos fuimos encontrando para salir de las oficinas y dirigirnos al bar.

Nos acomodamos en la terraza y pedimos los desayunos. Allí ponían unos molletes con jamón que estaban riquísimos.

—¿Y qué tal con los niños? —le pregunté.

—Bueno, ayer les dejé muy claros muchos puntos acerca de la actitud que tenían y que esta vida no iba a ser la misma que en Italia. Para empezar, les puse un tablón a cada uno con las responsabilidades que debían asumir y también con los puntos que no podían saltarse de actitud bajo ningún concepto o se les ponía una cruz, y cada una tendría sus consecuencias.

—¿Y crees que lo cumplirán? —preguntó.

—Para milagros, a Lourdes —contestó mi prima.

Nos reímos.

—Comenzamos las normas y actitudes a las seis de la tarde. Ya esta mañana tenían seis cruces de mal comportamiento.

Volteó los ojos.

La risa que nos entró a mi prima y a mí fue de esas que te piensas que te vas a ahogar y te falta hasta el aire.

Regresamos a nuestros puestos y Alex entró en mi despacho.

—Hoy nos vamos antes. Nos lo debemos.

—Vale.

—Tenía tanto que decirte… pero ya creo que sobran las palabras.

Acariciaba mi mejilla y me miraba con los ojos vidriosos.

—Sobran las palabras.

Confirmé.

Y no lo pensó, se lanzó a mis labios dejándome un beso en el que se notaba que iban las ganas de ese momento, y no por la efusividad, sino por el amor con el que lo hacía.

—Te quiero en mi vida, Lola. Sé que tengo una gran responsabilidad a mi espalda, pero prometo tener siempre tiempo para ti.

—Te quiero ayudar con tus responsabilidades, Alex.

—Sé que lo harás, pero no voy a dejar más carga en ti que la necesaria.

—Lo que tú digas…

Le hice una burla y, de nuevo, se tiró a mis labios sin dejar de acariciar mis mejillas.

A la una regresó para marcharnos.

Había reservado en un restaurante precioso y muy lujoso donde la carne, en su mayoría, era de esas como el Kobe, Wagyu o rubia gallega, por poner unos ejemplos.

Aquí nos había traído el abuelo muchísimas veces a comer. A mi prima le encantaba la carne de Kobe tanto como a mí y siempre le pedíamos venir.

Nos pedimos unos refrescos, ya que él tenía que conducir, y aunque me pidió que yo tomase vino, la realidad es que prefería una cola cero.

Nos pedimos unas carnes variadas a la brasa con patatas fritas de gajo, que allí hacían espectaculares con la técnica primero de cocido y luego rebozadas y fritas.

—Así que no se os ocurrió otra cosa que iros a Venecia a joderme, ¿no? —preguntó con la risilla mientras comíamos.

—Esas son nuestras luces. Más tontas y no nacemos.

Me lamenté, volteando los ojos.

—No os tiré al canal porque al final el detenido iba a ser yo.

Nos reímos.

—Habernos tirado a las tres, pero al grande, que las pasásemos más putas para salir.

—Lo anoto por si en un futuro…

Me comentó que quería que pasase con ellos el fin de semana en su casa. La idea me hizo mucha ilusión porque era como meterme, en cierto modo, más en su vida.

Queríamos dejar que todo fuese fluyendo.

Después de comer nos fuimos a una cafetería que había enfrente del colegio de los niños, donde hicimos tiempo en la terraza tomando unos tés y, por último, un café.

Cuando salieron y los vi con sus uniformes tan guapos, se me cayó la baba. Las niñas corrieron hacia mí a abrazarme y los niños se pararon delante con la risilla pillina.

—Cuando lleguéis a casa, tenéis un punto menos por no haberle dado a Lola las buenas tardes —les dijo a los gemelos.

—Esta mujer va a ser la amargura de nuestras vidas —le dijo Alessandro a Lorenzo.

—No, tranquilos, si yo paso de vosotros. Yo con estar con mis niñas…

Abracé a Nicole y a Isabella a la vez que le hacía un guiño al padre.

—Así me gusta, que trates con cariño a las personas que te tratan de la misma manera —dijo Alex—. Y vosotros dos, este finde no tendréis privilegios porque os estáis cargando los puntos de todo el mes, y eso que iba por semanas.

—No es justo —dijo Lorenzo.

—Ya te digo yo que sí.

Me llevó a mi casa y nos despedimos con un beso en los labios ante los niños, ya que fue él quien me lo dio. Las niñas me tiraban besitos y los niños ponían cara de desprecio.

No esperaba otra cosa de ellos.

La felicidad tenía un nombre y solo era el de Alex. Lo amaba tantísimo que ni él se lo podía imaginar.

Me di una ducha y me puse cómoda. Me acerqué a ver a mi prima, que estaba en su casa.

Se puso muy contenta cuando supo que Alex me había invitado a su casa el fin de semana y me dio un abrazo.

Lo más fuerte fue cuando me contó que había quedado el fin de semana en cenar con Matías, uno de los administradores de la oficina. ¡Estaba en *shock*!

Resulta que a la salida del trabajo se pusieron a hablar y terminaron comiendo juntos hoy, momento en que ella le confesó que estaba embarazada.

Parece ser que le dio igual porque, cuando se despidieron, le propuso cenar el viernes.

La veía más sonriente de lo normal y yo me alegraba.

Matías hacía tres meses que se había separado, pero era un buen hombre y una persona muy especial. Tenía un hijo de tres años, fruto de su matrimonio.

Mi prima siempre dijo que le ponía muchísimo y que era una lástima que estuviese casado.

Capítulo 46



Y llegó el viernes en el que iba con mi maletita de finde para cuando saliese de trabajar, irme con él a su casa.

Durante estos días había ido en el coche de mi prima también porque había estado comiendo cada día en la calle con Alex y luego íbamos juntos a recoger a los niños.

Los gemelos, cuando me veían, perdían dos puntos directamente. Les envenenaba que su padre estuviera con una mujer. Vamos, no podía ser otra cosa.

Y yo lo llevaba muy bien. Tenía a mis princesas que me comían a besos y abrazos cada vez que me veían.

Alex me había dejado en la mesa de mi despacho una magdalena rellena de chocolate y una rosa con una nota que decía que me amaba.

Suspiré oliéndola.

Me comí la magdalena con el café que había cogido de la máquina.

A la hora del desayuno fuimos los tres, como lo llevábamos haciendo toda la semana.

Alex no escondía lo nuestro por las oficinas y, donde me viese, me echaba la mano por el hombro y me besaba la mejilla.

Hoy los niños salían a las dos porque no iban al comedor ni a las extraescolares, ya que los había apuntado de lunes a jueves para no encontrarse con los viernes partidos, esperando a que saliesen.

Cuando salimos del trabajo, fuimos a buscarlos…

Los niños venían envenenados porque sabían que hoy no me iban a ver solo diez minutos, que era lo que duraba el trayecto a mi casa, sino que me iban a tener que comer con patatas hasta el lunes por la mañana.

Durante el trayecto iban con los morros hacia fuera y las niñas, en cambio, con una felicidad que no cabía en ellas, desbordadas.

Entramos al residencial donde vivían y me quedé encantada con la impresión que me llevé de su casa, que estaba rodeada de un amplio jardín por los cuatro lados. El delantero, el del salón y la cocina, con porche, una pasada.

Dentro era de dos plantas. En la de abajo había un amplio salón independiente con su porche, al igual que la cocina, que era gigante y cuadrada, con unas puertas que daban a una zona de lo más confortable. En el pasillo estaba el despacho de Alex, decorado con mucho gusto, dos baños y una salita.

En la parte de arriba había una habitación de matrimonio con vestidor y baño y luego contaba con tres habitaciones espaciosas que tenían su propio baño y armarios empotrados gigantes.

Los niños tenían una para ellos y las niñas otra para ellas; la tercera, como decía Alex, era de invitados.

No faltaba detalle y estaba muy bonita en todos los sentidos; se notaba que tenía mucho gusto y que no le gustaba lo sobrecargado, lo mismo que a mí.

Alex había dejado la tarde anterior hechas un par de bandejas de lasaña, que calentó en el horno mientras me enseñaba cada rincón de la casa, con calma.

La habitación de las niñas era todo orden y la de los niños, aunque recogida, se notaba que eran más desastres, más suyos.

Me reí cuando vi los tablones con lo de los puntos. Las niñas, todo en verde, y los niños, todo en rojo. Este finde se quedaban sin *pizzas*…

Nos sentamos a comer en la mesa que tenía en un lado de la cocina, que era preciosa y alargada, con capacidad para ocho personas.

La lasaña le había quedado riquísima y todos nos la estábamos comiendo con muchas ganas. Además del apetito, es que a Alex, como me había dicho, se le daba muy bien la cocina, y se notaba.

Después de comer, los niños se pusieron en la salita a ver unos dibujos animados. Los gemelos se quedaron dormidos enseguida y las niñas poco después.

Nosotros nos quedamos abrazados en el salón, charlando y regalándonos tiempo juntos, ese que ambos necesitábamos y deseábamos.

Fueron dos horas en las que nos llenamos de nosotros y nos prometimos que no nos íbamos a fallar jamás.

Nos amábamos demasiado…

Para la hora de la merienda comimos unos donuts que compró Alex en una pastelería a media mañana, cuando salió de la oficina para ir a por una caja de doce. Seis blancos y seis de chocolate. Uno de cada para cada uno. Eran una locura de jugosos por dentro y crujientes por fuera.

—Pues no entiendo por qué para ella también tiene que haber dos cuando no es de la familia.

Soltó Alessandro, que era al que más le gustaba jugársela, pero lo hizo cuando ya se había comido los suyos para que no se pusieran en riesgo.

—Otro punto por falta de respeto y por ser un gran maleducado.

—¡Papá!

—Sigue por ese camino, que te darás cuenta de que solo te traerá problemas y te hará salir perdiendo. Tú mismo.

—Yo no he dicho nada —dijo Lorenzo para no perder más puntos.

—Ya lo dirás. Sois siempre los mismos.

—Claro, ahora dirás que las niñas son buenas.

—Pues claro, Alessandro. Siempre dan ejemplo y nunca tienen una palabra fea para nadie. Actitud es lo que os falta.

—En Italia nos consentían. —Le echó en cara, Lorenzo.

—Esto no es Italia ni, gracias a Dios, aquí somos como ella.

Se cruzaron a la vez de brazos, descontentos por no salirse con la suya. A su padre no le temblaba el pulso en decirles cuatro cosas y ponerlos en su sitio.

Eran tan diferentes los niños de las niñas…

Alex se fue al baño de la habitación de los niños para ayudarlos a ducharse y yo me fui al de las niñas.

—Tú no te preocupes, que nosotras te queremos mucho. Esos no nos quieren ni a nosotras.

—Tranquila, Nicole, sé que me queréis mucho y estáis felices de que esté aquí. No os preocupéis, que a mí no me duelen las cosas feas que me hacen; sé que son así y que, hasta que no se den cuenta de que no van por buen camino, no van a cambiar.

—Eso es muy difícil —dijo Isabella con la sonrisita.

—Nada es complicado con un padre como el que tenéis.

—Es muy bueno —dijo Nicole, y la pequeña afirmaba riendo.

—Lo es, demasiado.

Se pusieron el pijama después de la ducha y nos fuimos a mi habitación, donde ellas esperaron a que yo me duchase y me pusiera el mío.

Bueno, mi habitación… Era la de Alex, pero como sabía que era en la que me quedaría y soñaba con ser la que un día ocupara de manera definitiva, mi subconsciente me llevaba a llamarla así.

Para la cena ayudé a preparar unos solomillos de salmón con unos espárragos a la plancha.

Como no, los niños se quejaron de la comida, pero el padre les contestó tan bien y claro que lo entendieron a la primera.

Solo tenían dos opciones: cenar o irse a la cama directamente. Al final terminaron hasta rebañando el plato.

El caso era quejarse por todo…

Capítulo 47



Despertar en su cama después de habernos quedado dormidos desfogando nuestros deseos hasta la saciedad.

La noche anterior nos acostamos apenas a las once y estuvimos jugando con nuestros cuerpos hasta la una de la mañana.

Nos dimos la del pulpo y es que Alex era tan pasional como sensual y provocador. Me hacía arder en mi propio cuerpo.

—Buenos días, preciosa.

Me besó antes de darme un precioso abrazo.

—Buenos días, mi vida.

—¿Qué tal has dormido?

—Mejor que nunca…

Sonreímos.

Escuchamos a las niñas por el pasillo y nos levantamos para ir a preparar los desayunos.

Al vernos, vinieron a abrazarnos. No podían ser más cariñosas.

A los niños los iba a dejar dormir un poquito más, pero nada de levantarse a la hora de la comida. A las diez, como máximo, tenían que estar arriba como norma.

Hicimos unas tortillas francesas para desayunar y las pusimos encima del pan tostado con queso gratinado y, arriba del todo, unas láminas de aguacate en las nuestras, ya que las pequeñas no lo querían.

Cuando terminamos de desayunar y nos estábamos preparando otro café, aparecieron los gemelos para sorpresa nuestra.

—Me he despertado primero —dijo Alessandro— y he despertado a mi hermano para decirle una cosa.

—¿Y se puede saber qué cosa? —le preguntó Alex.

—Le he dicho que no estamos siendo listos, y que así no vamos a ganar nunca las *pizzas,* y hemos creído que es mejor llegar a un pacto con vosotros y fingir que nos cae bien Lola durante todo el día y lo mismo nos dejas cenar *pizzas*.

¡Con dos cojones! Ni entre los dos juntos pensaban una buena.

Se me escapó una carcajada que me cortó rápido con la mirada Alex.

—No os debería dejar ni desayunar. Sentaos, que cada vez os la estáis buscando solitos más.

—Te dije que era mejor no hacer un plan —le recriminó Lorenzo.

—Tú te callas, que querías cortarle con la tijera el pelo a Lola cuando estuviera un día durmiendo y nosotros despiertos.

—¡Escuchadme! —Alex elevó el tono y se le transformó la cara—. Si sois capaces de hacer algo a Lola, os juro que os mando de vuelta a Italia.

—¿Y quién nos recoge? —preguntó Alessandro.

Sí, así de pocas luces tenían. Tuve que aguantarme la risa porque esta era la misión más imposible en la que se había visto envuelto Alex.

—Pues si la que era mamá está en la cárcel y no éramos sus hijos, creo que no nos recogerá nadie —le contestó su hermano.

La cara de Alex mientras les preparaba las tostadas era para verla. Estaba que se le iban a salir los ojos de la cara.

Se contuvo de contestar y los niños agacharon la cabeza con la mirada que les echó.

Las niñas se fueron al salón a colorear unos libritos que tenían muy chulos.

Mientras ellos desayunaban, nosotros nos pusimos a dejar haciéndose un puchero y, a la vez, cocinábamos unas costillas de ternera en salsa que acompañaríamos al mediodía con unas patatas fritas.

—Entonces esta noche no hay posibilidad de *pizzas* —murmuró Alessandro.

—Ni esta noche ni en un año —le contestó, cortante.

—Todo por culpa de ella. —Me señaló.

—Déjame a mí.

Frené a Alex poniéndole la mano en el pecho.

—No la dejes, papá —le pidió Alessandro con una media sonrisa.

Alex negó, mirándolo con furia.

—A ver cómo te lo digo para que lo entiendas a la primera. A mí me da igual lo que quieras o no, pero, te guste o no, me vas a tener que ver la cara todos los días.

—Eso será si quiero. —Se tapó los ojos.

—Y esta noche pago las *pizzas* yo.

—No puedes pedirlas porque nosotros no podemos comerlas. —Se quitó las manos de la cara.

—Ya te digo que sí. En mi casa te quedaste sin *pizzas*, pero en la tuya también te vas a quedar sin ellas.

—Eres muy mala.

—Alessandro, tráeme tu Nintendo —le pidió su padre.

—No quieres que juegue con ella.

—Ahora vamos a jugar. ¡Trae la tuya y la de tu hermano!

El niño se levantó a toda prisa con ese chillido más fuerte de lo normal y corrió a la salita, donde estaban en el cajón.

Regresó con ellas en la mano y las puso sobre la mesa. Alex las cogió.

—¿Queréis jugar? Juguemos…

Abrió el cubo de la basura y las tiró dentro.

—¡Eres un mal padre!

—Pues ya sabes, si no estás a gusto, haces la maleta y te llevo a Italia.

Para ver a los dos llorando mientras desayunaban, porque eso sí, lloraban, pero no dejaban de comer y beber el Cola Cao.

Me quedé helada con lo que había hecho Alex, pero yo, en su lugar, también habría hecho lo mismo.

Encima se fue a la calle a tirar la basura. Al regresar, me comentó que las había sacado de la bolsa y dejado en la guantera del coche para meterlas en otro momento y esconderlas en su habitación. No tenía intención alguna de dárselas hasta que no cambiasen, manteniéndolo en el tiempo.

Las niñas coloreaban sin dar ningún tipo de problema y, además, no dejaban absolutamente nada por medio.

Los niños salieron al jardín con las batas encima de los pijamas para jugar con unos coches de plástico que tenían y que iban a pedales. Todo el exterior tenía caminitos de hormigón impreso y por ahí es por donde conducían.

—¿Tú estás segura de que quieres que todo siga fluyendo?

Me preguntó echándome la mano por encima, a la vez que miraba por la tele de la cocina todo el exterior para asegurarse de que los niños no la liaban. Había puesto cámaras precisamente por eso y podía verlas desde cualquier tele de la casa o dispositivo electrónico.

—A mí dos mocosos no me van a robar mi felicidad.

Sonreí abrazándolo por el lado.

Las costillas estaban cogiendo una pinta brutal, además de que cocinaba a fuego muy lento para que se fusionaran bien los sabores. Le ponía amor a todo lo que hacía. Alex era un hombre supercompleto.

Pasamos la mañana en la cocina y nos tomamos hasta un vinito, charlando con las niñas, que vinieron un rato con nosotros después de haber estado coloreando un buen rato.

Los niños no aparecieron hasta la hora de la comida. Primero estuvieron con los coches y luego en la salita viendo una peli. Todo esto sin decirnos una sola palabra, lo que nos hacía pensar que se habían puesto de acuerdo para no hablarnos.

Cuestión de tenernos delante un rato y acabarían escupiendo sapos por la boca. Vamos, no tenía la menor duda.

Y no me equivoqué. Ni cinco minutos en la mesa comiendo y explotó Alessandro.

—Yo espero que aquí no solo se coma lo que opine ella.

—¿Y quién te ha dicho a ti que fue Lola quien la escogió? Pero bueno, que tengo claro que todo lo que quiera ella lo haré, os guste o no, lo comáis o no. El problema es vuestro: moriros de hambre o comer lo que haya.

—En Italia nos dejaban elegir.

—España, esto es España.

Lo miró desafiante y el niño volteó los ojos antes de seguir comiendo.

Me la tenían jurada los dos mocosos estos, ¿qué cojones les había hecho yo?

Cuando terminamos de comer, todos recogimos nuestros platos y la mesa antes de que los cuatro se fueran a la salita, donde había dos sofás grandes y se tumbaban a ver una película hasta que se quedaron dormidos.

Alex y yo nos quedamos en el salón, con la tableta en abierto para vigilarlos por la cámara portátil que había dejado allí.

Era normal, porque aquí se podía liar en cualquier momento y, con las ideas cruzadas que tenían esos dos bichos, no era para fiarse mucho.

Me encantaba este momento en el que nos abrazábamos con tantas ganas que parecía que el mundo se iba a detener para nosotros.

Alex era un hombre tan perfecto que rozaba lo ilógico. Lo intentaba, pero no le conseguía sacar ningún defecto.

Por la noche pedimos las *pizzas* y a los niños se les dio a elegir entre un sándwich mixto o unas rodajas de merluza a la plancha.

Decidieron que se iban a la cama…

La rebeldía era pensar que nos iba a dar pena y que, cuando llegasen las *pizzas*, iría a buscarlos, pero se quedaron dormidos y con las ganas.

Ellos solos se buscaban todo y es que les podía el querer quedar por encima.

Esperaba que con estos castigos ejemplares fuesen cambiando su actitud por el bien de todos y la armonía de la casa.

Capítulo 48



Segunda mañana que me despertaba en los brazos de Alex y era como un regalo divino.

Besos, abrazos y unas miradas cómplices que lo decían todo.

La noche anterior también nos habíamos dado nuestra buena ración de frenesí. Con él, a pesar de las circunstancias, había tiempo para todo.

Las niñas, al escucharnos, se levantaron y nos fuimos los cuatro a la cocina sin saber la sorpresa con la que nos íbamos a encontrar.

Los niños estaban en la cocina esperando para su desayuno…

Claro, si no habían cenado la noche anterior, ahora estaban que les crujían los estómagos.

Dimos los buenos días y la respuesta de ellos fue al unísono, y no fue otra que un…

—Buenos días, papá.

Parecía que lo tenían preparado. Al resto, que nos dieran por donde fuese.

No, que no tenían luces y todo lo planeaban de manera que quedaban aún peor.

—¿Buenos días, papá? ¿Los demás qué son, animales? Bueno, hasta a los animales se les saluda. Vais de mal en peor y vosotros perdéis.

—Todo lo que hacemos te parece mal —protestó Lorenzo.

—¿Acaso es bonito que tengáis la poca vergüenza de solo responderme a mí a los buenos días? Seguid así, que lo próximo que os tiro a la basura son los cromos de Pokémon.

—¡No, los cromos no! —gritaban llorando.

—A mí me da igual lo que lloréis. Una falta de respeto más y van a la basura.

Preparamos el desayuno mientras las niñas nos ayudaban a poner las cosas en la mesa y los niños lloraban con rabia de no poder salirse con la suya.

—Os calláis ya o no desayunáis.

La advertencia del padre era con una mirada de avisarles de que no se anduvieran con tonterías.

Nos sentamos a desayunar y las niñas nos contaban que hoy iban a inventarse un cuento entre las dos, un cuento que iría Nicole escribiendo.

Eran muy creativas y aplicadas. Nicole ya manejaba medio bien el inglés, consiguiendo con eso llevar tres idiomas hacia delante.

Los demás también lo estaban aprendiendo en la escuela, ya que siempre estuvieron en centros bilingües desde los tres años y aquí estaban en uno británico, que era de los mejores y costaba un pastón, pero Alex se lo podía permitir.

Él, aunque trabajó de policía desde muy joven porque lo llevaba de vocación, hizo con su padre muchos trabajos alternos como autónomo que le hicieron amasar una fortuna.

En su cargo de director lo ganaba mejor que bien y, aparte, le donaba mucha parte de los beneficios; era hijo único. Todo esto me lo había ido contando durante el fin de semana.

Hoy íbamos a comer el puchero, pero nos quedamos la mañana en la cocina haciendo un bizcocho para la merienda y preparando para por la noche una crema de verdura que acompañaríamos con unos dados de atún rebozados.

Eran sobre las doce y media cuando escuchamos a Isabella llorar con un lamento sobrecogedor y a Nicole chillar que eso no se hacía.

Fuimos corriendo al salón, que lo teníamos enfrente, y nos encontramos con que Alessandro había cogido una tijera de la cocina y le había cortado un buen trozo de un lado de la melena a Isabella.

Me dio pena, rabia e impotencia verla así que tuve que contenerme para no irme al niño y darle una hostia que le reseteara por completo.

Alex cogió en volandas al pequeño y lo sentó en la silla de la mesa de la cocina y llamó al hermano para que viniera.

—Si tenéis cojones a hablar hoy una sola palabra, os juro que os dejo la habitación vacía, con las dos camas y sin ni un juguete. Y tú te callas.

Le advirtió a su hermano para que no dijese que él no había sido. Ya daba igual, eran los dos iguales.

Alex, subió al cuarto de los niños y cogió los cromos y, con la misma tijera que había destrozado la melena de la hermana, los partió todos por la mitad y los tiró a la basura. Ahora sí que eran irrecuperables.

Les puso un cuaderno por delante a los niños con dos lápices y les mandó escribir cincuenta veces la frase: «Perdona, Isabella, hemos sido malos contigo».

Llamé a Sacha por teléfono y le pedí que viniese con las tijeras de corte de pelo que tenía. A ella se le daba muy bien todo eso. Cuando le expliqué lo que

había pasado y escuchó a la peque llorar sin consuelo, me dijo que no tardaba ni diez minutos.

Qué penita más grande me daba, y no solo a mí, Nicole también lloraba abrazándola. Y lo más impresionante es que, tal y como entró por la puerta Sacha, le pidió que le cortase el pelo igual que a su hermana.

Eso era empatía y solidaridad.

La pequeña le decía que no hacía falta. Más buenas no podían ser.

Sacha peló a las dos por los hombros y les hizo por delante un degradado con el que quedaron monísimas. Hasta ellas mismas se impresionaron y decían que estaban más guapas que antes. Habían quedado preciosas.

Alex se lo agradeció a Sacha mil veces. Por supuesto, la obligamos a quedarse a comer; bueno, tampoco es que tuviéramos que insistirle mucho.

Los niños escribían sin levantar la cabeza de la mesa porque, cuando la subían, se encontraban con la mirada de su padre, que para ellos tenía la peor de sus caras.

—No veas, se han pasado tres pueblos —me dijo Sacha.

—Sí, a mí me han puesto malísima. Joder, es que no paran, son peores que el demonio. Menos mal que las has dejado felices de la vida.

—Cuando Nicole me ha dicho que le cortase el pelo igual, se me ha hecho un nudo impresionante en la garganta.

—Pues anda que a mí —sonreí mirándolas cómo coloreaban.

Alex vino de hacer su entrenamiento, que lo hacía en su despacho, donde, a un lado, tenía pesas y cintas para sus rutinas. Ya se había duchado y todo.

Pusimos la mesa en la cocina y nos sentamos a comer. A los niños aún les quedaban treinta frases para acabar el castigo, así que iban a estar toda la tarde

entretenidos.

No tuvieron valor a hablar durante toda la comida; es más, no levantaban la cabeza del plato porque sabían que, ante la mínima tontería, les mandaría sumar diez o veinte frases más. Me los imaginaba acumulando castigos hasta que madurasen.

Sacha se marchó un rato después de comer, ya que iba a pasar por casa de mi prima para estar con ella un rato. Le dimos para las dos un trozo del bizcocho que había hecho antes de la tragedia.

Alessandro tenía el gesto tan marcado por la tarde, y aún escribiendo las frases, que parecía que iba a explotar en cualquier momento.

Eso de haberse quedado sin siesta y, además, estar castigado le estaba poniendo de muy mal humor. Se estaba envenenando él solo por dentro.

En el caso de Lorenzo, más de lo mismo…

Total, eran tal para cual.

Cuando terminaron, se los llevó para ducharlos. Yo ya había ayudado a las niñas y estaban con su pijama y todo listo para el día siguiente de colegio.

Tal y como cenamos, se fueron para la cama. Obviamente, las niñas nos dieron un abrazo antes de irse y los niños se marcharon sin decir adiós ni una sola palabra. Ahí se notaba que aún el castigo no les había servido de nada.

Capítulo 49

Habían pasado dos meses desde que comencé a irme todos los fines de semana a casa de Alex y en los que todos los días comíamos juntos, recogíamos a los niños en el colegio y luego me dejaban en casa.

Me preparaba el primer café del día de un viernes en el que ni yo ni mi prima íbamos a trabajar, ya que tenía la eco de los tres meses y quería que esta vez fuese yo quien la acompañase junto a Sacha, puesto que la vez anterior lo hicieron su madre y la mía.

¿Qué decir de todo este tiempo junto a Alex?

Estaba agotada psicológicamente y se venían unos días de lo más complicados… Las fiestas navideñas.

Mañana era Nochebuena y pasado, Navidad, y la empresa estaba cerrada hasta después de Reyes.

Podría deciros que iba a vivir unos días especiales y bonitos junto a Alex, los niños y mi familia, pero no, no iba a ser hipócrita; los gemelos nos tenían desgastados, sobre todo a mí, que ya me estaban tocando psicológicamente.

Se les había castigado de mil maneras, pero no había forma. Les hacían la vida imposible a sus hermanas, a él y a mí. Eso sí, jamás escuché a Alex decir que se arrepentía de haberlos adoptado; todo lo contrario, decía que le dolía que fuesen así porque eran sus hijos.

Alex tenía el cielo ganado porque tenía un corazón muy bonito y ejemplar. Yo tampoco me hubiera arrepentido ni aunque terminase con camisa de fuerza, pero claro, sus repulsas hacia mí iban más allá que unos celos o chiquilladas.

Me había tenido que comer que me dijesen muchas veces que me odiaban.

Lo peor de todo es que la cosa se estaba poniendo tan mal que cada vez me gustaban menos los fines de semana. Disfrutaba más de lunes a jueves, que desayunábamos con mi prima, comíamos a solas y luego veía a mis niñas, que me encantaba, y a los desagradables, pero eran solo diez minutos.

Me tomé un par de cafés antes de que mi prima viniera a desayunar y luego ya nos iríamos a la eco, que era a las diez y media.

—Estás muy triste, Lola, y lo peor de todo es que te estás quedando muy delgada; esos niños se van a llevar tu paz.

—¿Y qué hago? Bueno, solo tendría una opción.

—Me va a doler en el alma lo que te voy a decir, pero si esto es lo que te espera durante mucho tiempo, más vale sufrir para olvidar que quedarse y matarte en vida.

»Esos niños son un imposible. Ni por las buenas ni por las malas. Esa mujer los educó tan mal que ahora es muy difícil cambiarlos; no imposible, pero eso lleva mucho tiempo y ese es el que te puede hacer ir de mal en peor.

—No creo que aguante mucho esta situación, al menos eso de ir los fines de semana. No puedo más. —Me eché a llorar.

Me abrazó y me tuvo cobijada unos minutos en los que yo lloraba con desgarro y tristeza por la impotencia, rabia y dolor que sentía en lo más profundo de mi corazón.

Y lo que me daba mucho miedo es que se diese una situación mucho más complicada y que el padre les diese una hostia y se buscara una ruina.

Me habían roto ropa y maquillaje, vaciado los perfumes, echado sal en el café, espuma en la cara mientras dormía, me habían insultado de mil maneras y hasta me habían dicho que su padre quería más a su otra madre que a mí y que la trataba mejor.

Alex se tuvo que comer también muchas palabras, como lo hice yo. Esto nos estaba llevando a la locura.

El caso es que ahora venían unos días muy complicados y no era opción dejar tirado a nadie ni ponerlo en una situación incómoda, pero yo no estaba dispuesta a seguir como me encontraba, cada vez más débil, triste y agobiada. Esto no era vida.

Y todo por dos niños que acababan de cumplir siete años.

Las cosas no estaban bien, se habían ido torciendo con cada fin de semana y cada vez todo se nos hacía más cuesta arriba.

Estábamos perdiendo hasta la fogosidad que antes teníamos. Hasta ese punto de agotamiento nos habían llevado los dos enanos.

Recogimos las cosas del desayuno y nos fuimos paseando hasta el ginecólogo, que estaba a veinte minutos, y nos apetecía el paseíto.

Nos habíamos abrigado bien porque el día estaba frío, como buena representación de las fechas en las que estábamos entrando.

Llegamos a la consulta y nos pasaron a la sala de espera.

—Tranquila, que todo va a estar bien y, con suerte, nos dicen qué vienen.

—Me da mucho miedo a que uno de los dos no haya seguido hacia delante.

—No seas tonta, no has tenido indicios.

Nos llamaron en menos de diez minutos y, en nada, ya se escuchaban los corazones.

—Se ve claramente que es un niño y una niña. Y todo marcha a la perfección.

Las palabras del doctor nos hicieron abrir la boca y lagrimear del tirón. Venía una parejita.

Me tiré sobre mi prima y le di un abrazo. Era tan bonito todo que me alegraba por ella un mundo.

¿Sabéis a la primera persona que llamó al salir de la consulta?

No, no fue a su madre ni a la mía ni a Sacha, que al final no había podido acompañarnos. Llamó a Matías, con el que estaba que no cagaba; bueno, estaban los dos que se habían hecho inseparables y pasaban los findes juntos en casa de uno o de otro.

Lo más bonito es que él estaba muy emocionado con el embarazo y la apoyaba en todo. La mimaba muchísimo.

¡Cuánto me alegraba por ella!

Nos sentamos en una cafetería e hicimos una llamada grupal a la familia para comunicarles que venía una preciosa pareja en camino.

Los chillidos y aplausos de alegría debieron de escucharse en toda la cafetería, ya que estábamos en el interior.

Mi prima estaba radiante de felicidad y la emoción no se le quitaba de encima. Mandó la eco que le había pasado el doctor por correo y que también le había enviado a Matías, como no.

Regresamos paseando mientras ella, ilusionada, me hablaba del proyecto que tenía pensado para la habitación de los bebés, que pondría los primeros años juntos, y de la suerte que teníamos de contar con unas señoras habitaciones.

Llegué a casa y me puse a preparar las cosas para llevarme a casa de Alex para todas estas fiestas. Me quedaba allí hasta después de Reyes y eso me provocaba una ansiedad muy grande.

Estuve a punto de decirle que solo los días clave, pero sabía que en estos momentos eso podía fastidiar mucho y no quería hacer daño, y menos cuando ya había uno de por medio que nos estaba matando.

Todo era muy difícil y cada vez pesaba más la mochila. Era injusto, muy injusto, pero lo estaba viviendo y era real.

Alex estaba con los niños en el cole, en su actuación. Yo hubiera ido por las niñas, pero al coincidir con lo de mi prima, solo fue él.

Me mandó un mensaje de que ya venía de camino para recogerme. Fui bajando con la maleta pequeña y un bolso grande de viaje.

Sin ganas, pero sacando las pocas que me quedaban por ese hombre al que seguía amando con todo mi corazón.

Capítulo 50



Me monté en el coche y acaricié a las niñas después de haberle dado un beso a su padre.

Los niños iban juntos detrás de ellas, ya que el coche era de siete plazas.

Como siempre, ni respondieron a las buenas tardes y me miraron con los hocicos salidos. Ya me daba igual todo, estaba sin fuerzas.

Ya ni nos preguntábamos cómo estábamos porque sabíamos que íbamos a contestar un bien que no se asemejaba a la realidad. Estábamos desgastados.

Fuimos al centro comercial para hacernos con todo, ya que íbamos a cenar mañana por Nochebuena en su casa y, al día siguiente, iríamos a comer a casa de mis abuelos con toda la familia, y también vendría Matías.

Mi prima la Nochebuena la pasaría en casa de sus suegros, que también estaban muy contentos con su embarazo.

Los padres de Alex estaban de viaje, ya que tenían como tradición viajar en Navidades y regresar después de fin de año. Alex se unía a ellos muchos años, pero este no estaba la cosa para viajes.

La verdad es que sus padres eran dos grandes personas que a mí me apreciaban mucho y me habían cogido mucho cariño.

Cuando llegamos al centro comercial, nos dirigimos al Burger King antes de entrar al supermercado a hacer la compra.

Las niñas se quedaron conmigo en la mesa mientras su padre pedía y los niños se metieron en la zona de juegos, que se podía controlar desde donde estábamos sentadas.

Sonreía porque ellas no tenían culpa y no quería transmitirles que cada vez estaba más apagada y me encontraba peor.

Ellas también estaban padeciendo en su propia piel todo este problema…

Alex había pedido cita con un psicólogo infantil que le habían recomendado, de mucho prestigio. Le habían dado cita para después de Reyes, ocupándole una de una hora a la semana durante un mes con los niños. Luego daría una primera valoración.

Yo no confiaba en eso, ya que los niños tenían maldad y para eso no había psicólogo que valiese, pero bueno, era una carta que no había que dejar de intentar.

Alex vino con la comida y los niños se acercaron a la mesa para tomar asiento.

Se pasaron todo el tiempo pinchando a las hermanas con miraditas y cada vez el padre estaba más encendido. Yo ni hablaba, ni comentaba, ni casi respiraba. No tenía fuerzas para nada.

¿Qué hacer cuando sabes que cualquier intento por arreglar algo pondría la situación más al límite?

Estaban deseando que yo explotase para ellos jactarse mucho más. Y no, no iba a entrar en su juego para nada, me negaba por completo y lo único que hacía era no meterme en más guerras.

—Lola, tú sabes que a ti te puede engordar el menú porque tienes el culo gordo.

Alessandro me dijo eso y lo miré sin titubear, tan relajadamente y sin contestarle.

—Sí, es verdad —dijo el hermano con la sonrisilla suelta.

—Os habéis quedado los dos sin regalos de Navidad y, como lloréis, perdéis ya también los de Reyes. Comer y no levantar la cabeza de la mesa ni el culo de la silla.

—Papá Noel nos lo dejará igualmente —dijo Alessandro.

—Ya te digo yo que lo espero toda la noche y me encargo de que se lleve los vuestros para otros niños que seguro que lo valorarán mucho más.

—Eres el peor padre del mundo.

—No, todavía no, Alessandro, pero muy pronto lo seré.

Terminamos de comer y nos fuimos al supermercado, donde cogimos un carro grande y fuimos metiendo las cosas.

—Es una gorda. —Escuché que le decía Alessandro a Lorenzo.

—Y papá ya pasa de ella porque no le da tantos besos —le contestó el hermano.

Alex estaba pidiendo el marisco en la pescadería y yo estaba en la zona de los dulces, por lo que a los niños no los escuchaba el padre y se aprovechaban mucho de eso.

—Nicole, Isabella, ¿os apetecen estos huevos Kinder grandes para mañana?

—Sí —contestaron felices.

—Pues cojo dos para vosotras, uno para tu padre y otro para mí.

—Nosotros cogemos los nuestros —dijo Alessandro, viendo que no iba a coger los de ellos.

—Habladlo con tu padre, aquí no lo metéis.

Tiré del carro y seguí andando. Fueron hacia el padre a la vez que yo, con los huevos en las manos.

—No les he permitido que los cojan, he cogido para nosotros cuatro, menos para ellos, porque me estuvieron insultando en el pasillo.

—Eso es mentira, solo le dijimos gorda. —Encima eran torpes.

—Dejad los huevos en su sitio y no vais a coger absolutamente nada, y menos para Navidad, porque ya os lo he dicho. Y como me montéis aquí un numerito…

Con la mirada los mató.

Llenamos el carro hasta arriba y pasamos por la caja. Las niñas nos ayudaban a meter todo en bolsas mientras sus hermanos jugaban, correteando de un lado hacia el otro.

Ya es que me ponían enferma…

Se estaban llevando mi salud y mis energías. Jamás pensé que me llegarían a desgastar de este modo. Solo tenía ganas de llorar y estar sola en mi sofá abrazada a mis piernas.

Llegamos a la casa y Alex fue a duchar a los niños mientras yo organizaba todo y lo colocaba con la ayuda de las niñas, que me iban sacando las cosas de las bolsas.

Intentaban hacerme reír y me daban tantos abrazos que llegué a pensar que ellas eran el motivo añadido por el que seguía sacando fuerzas.

Cuando terminamos, fuimos a la ducha, primero ellas y luego yo en el baño de nuestra habitación.

Bueno, la de él… Aún no vivía aquí y eso cada vez lo veía más lejano. Tenía muy claro que esta situación no la iba a sostener por mucho tiempo.

Preparamos la cena temprano, ya que, por desgracia, cuanto antes se fueran a dormir los gemelos, antes se respiraba la paz en la casa.

Cenamos una sopa de picadillo y unos flamenquines. No hubo ninguna incidencia porque el padre los mantuvo a raya todo el tiempo con la mirada.

Cada vez estábamos más separados…

Cuando todos se fueron a dormir y nosotros recogimos la cocina, nos fuimos, como siempre, al sofá y nos quedamos mirando hacia la chimenea, abrazados y en un silencio frío.

A esto habíamos llegado…

Me daba mucha tristeza, pero ya no podía hacer más de lo que había hecho. Hablé mil veces con los gemelos, intenté incluso sobornarlos con planes que les harían especial ilusión, pero no… yo no les había entrado por los ojos ni les iba a entrar ya a estas alturas, cuando se habían encargado de ir alimentando ese desprecio que sentían por mí.

Todas las noches me dormía llorando y, cuando lo hacía junto a él, me ponía de espaldas para que no me escuchara ni me viera.

¿Hasta cuándo íbamos a poder sostener esta situación?

No lo sabía…

Capítulo 51



Víspera de Navidad y hoy teníamos que sacar actitud para preparar una cena bonita. Ni las niñas ni nosotros nos merecíamos otra cosa.

Me había despertado muy sensible y nos abrazamos en silencio, aguantándonos las ganas de llorar.

Llegamos a la cocina con las niñas y nos encontramos a los gemelos con la boca llena de chocolate y diciendo que querían desayunar.

Abrí el mueble donde había guardado los huevos Kinder grandes porque tuve una intuición y no fallé: se habían comido uno cada uno.

Alex me miró muy serio, dándose cuenta de lo que había sucedido.

Echó dos vasos de leche y se los dio a los niños, ordenándoles que se fueran al salón.

—Pero, papá…

—Alessandro, desaparece de mi vista y no hay Cola Cao ni comida, ya os habéis dado un buen chute de chocolate. Sois unos soberbios y además, egoístas.

Se marcharon y miré a las niñas, que estaban tristes, y les hice un guiño.

—No os preocupéis, que los vuestros están a salvo.

—Nosotras solo queremos uno para compartir y el otro os lo quedáis vosotros —dijo Nicole.

—Gracias, cariño. Estoy muy orgulloso de vosotras —le dijo su padre.

Sonreí.

Ellas no se merecían ver tantos desprecios ni actos feos por parte de sus hermanos, que no dejaban que hubiese armonía en el hogar.

Se lo tuvieron que comer y quedar por encima de todos, como una de las noches que pedimos *pizzas* y se levantaron por la madrugada a comer las que sobraron, ya que no se las permitimos.

Desayunamos con ese nudo en la garganta que nunca se terminaba de ir y con esa sensación de que estaban nuestras vidas tiradas por la borda.

Recogimos la cocina para preparar toda la comida que serviríamos por la noche.

Las niñas se quedaron con nosotros y se dedicaron a ayudarnos en lo que podían. Ganas, desde luego, le echaban y actitud tenían mucha.

Nos regalaban continuamente palabras bonitas y abrazos que algo nos curaban el alma.

Lo primero que hicimos fue poner a cocer el marisco que nos acababan de traer por encargo en uno de los cocederos más importantes de la zona.

A su vez, fuimos preparando un paté de marisco para los canapés y una sopa de marisco para la cena.

Todo lo íbamos a hacer en plan marisco, tanto el primer plato, que era la sopa, luego el picoteo, que eran los canapés, y por último el marisco.

Y, aprovechando que había mucho y todo no daba lugar a hacerlo, cogimos una parte de los langostinos e hicimos para el almuerzo unos espaguetis de

marisco.

El ácido úrico se nos iba a poner en el día de hoy por las nubes.

Para la hora de la comida ya lo teníamos todo listo. En esta ocasión almorzamos en el salón, frente a la chimenea, ya que tenía una buena mesa en el centro de los sofás.

Los niños no dejaban de mirarse y provocarme a mí y a las niñas. El padre se daba cuenta y les desviaba las miradas con la suya.

Eran incómodos…

—Te voy a decir una cosa, Alessandro —exploté, pero hablando en tono bajo—, algún día la vida te va a devolver todo lo que estás haciendo.

—¿Y a mi hermano qué?

—Eso, ¿y a mí qué?

Ni para pensar valían.

—A los dos. Y puede que para entonces sea muy tarde para muchas cosas. No tenéis ni idea de lo que es vivir con peso de conciencia.

—¿Qué es la conciencia? —preguntó Lorenzo.

—Eso que no tenéis y que es uno de los valores más importantes en la vida.

—Me da igual.

Se encogió de hombros.

—Y a mí también —contestó Lorenzo.

—Sé que os da igual, pero con el tiempo veremos si os sigue dando o no.

—No te vamos a querer nunca, ni Lorenzo ni yo.

—Ni falta me hace. Yo hace tiempo que os estoy dejando de querer.

—¡Bien! —gritó Lorenzo.

Los dos levantaron las manos en plan campeones.

—Os estáis buscando lo que no os imagináis —dijo el padre—. Seguid así, que puede que os llevéis una sorpresa muy desagradable.

—¿Por culpa de la bruja?

—¡Que os calléis! No podéis tener menos vergüenza.

La tensión era continua y el mal ambiente que había en la casa empezaba a ser preocupante.

A veces me preguntaba por qué la vida se estaba portando así con Alex después del corazón que había tenido con esos niños.

Para la merienda, las niñas se comieron un huevo y el otro nos lo repartimos entre Alex y yo. Llenaba muchísimo, incluso la mitad, y no podía evitar pensar en la soberbia con la que ellos se habían comido uno cada uno solo por fastidiar.

Los niños se quedaron mirando después de tres intentos de pedir un trocito, pero, obviamente, no se lo íbamos a dar.

Era triste ver esta situación cuando podrían ser los niños más felices del mundo. Y aún más triste era ver a esas niñas pagando las consecuencias.

Aquí no había otra opción que no pasara por que ellos cambiaran. Pero todos los intentos me parecían inviables. Ya se les habían quitado todos los juguetes; solo tenían libros de lectura en la habitación, y aun así, les daba igual.

Su juego favorito era tensar el ambiente en casa, y eso era justo lo que no podíamos solucionar, porque no ponían absolutamente nada de su parte.

Por la tarde nos fuimos duchando y nos pusimos unos pijamas iguales que habíamos comprado: pantalón suelto, de una tela muy agradable en color rojo, y camiseta de algodón blanca de manga larga.

Todos menos los niños, que insistían en ponerse sus pijamas de Tortugas Ninja.

Su padre no se lo permitió y bajaron protestando, diciendo que íbamos disfrazadas de antipáticas, refiriéndose, obviamente, a mí y a las niñas.

Preparaban la mesa entre todos porque su padre los obligó, pero tardaban en cada viaje cuatro veces más que las niñas. Lo hacían a propósito.

La situación era desesperante…

Comenzamos con la sopa y los niños no dejaban de murmurar que parecía pipí con mariscos.

La realidad es que estaba riquísima, aunque el ambiente no acompañaba.

Casi toda la cena estuvo algo más animada porque las niñas nos daban conversación e intentaban, por todos los medios, vernos sonreír.

Imaginad a los niños poniendo caritas de burla cada vez que ellas hablaban. Lo bueno era que ellas nunca entraban en sus provocaciones. Tenían el cielo ganado.

Parecía una noche más en la que la magia se había olvidado de nosotros.

Lo bueno fue que, tal y como terminaron de cenar, los niños se fueron a la cama.

Las pequeñas se quedaron con nosotros en el salón comiendo los dulces navideños y las tabletas de turrón que les encantaban, las de chocolate de

Suchard, como a mí.

Nos quedamos charlando con ellas hasta la una de la mañana, momento en el que las acompañamos a la cama, las tapamos y les dimos un beso de buenas noches.

Esperamos un rato a que se durmieran y fuimos a colocar todos los regalos debajo del árbol.

Para los niños también dejamos un par de ellos, que eran un libro para cada uno. Otra cosa ni había ni se merecían, por muy duro que sonase.

Dejamos todo colocado muy bonito, a pesar de lo gris que lucía todo y de la tristeza que había en nosotros dos por culpa de la situación.

Nos abrazamos frente al árbol sin decir nada. Solo necesitábamos eso, un fuerte abrazo que nos llenara un poco el vacío que nos estaban ocasionando esos niños.

Sí, eran unos críos, pero era muy duro de vivir cuando a ellos les daba exactamente igual perderlo todo. Solo querían fastidiar y hacer daño.

De nuevo me abrazó por detrás para dormir y mis lágrimas caían como cántaros.

Qué difícil era todo cuando la vida te lo complicaba de tal manera que terminaba afectando a tus sentimientos.

Qué difícil y doloroso era todo cuando el amor no era suficiente para impedir que perdiésemos las fuerzas.

Capítulo 52



Había puesto el despertador a las seis de la mañana porque no me fiaba de que los leones se levantaran antes y la liaran parda con los regalos.

La apagué corriendo, pero Alex se despertó y se vino conmigo abajo para tomar un café en el sofá, relajados.

Las niñas bajaron media hora después, que al asomarse a las escaleras vieron una luz encendida.

Se volvieron locas de contentas al ver tantos regalos. Comenzaron a abrirlos porque dijimos de no esperar a los hermanos, que les iban a chafar el momento.

Primero Alex les preparó un Cola Cao y ya fue cuando abrieron el grande, que era un tocador de maquillaje para cada una, pero en versión mini.

Nos abrazaron de lo más emocionadas.

El segundo regalo era para Isabella, una colección de cuentos, y para Nicole, de una serie juvenil que estaba loca por leer en inglés.

Luego abrieron los demás, que eran ropa y unas botas de agua que ambas querían, que estaban muy de moda entre las niñas.

Se pusieron muy contentas con sus regalitos; además, Isabella llevaba una muñeca que quería y Nicole un juego de mesa que había pedido.

Alex me entregó tres regalos y yo a él dos.

Me había comprado un precioso bolso de Chanel, que era en color chocolate y de lo más versátil para muchas ocasiones. También un precioso reloj y un perfume francés que era una locura de cómo olía.

Yo a él le había regalado una cazadora que sabía que le iba a encantar porque era de su estilo y de una de sus firmas favoritas y un reloj que me había costado un riñón y parte del otro, como a él le costaron mis regalos.

Nos abrazamos dándonos las gracias.

Ayudamos a las niñas a llevar las cositas a su cuarto y nos fuimos los cuatro a la cocina a preparar el desayuno.

Sentimos a los niños venir y fueron a ver el árbol y vinieron a la cocina diciendo que vaya mierda de regalo les había dejado Papá Noel.

Se los habíamos puesto con el nombre de cada uno y lo tuvieron fácil para verlo.

No le contestamos a sus provocaciones. Se sentaron a desayunar con nosotros.

Para la hora de la comida nos fuimos a casa de mis abuelos, donde ya estaban todos, incluido Matías.

Mi familia sabía lo que estaba pasando con los niños y estaba alerta.

Por el camino, Alex les advirtió de mil maneras que no hicieran de las suyas y que se comportasen.

Yo sabía que no iba a valer de nada.

Allí había regalos para todos, incluso para los cuatro niños. A ellos les regalaron unos tractores teledirigidos que al menos dieron las gracias a los abuelos.

A las niñas les habían comprado un bolso precioso a cada una, que las volvió locas, y una pulserita de oro para cada una.

A Alex le regalaron un abrigo espectacular y a mí una chaqueta.

En mi familia lo que más se celebraba eran los Reyes, que ahí nos caía de todo sin miramientos. Al parecer, Alex también era más de Reyes que de Papá Noel.

En Navidad solo regalaban los abuelos.

Mi prima no dejaba de acariciarme la pierna por debajo de la mesa. Sabía lo mal que lo estaba pasando, al igual que lo sabían todos.

Los niños correteaban por el jardín con los tractores y agradecí que hubieran recibido ese regalo para, por lo menos, dejarnos en paz un buen rato.

Durante la comida no dijeron nada, pero todos observaban cómo me miraban con desprecio, intentando pincharme de esa manera. El padre los advertía con la mirada, pero a los pocos minutos se les olvidaba.

La tensión a la que me estaban sometiendo se estaba convirtiendo en un callejón sin salida.

En la mesa no faltaba de nada: chuletas de cordero, jamón, queso, canapés de varios tipos y pinchos de carne de Kobe.

La noche anterior mi familia también había cenado marisco, así que todos íbamos a carne.

Estuvimos de sobremesa con cafés, helados, turrones y todo tipo de chocolates. Se nos unió Sacha, que ya había comido con sus padres.

Los niños cada vez estaban más pinchones con las niñas y no dejaban de buscarlas hasta que Sacha explotó.

—¡Os queréis ir a tomar por culo de una vez afuera a jugar! Dejad ya a las niñas, que las tenéis quemadas.

Del grito que les dio, los niños salieron corriendo. Nadie se rio; todo lo contrario, a todos nos afectaba la situación que estábamos atravesando.

Nos fuimos sobre las ocho, momento en el que nos despedimos de todos. Mi padre me abrazó pidiéndome que tuviera paciencia. Algo que ya no me quedaba.

Al llegar a la casa, los niños me pusieron una zancadilla a la vez. Caí de bruces y me hice un corte en el labio con los dientes, empezando a sangrar. Incluso me había raspado la rodilla.

Tuve que sujetar a Alex para que no les diera una bofetada. Las niñas lloraban nerviosas y yo me bloqueé tanto que, tras secarme la sangre, empecé a recoger mis cosas para irme de la casa.

Ya no aguantaba más…

Alex lloraba impotente, diciendo que comprendía mi decisión y que lamentaba haberme metido en una vida que no me pertenecía.

Pedí un taxi después de decirle que ya hablaríamos y de abrazar a las niñas, que lloraban sin consuelo.

Tenía que salir de allí o me iba a volver loca.

Me dolía la rodilla, pero no tanto como el corazón, y el labio se me había hinchado muchísimo.

El taxi me dejó en la puerta y subí al ático. Mi prima no estaba porque se quedaba estos días en casa de Matías, así que me ahorré que me escuchara y viniera a ver qué pasaba.

No quería hablar con nadie, solo quería abrazarme a mí misma y sanar esas heridas tan profundas que me habían provocado.

Me daba mucha pena dejar a Alex solo con este problema e incluso sentía que le estaba fallando, pero es que no podía más. Dios sabe que no podía más.

Y, si no fuera por el daño que le haría a él, habría sacado hoy mismo a las dos niñas de allí, porque no se merecían vivir lo que estaban viviendo.

Le hice una videollamada a Sacha porque, en el fondo, me sentía tan vacía que necesitaba recurrir a alguien. Cuando me vio, se llevó las manos a la boca y le conté lo sucedido.

No tardó ni veinte minutos en aparecer en mi casa para quedarse conmigo.

—Es la mejor decisión que has tomado, cariño. Aunque te duela y lo ames, esto no va a cambiar a corto plazo y al final te vas a consumir.

—Yo he luchado todo lo que he podido y me siento mal por dejarlo así.

—La responsabilidad de esos niños es de él porque, cuando decidió ir a por ellos, no contó con tu decisión, aunque no tenía por qué hacerlo. Pero por eso no puedes sentirte como si lo hubieras dejado tirado con un problema que él mismo se ha buscado. Deja de sentirte culpable.

—Esto me está superando y no puedo más.

Lloraba sin consuelo y ella me abrazaba.

—Necesitas darte un tiempo para ti, coger fuerzas y poner tu mente en claro.

—Allí no quiero regresar jamás. No puedo ni quiero, por mucho que me duela.

—Pues hacia delante. Duela lo que duela.

Capítulo 53



Era la mañana de Nochevieja y habían pasado seis días desde que me fui de la casa de Alex.

No habíamos hablado en todo este tiempo. Imagino que él quiso darme mi espacio, entendiendo que había colapsado y llegado al límite.

Únicamente me puso un mensaje dos días después, diciéndome que solo podía darme las gracias por haberlo intentado este tiempo a su lado, que lo único que deseaba era que yo fuese feliz.

Le contesté que gracias y que yo también le deseaba lo mismo.

Parecía una despedida. Estaba segura de que ninguno de los dos la quería, pero, a la vez, la necesitábamos. Cada vez lo tenía más claro.

Habían sido días duros y Sacha se quedó conmigo un par de ellos, en los que me obligó a salir y a hacer cosas.

Mi prima también vino otro día a pasarlo entero conmigo y ayer había estado en casa de mis abuelos comiendo con ellos, con mi madre y mi tía. Carla no vino porque tenía una comida con los amigos de Matías.

Y hoy era uno de esos días en los que mi familia celebraba por todo lo alto el fin de año y que yo no los iba a dejar tirados, a pesar de tener los ánimos por los suelos y no tener nada de ganas.

Me pasé la mañana preparando mejillones rellenos para llevarlos a la cena y freírlos allí. Era algo que nos encantaba. Entretenido, pero merecía la pena.

Eran las seis de la tarde cuando comencé a arreglarme. Lloraba mientras lo hacía porque despedía un año que me había dado más tristezas que alegrías.

Un año en el que, más que nunca, mi corazón quedó roto en mil pedazos.

Cogí un taxi porque no tenía ganas ni de conducir. Estaba con tan pocas fuerzas que no podía con mi alma.

Sacha venía a la cena y al día siguiente comía con sus padres. Mi prima y Matías también estarían.

Cuando llegué, todos me recibieron entre besos y abrazos.

Estábamos en el porche de la casa, que ocupaba todo el lateral y era muy ancho. Estaba cerrado con cristales para poder disfrutarlo también en invierno.

Mi abuelo me dio una copa de vino.

—Hoy va a ser el cierre del año más bonito de tu vida.

—Abuelo, por Dios.
Volteé los ojos porque ese comentario estaba fuera de lugar.

—Sí que lo va a ser.

Escuché a mi espalda, proveniente de la puertecita de cristal que estaba abierta. Esa voz era inconfundible.

Me giré y me encontré a los gemelos con una flor cada uno en sus manos; eran rosas preparadas de floristería.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté a la defensiva.

—Pedirte perdón y decirte que te queremos mucho —dijo Lorenzo.

—¿Y qué pasa, que os ha caído un rayo del cielo y habéis cambiado en seis días?

Pregunté con rabia, mirando al padre, que sostenía de las manos a sus hijas.

—No, no nos ha caído un rayo. Hemos confesado la verdad.

Dijo Alessandro con una tristeza que nunca le había visto en la cara, rompiendo a llorar, al igual que su hermano.

—No entiendo nada. —Miré a Alessandro.

—Ve a hablar con él, que nosotros nos encargamos de los niños —dijo mi prima.

Al pasar por delante de ellos, me abrazaron rodeando mi cintura. Yo lloraba sin entender nada y los abracé de la misma manera.

Salí al jardín y nos resguardamos en otro porche que había detrás.

—¿Qué pasa? —le pregunté entre lágrimas.

—Hace dos días se lio muy gorda en casa porque, ya desesperado, les dije a los niños que los iba a meter internos. Hice como que llamaba por teléfono y fue cuando confesaron…

—¿Qué confesaron?

—Que, cuando se los llevó Protección de Menores, tuvieron la visita de un familiar de ella y les dijeron que su madre iba a salir de prisión y que los rescataría.

»Que le hicieran la vida imposible a la mujer que se acercara a su padre de la oficina, porque era la culpable de todo. Que aguantaran, que vendría a por ellos si yo me los traía.

»Les dijeron cosas horribles que ellos han ido haciendo todo este tiempo, creyendo que tú eras la mala y que regresarían con ella.

»Les conté la verdad con todo el dolor de mi corazón, haciéndoles entender que la historia no era como les habían hecho creer. Incluso les dejé leer titulares de noticias digitales.

»Llevan dos días irreconocibles, pidiendo, por favor, que viniésemos a verte para pedirte perdón. Ayer llamé a tu abuelo, se lo conté y me dijo que, por favor, viniésemos a cenar con la familia hoy.

—No puedo creerlo, Alex, no puedo creerlo.

—No son malos niños, mi vida. —Me abrazaba—. No puedo ni quiero perderte.

—Ni yo, Alex, te amo demasiado.

Regresamos y los niños corrieron de nuevo hacia mí y me abrazaron.

—¿Nos has perdonado a todos y a papá también?

Me preguntaban nerviosos.

—Claro, mis niños. Todos vamos a empezar de cero.

—Ya se portan muy bien con nosotras y nos ayudan y todo.

Dijo Isabella y Nicole afirmaba.

—*Pechá* de llorar me he dado —decía Sacha emocionada.

Los niños le habían contado su versión.

—¿Ya nos quieres? —le preguntó Alessandro a Sacha.

—Diez por lo menos, de aquí a nada os ganáis el mil.

—Vale —respondía sonriendo.

Parecían otros, era increíble. Habían estado siguiendo un guion en el que perdieron mucho, y todo por lo que les habían metido en la cabeza.

La cena fue la más bonita del mundo, con unos niños sonrientes, divertidos y en la que hasta sus hermanas tenían otra luz. Se las veía cómodas.

No se imaginaban lo que yo me alegraba por ellas.

Estuvimos hasta las tantas, bebiendo mientras los niños dormían en una habitación en la que había dos camas grandecitas. Nos íbamos a quedar allí para que Alex no condujese, ya que había venido en su coche.

No dejaba de abrazarme y mirarme con esa complicidad y sonrisa de los primeros días en el pueblo, o también como en Punta Cana muchos años atrás.

Ya no podía pasarnos nada más, ya no…

Mi abuela estaba de lo más graciosa y no dejaba de echarles piropos a Alex y a Matías. Teníamos que recordarle que el abuelo estaba al lado y que también se merecía alguno.

Mi prima y Matías se marcharon pronto porque a ella le daba sueño y, además, no podía beber. Se fue después de las campanadas.

Alex y yo nos quedamos a solas cuando todos se fueron marchando a la cama, menos Sacha, que se fue en un taxi porque se iba de fiesta.

Sonreíamos entre lágrimas de felicidad mientras nos prometíamos no mirar hacia atrás, ni siquiera para coger impulso. Ahora, más que nunca, queríamos disfrutar de ese amor que sentíamos el uno por el otro y de esta preciosa familia que teníamos con los niños, porque yo también los sentía parte de mí.

A la mañana siguiente, después de desayunar, fuimos a mi casa a coger ropa para irnos a la suya y comenzar el año juntos, sin separarnos, tal y como lo habíamos terminado.

Algo me decía que ahora sí, todo iba a funcionar como nos merecíamos.

Si algo había aprendido de todo esto es que, a veces, las respuestas están donde menos lo imaginamos.

De nuevo entré por la puerta de una casa que olía y se sentía diferente.

Ahora estaba llena de vida…

Sonreí y abracé a los cuatro niños, diciéndoles que los quería mucho y que este era el principio de un camino en el que jamás nos íbamos a soltar de las manos.

Capítulo 54



Amanecíamos en un día de Reyes que, para mí, era de mis favoritos y más cuando, por fin, la vida nos sonreía.

Habían pasado solo cinco días desde que me vine a la casa y esto sí que era un hogar.

No quería decir que los niños no tuvieran sus arrebatos de peleas entre ellos y tonterías propias de su edad, pero a nosotros nos trataban con un cariño y amor impresionante, al igual que a sus hermanas, que, por cierto, les metieron en la cabeza cuando los manipularon que ellas eran malas.

Estaba claro que las buscaban y pinchaban de vez en cuando, pero en una jerga de niños, nada que ver con lo anterior.

De todas formas, Alex los iba a llevar a la cita del psicólogo porque, con lo que habían vivido, quería asegurarse de que no se les quedase una espinita clavada.

—Amor, estás despierta.

—Sí, cariño —contesté sonriente—. Estoy deseando vivir el día de Reyes y que nos quitemos la espinita de Navidades.

—No miramos atrás.

Me besó.

—Es verdad, no más atrás.

—¡Papá, mamá!

Gritó Alessandro entrando por la puerta y dejándonos helados por la forma en que me había llamado.

Se tiró sobre la cama.

—He bajado al salón y está todo lleno de regalos.

Lo decía con una emoción que me llenaba de vida.

—Vamos a verlo, no me lo puedo perder.

Le abracé entre risas y él me apretaba con todas sus fuerzas.

Las niñas aparecieron por la habitación y se lanzaron también a la cama, momento en el que preguntamos por Lorenzo.

—Está comiendo chuches abajo, con los regalos de Reyes —dijo Alessandro.

Nos levantamos todos corriendo de la cama antes de que se mascara la tragedia. Corrimos muertos de la risa.

Con lo bonito que yo había preparado un carro de madera de chuches…

Nos habíamos pasado todos estos días escapándonos a comprar Reyes. Un día se los quedaron en su casa mis abuelos, otro se los llevó Sacha a un parque y otro se quedaron en casa de mi prima con ella y su novio.

—¡¡¡Te mato!!! —le grité a Lorenzo.

—¡No, que solo cogí cinco gomitas!

Se puso a correr muerto de la risa.

—¡Voy a preparar los cafés y Cola Cao, que nadie toque nada!

—Te ayudo —le dijo Nicole.

—Yo tengo hambre —indicó Alessandro.

—Venga, vamos a preparar los desayunos y los llevamos al salón para ir descubriendo los regalos —propuse.

—Mamá, yo quiero una tostada muy grande —volvió a llamarme así Alessandro.

El que más por saco había dado junto a su hermano y el que ahora me llamaba de esa manera que, debo reconocer, me hacía sentir bien.

—¿Nosotras podemos llamarte mamá? —preguntó tímida Isabella.

A Alex se le iluminó la cara y a mí me dio un vuelco el corazón.

—A mí podéis llamarme como queráis, siempre que vuestro padre lo permita.

Miré a Alex sonriente.

—La podéis llamar como deseéis y siempre que sea ella la que lo permita, no yo. No hay palabra más bonita que las que se dicen desde el corazón.

—Ya tengo tres hijos.

Dije para buscar la lengua de Lorenzo, que no se había pronunciado y miraba sonriente.

—Cuatro, cuatro, mamá, que yo también me apunto.

Nos echamos a reír y los abracé a todos.

—Os amo, hijos míos, y si tenéis necesidad de que sea vuestra madre, para mí es el mejor regalo que me podéis hacer en este día.

Se me saltaron las lágrimas.

—¡Tenemos mamá! —gritó Nicole emocionada.

Los cuatro se pusieron a aplaudir.

Llevamos los desayunos a la mesa delante del sofá para disfrutar de la chimenea.

—Yo estoy triste.

Soltó Alessandro de repente y vimos que las lágrimas le empezaban a caer.

—¿Qué pasa, hijo?

Le preguntó Alex cogiéndolo y sentándolo en su falda.

—Es que le hice mucho daño a Isabella cortándole el pelo.

—No, hermano, no —le dijo ella acercándose—. Sacha me dejó más guapa de lo que estaba.

—Pero no te lo merecías.

—Yo no estoy enfadada contigo.

Lo abrazó.

—Perdón, hermana.

Lorenzo se acercó y también la abrazó, pidiendo perdón porque había tenido mucho que ver también.

—Ya me habéis hecho llorar de nuevo.

Dije emocionada y todos vinieron a abrazarme.

—Ya voy a ser bueno, ¿a que sí, mamá?

—Alessandro, ya lo eres, mi vida. Olvida lo de atrás, todos cometemos fallos porque no sabemos lo que sucede realmente.

—Mi papá te quiere a ti más que a la otra. Te mentí. Contigo se le ve feliz.

—Yo te como entero, pero olvida el pasado. Vamos a vivir el presente.

—Vale, mami.

Me abrazaba con fuerza, llenándome de más energía de la que ya tenía.

—Vamos a hacer una cosa —anuncié—. Vais los cuatro y, como están las montañas con vuestros nombres arriba, cogéis uno cada uno y venís delante de la chimenea a abrirlos.

Alex cogió el móvil y lo puso en modo vídeo.

—¡Vale! —gritaron felices.

Cada vez que descubrían uno, era una fiesta y aprovechaban para darle un bocadito a la tostada y un sorbo al Cola Cao.

Moría de amor con esas caritas de felicidad.

—Nos han traído más cosas de las que nos merecemos, hermano —le dijo Lorenzo a Alessandro.

Nos echamos a reír. Estaban alucinando con todos los juguetes, ropita y libros.

No, nada de electrónica para ellos; en eso Alex era muy recto y a mí me parecía una actitud muy ejemplar.

Alex les dijo que saliesen al porche y fuimos detrás de ellos. Allí estaban dos cochecitos como los que tenían, pero de batería, para que jugasen por el jardín, y para las niñas había dos coches de capota preciosos con bebés reborn que parecían de verdad.

—Bueno, ahora te toca a ti —me dijo Alex animándome a entrar.

—Y a ti, que también te puse tu columna.

Me reí con eso de que compramos todo a lo loco en tres días y, encima, todos los paquetes que nos llegaban de Amazon con entrega al día siguiente.

También nos separamos una tarde en un centro comercial para comprar cada uno las sorpresas del otro.

Esperamos a ver que sabían manejar los coches; los niños y las niñas entraron detrás de nosotros con los de capota.

Cogimos tres regalos cada uno y nos sentamos en el sofá.

Primero los abrí yo…

El primero era un precioso marco de fotos blanco con dos fotos dentro, las que nos hicimos en Punta Cana. En un lateral del marco, tallado, ponía: «Aquí comenzó todo»…

Se me saltaron las lágrimas y lo abracé.

El segundo regalo era un espejo de bolso de Dior que vi en la tele en un anuncio y dije que era una pasada. Era increíble.

Con el tercer regalo me tuve que reír. Eran unas esposas lacadas en blanco que venían en una cajita que, al abrirla, ponía que era su próxima detenida.

Los tres primeros de él eran objetos para la oficina: un bolígrafo, un lapicero de piel y una agenda del tipo que le gustaba, ya que le había escuchado decir que se tenía que hacer con una. Le encantaron esos primeros.

Volvimos a coger tres un poco más voluminosos.

—Regalito para vosotros.

Aparecieron las niñas con una taza de café cada una para nosotros. No era la primera vez que nos lo hacían y, además, a nuestro gusto. Y eso de meter la cápsula y darle al botón les encantaba.

Me las comí a besos y se sentaron observando los regalos que ya habíamos abierto y esperando impacientes a los que quedaban.

En este caso me había regalado una cazadora de piel marrón, preciosa y muy versátil, unas botas altas con tacón cuadrado, muy finas, que eran de piel y del tono de la chaqueta. Y, como complemento, un bolso de Louis Vuitton mediano de hombro que iba perfecto con el *outfit*.

Saltaba de alegría; además, era un modelo que me fascinaba y había estado a punto de comprarme.

En el caso de él fue un *outfit* completo de pantalón, camisa y jersey de una de las firmas que usaba.

Le encantó.

Solo quedaba un regalo para cada uno y lo cogimos. En el caso de él eran unas gafas chulísimas que estuvo a punto de pedir, pero se agotaron. Yo tuve más suerte y las encontré en una tienda *online* de firmas.

Abrí el mío y había una cajita de joyería. Fui a abrirla y, en ese momento, Alex se arrodilló con una pierna ante mí.

Era un anillo de pedida. Yo no podía ni hablar.

—Cásate conmigo después de que nazcan los mellizos de tu prima. De aquí a entonces te demostraré que merecerá la pena.

—Claro que lo merecerá —dije entre lágrimas—. Sí, me quiero casar contigo, es lo que más deseo.

Nos abrazamos y las niñas aplaudían. Los niños entraron en ese momento y ellas les explicaron lo que acababa de pasar.

Aplaudían y sonreían felices mientras nosotros llorábamos al sentir que ahora sí era posible.

Capítulo 55



Era un sábado de principios de abril que nos recibía con un sol inigualable y eso que eran las nueve de la mañana.

Estaba tomando un café en el porche con las niñas, que tomaban sus Cola Cao, esperando al padre, que había ido a comprar churros.

Los niños seguían durmiendo y los despertaría cuando llegase Alex.

Habían pasado tres meses desde ese final de año en el que, por fin, nuestras vidas cambiaron para bien; mejor dicho, para superbién.

Desde entonces llevaba viviendo en la casa de Alex, a la que me fui trayendo mis cosas en enero. En febrero ya la tenía alquilada al jefe de equipo de la promotora, que se acababa de separar.

Se la dejé en mil quinientos euros al mes porque era él. En mi edificio, pisos más pequeños se habían alquilado por dos mil euros, ya que eran de calidad, nuevos y con unas vistas y ubicación inmejorables.

Como siempre bromeaba, si Alex me echaba de su casa, me podía meter en la de mi prima, pues ella estaba instalada más tiempo en la del novio, o irme con los abuelos, que mejor no iba a poder estar.

Teníamos todo reservado para nuestra boda, que iba a ser a principios de septiembre, el primer fin de semana.

Y yo seguía mirando toda clase de detalles para que ese día fuese de lo más especial.

Queríamos que a mi prima le diera tiempo a recuperarse del parto, que estaba previsto para junio.

Tanto Alex como yo habíamos quedado, de manera consensuada, que cuando los niños comenzasen las vacaciones de verano yo empezaría a trabajar desde casa. Lo único que no iba a hacer era recibir clientes para venderles las viviendas de las promociones, pero el resto lo podía hacer.

No sería tanto y podría complementarlo con el cuidado de los niños. Y ya así me quedaría el resto del año, porque el siguiente curso habíamos decidido que no comerían más en el comedor y lo harían en casa con nosotros y así saldrían antes.

Los pequeños habían ido durante dos meses al psicólogo y este les sacó cosas demasiado fuertes que les metieron en su día en la cabeza y hasta qué punto los llegaron a manipular, pero la cuestión es que estaban bien y eran conscientes de que esta era la vida real y, por lo que nos dijeron, hablaban con admiración de nosotros.

Me sentí de lo más agradecida y emocionada en esos momentos.

—Mamá, Lorenzo se ha tirado un pedo en la habitación y casi se me salen los ojos con las arcadas.

—Es que me dolía la barriga de retenerlo.

—Buenos días, chicos, ¿tengo abracitos?

Se tiraron a mis brazos mientras las chicas sonreían.

Les preparé su Cola Cao y dos cafés porque ya estaba escuchando entrar con el coche a Alex.

Puso los papelones de churros en lo alto de la mesa, con vasitos de chocolate a lo largo para que todos cogieran bien y estuvieran cómodos.

—Papá, tienes que pagar la excursión de los dos del cole al zoológico.

Le dijo Alessandro.

—Ya la pagué hace dos días, enano.

—¡Qué va! —gritó Lorenzo.

Nos reímos porque no sé de dónde se habían sacado que no los íbamos a dejar ir. Tenían cada cosa…

Después de desayunar, nos fuimos duchando y salimos a pasear por la ciudad para aprovechar el día, que estaba con un solecito que apetecía mucho.

Quedamos con Sacha, mi prima y Matías en la plaza grande de la ciudad, en la que había una terraza que nos gustaba mucho. Pusimos un mensaje en el grupo y se apuntaron como si estuvieran deseando salir de sus madrigueras a falta de un plan.

Mi prima ya estaba de casi siete meses y la barriga, para ser de dos, no era exageradamente grande. La llevaba muy bien, hasta ahora que comenzaba ya a pesarle un poquito más.

Desde hacía un mes ya estaba de baja en la empresa y luego se cogería los meses que le correspondían por maternidad. Pero vamos, con Alex no tenía problema.

Además, en su lugar había contratado a un joven llamado Juan que tenía mucho arte. Si nos descantillábamos, vendía hasta las mesas y las sillas.

Habíamos ido andando porque era un paseo de veinticinco minutos que hicimos por medio de un parque que atravesaba toda la ciudad por un lateral; en el otro estaba la playa.

Las niñas iban tranquilitas, pero los niños hacían sus carreras, pegaban saltitos y se daban alguna que otra hostia. Cosas normales de niños.

—Mamá, que dice Lorenzo que tú también vas a tener un día una barriga como tu prima y nos vas a dar dos o tres hermanitos más a la vez.

Nos echamos a reír y las niñas nos miraban atentas para saber la respuesta que le iba a dar.

—Yo con vosotros cuatro cierro la puerta. Ni uno más.

—Te vas a tener que comer tus propias palabras —murmuró Alex, aguantando la risa.

—¡Ni en broma! Vamos, te lo digo yo. El cupo está más que cerrado.

—Bueno, ya lo veremos.

—Alex, ni de coña.

—Sí, sí…

Me dio la razón de la loca.

—¿Me vas a obligar a quedarme embarazada?

—En absoluto.

Me hizo un guiño.

—Pues ya sabes, muchos capuchones y pocos olvidos.

Me inventé el derivado de olvidar para que rimase en cierto modo.

Que a mí me parecía muy bien que la gran mayoría de las mujeres vieran el embarazo y el parto como una de las etapas más bonitas de su vida, pero a mí

eso me espantaba. Además, ya tenía cuatro, ¿para qué quería más?

Llegamos a la plaza y ya estaban los tres en la mesa, Sacha y Matías con una copa de vino y mi prima con su refresco.

Los niños gritaban «titos», corriendo hacia ellos; así los llamaban. Al igual que abuelos a mi madre, tía y abuelos. Tenían una liada…

Saludamos y nos acomodamos mientras le pedíamos al camarero la bebida y una tapita de ensaladilla rusa para cada uno.

—¿Os acordáis cuando veníamos las tres aquí solas?

—Claro —dijimos mi prima y yo a unísono.

—Pues mira en nada cómo ha cambiado la cosa. Seis más dos que vienen en camino. Lo nuestro no parecen almuerzos, parecen celebraciones.

Nos reímos.

Sacha tenía unos golpes tremendos y estaba feliz de vernos a las dos felices.

Carla iba demasiado en serio y Martín estaba muy implicado en el embarazo y dispuesto a criar a los bebés como si fueran suyos, pero a sabiendas de que mi prima, por nada del mundo, les iba a poner sus apellidos porque decía que esos no se los quitaba nadie.

A mí me parecía muy bien. Como decía ella, si en un futuro nos separamos y quiere ver a los niños, ¿yo qué problema le voy a poner? Pero los apellidos de ella nada más, para nunca verse en una guerra por ellos.

Capítulo 56



Cinco meses después…

Era el día de nuestra boda, ese que parecía que nunca iba a llegar, pero había llegado.

Nos encontrábamos en un antiguo castillo que contaba con jardines para las celebraciones, también con salones para quien lo quisiera hacer al aire libre y con cuarenta habitaciones para libre disposición de los invitados que quisieran los novios que se quedaran la noche anterior y la de la boda.

Lo alquilamos por todo el fin de semana con todos los servicios de comida y bebida incluidos durante los tres días.

Llegamos el día anterior con mi familia, Sacha, los padres de Alex, que yo los adoraba, y un par de matrimonios, tíos suyos, con sus hijos e hijas, primos de Alex.

Hoy se quedarían todos los empleados de la empresa y sus parejas, que ya estaban llegando para dejar sus cosas en las habitaciones que se les habían asignado.

Los bebés de mi prima ya tenían casi tres meses. No les pudo dar el pecho, pero eso le alivió de carga, ya que Matías le ayudaba muchísimo en esas cosas.

Había pasado la noche con Alex, pero ya se había ido a la habitación de sus padres para arreglarse y vernos en el altar. A mí me llevaría mi abuelo, como no podía ser de otra forma.

Sacha se encargó de mi maquillaje y peinado. Me dejó mejor de lo que yo podía imaginar. Las tres nos abrazamos antes de que me ayudasen a ponerme el vestido.

—Hoy me emborracho, que hay muchas manos para los mellizos —dijo mi prima.

—Lo mismo digo con mis cuatro niños, que hoy se encarguen otros, que me voy a beber hasta el agua de los floreros.

—¿A que pido que nos traigan tres copas de vino?

—¡No eres capaz!

Picó mi prima a Sacha para que lo hiciera y tardó cero coma dos en llamar al servicio de habitaciones y pedirlas.

Aún faltaban quince minutos para que mi abuelo viniese a por mí.

No tardaron en traernos las copas y no solo eso, al saber que era la habitación de los novios, también añadieron tres mini canapés de queso crema, salmón y aguacate.

Ni pensé en que ya me había lavado los dientes y estaba maquillada. Me lo comí sin culpas antes de brindar con las chicas por este día tan especial.

Las chicas se fueron cuando mi abuelo apareció y se emocionó abrazándome y diciéndome que no podía ser más afortunado que llevarme en este día al altar junto a un hombre tan ejemplar como Alex.

Mi familia lo amaba…

Los niños nos esperaban en la puerta que daba al exterior para acompañarnos. Estaban preciosos, combinados en tonos pasteles, en el que ellos iban iguales y ellas también.

—¡Te queremos, mami! ¡Guapa!

Gritaban mis pequeñajos al vernos aparecer.

Alex estaba guapísimo y emocionado, observando cómo caminaba hacia él y su madre. Ella me miraba muy bonito, demasiado; había tenido mucha suerte con mis suegros.

—¡Sí, quiero!

Gritó Alessandro y todos se echaron a reír porque aún no había ni empezado la ceremonia.

—Veo que tienen más prisa los niños que los padres —dijo el que iba a oficializar el enlace.

Se reía negando e intentando empezarla.

Alex sujetaba mi mano, acariciándola como muestra de esos sentimientos que tenía tan grandes hacia mí, pero él sabía que eran recíprocos.

Fue sencilla, pero divertida y muy emocionante. Al menos para nosotros.

Lo que sí decidimos fue que fuese corta y nada de palabrerías de esas que se llevaba el viento.

Queríamos vivir el momento sin decirnos públicamente lo que ya sabían todos y es que nos amábamos con todo nuestro corazón y de la manera más genuina.

Nos intercambiamos las alianzas y sellamos este amor con un beso que nos invitaba a comenzar una vida de casados.

Nos dieron unas copas para brindar y comenzó la fiesta de besos, felicitaciones, abrazos y fotos.

¡Qué poco me gustaban las tradiciones!

Yo solo quería disfrutar de mi día y ya, pero claro, todo tenía un proceso.

Las fotos fueron rápidas porque yo las quería naturales, de esas que nos pillaran sin avisar y sin que nos diéramos cuenta.

Los niños estaban con otros pequeñajos que había en la boda, jugando con unas cuidadoras que además eran animadoras y que habíamos contratado para todo el día y hasta que el último niño se fuera a la cama.

Mi hermana quería dejar hasta a los mellizos en la sala de juegos con ellos. Lo que nos reímos fue poco, pero vamos, que los tenían mi tía y mi madre, que ellas controlaban bien aunque se tomasen un vinito o dos.

Sacha no dejaba de bailar a ritmo de la música que animaba los jardines, en los que se formaban los corrillos tomando las copitas de vino y disfrutando de los canapés que había para todos los gustos y colores.

—El vestido es precioso, vida.

Me dijo dándome otro de esos abrazos que tanto me gustaban.

—Quería algo ligero, nada recargado y, a su vez, elegante y fino.

—Pues lo has bordado.

Me acariciaba la mejilla.

Los invitados se fueron acomodando en las mesas y nosotros teníamos una al fondo del todo, en la que estábamos junto a nuestros hijos, sus padres, mi madre, mi tía, mi prima, Matías, Sacha y mis abuelos.

Las mesas eran redondas, incluso la nuestra.

El almuerzo fue animado por gritos típicos de «¡vivan los novios!» o cualquier cosa que se le ocurría a Sacha, que tenía a todos de lo más animados.

El momento tarta fue muy aplaudido porque tuvimos la originalidad de, en vez de ponerla como era lo típico, elegir una bandeja individual para cada uno de una selección de mini bombones helados de la mejor fábrica de Europa.

De todas maneras, también pusieron en el centro de las mesas bandejas con pasteles de confitería variados para los que quisieran con el café.

Los niños disfrutaban un montón con las actividades que había para ellos. Nosotros disfrutábamos sintiéndonos con la dicha de habernos convertido en marido y mujer.

No solo había ganado un marido ejemplar, sino a toda una familia. Mi familia.

Era una boda desde el corazón y para vivirla, no para estar pendiente de nada, solo de nosotros para disfrutar de cada momento.

A las nueve de la noche comenzaron a salir canapés, minihamburguesas, empanadillas, croquetas y todo lo inimaginable. Luego había una mesa grande redonda con todo tipo de marisco y, en otra, de pescadito frito.

Bebíamos, bailábamos y hasta disfrutamos de un espectáculo que dio Sacha de karaoke, cantando por la más grande. Se llevó un aplauso efusivo y unánime.

La fiesta se alargó hasta las seis de la mañana, en que dieron churros y chocolate a los valientes que quedábamos despiertos.

Los niños estaban todos con mi madre y mi tía. Los seis, casi nada.

Amaba tanto a Alex que hoy, más que convertirse en mi marido, habíamos sumado una prueba más de amor.

Habían sido ocho meses de lo más fogosos, sensuales, divertidos y emocionantes. Estaba viviendo, desde primeros de año, una auténtica luna de miel.

Epílogo



Quince años de un amor que no había dejado de crecer, que nos había ido uniendo poco a poco hasta el punto de sentirnos una sola vida compartida. Y no era una forma de hablar, era una sensación real, constante, de esas que no necesitan explicación porque se viven en cada gesto, en cada mirada, en cada silencio cómodo.

Si echo la vista atrás y pienso en todo lo que había pasado durante este tiempo, me doy cuenta de que no fue solo una historia, fue una vida entera la que construimos juntos.

Tras la boda, tomé una decisión que muchos no esperaban, pero que para mí fue de lo más natural. Dejé mi trabajo en la promotora para centrarme en mi casa, en mi familia, en mis hijos. No lo sentí como una renuncia en ningún momento, sino como una elección consciente. Quería estar, quería vivir cada etapa con ellos, quería formar parte de su día a día sin perderme nada importante.

Y lo disfruté como no habría imaginado.

Disfruté de las mañanas, de los desayunos con prisas, de llevarlos al colegio, de recogerlos, de tener la comida preparada cuando llegaban, de sentarnos juntos a la mesa y contarnos el día. Disfruté de sus dudas con los deberes, de sus logros, de sus pequeños enfados y de sus grandes abrazos. Y, sobre todo, disfruté de esos momentos en la cocina, cuando nos juntábamos a preparar postres para la merienda y terminábamos riendo entre harina, chocolate y algún que otro desastre que luego también formaba parte del recuerdo.

Construimos un hogar de verdad. De esos que se sienten.

Nicole, con veintitrés años, había terminado Medicina y estaba haciendo el MIR en Ginecología. Se marchó al norte de España, a una residencia donde estaba feliz, centrada, creciendo. Era su primer año fuera, porque toda la carrera la había hecho aquí, y aunque la echábamos de menos cada día, verla tan segura, tan apasionada con lo que hacía, nos llenaba de orgullo.

Isabella había comenzado su primer año universitario. Se decantó por la doble carrera de Derecho y Administración de Empresas, algo muy suyo, tan constante, tan responsable como siempre había sido. Estudiaba en el campus a las afueras de la ciudad, así que seguía viviendo con nosotros y eso nos regalaba tiempo, conversaciones, rutinas compartidas que sabían a calma.

Y los mellizos…

Lorenzo y Alessandro habían encontrado su camino en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales. Estaban en Madrid, en un apartamento que les teníamos allí, viviendo su independencia, creciendo a su manera, con ese carácter que nunca perdieron, pero que ahora sabían encauzar. Se habían convertido en dos hombres con criterio, con valores, con una madurez que había costado construir, pero que ahora se veía en cada decisión.

A veces los miraba y pensaba en todo lo que habíamos pasado… y en todo lo que habíamos ganado.

Mis abuelos ya no estaban. Él se fue hace ocho años y ella cinco después. Ambos de forma tranquila, natural, acompañados, como merecían. Su ausencia dejó un hueco imposible de llenar, pero también una base firme que nos sostuvo a todos. Nos dejaron protegidos, sí, pero, sobre todo, nos dejaron una familia unida, con raíces profundas.

Mi prima seguía siendo una de mis personas.

Sus mellizos, Alba y Julio, tenían quince años y eran dos niños maravillosos, nobles, cariñosos, de esos que te hacen sonreír sin darte cuenta. Matías había sido y era un padre increíble. Con el tiempo, ella decidió que los

niños llevaran también sus apellidos. No por necesidad, sino porque así lo sentían todos. Fue algo natural, bonito, sin ruido.

Mi madre y mi tía decidieron vivir juntas en la casa de mis abuelos. Nunca quisieron rehacer sus vidas con otras parejas. Decían que su etapa era otra, que su felicidad estaba ahí, en su espacio, en su calma. Alquilaron sus casas, pero las mantuvieron, como quien no quiere cerrar del todo ciertas puertas.

Sacha… Sacha era Sacha.

Se fue a Miami y triunfó. Montó su firma de maquillaje y se convirtió en una de las más vendidas y reconocidas. Y aun así, seguía siendo la misma. Cercana, divertida, imprescindible. Venía siempre que podía y cuando lo hacía, se quedaba en casa varios días, como si nunca se hubiera ido. Y nosotros también íbamos a verla. La distancia nunca fue un problema.

Yo vivía bien. Muy bien.

Tenía a mi lado a un hombre que no había dejado de elegirme ni un solo día. Alex seguía siendo ese hombre firme, generoso, con un corazón enorme. Su padre le cedió la empresa al poco de casarnos, pero eso no lo cambió. Seguía siendo él, el de siempre.

Nunca tuvimos grandes crisis. Claro que discutíamos, claro que había momentos, pero nada que no se quedara en el instante. Con él todo era fácil, incluso cuando no lo era.

A los tres años de la boda, por deseo de los niños y con el consentimiento de Alex, les di mis apellidos a los cuatro. Fue un paso que sentimos todos, que vivimos como algo nuestro, como una forma más de unirnos.

No tuvimos más hijos.

No lo necesitábamos.

Nuestra casa ya estaba llena de vida, de historias, de ruido, de amor.

A veces pensaba en todo lo que habíamos vivido, en lo cerca que habíamos estado de perderlo todo, en lo imposible que parecía que aquello funcionara.

Estábamos condenados al fracaso, eso era lo lógico, pero lo nuestro nunca lo fue; por eso terminamos viviendo una historia de amor intensa, imperfecta, valiente y profundamente bonita, en la que lo mejor no fue lo que conseguimos, sino que, después de todo, seguimos eligiéndonos cada día.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu
